CRÍMENES BESTIALES
PATRICIA HIGHSMITH

CRÍMENES BESTIALES

Patricia Highsmith



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para mi primo Dan Coates,
de Box Canyon Ranch,
Weatherford, Texas

Librodot

La absolutamente última actuación de «Corista»

Me llaman Corista, y en el aire se elevan gritos que dicen «¡Corista, Corista!», cuando balanceo la pierna izquierda, luego la derecha, etc., etc. Sin embargo, antes, y hace de ello diez o quizá veinte años, me llamaban Jumbo Junior, por lo general solamente Jumbo. Ahora, todos me llaman Corista. Seguramente mi nombre está escrito en la plancha de madera que hay fuera de mi jaula, juntamente con la palabra «África». La gente mira la tabla, a veces dice «África», y luego comienzan a gritarme: «¡Corista, hola Corista!» Y cuando balanceo las piernas se produce un leve alboroto de alegría.

Vivo sola. Jamás he visto a otro ser que sea igual que yo, por lo menos en este lugar en el que ahora me encuentro. Sin embargo, recuerdo que cuando era pequeña seguía a mi madre a todas partes, y también recuerdo a muchos seres iguales que yo, pero mucho más grandes, así como algunos que incluso eran más pequeños. Recuerdo que seguí a mi madre por una inclinada pasarela de madera por la que entramos en un barco, un barco un tanto frágil y movedizo. A golpes alejaron a mi madre de mi lado obligándola a descender. por la misma madera por la que habíamos subido, y yo me quedé en el barco. Mi madre, que quería estar conmigo, levantó la trompa y chilló. Vi que la ataban con cuerdas y que diez o veinte hombres tiraban de ellas para contener a mi madre. Alguien disparó un tiro contra ella. ¿Se trataba de una bala mortal o de una con droga? Nunca lo sabré. Esas últimas balas huelen diferente, pero yo tenía el viento en contra. Sólo sé que mi madre se derrumbó poco después. Yo me encontraba en cubierta, lanzando agudos gritos, propios de una cría de corta edad. Luego, me pegaron un tiro con droga. Por fin el buque se puso en movimiento, y al cabo de mucho, mucho tiempo, durante el cual casi siempre dormí y comí en una caja en penumbra, llegamos a otra tierra, en la que no había bosques ni hierba. Me metieron en otra caja, hubo más movimiento, y fui a parar a un sitio con suelo de cemento, duras piedras por todas partes, rejas y gente que olía muy mal. Pero lo peor era que me sentía sola. No había otros seres de mi edad. No tenía madre, ni simpático abuelo, ni padre. No podía jugar. No podía bañarme en ríos de embarradas aguas. Estaba sola, con las rejas y el cemento.

Pero la comida era buena y abundante. También había un hombre de simpático trato que cuidaba de mí. Aquel hombre se llamaba Steve. Iba siempre con una pipa entre los dientes, pero casi nunca la encendía, se limitaba a llevarla en la boca. A pesar de la pipa, el hombre hablaba y pronto comprendí lo que decía o, por lo menos, el significado general de sus palabras.

-¡Arrodíllate, Jumbo!

Y me daba una palmada en las rodillas, lo cual significaba que quería que me arrodillara. Si levantaba la trompa Steve daba una palmada para indicar que mi actitud le gustaba, y me lanzaba a la boca un puñado de cacahuetes o una manzana pequeña.

Me gustaba que Steve se montara a horcajadas en mi espalda, estando yo arrodillada. Luego, me ponía en pie, y así paseábamos por la jaula. La gente al verlo batía palmas, principalmente los niños pequeños.

En verano, Steve me protegía por medio de un flequillo de cordeles que ató a mi cabeza de las moscas que me atacaban los ojos. Steve regaba el suelo de cemento, en su parte a la sombra, de manera que yo podía tumbarme allí y estar fresca. También me regaba a mí. Cuando me hice mayor, Steve se sentaba en mi trompa y yo le levantaba en el aire, teniendo buen cuidado de que no se cayera, ya que no tenía sitio alguno donde agarrarse, como no fuera a la punta de mi trompa. También en invierno Steve me prodigaba atenciones especiales cuidando de que tuviera la paja suficiente, e incluso algunas mantas, cuando hacía mucho frío. En un invierno que fue muy crudo, Steve trajo una caja, de la que salía algo parecido a una cuerda, y esta caja me lanzaba aire caliente. También me cuidó durante una enfermedad que tuve, causada por el frío.

La gente de este lugar se toca con grandes sombreros. Algunos hombres llevan cortas armas de fuego al cinto. De vez en cuando, uno de estos hombres se saca el arma y dispara un tiro al aire con la idea de asustarme a mí o a las gacelas que viven en la jaula contigua y a las que veo a través de las rejas. Las gacelas reaccionan violentamente, pegan un salto en el aire y luego se amontonan, todas juntas, en el rincón más lejano de su jaula. Es un espectáculo lamentable. Cuando llega Steve o algún otro cuidador, el hombre que ha disparado ya ha vuelto a colgar del cinto su arma, y no se distingue en nada de los demás que hay en los contornos, los cuales se ríen y no parecen dispuestos a decir quién ha disparado.

Esto me recuerda uno de los momentos más agradables de mi vida. Hace unos cinco años venía un tipo gordo y con la cara roja que, en dos o tres domingos, disparó su ruidosa arma al aire. Esto me irritaba, aunque jamás hubiera osado dar muestras de ello. Pero el tercer o cuarto domingo en que ese individuo disparó su arma, tomé un buen sorbo de agua del abrevadero, y la lancé sobre el individuo, con toda mi fuerza, a través de las rejas. Le di en el pecho y se cayó de espaldas, patas al aire, con sus altas botas. Casi todos los que formaban el grupo, fuera de la jaula, se rieron. Unos pocos parecieron sorprendidos o enojados. Algunos 'me arrojaron piedras, que o bien no me dieron o pegaron contra las rejas, rebotando en otras direcciones, o bien no me hicieron daño. Entonces, llegó corriendo Steve -quien había oído el tiro- y pude advertir que se había dado exacta cuenta de lo ocurrido. Steve se rió, pero dio unas palmaditas en la espalda del hombre mojado, procurando así calmarle. El hombre probablemente negaba haber disparado. Pero vi que Steve me dirigía un movimiento de la cabeza, como diciendo que sí, que indicaba que aprobaba mi conducta. Se me antojó que a Steve incluso le había gustado mi acto, y aquel día me sentí muy orgullosa de rní misma. Las gacelas se habían adelantado tímidamente y, a través de las rejas, miraron al grupo de hombres de fuera, y también me miraron a mí. Incluso soñé en coger al hombre mojado, o a cualquier otro como él, y oprimir su blando cuerpo hasta matarle, y luego, pisotearle.

Durante los tiempos en que Steve estuvo conmigo, que quizá se prolongaron treinta años, de vez en cuando paseábamos por el parque, y los niños se subían a mi lomo. Esto era divertido, una agradable novedad en mi manera de vivir. Pero el parque en nada se parece a un bosque. Sólo hay unos cuantos arbolitos que crecen en la dura y seca tierra. Casi nunca está húmedo. La hierba es muy corta, y me permitían arrancarla por lo menos en la cantidad que yo quería. Steve lo dirigía todo, me dirigía a mí, y llevaba algo parecido a un palo, pero que estaba hecho de cuero trenzado, con lo que me daba toquecitos, para orientarme en ésta o aquella dirección, para que me

arrodillara, para que me levantara, o para que me sostuviera solamente con las patas traseras, junto a la salida del parque. (Más aplausos.) Steve no necesitaba el palito, pero éste formaba parte de la comedia, lo mismo que el que yo diera un paseo, recorriendo un trayecto en círculo un par de veces, lo cual era muy aburrido, antes de levantarme sobre las patas traseras. También sabía sostenerme solamente con las patas delanteras, si Steve me lo pedía. Recuerdo que en aquellos tiempos, yo tenía mejor carácter que ahora, y sin que Steve me lo dijera, evitaba pasar por debajo de ramas bajas, para que éstas no derribaran a los niños que llevaba en el lomo. Pero si ahora tuviera las oportunidades de aquellos tiempos, dudo mucho que me comportara tal como lo hacía antes. Exceptuando a Steve, ¿qué me han dado los hombres? Ni siquiera hierba bajo los pies. Ni siquiera la compañía de otro ser como yo.

Ahora que soy algo más vieja, con las patas más pesadas y con un carácter menos paciente, ya no paseo a los niños, pero la banda de música todavía toca los domingos por la tarde, en verano. Interpreta Take Me out to the Ball Game y, últimamente, Hello Dolly! A veces siento deseos de volver a pasear de nuevo con Steve, y también de volver a la juventud. Pero, ¿para qué? ¿Para pasar más años en este lugar? Ahora, me paso más tiempo tumbada que en pie. Me tumbo al sol que me parece que no calienta tanto como antes. Las ropas de las personas han cambiado un poco, y ya no hay tantas armas y tantas botas, pero los hombres y algunas mujeres siguen tocándose con los mismos sombreros de anchas alas. Siguen arrojándome los mismos cacahuetes, no siempre pelados, que yo solía pedir con tantas ansias, por el medio de sacar la trompa por entre las rejas, cuando era más joven y tenía más apetito. Siguen tirándome palomitas de maíz y galletas. Los sábados y los domingos no siempre me tomo la molestia de ponerme en pie. Esto enfurece a Cliff, el nuevo y joven cuidador; Cliff quiere que actúe igual que en los viejos tiempos. Si no lo hago no se debe tanto a que estoy vieja y cansada como a que Cliff no me gusta.

Cliff es un hombre alto y joven, con el pelo rojo. Le gusta presumir, haciendo restallar un largo látigo ante mí. Imagina que mediante ciertos golpes y órdenes puede obligarme a hacer cosas. Tiene un bastón con un pincho metálico en la punta, que resulta muy molesto, aunque no me rompe la piel, ni mucho menos. Steve me trató como un ser trata a otro, trabando conocimiento conmigo, y sin presumir de que yo haría lo que él quisiera. Ésta es la razón por la que Steve y yo nos llevamos bien. Cliff no me quiere y, por ejemplo, no hace nada para protegerme de las moscas en verano.

Desde luego, cuando Steve se retiró yo seguí dando los paseos de los sábados y los domingos, con niños en el lomo, y alguna que otra vez también con adultos. En cierta ocasión, un domingo concretamente, un hombre, que también quería alardear, me clavó las espuelas, entonces, yo incrementé un poco mi velocidad, lo cual hice porque quise, y no me agaché al pasar por debajo de una rama baja, sino que, por el contrario, pasé por allí deliberadamente. La rama era tan baja que el hombre no pudo evitarla, con lo que fue limpiamente derribado, aterrizó de rodillas y se quedó allí aullando de dolor. Esto produjo un gran alboroto, el hombre estuvo quejándose y gimiendo durante un rato, y, lo que fue peor, Cliff se puso de su parte con lo que intentó congraciarse con aquel hombre por el medio de decirme cosas a gritos y de pincharme con el palo. Yo resoplé de rabia, y me gustó ver cómo la multitud retrocedía aterrada. Sí, me tenían miedo. Estaba muy lejos de mí la idea de embestir a aquella gente, aunque ciertamente me hubiera gustado hacerlo, pero obedecí a los

pinchazos de Cliff y me fui al fondo de mi jaula. Cliff me decía cosas entre dientes. Yo tomé un buen sorbo de agua y Cliff lo vio y se retiró. Pero volvió después del anochecer, cuando el parque estaba desierto, con las puertas cerradas, y me propinó una azotaina y me regañó. La azotaina no me hizo ningún daño, pero seguramente dejó agotado a Cliff quien, cuando se fue, se tambaleaba.

El día siguiente apareció Steve, en una silla de ruedas. Tenía el cabello blanco. No le había visto quizá en tres o cuatro años, pero seguía siendo el mismo, con su pipa entre los dientes, la misma voz amable, la misma sonrisa. Llevada por la alegría, balanceé las patas, dentro de la jaula, y Steve se rió y me dijo algo agradable. Había traído unas cuantas manzanitas rojas, para dármelas. Y, en su silla de ruedas, entró en la jaula. Esto ocurrió muy a primera hora de la mañana por lo que en el parque no había casi nadie. Steve dijo algo a Cliff e indicó el palo con el pincho, que Cliff llevaba, de tal manera que pude comprender que Steve decía a Cliff que debía prescindir del palo.

Luego Steve me dirigió una seña: «¡Arriba! ¡Levántame, Corista!»

Comprendí lo que Steve quería. Me arrodillé, puse la trompa debajo de la silla de ruedas de Steve, lo cual hice de lado, para que Steve pudiera cogerse a la punta de mi trompa con la mano derecha, y apoyarse con la izquierda en mi frente, manteniendo así el equilibrio. No me puse en pie, por temor a que se me cayera la silla de ruedas con Steve encima, pero le levanté a bastante altura. Steve se rió. Y yo dejé la silla en el cemento, suavemente.

Pero esta visita de Steve ocurrió hace años. Y no fue la última. Me visitó dos o tres veces más en su silla de ruedas, aunque nunca lo hizo en los dos días de la semana en que hay más gente en el parque. Ahora, hace unos tres años que no he visto a Steve. ¿Ha muerto? Siempre que pienso en esta posibilidad, me pongo triste. Pero es igualmente triste tener esperanzas de que Steve aparezca una de esas mañanas en que hay poca gente, y advertir que Steve no se encuentra entre los pocos visitantes. A veces, levanto la trompa y con un gran mugido manifiesto la tristeza y desilusión que me produce el que Steve no venga. Mis mugidos parecen divertir a la gente, lo mismo que ocurrió con los de mi madre en el muelle, al no poder regresar a mi lado. Cliff no me presta la menor atención, y se limita a taparse las orejas con las manos, si es que se encuentra cerca.

Esto me trae al presente. Ayer, vino al parque la multitud de todos los domingos, y quizá mayor aún. Había un hombre vestido de rojo y con barba blanca que agitaba una campana que sostenía en la mano, y que iba de un lado para otro, hablando a todos, principalmente a los niños. Este hombre viene de vez en cuando. Los visitantes llevaban cacahuetes y palomitas de maíz para arrojar por entre las rejas de mi jaula, Como de costumbre yo alargaba la trompa por entre los barrotes y abría la boca, para ver si alguien tiraba con buena puntería un cacahuete. Alguien arrojó un objeto redondeado dentro de mi boca, y yo creí que se trataba de una manzanita roja hasta que la aplasté con las mandíbulas, en cuyo momento comencé a sentir un horrible picor en la boca. Al instante cogí agua con la trompa, me enjuagué la boca y escupí. No había tragado ni la menor pizca de aquel objeto, pero todo el interior de mi boca ardía. Tomé más agua, pero sentí poco alivio. El dolor me obligaba a apoyarme ahora en una pata ahora en otra, y por fin, llevada por el sufrimiento, me puse a trotar alrededor de la jaula. La gente se reía y me señalaba con el dedo. Esto me enfureció. Como pude,

tomé un gran sorbo de agua, y me dirigí, con aire más o menos tranquilo, a la parte frontal de la jaula. Manteniéndome un poco apartada de la reja, para poder alcanzarlos a todos, solté el agua con todas mis fuerzas.

No cayó al suelo ni uno, pero por lo menos veinte personas se tambalearon, chocaron entre sí, y quedaron, durante unos instantes, con el aliento cortado y cegados. Me fui al abrevadero y cogí más agua, lo que fue una buena medida, ya que la multitud también se había armado. Piedras y palos, cajas vacías de galletas, objetos de todo género llegaban volando hacia mí. Apunté al hombre más corpulento, lo derribé y empleé el resto del agua para mojarlos a todos una vez más. Una mujer chillaba pidiendo socorro. Otros emprendieron la retirada. Un hombre sacó un arma y la disparó contra mí, pero no me dio. Alguien sacaba otra arma, a pesar de que sobre el hombre que había disparado en primer lugar se había abalanzado ya otro hombre. Una bala me hirió en la paletilla, aun cuando no penetró en mi cuerpo sino que tan sólo me desgarró la piel. Una segunda bala me saltó la punta del colmillo derecho. Llevando en la trompa toda el agua que quedaba en el abrevadero, proyecté un chorro sobre uno de los que esgrimían armas de fuego, dándole de lleno en el pecho. El golpe hubiera debido bastar para quebrarle los huesos. De todas maneras, el hombre salió volando por los aires, hacia atrás, y, al caer, derribó a una mujer. Considerando que había ganado aquel asalto, a pesar de lo que me quemaba la boca, me retiré prudentemente a mi dormitorio (también de cemento), en donde las balas no podían alcanzarme. Sonaron tres disparos más, que despertaron ecos en el vacío espacio cerrado. No sé contra qué dieron los disparos, pero lo cierto es que no me alcanzaron.

Olía la sangre que manaba de mi paletilla. Todavía estaba muy enojada, de modo que jadeaba en vez de respirar, y, casi con sorpresa por mi parte, me descubrí a mí misma en el acto de taponar la entrada de mi dormitorio con las balas de paja que había allí. Derribaba las balas de paja del montón que formaban junto a las paredes, y las empujaba con trompa y patas, y con la trompa conseguí amontonarlas hasta una altura de ocho o nueve balas, con lo que cerré la entrada, salvo un orificio en la parte superior. De todas maneras, aquello me protegía definitivamente de los disparos. Pero ahora ya nadie disparaba. Oí la voz de Cliff, en el exterior, gritando a la multitud.

-¡Cálmate, Corista, cálmate! -me dijo Cliff.

Estaba acostumbrada a esta frase. Pero jamás había percibido el tono del miedo, como un temblor, en la voz de Cliff. Desde luego la multitud tenía la atención puesta en él. Cliff tenía que hacer una demostración de poderío, de ser capaz de dominarme. Esta idea juntamente con la antipatía que sentía hacia él me indujo a actuar de nuevo. Con la cabeza empujé la barricada que yo misma había construido. Cliff había estado tirando de la bala que se encontraba en la cumbre, y, ahora, todas las balas cayeron encima de él. La multitud lanzó un grito, un chillido de miedo.

Vi las piernas de Cliff, sus negras botas, pateando debajo de las balas de paja.

Sonó un disparo, y en esta ocasión me dio en el costado izquierdo. Cliff empuñaba un arma, pero no era la suya la que había disparado. Ahora, Cliff se estaba quieto. Y yo también. Esperaba que de la multitud surgiera otro tiro, que alguien volviera a disparar.

Pero la multitud se limitaba a mirarme. Yo les dirigía furiosas miradas, con la boca entreabierta. La parte interior de la boca todavía me ardía.

Librodot

Dos hombres uniformados, los dos del lugar, llegaron junto a la puerta lateral de mi jaula. Portaban armas largas. Me quedé quieta, sin hacer nada, sin apenas mirarlos. Enloquecidos y excitados como se hallaban, hubieran podido disparar sobre mí, llevados por el miedo, si yo hubiera dado el más leve síntoma de ira. Comenzaba a recuperar el dominio de mí misma. Y la idea de que quizá Cliff hubiera muerto me causaba placer.

Pero Cliff no había muerto. Uno de los dos hombres se inclinó sobre él, apartó una bala de paja, y vi que la pelirroja cabeza de Cliff se movía. El otro hombre me golpeó groseramente con la punta de su arma, empujándome hacia el interior del dormitorio. Me decía algo a gritos. Di media vuelta y sin prisas me adentré en mi dormitorio cuyo suelo estaba desordenadamente sembrado de balas de paja. De repente, me sentí mal, mientras la boca seguía doliéndome. En la puerta apareció un hombre cuya arma me apuntaba. Le miré con calma. Vi que Cliff se ponía en pie. El otro hombre hablaba a Cliff en tono irritado. Éste habló y agitó las manos, pero presentaba un aspecto impropio de él, muy diferente al habitual. Tenía las piernas inseguras y no hacía más que bajar la cabeza.

Luego un hombre con el cabello gris, aunque no tanto como el de Steve, llegó a la puerta, en compañía de otro hombre que llevaba un saco. Entraron en la jaula. Los dos se acercaron mucho a mí y me miraron. Dé mi costado izquierdo manaba la sangre que caía en el cemento. El hombre del cabello gris habló a Cliff en tono irritado, y siguió hablando cuando Cliff le contestó, de modo que sonaron al mismo tiempo dos chorros de palabras. El hombre del cabello gris indicó la puerta de la jaula, ordenando a Cliff que se fuera. Recuerdo vagamente los instantes siguientes, debido a que el hombre con el saco me puso una tela en la boca y la ató firmemente. También me dio un pinchazo con una aguja. Durante la conversación a gritos, me había tumbado. La tela tenía un sabor fresco pero horroroso, y me sumí en un sueño terrible, durante el cual vi animales como grandes gatos, dando saltos de un lado para otro y atacándome. Vi a mi madre, vi a mi familia. Una vez más vi verdes árboles y alta hierba. Pero tenía la impresión de morirme.

Cuando desperté ya había oscurecido, y en la boca llevaba algo grasiento, pero ya no me dolía, y el costado sólo me dolía un poco. ¿Era eso la muerte? Probablemente no, ya que percibía el olor a paja de mi dormitorio. Me puse en pie, y me mareé. Vomité un poco.

Luego oí el metálico sonido de la puerta lateral al cerrarse. Reconocí el sonido de los pasos de Cliff, a pesar de que él procuraba que sus botas no hicieran ruido. Pensé que lo mejor era salir de mi pequeño dormitorio, que era como una trampa, ya que la puerta era la única salida, pero me sentía tan adormecida que no podía moverme. Apenas podía distinguir a Cliff, arrodillado, con un saco igual al que había llevado el otro hombre. Luego percibí el mismo olor sutil y dulzón que el otro hombre me había puesto en la nariz. Incluso Cliff dio un respingo y volvió la cabeza hacia otro lado, luego se acercó corriendo a mí, me arrojó una tela sobre la nariz, y la ató prietamente con una cuerda. Agité la trompa y propiné un golpe con ella en la cadera de Cliff, que le derribó. Con la trompa golpeé su cuerpo caído, antes animada por el deseo de quitarme el trapo que por la intención de herir a Cliff, quien se retorcía y gemía. La cuerda cedió, y con una sacudida de la cabeza conseguí liberarme de ella.

Fue a caer sobre el pecho y las piernas de Cliff, despidiendo un hedor malo, peligroso. Salí a la jaula en busca de aire más puro.

Jadeante, Cliff se estaba poniendo en pie. Salió en busca de aire, luego regresó a toda prisa al interior, farfullando, cogió el trapo y se dirigió de nuevo hacia mí. Me levanté un poco sobre las patas traseras, y giré sobre mí misma, para eludir la acción de Cliff a quien poco le faltó para caerse al suelo. Le propiné un golpecito leve con la trompa, y el golpe bastó para levantarle los pies del suelo. Cayó cuan largo era sobre el cemento. Estaba irritada. Se había planteado una lucha entre los dos, y Cliff todavía sostenía el maloliente trapo en las manos y se había puesto de rodillas.

Con mi pata izquierda le propiné una patada, floja, apenas un empujoncito. Le di en un costado y oí un sonido de ruptura como el que producen las ramas al quebrarse. Después de este golpe, Cliff se quedó quieto y no volvió a moverse. A mi olfato llegaba un horrendo hedor a sangre mezclado con el hedor dulzón y mortífero. Fui al rincón delantero de mi jaula, lo más lejos que pude del maloliente trapo, y me tumbé, en un intento de recuperar mis fuerzas gracias al aire fresco. Hacía frío, pero ello tenía poca importancia. Poco a poco, comencé a tranquilizarme. Ya podía respirar. Por unos instantes sentí el deseo de levantarme y de aplastar a Cliff con mi pata, pero no me quedaban fuerzas para ello. Estaba rabiosa. Pero poco a poco la rabia desapareció. Sin embargo me sentía tan alterada que no podía dormir. En el rincón, sobre el cemento, esperé el alba.

Y éste es el lugar en que ahora me encuentro, en el rincón de mi jaula de hierro, sobre el cemento, en este lugar en el que tantos años he pasado. La luz aparece despacio. Primero veo la conocida figura del viejo que da de comer a los dos carneros almizcleños. Empuja un carrito, abre otra jaula en la que hay otros animales con cuernos. Por fin pasa ante mi jaula, y me mira dos veces, y dice una frase en la que distingo la palabra Corista, con expresión de sorpresa al verme tumbada donde estoy. Luego ve el cuerpo de Cliff.

-¿Cliff? ¡Cliff! ¿Qué te pasa?

Parece que la jaula no está cerrada con llave, y el viejo entra, se inclina sobre Cliff, murmura algo, se lleva la mano a la nariz, y saca de la jaula, arrastrándolo, el maloliente trapo. Luego, echa a correr, gritando. Me pongo en pie. La puerta de la jaula está entornada. Paso junto al cuerpo de Cliff, empujo con la trompa la puerta y salgo de la jaula.

El parque está desierto. Es agradable caminar de nuevo sobre tierra, como no lo había hecho desde que suspendieron los paseos semanales hace ya tiempo. La tierra seca incluso parece suave. Me detengo para alzar la trompa y arrancar unas cuantas hojas de un árbol, y comerlas. Estas hojas son duras y espinosas pero, por lo menos, también son frescas. Aquí está la fuente circular ante la que nunca me permitían detenerme ni beber de ella, en las salidas semanales. Ahora, me tomo unos largos y frescos tragos.

Detrás de mí oigo voces excitadas. Estas voces suenan, sin la menor duda, en mi jaula, pero no me tomo la molestia de mirar hacia allá. Gozo de mi libertad. Encima tengo un gran cielo azul, todo un mundo vacío me cubre. Entro en una arboleda en la que los árboles están tan juntos que me rozan los costados. Pero hay pocos árboles y pronto salgo de entre ellos, y entro en un sendero de cemento, en donde monos y micos enjaulados me miran con los ojos desorbitados y parlotean pasmados al verme

pasar. Un par de monos se apelotonan en el fondo de la jaula, como dos peludos amigos. Monos grises me dirigen agudos chillidos, luego vuelven hacia mí su azul trasero y huyen asustados hacia el fondo de la jaula. ¿Será que a alguno de ellos le gustaría subirse a mi lomo, y pasear de esta manera? Recuerdo esta escena aunque no sé localizarla. Arranco unas flores y me las como, sólo para divertirme. Los monos negros con largos brazos sonríen y ríen, agarrados a los barrotes, moviéndolos hacia arriba y hacia abajo, para armar ruido. Me acerco a ellos, y sólo se asustan un poquito, ya que sienten más curiosidad que miedo, y yo enrosco la trompa alrededor de dos barrotes y tiro de ellos hacia mí, arrancándolos, luego hago lo mismo con un tercer barrote, con lo que los monos pueden salir corriendo de la jaula.

Chillan y ríen, saltan por el suelo, ayudándose con las manos. Uno de ellos me coge la cola con aire travieso. Dos se suben con deleite a un árbol.

Pero oigo pasos no sé dónde, sonidos de pasos corriendo, gritos.

-¡Ahí está! ¡Junto a los monos!

Me vuelvo para enfrentarme con ellos. Un mono, sirviéndose de mi cola para ascender, se encarama en mi lomo. Me da un manotazo en el hombro. Quiere dar un paseo. El mono parece carecer de peso. Dos hombres, los mismos de ayer, con largas armas, se acercan corriendo a mí, se detienen, resbalando sus pies sobre la tierra y levantan las armas. Antes de que yo pueda levantar la trompa en movimiento de amistad, incluso antes de que pueda arrodillarme, suenan tres disparos.

-¡No le des al mono! Me dan a mí.

¡Bang!

Ahora, comienza a salir el sol y la parte alta de las copas de los árboles se torna verdosa, ya que no todos los árboles están pelados. Mi vista se levanta y se levanta. Y mi cuerpo se hunde. Me doy cuenta de que el mono salta ágilmente de mi lomo al suelo, y se aleja a grandes saltos, aterrorizado por los disparos. De repente me siento muy pesada, como si me sumiera en el sueño. Tengo intenciones de arrodillarme y tumbarme, pero mi cuerpo se inclina hacia un lado y me derrumbo sobre el cemento. Otro disparo me estremece la cabeza. Me ha dado entre los ojos, pero mis ojos siguen abiertos.

Unos hombres saltan a mi alrededor como antes hicieran los monos, me propinan patadas y se dirigen gritos entre sí. Una vez más veo los grandes gatos en el bosque, y en esta ocasión se abalanzan sobre mí. Luego entre las borrosas figuras humanas vea a Steve con gran claridad, pero le veo tal como era en su juventud, sonriente, hablándome, con la pipa entre los dientes. Steve se mueve despacio y con gracia. Por esto me doy cuenta de que me estoy muriendo, sí, porque sé que Steve está muerto. Es más real que los demás. Hay un bosque a su alrededor. Steve es amigo mío, como siempre. Ya no hay gatos. Sólo está Steve, mi amigo.

La venganza de «Djemal»

En las profundidades del desierto arábigo vivía Djemal con su amo Mahmet. Dormían en el desierto porque era más barato. De día iban los dos, Mahmet montado

en Djemal, a la ciudad más próxima que era Elu-Bana, en donde Djemal paseaba a los turistas, mujeres que chillaban, con vestidos de verano, y nerviosos hombres con pantalones cortos. Éste era el único tiempo en que Mahmet iba a pie.

Djemal se daba cuenta de que los otros árabes no apreciaban a Mahmet. Los otros camelleros soltaban bajos gruñidos, cuando Djemal y Mahmet se les acercaban. Había muchos regateos sobre los precios, sobre denarios, entre Mahmet y los otros camelleros, que inmediatamente acosaban a Mahmet. Se levantaban manos y las voces se tornaban gritos. Pero nadie sacaba los denarios, sólo se hablaba de ellos. Por fin, Mahmet llevaba a Djemal cerca del grupo de turistas que miraban curiosos, daba una palmada a Djemal y a gritos le ordenaba que se arrodillara.

El pelo había- desaparecido de las rodillas de Djemal, tanto en las delanteras como en las traseras, de modo que en estos lugares su piel parecía cuero viejo. En cuanto al resto del cuerpo, era de peludo color castaño, con algunos lugares de pelo amazacotado y otros casi pelados, como si hubieran sido atacados por las polillas. Pero los grandes ojos castaños de Djemal eran límpidos, y sus generosos e inteligentes labios tenían un aspecto agradable, como si sonrieran constantemente, aun cuando esto último estaba muy lejos de ser verdad. De todas maneras, Djemal sólo tenía diecisiete años, es decir, estaba en la flor de la vida, y era insólitamente corpulento y fuerte. Ahora, debido a que era verano, estaba cambiando el pelo.

Una señora gorda se balanceó violentamente a uno y otro lado, cuando Djemal se puso en pie, alcanzando su normal e impresionante estatura.

-¡Oooooooh! ¡Jiiiiiii! -exclamó la señora-. ¡Parece que el suelo esté a quilómetros de distancia!

-¡Ten cuidado! -advirtió la voz de un inglés a- la señora-. ¡No vayas a caerte! ¡Agárrate! ¡La arena no es tan suave como parece!

El menudo y sucio Mahmet, con sus polvorientas ropas, tiraba de la brida de Djemal, y éste salía a paso de paseo, golpeando con sus anchos pies la arena, y dirigiendo la mirada a donde le diera la gana, ya a las blancas cúpulas de la ciudad recortadas contra el cielo azul, ya a un automóvil que pasaba zumbando por la carretera, ya a un montón de limones amarillos junto a la carretera, ya a otros camellos que paseaban o que cargaban o descargaban su humana carga. Aquella mujer, lo mismo que cualquier otro ser humano, parecía no pesar, no podía ni compararse con los grandes sacos de limones o de naranjas que a menudo Djemal tenía que transportar, o con los sacos de yeso o los haces de arbolillos que a veces cargaba durante largos trayectos por el desierto.

De vez en cuando, incluso los turistas discutían, con sus voces dubitativas y de intrigados acentos, con Mahmet. Discutían los precios. Todo tenía un precio. Todo quedaba reducido a denarios. Los denarios, en papel o en moneda, inducían a los hombres a esgrimir las dagas, o á levantar los puños y golpearse en la cara.

Mahmet, con su turbante, sus zapatillas puntiagudas y con la punta vuelta hacia arriba, y con su chilaba, parecía el más árabe de todos los árabes. Quería ser una atracción turística, fotogénico (cobraba un módico precio para dejarse fotografiar), con un aro de oro en una oreja, una cara morena y reseca casi oculta por las pobladas cejas y una barba absolutamente descuidada. Con tanto pelo, apenas se le veía la boca.

La razón por la que los otros camelleros odiaban a Mahmet radicaba en que no respetaba el precio fijo por paseo en camello que los otros camelleros habían

acordado. Mahmet había prometido respetar el precio, pero cuando se le acercaba un turista y efectuaba lamentables intentos de regatear (como habían aconsejado a los turistas, lo que Mahmet sabía muy bien), rebajaba ligeramente el precio, con lo que conseguía cerrar el trato, y dejaba al turista de tan buen humor, por haber triunfado en su regateo, que a menudo después del paseo le daba una propina de valor superior a la rebaja conseguida. Por otra parte, cuando había mucha demanda de paseos en camello, Mahmet subía los precios, sabedor de que serían aceptados, y a veces lo hacía al alcance de los oídos de los otros camelleros. Ello no quiere decir que el resto de sus compañeros fuera un ejemplo de honradez, pero existían unos acuerdos verbales, y la mayoría de ellos los respetaban. Por culpa de la falta de escrúpulos de Mahmet, a veces Djemal recibía el golpe de una piedra arrojada contra su jiba, piedra que, en realidad, iba destinada a Mahmet.

Después de un día de buenos negocios con los turistas, día que se prolongaba hasta el ocaso, Mahmet dejaba a Djemal atado a una palmera, en la ciudad, y se pegaba un festín de cuscús, en un barracón transformado en restaurante que tenía una terraza y un loro chillón. Entretanto, Djemal ni siquiera había podido beber agua, debido a que Mahmet atendía primero a sus propias necesidades, y a Djemal no le quedaba más remedio que mordisquear las hojas de los árboles que pudiera alcanzar. Sentado a una mesa, Mahmet comía solo, despreciado por los otros camelleros que se sentaban juntos a otra mesa, armando mucho ruido, un ruido alegre. Entre plato y plato, uno de ellos tocaba un instrumento de cuerda. Mahmet roía los huesos de carnero en silencio, y se limpiaba los dedos en sus ropas. No dejaba propina.

A veces, llevaba a Djemal a la fuente pública y otras no lo hacía, pero siempre iba subido sobre Djemal, mientras éste caminaba por el desierto camino del grupito de árboles en donde Mahmet sentaba sus reales todas las noches. A veces, Djemal no podía ver en la oscuridad, pero su olfato le guiaba hacia el montoncillo de ropas de Mahmet, hacia la tienda enrollada, los sacos de cuero, todo ello empapado por el peculiar hedor agrio del sudor de Mahmet.

En los ardientes meses de verano, generalmente le tocaba a Djemal transportar limones a primeras horas de la mañana.

«Gracias a Alá -pensaba Mahmet-, el gobierno ha decretado que las horas de "paseos en camello" para turistas sean de 10 a 12 por la mañana, y de 6 a 9, por la tarde. Así los camelleros pueden ganar dinero en la parte media del día, y dedicarse al negocio de los turistas en horas fijamente determinadas.»

Mientras el gran sol anaranjado se hundía en el horizonte de arena, Mahmet y Djemal se encontraban fuera del alcance de la voz del muecín, en Elu-Bana. Pero Mahmet ponía en funcionamiento su transistor, aparatito no más grande que su puño, que se colocaba en el hombro, sostenido entre los pliegues de su chilaba. Sonaba una interminable canción quejumbrosa, cantada en falsete por un hombre. Mahmet tarareaba, mientras extendía una maltratada alfombra sobre la arena y echaba sobre ella unos harapos. Esto era su cama.

-¡Djemal, ponte ahí! -decía Mahmet.

E indicaba un lugar por el que el viento soplaba en dirección a su cama. Djemal desprendía considerable calor, y al mismo tiempo su cuerpo no dejaba pasar el viento. Djemal seguía comiendo maleza seca a varias yardas de distancia. Pero Mahmet se le acercaba y lo golpeaba con un látigo de cuero trenzado. Los golpes no hacían daño a

Djemal. Se trataba de un rito que Djemal dejaba que siguiera durante unos cuantos minutos, antes de decidirse a apartarse de las matas de color verde oscuro.

Aquella noche, afortunadamente Djemal no tenía sed.

-Ay... Ay... Ayaya Ayay Ay... -gemía el transistor. Djemal se arrodilló, situándose en posición un tanto apartada de los deseos de Mahmet, de manera que el leve viento casi le daba en la cola. Djemal no quería recibir arena en la nariz. Alargó su largo cuello, apoyó la cabeza en el suelo, casi cerró los orificios de su nariz y cerró completamente los párpados. Al cabo de un rato, sintió que Mahmet se apoyaba en su costado izquierdo, tirando de la vieja manta roja con la que se arropaba, y clavando sus pies con las sandalias puestas en la arena. Mahmet dormía casi sentado. Era su descanso.

A veces, Mahmet leía unos versículos del Corán, musitando las palabras. Apenas sabía leer, pero desde la infancia se sabía de memoria gran parte del Corán. Las enseñanzas que recibió Mahmet, igual que las que actualmente se impartían, tuvieron lugar en una estancia llena de niños sentados en el suelo que repetían las frases pronunciadas por un hombre alto y con chilaba, que paseaba entre ellos, a grandes zancadas, leyendo por encima de sus cabezas frases del Corán. Esta sabiduría, estas palabras, eran como poesía para Mahmet, muy lindas cuando se leían, pero carentes de toda utilidad en el vivir cotidiano. Aquella noche, el Corán de Mahmet -un grueso librillo con las puntas de las páginas retorcidas hacia arriba y letra casi borrada- se quedó en el interior de la bolsa de cordel entretejido, juntamente con unos cuantos dátiles pegajosos y una porción de pan seco. Mahmet pensaba en la próxima Carrera Nacional de Camellos. Se rascó la picadura de urca pulga en la parte interior de su brazo izquierdo. La carrera de camellos comenzaría al día siguiente por la noche y duraría una semana. El trayecto iba desde Elu-Bana a Khassa, importante ciudad del país, con un gran puerto, en la que había todavía más turistas. Desde luego, los camelleros dormirían al aire libre y tenían que llevar consigo suministros de alimentos y agua, y tenían que hacer un alto en Souk Mandela, en donde los camellos beberían, para seguir luego la carrera. Mahmet revisó sus planes. No se detendría en Souk Mandela, naturalmente. Y ésta era la razón por la que, ahora, mantenía a Djemal a régimen seco. Después de que Djemal bebiera y acumulara agua en su cuerpo, mañana, antes de que la carrera comenzara, Mahmet estimaba que Djemal podía pasarse siete días sin agua, y, de todas maneras, Mahmet proyectaba terminar el recorrido en seis días.

Tradicionalmente, la carrera de Elu-Sana a Khassa era muy reñida, y en su último tramo, los camelleros azotaban constantemente a sus camellos. El premio era de trescientos denarios, lo suficiente para que resultara interesante.

Mahmet puso la manta roja de forma que le tapara la cabeza, y se sintió seguro y autosuficiente. Mahmet no tenía esposa, ni siquiera familia, o mejor dicho, sí que tenía familia en un lejano pueblo, pero sus familiares le tenían antipatía y él se la tenía a ellos, por lo que Mahmet jamás pensaba en sus familiares. Siendo chico, había cometido unos cuantos hurtos, y la policía había acudido con demasiada frecuencia a casa de su familia, para hacer unas cuantas advertencias a Mahmet y a sus padres, por lo que éste había abandonado su hogar a la edad de trece años. A partir de entonces, llevó una vida nómada, lustrando zapatos en la capital, trabajando de camarero durante una temporada hasta que le descubrieron en el acto de hurtar dinero de la caja,

robando carteras en museos y mezquitas, haciendo de ayudante de un alcahuete en una cadena de burdeles de Khassa, y siendo agente de un comprador de objetos robados, en una ocasión en ese trabajo un policía le pegó un tiro en una pantorrilla, a raíz de lo cual Mahmet cojeaba. Mahmet tenía treinta y siete o treinta y ocho años, quizá incluso cuarenta, aunque no lo sabía de cierto. Cuando hubiera ganado la Carrera Nacional de Camellos, con el dinero pagaría el anticipo para comprar una casita en Elu-Sana. Ya había visto la casita de dos habitaciones, blanca, con agua corriente y un menudo hogar de leños. La vendían a bajo precio debido a que su anterior propietario había sido asesinado mientras se encontraba en la cama, y nadie quería vivir en ella.

El día siguiente, Djemal quedó sorprendido por la relativa levedad de su trabajo. Djemal y Mahmet anduvieron por entre los montones de limones en las afueras de Elu-Sana, y las dos alforjas de Djemal fueron cargadas y descargadas cuatro veces antes del anochecer, lo cual era prácticamente nada. Por lo general, Djemal hubiera sido obligado a avanzar mucho más de prisa por los caminos.

-¡Ho-ya, Djemal! -gritó alguien.

-¡Mahmet! ¡Fuisssss...!

Allí había excitación. Djemal ignoraba por qué. Los hombres batían palmas. ¿En elogio o en censura? Djemal tenía conciencia de que nadie sentía simpatía hacia su amo, y parte de estas antipatías, y en consecuencia, aprensiones, recaían sobre el propio Djemal. A éste le molestaba en gran manera recibir un golpe traicionero, de algo arrojado contra su cuerpo, que en realidad iba destinado a Mahmet. Los grandes camiones se pusieron en marcha, cargados con los limones que antes habían transportado docenas y docenas de camellos. Los camelleros descansaban sentados, ya apoyados en las panzas de sus camellos, ya con las piernas cruzadas y el trasero sobre los pies. En el momento en que Djemal salía del recinto, otro camello, sin razón alguna que lo justificara, adelantó la cabeza y pegó un mordisco en la jiba de Djemal.

Djemal se volvió rápidamente, levantó su saliente labio superior, poniendo al descubierto largos y poderosos dientes frontales, y contestó con otro mordisco que casi atrapó el morro del otro camello. El otro camellero fue casi derribado por el movimiento de retroceso de su camello, y maldijo a Mahmet, quien contestó lo mejor que pudo.

A pesar de que Djemal ya estaba repleto de agua, Mahmet lo llevó de nuevo al abrevadero de la ciudad. Djemal bebió un poco, despacio, deteniéndose de vez en cuando para levantar la cabeza y olisquear la brisa. Desde lejos le llegaba al olfato el perfume de los turistas. Oía música recia, lo cual no era insólito ya que los transistores emitían sus estridentes sonidos durante todo el día y en todas partes, pero esta música era mucho más recia, más sólida. Djemal sintió un golpe en su pata trasera izquierda. Y, acto seguido, Mahmet se puso a caminar delante de él, tirando de sus riendas.

Allí había banderas, turistas, una tribuna, y dos altavoces que difundían aquella música. Todo, al borde del desierto. Había camellos alineados. Un hombre hablaba con voz artificialmente fuerte. Los camellos tenían buen aspecto. ¿Se trataría acaso de una carrera? Djemal había participado en una, montado por Mahmet, y recordaba que había corrido más de prisa que los otros camellos. Eso ocurrió el año anterior, año en que Mahmet compró a Djemal. Éste recordaba borrosamente a su primer amo, que fue quien lo había adiestrado. Se trataba de un hombre alto, amable y bastante viejo. Había discutido con Mahmet, sin duda por cuestión de denarios, y Mahmet había

ganado la discusión. Así lo entendía Djemal. Mahmet se había llevado a Djemal consigo.

Bruscamente, Djernal se encontró alineado con otros camellos. Sonó un silbato. Mahmet azotó a Djemal, y éste dio un salto al frente y echó a correr, tardando cosa de uno o dos minutos en cogerle el ritmo a la carrera. Después, comenzó a galopar con regularidad hacia el sol poniente. Iba en cabeza. Era fácil. Djemal comenzó a respirar acompasadamente, dispuesto a mantener el ritmo de su galope durante mucho tiempo, si ello fuere necesario. ¿Adónde iban? Djemal no olía hojas o agua, y el terreno no le era conocido.

Ca-pa-la-pop, ca-pa-la-pop... El sonido del galope de los camellos que iban detrás de Djemal iba alejándose. Djemal corrió un poquito menos. Mahmet no lo azotó. Djemal oyó que Mahmet reía un poco. Salió la luna y siguieron adelante, yendo Djemal al paso. Estaba algo fatigado. Se detuvieron, Mahmet extrajo la cantimplora y bebió, comió algo, y, como de costumbre, se tumbó, arrebujándose, contra el costado de Djemal. Pero en el lugar en que pasaron aquella noche no había árboles ni cobijo alguno. La tierra era llana y ancha.

A la mañana siguiente, al alba, se pusieron en marcha, después de que Mahmet se tomara una jarrita de café dulce, que se preparó en su hornillo de alcohol. Puso en marcha el transistor y lo sostuvo con la pierna doblada, que se apoyaba en el cuello de Djemal. Detrás de éste no se divisaba camello alguno. A pesar de ello, Mahmet imprimió a Djemal cierta velocidad. Mahmet, a juzgar por la firme jiba de Djemal, a su espalda, estimaba que su montura seguiría en buena forma durante cuatro o cinco días más, sin dar muestras de fatiga. A pesar de todo, Mahmet miraba a derecha e izquierda en busca de árboles, o de cualquier tipo de follaje, que los protegieran del sol, aunque sólo fuera por poco tiempo. Tuvieron que detenerse al mediodía; el calor del sol incluso había penetrado el turbante de Mahmet, a quien el sudor le chorreaba por las cejas. Por primera vez, Mahmet puso un trapo sobre la cabeza de Djemal para protegerla del sol, y así descansaron hasta las cuatro de la tarde. Mahmet no tenía reloj, pero averiguaba con toda exactitud la hora, por el sol.

El día siguiente discurrió de la misma manera, con la salvedad de que Mahmet y Djemal encontraron unos cuantos árboles, aunque no hallaron agua. Mahmet conocía vagamente el territorio. No recordaba si había estado allí años atrás, o si alguien le había hablado del paraje. No había agua salvo en Souk Mandela, en donde los participantes debían detenerse. Ello significaba dar un rodeo, apartándose del trayecto recto, por lo que Mahmet no tenía intención de ir allá. Por otra parte, consideraba que era mejor dar un largo descanso a Djemal al mediodía, y recuperar el tiempo perdido durante la noche. Y esto hicieron. Mahmet se guiaba un poco por las estrellas.

Djemal era perfectamente capaz de pasarse cinco días sin beber agua, siempre y cuando hubiera llevado poca carga y adoptado una velocidad moderada, pero Djemal a menudo se excedía. A la hora del descanso del mediodía de la sexta jornada, Djemal comenzó a sentir las consecuencias del esfuerzo efectuado. Mahmet. farfullaba versículos del Corán. Soplaba un poco de viento, y éste apagó un par de veces la llama del hornillo de alcohol que Mahmet utilizaba para preparar café. Djemal reposaba con la cola orientada contra el viento, y los orificios de la nariz abiertos solamente lo suficiente para poder respirar.

Mahmet estimó que el estado del tiempo indicaba que se hallaban en los bordes de una tormenta de arena, pero no en la tormenta misma. Dio un par de palmadas en la cabeza de Djemal. Mahmet pensaba que los otros camellos y camelleros se encontraban en plena, tormenta, ya que el centro de ésta estaba hacia Souk Mandela, al norte. Mahmet albergaba esperanzas de que todos ellos sufrieran los efectos de la tormenta y los hiciera retrasar notablemente su avance.

Pero Mahmet se equivocaba tal como descubrió el séptimo día. Aquél era el día en que según las previsiones terminaría la carrera. Mahmet inició la marcha al alba, en unos momentos en que la arena se arremolinaba a su alrededor de tal manera que ni siquiera se tomó la molestia de intentar preparar café; se limitó a masticar unos cuantos granos. Mahmet comenzó a pensar que la tormenta se había desplazado hacía el sur, y que iba a alcanzarle, exactamente en su trayecto hacia Khassa, y. también pensó que quizá sus rivales no se habían equivocado tanto como eso, al hacer un alto en Mandela para abrevar, y, luego, emprender el camino directo hacia Khassa, ya que con eso quedaban en el límite norte de la tormenta y no en medio de ella.

Djemal tenía dificultades en avanzar a buen ritmo, debido a que se veía obligado a mantener los orificios de la nariz casi cerrados para que no entrara arena en ellos, y, en consecuencia, no podía respirar a gusto. Mahmet, montado en las espaldas de Djemal e inclinado sobre su cuello, le azotaba nerviosamente para que corriera más. Djemal se daba cuenta de que Mahmet tenía miedo. ¿Si Djemal no podía ver ni oler hacia dónde iban, cómo iba a poder Mahmet? ¿Se le había acabado el agua a Mahmet? Quizá. La paletilla derecha de Djemal comenzó a dolerle y, luego, a sangrar a consecuencia de los latigazos que en ella le propinaba Mahmet. En la paletilla derecha era donde más dolían los latigazos, y ésta era la razón por la que según suponía Djemal, Mahmet no le azotaba en la otra paletilla. Ahora, Djemal conocía ya muy bien a Mahmet. Le constaba que esperaba obtener una recompensa gracias a los esfuerzos de Djemal, puesto que, de lo contrario, Mahmet jamás se hubiera prestado a sufrir tantas incomodidades. Djemal también tenía la vaga idea de que estaba compitiendo con otros camellos, aquellos que había visto en Elu-Bana, debido a que Djemal había sido obligado a participar en otras «carreras», en las que debía correr más de prisa que otros camellos hacia un grupo de turistas que Mahmet había divisado a cosa de un kilómetro de distancia.

Mahmet pegaba saltos sobre la espalda de Djemal, esgrimía el látigo y gritaba:

-¡Ayé, ayé, ayé!

Por fin, comenzaron a salir de la tormenta de arena. De vez en cuando ya se podía ver el pálido resplandor del sol aunque lejos, cerca del arenoso horizonte. Djemal tropezó, cayó, y con ello derribó a Mahmet. Sin querer, Djemal se tragó un buen puñado de arena. Le hubiera gustado quedarse allí, tumbado durante unos minutos, recobrando fuerzas, pero Mahmet gritó y lo azotó.

Mahmet había perdido su transistor, y anduvo a gatas por la arena, desatentado, con el fin de recobrarlo. Cuando lo encontró atizó una buena patada en la jiba a Djemal, sin que produjera efecto alguno, luego le atizó un despiadado puntapié en el ano, debido a que Djemal seguía tumbado. Mahmet lanzó una sarta de maldiciones.

Djemal hizo lo mismo, por el medio de resoplar violentamente y de dejar al descubierto dos formidables dientes frontales, antes de ponerse despacio en pie, con lenta y amargada dignidad. Atontado por el calor y la sed, Djemal veía borrosamente a

Mahmet, y estaba tan exasperado que de buena gana le hubiera atacado, pero la fatiga lo había dejado tan debilitado que no podía hacerlo. Mahmet golpeó a Djemal y le ordenó que se arrodillara. Djemal lo hizo y Mahmet montó en él.

Volvían a avanzar. Las pezuñas de Djemal se movían más y más pesadamente, e incluso se arrastraba sobre la arena. Pero Djemal sentía el olor de gente. Agua. Luego oyó música, la habitual música quejumbrosa de los transistores árabes, pero más fuerte, como si sonaran varios al mismo tiempo. Mahmet golpeó a Djemal una y otra vez en la paletilla, gritándole frases de ánimo. Djemal no vio razón alguna para esforzarse, debido a que la meta estaba claramente a la

vista, pero hizo cuanto pudo para andar a buen paso, animado por la esperanza de que ello induciría a Mahmet a manejar más moderadamente el látigo.

Los gritos de júbilo eran ya más cercanos:

-¡Yea!

Ahora, Djemal iba con la boca abierta y seca. Poco antes de llegar al lugar en que estaba la gente, a Djemal le falló la vista. También le fallaron los músculos de las piernas. Y las rodillas. De tal manera que Djemal cayó de costado sobre la arena. La jiba se le bamboleaba inerte, tan vacía como su boca y su estómago.

Y Mahmet lo azotó, lanzando gritos.

La multitud chillaba y gemía al mismo tiempo. A Djemal le importaba muy poco. Tenía la impresión de que se estaba muriendo. ¿Por qué alguien no le daba agua? Mahmet se dedicaba a encender cerillas en los talones de Djemal. Este ni siquiera rebulló. Con sumo placer hubiera atravesado de un mordisco el cuello de Mahmet, pero le faltaban las fuerzas precisas. Djemal se desmayó.

Con rabia y rencor, Mahmet vio cómo un camello y su camellero cruzaban la línea de llegada. Luego lo hizo otro. Los camellos tenían aspecto de cansancio, pero no fingían estar muertos de cansancio, como hacía Djemal. En la mente de Mahmet no había lugar para la lástima. Djemal lo había traicionado. Djemal, de quien se decía que era tan fuerte.

Cuando un par de camelleros se rieron de Mahmet e hicieron desagradables observaciones acerca del hecho de que Mahmet no le había dado de beber a Djemal -hecho harto evidente-, Mahmet los maldijo a gritos. Luego arrojó un cubo de agua sobre la cabeza de Djemal, lo que reanimó a éste. Luego, rechinando los dientes, Mahmet vio cómo el vencedor de la carrera (viejo y gordo cerdo, que siempre se burlaba de Mahmet en Elu-Bana) recibía el premio, en forma de cheque. Naturalmente, el gobierno no iba a dar el dinero en metálico, porque en las apreturas el ganador corría el peligro de que se lo robaran.

Aquella noche, Djemal bebió agua, e incluso comió un poco aunque Mahmet no le dio de comer ya que, además, había arbustos y árboles en el lugar en que pasaron la noche. Se encontraban en los aledaños de la ciudad de Khassa. Al día siguiente, después de haber adquirido provisiones -pan, dátiles, agua y un par de salchichas, todo para Mahmet- los dos emprendieron el camino de regreso por el desierto. Djemal estaba todavía un poco cansado y descansar durante un día no le hubiera sentado mal. ¿Se detendría Mahmet, en esta ocasión para permitir que Djemal bebiera

agua en algún lugar u otro? Eso esperaba Djemal. A fin de cuentas, no estaban haciendo una carrera.

Hacia el mediodía, cuando les tocaba descansar a la sombra, a Djemal le falló la rodilla derecha, en el momento en que intentaba arrodillarse para que Mahmet desmontara. Mahmet cayó rodando por la arena, se puso en pie de un salto, y golpeó un par de veces con la empuñadura de su látigo a Djemal, en la cabeza.

-¡Estúpido! -gritó Mahmet en árabe.

Djemal mordió el látigo, apoderándose de él. Cuando Mahmet se echó hacia adelante para recobrar el látigo, Djemal volvió a morder y atrapó con sus dientes la muñeca de Mahmet.

Mahmet chilló.

Djemal se puso en pie, dispuesto a proseguir su ataque. ¡Cuánto odiaba a aquel ser menudo y maloliente que se consideraba su «amo»!

Retrocediendo y blandiendo el látigo, Mahmet chilló:

-¡Aaah! ¡Atrás! ¡Al suelo!

Djemal se acercó despacio a Mahmet, con los dientes al descubierto, y los ojos rojos y dilatados de rabia. Mahmet huyó corriendo y se refugió detrás del inclinado tronco de una palmera. Djemal trazó un círculo alrededor del árbol. A su olfato llegaba el penetrante hedor que despedía el aterrado cuerpo de Mahmet.

Mahmet se quitó la vieja chilaba y el turbante y acto seguido arrojó ambas prendas contra Djemal.

Sorprendido, Djemal mordió aquellos malolientes trapos, y lo hizo sacudiendo la cabeza, como si entre sus dientes tuviera el cuello de Mahmet, y sacudiera a aquel hombrecillo, para matarlo. Djemal resopló y atacó el turbante, que, al quedar desenroscado no era más que un largo y sucio harapo. Se tragó buena parte del turbante, y masticó el resto con sus grandes dientes frontales.

Mahmet, situado detrás del árbol, comenzó a respirar mejor. Sabía que los camellos a veces desfogaban su ira en las ropas del hombre al que odiaban, y que con ello se quedaban tranquilos. Ésta era la esperanza que albergaba Mahmet. No tenía el menor deseo de regresar a pie a Khassa. Quería ir a Elu-Bana, ciudad que consideraba «suya».

Por fin, Djemal se tumbó en el suelo. Estaba cansado, tan cansado que no se tomó la molestia de situarse a la irregular sombra que proyectaba la palmera. Y se durmió.

Cautelosamente, Mahmet lo golpeó hasta despertarlo. El sol se estaba poniendo. Djemal intentó morderle pero falló. Mahmet juzgó oportuno no castigar a Djemal, y dijo:

-¡Arriba, Djemal! ¡Arriba que nos vamos!

Djemal se puso en marcha. Avanzó en la noche, intuyendo más que viendo, la confusa senda en la arena. La noche era fresca.

En el tercer día, llegaron a Souk Mandela, ajetreada aunque pequeña población con mercado. Mahmet había decidido vender allí a Djemal. En consecuencia se dirigió al mercado al aire libre en el que se vendían alfombras, joyas, sillas de camello, cacharros, peines, y cuanto se quiera, todo se encontraba en venta, allí, en el suelo. En un rincón se vendían camellos. Mahmet llevó a Djemal allí, yendo a pie, mirando de vez en cuando hacia atrás, bastante adelantado con respecto a Djemal, no fuera que le mordiera.

Mahmet dijo al tratante de camellos:

-Barato. Seiscientos denarios. Es un hermoso camello, como puedes ver. ¡Y acaba de ganar la carrera de Elu-Bana a Khassa!

Un camellero con turbante oyó estas palabras y se echó a reír, como también lo hicieron otros dos. El camellero dijo:

-¿De veras? No es esto lo que nos han contado. ¡Tu camello se cayó al suelo!

-¡Sí, nos han dicho que no te detuviste para darle de beber, viejo sinvergüenza hijo de mala madre! -dijo otro. -Incluso en este caso... -comenzó a decir Mahmet.

Y pegó un salto para evitar una dentellada de Djemal Un viejo con barbas dijo:

-¡Oooh! Ni siquiera su camello le tiene simpatía...

-¡Trescientos denarios! -chilló Mahmet-. ¡Silla incluida! Un hombre indicó la golpeada paletilla de Djemal, que estaba todavía ensangrentada y sobre la que se habían posado moscas, como si se tratara de una llaga permanente, y ofreció doscientos cincuenta denarios.

Mahmet aceptó. En metálico. El hombre tenía que ir a su casa, en busca del dinero. Mahmet esperó, taciturno, a la sombra, mientras el tratante en camellos y otro hombre llevaban a Djemal al abrevadero que había en la plaza. Mahmet había perdido un buen camello -y también había perdido dinero, lo cual era todavía más doloroso-, pero estaba muy contento de haberse desembarazado de Djemal. A fin de cuentas, su vida era más valiosa que el dinero.

Aquella tarde, Mahmet tomó un incómodo autobús que iba a Elu-Bana. Llevaba su equipo, sus vacías cantimploras, su hornillo de alcohol, su cazo para guisar y su manta. Durmió como los muertos en una calleja que se encontraba detrás del restaurante en que solía comer cuscús. A la mañana siguiente, teniendo una visión muy clara de su mala suerte, y con el mortificante recuerdo del bajo precio que había obtenido por uno de los mejores camellos del país, Mahmet robó en el automóvil de un turista. Consiguió una manta trenzada, y algo inesperado que había debajo de ella -una cámara fotográfica-, se apropió también de un frasco de plata que encontró en la guantera, y de un paquete envuelto en papel castaño que contenía una pequeña alfombra, evidentemente recién comprada en el mercado. Tardó menos de un minuto en cometer este hurto, debido a que la portezuela del vehículo no estaba cerrada con llave. El automóvil se encontraba enfrente de un sórdido bar, y un par de descalzos adolescentes sentados a una mesa, se limitaron a reír, al contemplar cómo Mahmet cometía su hurto.

Mahmet vendió su botín, antes del mediodía, por setenta denarios (la cámara era un buen aparato alemán), con lo cual se sintió un poco mejor. Con esta suma, añadida a los denarios anteriormente atesorados por Mahmet, que llevaba consigo en una bolsa cosida en una manta, ahora ya poseía casi quinientos denarios. Podía comprar otro camello, aunque no tan bueno como Djemal, que le había costado cuatrocientos denarios. Y aún le quedaría lo suficiente para hacer un primer pago, a cuenta de la casita que quería comprar. La temporada de turismo no había terminado aún, y Mahmet necesitaba un camello para ganar dinero, ya que el oficio de camellero era el único que conocía.

Entretanto, Djemal había ido a parar a buenas manos. Lo había comprado un hombre pobre pero decente, llamado Chak, para añadirlo a los tres con que ya contaba. Principalmente, Chak se dedicaba a transportar limones y naranjas con sus camellos, pero durante la temporada turística también ofrecía paseos en camello. A

Chak le encantaba la gracia y la buena voluntad con que Djemal trataba a los turistas. Y además, debido a su altura, siempre era el. camello preferido por aquellos turistas que querían contemplar el «.panorama.

Djemal ya se había curado la paletilla herida, iba bien alimentado, no trabajaba en exceso, y estaba muy contento con su manera de vivir y de su amo. Sus recuerdos de Mahmet iban borrándose, debido a que nunca le veía, ya que Elu-Bana tenía muchos caminos, tanto de entrada como de salida. A menudo Djemal trabajaba a millas de distancia, y la casa de Chak se encontraba un poco lejos de la ciudad. En ella, Djemal dormía en compañía de los otros camellos, en un cobertizo, cerca de la casa en que Chak vivía con su familia.

A principios de otoño, un día, en que el tiempo era un poquito más fresco y en que la mayoría de los turistas se habían ido, llegó al olfato de Djemal el peculiar hedor que desprendía Mahmet. En aquellos momentos, Djemal estaba entrando en el mercado de fruta de Elu-Bana, con un pesado cargamento de pomelos. Grandes camiones estaban siendo cargados con pesadas cajas de pomelos y de piñas, y allí había mucho ruido, con conversaciones y gritos de los trabajadores, y los transistores difundiendo diferentes programas a todo volumen. Djemal no vio a Mahmet, pero los pelos del cuello se le erizaron un poco, y temió recibir un golpe. Obedeciendo las órdenes de Chak, Djemal se arrodilló, y le quitaron la carga que llevaba a uno y otro costado.

Entonces vio a Mahmet ante él, a la distancia de un largo de camello. Mahmet también vio a Djemal, se quedó mirándolo durante uno o dos segundos, para tener la certeza de que realmente se trataba de Djemal, y acto seguido, Mahmet pegó un salto, retrocedió y se metió unos cuantos billetes en algún lugar de su chilaba.

Otro camellero, indicando con el pulgar a Djemal, dijo a Mahmet:

-Este es el camello que tenías antes, ¿verdad? ¿Todavía le tienes miedo, Mahmet?

-¡Jamás le he tenido miedo! -replicó Mahmet.

-¡Ja, ja!

Dos camelleros más se unieron a la conversación. Djemal observó a Mahmet, mientras éste se estremecía, encogía los hombros y no dejaba de hablar. Djemal le olía muy bien ahora, y su odio se despertó de nuevo, en toda su pujanza, y se acercó a Mahmet.

Un camellero con turbante, que había bebido demasiado vino, dijo riendo:

-¡Ja, ja ...! ¡Ten cuidado, Mahmet! Mahmet retrocedió.

Djemal siguió adelante. Siguió caminando, a pesar de que oyó la voz de Chak llamándolo. Luego, Djemal inició el trote, en el instante en que Mahmet se escondía detrás de un camión. Cuando Djemal llegó al camión, Mahmet echó a correr velozmente hacia una casita, especie de cobijo para camelleros.

Ante el horror de Mahmet, resultó que la puerta de la casita estaba cerrada con llave. Corrió a ocultarse detrás de la casita.

Djemal fue tras de él, y con sus dientes atrapó a Mahmet por la chilaba y por parte de su espinazo. Mahmet cayó al suelo, y Djemal le pateó y le pateó, en la cabeza.

-¡Mirad! ¡Una pelea entre un hombre y un camello!

-¡Este hijo de mala madre se lo merece! -gritó alguien.

Diez o doce hombres y, después, veinte se congregaron para contemplar el espectáculo, riendo, y esperando, al principio, que alguien interviniera y pusiera fin a aquello, pero nadie lo hizo. Contrariamente, alguien hizo pasar de mano en mano una jarra de vino.

Mahmet chillaba. Djemal pateó con fuerza la parte media de la espalda de Mahmet. Entonces todo se acabó. Por lo menos, Mahmet se quedó quieto, muy quieto. Djemal, reuniendo valor para llevar a cabo su propósito, mordió la desnuda pantorrilla izquierda de Mahmet.

La multitud rugió. Los que la formaban estaban a salvo, ya que el camello no iba a atacarlos a ellos, sino que atacaba a un hombre al que detestaban, a Mahmet, que no sólo era tacaño sino absolutamente deshonesto, incluso con personas a las que él inducía a creer que era su amigo.

-¡Qué camello! ¿Cómo se llama?

-¡Djemal! ¡Ja, ja!

Alguien repitió, como si todos no lo supieran:

-Hasta hace poco era el camello de Mahmet.

-¡Djemal! ¡Basta, Djemal! -intervino por fin Chak.

-¡Que Djemal nos vengue! -chilló alguien.

-¡Esto es terrible! -gritó Chak.

Los hombres rodearon a Chak, diciéndole que aquello no era terrible, y diciéndole que ellos se encargarían de ocultar el cadáver en algún lugar. No, no, no, no había necesidad alguna de llamar a la policía. ¡Era absurdo! ¡Toma un poco de vino, Chak! Incluso unos cuantos conductores de camión se habían unido al grupo, sonriendo siniestramente divertidos por lo que había ocurrido detrás del barracón.

Djemal, ahora con la cabeza alta, había comenzado a calmarse. Juntamente con el hedor propio de Mahmet, también olía a sangre. Altanero, Djemal pasó por encima de su víctima, alzando cuidadosamente las patas, y acudió al lado de su amo, Chak, que todavía estaba nervioso. Chak decía:

-No, no...

Debido a que los hombres, todos ellos un poco borrachos, le ofrecían setecientos denarios y más, por Djemal. Lo ocurrido había dejado a Chak estremecido, y, al mismo tiempo, orgulloso de Djemal, de quien no se hubiera desprendido, en aquellos momentos, ni por mil denarios.

Djemal sonreía. Levantó la cabeza, y miró fríamente, con sus ojos de largas pestañas, hacia el horizonte. Los hombres

le acariciaban los costados, las paletillas. Mahmet estaba muerto. La ira de Djemal, como un veneno, ya no corría junto con su sangre. Djemal siguió a Chak, sin que éste cogiera las riendas, cuando Chak se alejó, mirando hacia atrás y llamando a Djemal por su nombre.

Allí estaba yo, cargando con Bubsy

Sí, allí estaba él, cargando con Bubsy, triste destino que ningún ser vivo merecía. Barón, de dieciséis años de edad -¿o quizá diecisiete?-, pero de todas maneras entrado

en años, se sentía condenado a pasar los últimos días de su vida cargando con aquel gordo y aborrecible animal a quien Barón había detestado casi desde el mismo instante en que había entrado en escena, hacía de ello diez o doce años por lo menos. Sí, condenado, a no ser que ocurriera algo. Pero, ¿qué podía, ocurrir, y cómo podía conseguir, Barón, que ocurriera? Barón se devanaba los sesos. Desde que era cachorro, la gente había dicho que estaba dotado de extraordinaria inteligencia. Esto consolaba un poco a Barón. En el fondo se trataba de inducir a Marion a que se comportara con mano dura, lo cual resultaba muy difícil para un perro, ya que Barón no hablaba, a pesar de que su amo, Eddie, le había dicho que sí, que hablaba. Esto se debía a que Eddie había comprendido todos los ladridos, gruñidos y miradas de Barón.

Éste reposaba en una rellena funda con tela de lunares, que cubría su cesto; éste tenía una especie de techumbre abombada e incluso la techumbre estaba forrada con la tela de lunares. Procedentes de la estancia contigua, llegaban a los oídos de Barón risas, voces entremezcladas, el sonido de vasos entrechocando, así como, de vez en cuando, el entrechocar de alguna botella y los ocasionales «ja, ja, ja...» de Bubsy, «Ja, ja, ja...» que en los días inmediatos posteriores a la muerte de Eddie habían bastado para que las orejas de Barón se estremecieran de hostilidad. Barón ya ni siquiera reaccionaba ante las patochadas de Bubsy. Al contrario, fingía languidez e indiferencia (era mejor para sus nervios); bostezó a toda mandíbula, mostrando sus amarillos caninos inferiores; luego apoyó la cabeza en sus patas delanteras. Quería hacer pipí. Hacía diez minutos que había entrado en la ruidosa sala de estar y había indicado a Bubsy, por el medio de acercarse a la puerta del apartamento, que quería salir al exterior. Pero Bubsy no le había hecho el menor caso, a pesar de que uno de los jóvenes allí presentes

(Barón tenía la casi absoluta certeza de ello) se había ofrecido a llevarlo abajo. Barón se puso bruscamente en pie. Ya no podía esperar más. Desde luego, siempre le cabía la posibilidad de hacer pipí directamente encima de la alfombra, en una actitud de que-se-vaya-todo-al-cuerno, pero todavía le quedaba cierta decencia.

Barón volvió a probar suerte en la sala de estar. Aquella noche había más mujeres que de costumbre.

-¡Ooooh... !

-¡Aaaaah... ! ¡Aquí está Barón!

-¡Por el amor de Dios, Bubsy, Barón quiere salir! ¿Dónde está la correa?

-¡Pero si acabo de sacarlo! -mintió Bubsy chillando.

-¿Cuándo? ¿Esta mañana?

Un hombre joven, con gruesos y peludos pantalones bajó a Barón en el ascensor. Barón se acercó al primer árbol, allí, en la acera, y levantó un poco una pata. El joven le habló en tono amistoso, y dijo algo acerca de Eddie. El nombre de su amo entristeció por un instante a Barón, aun cuando suponía que era un gesto amable el que personas totalmente desconocidas recordaran a su amo. Dieron la vuelta a la manzana. Cuando se hallaban cerca de una charcutería, en Lexington Avenue, un hombre los detuvo y, en tono cortés, formuló una pregunta en la que intervenía el nombre «Barón».

El joven que sostenía en la mano la correa de Barón contestó:

-Sí.

El desconocido dio una cariñosa palmada en la cabeza de Barón, y éste reconoció el otro nombre de su amo: Brockhurst. Los dos: Edward Brockhurst.

Los dos siguieron su camino, hacia la marquesina del edificio de apartamentos, hacia la horrenda reunión. De repente, las orejas de Barón se levantaron al reconocer el ritmo de unos pasos conocidos, y su olfato olió un aroma también conocido: Marion.

-Hola, siento llegar tarde...

Marion había estado más cerca de lo que Barón había supuesto. Sin duda su oído ya no era ni sombra de lo que fue en otros tiempos, y a decir verdad, tampoco su vista. Marion hablaba con el joven que había sacado a Barón a la calle, y todos se metieron en el ascensor.

El corazón de Barón latía con más fuerza a impulsos del placer. Marion olía bien. De repente la velada mejoró, incluso cabe decir que adquirió características maravillosas, y ello se debía solamente a la llegada de Marion. El verdadero amo de Barón siempre había amado a Marion. Y Barón tenía plena conciencia de que Marion quería llevárselo, para que viviera con ella.

El ambiente cambió de forma muy notable cuando Barón, el joven y Marion entraron. La conversación se apagó, y Bubsy se adelantó llevando en la mano un vaso de su burbujeante líquido favorito, champaña. El joven le quitó la correa a Barón.

En tono cortés y como si explicara algo, Marion dijo: -Buenas noches, Bubsy...

Algunas personas saludaron a Marion, y otras reanudaron sus conversaciones en pequeños grupos. Barón mantenía la vista fija en Marion. ¿Cabía la posibilidad de que ella se lo llevara, aquella misma noche? Marion hablaba de él, de Barón. Y Bubsy parecía un poco preocupado. Acompañó a Marion a otro cuarto, que era el dormitorio de Bubsy, y Barón los siguió, pegado a los talones de Marion. Bubsy quiso cerrar la puerta ante las narices de Barón pero Marion mantuvo la puerta abierta, y dijo:

-¡Entra, Barón!

Aquel cuarto desagradaba a Barón. La cama era alta, y lo parecía aún más a causa de las almohadas, y a sus pies estaba el aparato que Bubsy utilizaba cuando tenía sus ataques de ahogos y estertores, lo que casi siempre ocurría por la noche. Estaba formado por dos tanques de cromo, de los que surgía un tubo de goma, y también tubos flexibles de aluminio. El aparato era arrastrado, sobre sus ruedas, hasta las almohadas de Bubsy.

-...amiga... vacaciones... -decía Marion.

Ésta intentaba convencer a Bubsy. Barón oyó su propio nombre dos o tres veces, el de Eddie una vez, y Bubsy miró a Barón con aquella expresión irritada y tozuda que él conocía tan bien desde hacía años, incluso en los tiempos en que Eddie vivía.

-Bueno, no... -dijo Bubsy.

Y a continuación pronunció un discurso muy complicado. Marion volvió a empezar, sin dar la menor muestra de sentirse desanimada.

Bubsy tosió, y su cara se oscureció un poco. Repitió su habitual palabra:

-No... no...

Marion se puso de rodillas ante Barón, lo miró a los ojos, y le habló. Barón meneó su peluda cola. Temblaba de alegría, y de buena gana hubiera puesto las patas en los hombros de Marion, pero no lo hizo porque no era correcto. Pero sus patas

delanteras se alzaban y bajaban, como en un baile, sobre el suelo. Se sintió rejuvenecido en muchos años.

Luego, Marion comenzó a hablar de Eddie, y se enfadó. Marion se erguía un poco, cuando hablaba de Eddie, como si éste fuera un motivo de orgullo, y para Barón era evidente que Marion pensaba, y quizá incluso dijera, que Bubsy no le llegaba a la altura del zapato a Eddie. Barón sabía que su amo había sido una persona importante. Los desconocidos que iban a la casa trataban a Eddie como si éste fuera su amo, hasta cierto punto, en aquellos tiempos en que Barón y Eddie vivían en otro piso, y en que Bubsy servía las bebidas y guisaba las comidas, igual que aquellos criados de los barcos en los que Barón había viajado, o de los hoteles en que se había alojado. De repente, Bubsy afirmaba que él era el amo de Barón. Por lo menos éste era el general significado de sus palabras.

Bubsy seguía diciendo «no», en voz crecientemente firme; después se dirigió hacia la puerta.

Marion dijo algo en tono serenamente amenazador. Barón sentía grandes deseos de saber qué era lo que Marion había dicho, y la siguió a través de la sala de estar, hasta la puerta del apartamento. Barón estaba plenamente dispuesto a fugarse con Marion, a dar saltos de alegría sin correa, y a quedarse con ella. Marion se detuvo para hablar con el joven que llevaba gruesos y peludos pantalones, que se había acercado a Marion.

Bubsy los interrumpió agitando las manos, animado por el deseo de poner fin a la conversación.

-Buenas noches... buenas noches... -dijo Marion. Barón se deslizó por la puerta junto a Marion, y avanzó a saltos hacia los ascensores. Un hombre rió, pero no fue Bubsy.

-Barón, no puedes, querido... no puedes... -dijo Marion. Alguien cogió a Barón por el collar. Éste lanzó un gruñido, pero sabía que no podía ganar la batalla, que alguien le daría un azote de aviso, si él no hacía lo que ellos querían. Barón oyó, a sus espaldas, el horrible «clanc» que significaba que Marion había quedado ya dentro del ascensor y que, por lo tanto, se había ido. Algunos gimieron, cuando Barón cruzó la sala de estar, y otros rieron, mientras la barahúnda volvía a comenzar más ruidosa y alegre que antes. Barón se dirigió directamente al dormitorio de su amo, que se encontraba en el otro extremo de la sala de estar, opuesto a aquel en el que se encontraba el dormitorio de Bubsy. La puerta estaba cerrada pero Barón sabía abrirla mediante la manecilla horizontal, siempre que no estuviera echada la llave, ya que no sabía manejar la llave que sobresalía debajo de la manecilla, a pesar de que a menudo lo había intentado. La puerta se abrió. Quizá esa noche Bubsy había mostrado el cuarto a alguno de sus invitados. Barón entró e inhaló aire, que todavía olía levemente al tabaco de la pipa de su amo. En la gran mesa escritorio estaba la máquina de escribir de su amo, ahora cubierta con un paño a lunares, parecido al que cubría el cesto-cama de Barón, en el cuarto libre. Pero Barón se sentía tan feliz, y quizá incluso más durmiendo ahí, en la alfombra, cerca de la mesa escritorio como había hecho a menudo mientras su amo trabajaba. Pero Bubsy, con mala intención, solía tener el aposento de su amo cerrado con llave.

Barón se enroscó en la alfombra y apoyó la cabeza en el suelo, quedando con la nariz casi pegada a la pata de la silla de su amo. Suspiró, súbitamente embargado por

las emociones experimentadas en los últimos minutos. Pensó en Marion, recordó las felices mañanas en que ésta los visitaba, y en las que su amo y Bubsy habían preparado huevos con tocino o pasteles calientes, y luego se habían ido a dar un paseo por el Parque Central. Allí, Barón salía lanzarse al agua y recobrar los palos que Marion arrojaba al lago. Y Barón recordaba un crucero especialmente feliz, con la cubierta del buque iluminada por el sol, en compañía de su amo y de Marion (antes de los tiempos de Bubsy), efectuado cuando Barón era joven, ágil y apuesto, popular entre los pasajeros, y mimado por los camareros del barco, quienes llevaban bistecs enteros a la cabina que ocupaban Eddie y Barón. Éste recordaba los paseos por una ciudad de blancos muros, con muchas casas blancas, y con olores que jamás había olido y que nunca volvería a oler... Y también recordaba un paseo en barca, durante el que ésta se balanceó, y él recibió espuma del mar en la cara, y una isla en la que las calles estaban adoquinadas, isla que él llegó a conocer en su integridad, y por la que vagaba a su antojo. Oyó de nuevo la voz de su amo hablándole con calma, haciéndole preguntas... Barón oyó el fantasmal teclear de la máquina... Luego, se durmió.

Lo despertaron las toses de Bubsy. Luego oyó las trabajosas y silbantes inhalaciones de aire de Bubsy. En la casa había silencio. Bubsy paseaba arriba y abajo, en su aposento. Barón se puso en pie, y sacudió el cuerpo para despertarse. Salió del cuarto, para no pasar la noche entera encerrado, y anduvo hacia la sala de estar, pero le repelió el olor a humo de cigarrillos, Barón fue a la cocina, bebió un poco de agua de su cuenco, olisqueó los restos de cierto enlatado alimento para perros, y dio media vuelta, encaminándose hacia el cuarto libre, en donde tenía su cama. De buena gana hubiera comido algo; le habría gustado comer restos de un bistec, o roer el hueso de una costilla de cordero. En los últimos tiempos Bubsy cenaba fuera de casa muy a menudo, no se llevaba a Barón consigo, y la alimentaba casi siempre con comida enlatada. ¡El amo de Barón hubiera acabado terminantemente con semejante,, comportamiento! Barón se enroscó en su cesto.

La máquina de Bubsy zumbaba. De vez en cuando la máquina hacía clic-clic. Bubsy se sonó las narices, lo cual era señal de que se sentía mejor.

Bubsy no iba a trabajar, y bien se podía decir que no trabajaba, si por trabajo se entiende lo que hacía Eddie, que se pasaba varias horas al día sentado ante la máquina de escribir, y en ciertas temporadas lo hacía todos los días de la semana. Bubsy se levantaba a media mañana, se preparaba té con tostadas, se sentaba cubierto con su bata de seda, y así leía el periódico que todavía dejaban en la puerta todas las mañanas. Y casi eran ya las doce, cuando sacaba de paseo a Barón. A esa hora, Bubsy ya había llamado por teléfono al menos dos veces, y luego salía quizá para efectuar un largo almuerzo, de todas formas lo cierto era que no regresaba hasta muy entrada la tarde. Bubsy había estado relacionado en cierta manera, aunque Barón no sabía cuál, con el teatro. Pero cuando el amo de Barón conoció a Bubsy, Barón y su amo lo visitaron un par de veces entre las ajetreadas bambalinas de un teatro de Nueva York. Entonces, Bubsy se portó con más amabilidad, como Barón recordaba muy bien, y siempre parecía dispuesto a llevarlo de paseo, a limpiarle las orejas, y a peinarle el tupé que se alzaba en la parte superior de su cabeza, un tupé de rizado pelo negro, debido a que, en aquellos tiempos, Bubsy estaba orgulloso de lucir a Barón por la calle. En la flor de su juventud, Barón había ganado uno o dos premios en el Madison Square Garden, de ello hacía ya muchos años. ¡Oh, tiempos felices! Sus dos copas de

plata y sus dos o tres medallas ocupaban un lugar de honor en la estantería con libros que se encontraba en la sala de estar, pero, ahora, hacía ya varias semanas que la doncella no había limpiado aquellos trofeos. A veces, Eddie los mostraba a sus visitantes, y un par de veces, riendo, había servido a Barón los bizcochos del desayuno con leche, en una de aquellas copas. Barón recordó que, ahora, no había bizcochos en la casa.

¿A santo de qué Bubsy se empeñaba en conservarlo, a él, cuando en realidad no lo quería? Barón sospechaba que ello se debía a que con ello Bubsy podía seguir amparándose en su amo, que había sido un hombre más importante que él, lo que significaba más amado y más respetado por más personas. Durante los días horribles de la enfermedad de su amo, y después de su muerte, la persona en quien Barón buscó consuelo fue Marion y no Bubsy. Barón pensaba que su amo había deseado, y probablemente lo había dicho con toda claridad, que Barón se fuera a vivir con Marion, cuando él muriese. Bubsy siempre había tenido celos de Barón, y éste se veía obligado a reconocer que también él había tenido celos de Bubsy. Ahora bien, el problema radicaba en si él, Barón, viviría con Marion o con Bubsy. Esto Barón lo veía muy claro, ya que no tenía un pelo de tonto. Y por eso, Marion y Bubsy se habían peleado constantemente, desde la muerte de Eddie.

Abajo, en la calle, un automóvil pasó ruidosamente sobre una tapa metálica de alcantarilla. Desde el aposento de Bubsy le llegaba el sonido de silbantes inhalaciones; la máquina estaba desenchufada. Barón tenía sed y pensó en tomar un par de tragos más, pero se sentía muy cansado y se limitó a pasarse la lengua por el hocico. Luego, cerró los ojos. Le dolía una muela. La vejez era horrible. Barón había tenido dos esposas, pero de ello hacía tanto tiempo que apenas se acordaba. Y había tenido muchos hijos, quizá doce. Las fotografías de muchos de ellos estaban en la sala de estar, y sobre la mesa de su amo había una foto en la que aparecía Barón en compañía de tres de sus vástagos.

Barón despertó de una pesadilla, lanzando gruñidos. Miró alrededor, desorientado en la oscuridad. Realmente había ocurrido. No, no había sido un mal sueño. Pero sí, había ocurrido. Hacía de ello pocos días. Bubsy había despertado a Barón, que estaba echando una cabezada; correa en mano, dispuesto a sacarlo a la calle, y Barón, llevado quizá por un arrebato de malhumor en aquel instante, debido a que lo habían despertado, había gruñido de una manera terrible, sin levantar la cabeza del suelo. Y Bubsy había retrocedido lentamente. Más tarde, aquel mismo día, Bubsy, con la correa doblada en la mano, había recordado a Barón su mal comportamiento, y había azotado el aire con la correa. Barón-no se inmutó, limitándose a contemplar a Bubsy con helado desprecio. De esta manera se habían mirado, sin que nada ocurriera, pero Bubsy fue el primero en retirarse.

¿Conseguiría algo, si se lanzaba a la lucha? La idea tensó los viejos músculos de Barón; pero no pudo trazar planes, no podía prever el futuro con claridad, y poco tardó en estar dormido de nuevo.

Aquel día, después del atardecer, Barón quedó sorprendido por un delicioso plato de bistec crudo, cortado en cómodas porciones, y después por un paseo durante el cual Bubsy le habló en tono amable. Subieron a un taxi. Recorrieron una larga distancia. ¿Cabía la posibilidad de que se dirigieran al piso de Marion? El piso de ella estaba muy lejos, según recordaba Barón desde los tiempos en que Eddie vivía. Pero

Bubsy jamás iba a casa de Marion. Sin embargo, cuando el taxi se detuvo y los dos se apearon, Barón reconoció la carnicería, todavía abierta, que olía a especias y a carne. ¡Estaban realmente ante la casa en que vivía Marion! Barón comenzó a menear la cola. Alzó más la cabeza, y tiró de Bubsy hacia la puerta de la derecha.

Bubsy oprimió un timbre, en la puerta sonó un zumbido, y los dos subieron tres pisos, yendo Barón delante, jadeante y feliz, tirando de Bubsy.

Marion abrió la puerta. Barón se alzó, sosteniéndose sólo con sus patas traseras, teniendo buen cuidado de no rascar con sus uñas el vestido de Marion, y ella le cogió las manos.

-¡Hola, Barón! ¡Hooo-la! ¡Pasa, pasa!

El piso de Marion tenía el techo muy alto y olía a aceite y a aguarrás. Había grandes y cómodos sofás, así como sillas, en donde Barón sabía que le estaba permitido tumbarse, si así lo deseaba. Pero allí se encontraba un hombre desconocido que se puso en pie cuando ellos entraron. Marion presentó a Bubsy al desconocido, y los dos se estrecharon la mano. Los dos hombres se pusieron a hablar. Marion fue a la cocina y llenó de leche un cuenco para Barón, y también le dio un hueso que tenía guardado en la nevera, envuelto en papel encerado. Marion dijo algo que Barón interpretó de la siguiente manera: «Estás en tu casa. Chupa el hueso donde prefieras.»

Barón prefirió chupar el hueso a los pies de Marion, tan pronto ésta se hubo sentado.

La conversación se hizo más y más acalorada. Bubsy extrajo unos papeles del bolsillo, y ahora estaba en pie, con la cara más sonrojada que de costumbre, y agitando sus rubios rizos.

-No hay nada... absolutamente nada... No, no... Esta última era la palabra favorita de Bubsy; «No.»

-Es que no se trata de eso... -dijo Marion.

Entonces el otro hombre dijo algo con más calma que Bubsy y Marion. Barón siguió royendo su hueso, procurando no emplear la muela que le dolía. El desconocido pronunció un largo discurso, que Bubsy interrumpió un par de veces, pero, al fin Bubsy se calló y escuchó. Marion estaba muy tensa.

-¿No? -Ahora, no.

Sí, Barón conocía muy bien estas palabras. Miró a Marion que tenía la cara algo sonrojada pero muchísimo menos de lo que estaba la de Bubsy. ;sólo el otro hombre guardaba la calma.. También sostenía papeles en la mano. ¿Qué ocurriría ahora? Barón asociaba la palabra «ahora» con órdenes de notable importancia para él.

Bubsy extendió las dos manos palma hacia el suelo y dijo:

-No.

Luego añadió muchas más palabras.

Muy pocos minutos después la correa quedaba prendida en el collar de Barón, y éste era arrastrado -suavemente, pero arrastrado, a fin de cuentas- por Bubsy hacia la puerta. Barón clavó las patas en el suelo, tan pronto se dio cuenta de lo que le estaba ocurriendo. ¡No quería irse! Su visita a Marion apenas había comenzado. Miró por encima del hombro y pidió ayuda a Marion. El desconocido meneó la cabeza y encendió un cigarrillo, Bubsy y Marion se hablaban al mismo tiempo, el uno al otro, casi gritando. Marion crispó los puños. Pero abrió una mano para dar unas cariñosas

palmaditas a Barón, y le dijo algo amable, antes de que se encontrara fuera de la casa y con la puerta cerrada.

Bubsy y Barón cruzaron la ancha calle, y entraron en un bar. Allí la música era muy fuerte, y el lugar olía muy mal, salvo en lo referente a un aroma a bistec recién hecho. Bubsy bebió y murmuró para sí un par de veces.

Luego, Bubsy izó a Barón al interior de un taxi. Lo izó ya que, al entrar, Barón perdió pie y se quedó espatarrado, de una manera muy poco elegante, golpeándose la mandíbula contra el suelo del taxi. Bubsy estaba de un humor infernal. Y varias emociones agitaban el corazón de Barón: indignación, pesar por no haber podido estar más tiempo en compañía de Marion, y odio hacia Bubsy. Barón echó una ojeada a las dos ventanillas (las dos casi cerradas), como si pensara en saltar por una, a pesar de que Bubsy se había enroscado la correa con dos vueltas a su muñeca, y los edificios a uno y otro lado desfilaban hacia atrás, a gran velocidad. Cuando llegaron, Bubsy soltó un poco la correa para así agradar a los porteros quienes siempre saludaban a Barón llamándolo por su nombre. Bubsy estaba tan agitado, tan sin resuello, que apenas pudo dirigir la palabra a los porteros. Barón sabía que Bubsy sufría, pero no le tenía la menor lástima.

Una vez en el piso, se derrumbó inmediatamente en un sillón, quedando con la boca abierta. Arrastrando la correa, Barón recorrió tristemente la sala de estar, dudó al encontrarse ante la puerta del aposento de su amo, y, por fin, entró. Se derrumbó en la alfombra junto a la silla. De nuevo estaba allí. ¡Cuán breve había sido su placentera estancia en casa de Marion! Oyó los sonidos de la trabajosa respiración de Bubsy, ahora ya en su dormitorio, desnudándose, o, por lo menos, quitándose la chaqueta y arrancándose la corbata. Luego, Barón oyó el ruido de la máquina al ser enchufada. Buuuuuss... Clic-clic. El gemido de un sillón. Sin la menor duda, Bubsy estaba en el sillón junto a su cama, sosteniendo la mascarilla contra su cara.

Sediento, Barón se levantó para ir a la cocina. La correa, concretamente el lazo en que terminaba, quedó trabada debajo de la puerta, deteniendo así su avance. Paciente, volvió a entrar en el cuarto, extrajo de debajo de la puerta la correa, y salió rozando con el costado la parte derecha del marco a fin de que el incidente no se repitiera. Lo ocurrido le había recordado los desagradables trucos o bromitas que Bubsy le había gastado cuando Barón era más joven. Desde luego, él también le había hecho unas cuantas jugarretas a Bubsy, haciéndole tropezar, con gran destreza, mientras Barón se dedicaba únicamente, al parecer, a jugar con una pelota. Ahora, Barón estaba muy cansado. Le dolían las patas traseras y cojeaba. Le dolían varias muelas. Había roído con excesivo entusiasmo aquel hueso. Bebió íntegramente el contenido del cuenco -que estaba sólo mediado y con el agua pasada-, y, al salir de la cocina, la correa volvió a quedar trabada, igual que antes, pero en la puerta de la cocina. En aquel preciso instante, Bubsy salió tosiendo de su aposento con paso inseguro camino del cuarto de baño, y pisó con todo su peso la pata delantera de Barón, Éste lanzó un grito de dolor, ya que el pisotón realmente le hizo daño, y casi le quebró los dedos de la pata.

Bubsy le atizó una patada y lo insultó.

Barón -como impulsado por un misterioso resorte- dio un salto y hundió los dientes, a través del pantalón, en la parte inferior de la pantorrilla de Bubsy.

Este chilló, y atizó a Barón un puñetazo en la cabeza. Esto motivó que Barón se enfureciera, y Bubsy le atizó otra patada aunque en esta ocasión no lo alcanzó. Bubsy jadeaba. Barón lo contempló cómo entraba en el cuarto de baño, sabedor de que iba en busca de una toalla mojada, para ponérsela en la cara.

De repente, Barón se sintió pletórico de energías. ¿De dónde habían surgido? Quedó quieto, con las patas delanteras separadas, mostrando sus doloridos dientes, y retenido por la correa, a su vez trabada debajo de la puerta de la cocina. Cuando Bubsy reapareció con la goteante toalla oprimida contra la frente, Barón lanzó los más profundos gruñidos de que era capaz. Bubsy pasó ante él, tambaleándose, y entró en su aposento. Barón oyó el ruido que Bubsy produjo al derrumbarse sobre la cama. Después Barón regresó despacio al interior de la cocina, con la finalidad de no empeorar todavía más la situación en que la correa lo había puesto. En esta ocasión, la correa estaba firmemente trabada, y no había espacio suficiente, en el caso de que Barón tirara de ella en dirección a la pileta para destrabarla. Barón cogió-la correa con sus muelas y tiró de ella. La correa resbaló por entre sus muelas. Probó con las del otro lado, y de un solo tirón liberó la correa. Este último lado era el que Barón tenía en peor estado por lo que las muelas le dolieron de una forma terrible. Se agazapó en el suelo, con los ojos cerrados durante unos instantes, como jamás se hubiera agazapado ante Bubsy ni ante nadie. Pero el dolor es el dolor. Terrible. Incluso las orejas se le estremecían, pero no gimió. Recordaba un dolor parecido que le había infligido Bubsy. ¿O acaso esto último no era verdad? De todas maneras, el dolor le recordó a Bubsy.

Cuando el dolor comenzó a menguar, Barón se puso en pie para defenderse de Bubsy, quien podía reaparecer en cualquier instante. Anduvo cautelosamente hacia la sala de estar, arrastrando la correa en línea recta. Luego se orientó hacia el cuarto de Bubsy y se tumbó con la mandíbula sobre sus patas delanteras, y esperó con el oído atento y los ojos abiertos de par en par.

Bubsy tosió. Era la clase de tos que indicaba que ya se había quitado la mascarilla y que se encontraba mejor. Bubsy se estaba levantando. Probablemente iría a la sala de estar para tomarse una copa de champaña. Las patas traseras de Barón se tensaron, y realmente se hubiera ido a otro sitio más discreto, si no hubiera sido por el temor que sentía en algún recoveco de su cabeza a que la correa se trabara en cualquier otro lugar. Bubsy se acercó tosiendo, y tuvo que apoyar una mano en la pared para erguirse. Con la mano libre Bubsy hizo un ademán de amenaza, y ordenó a Barón que se apartara de su camino.

Barón previó que iba a recibir una patada en la cara, y sin pensarlo más se abalanzó contra la cintura de Bubsy y le clavó los dientes. Bubsy cayó, cogiendo con una mano el espinazo de Barón. Lucharon en el suelo. Bubsy lanzaba golpes, pero la mayoría de ellos no daban en el blanco. Barón daba dentelladas, pero tampoco alcanzaban su objetivo. Pero Barón quedó en la sala de estar, en tanto que Bubsy emprendía la retirada hacia su aposento.. Acto seguido Barón siguió a Bubsy. Éste cogió un jarrón y lo estampó en mitad de la cabeza a Barón, el cual perdió de vista cuanto le rodeaba, y durante unos segundos sólo vio puntitos plateados. Tan pronto recuperó un poco la vista, se abalanzó sobre Bubsy, cuyas piernas colgaban a un lado de la cama.

Librodot

Barón se quedó corto en su salto, y sus dientes atenazaron el tubo de goma de la máquina, y no la pierna de Bubsy. Barón oprimió los dientes y sacudió enérgicamente la cabeza. Hasta tal punto le parecía que el tubo era Bubsy y que estaba hecho de la mismísima carne de él. Bubsy amaba aquel tubo, dependía de él, y la gruesa goma comenzaba a ceder despacio, igual que la carne humana. Bubsy, con la máscara en la cara, atizó una patada a Barón, pero no le dio. Entonces, el tubo se partió y Barón cayó suavemente al suelo.

Bubsy buscó a tientas el nuevo extremo del tubo, e intentó metérselo en la boca, pero estaba desgarrado y con multitud de orificios, por lo que renunció, y quedó inerte tumbado en la cama, jadeando como un perro. La sangre brotaba despacio por entre el pelo de la parte superior de la cabeza de Barón. Tambaleándose, éste avanzó hacia la puerta, y por un instante volvió la cabeza, la lengua pendiente y con los latidos del corazón estremeciendo todo su cuerpo. Barón se tumbó en el suelo, y allí se le vidriaron los ojos hasta tal punto que ya no podía distinguir la cama con las piernasde Bubsy colgando a un lado de ella. Pero Barón no cerró los ojos. Pasaron diez minutos. Su respiración se fue acompasando. Aguzó el oído, y no oyó nada. ¿Se habría dormido Bubsy?

Barón durmió sólo a medias, conservando instintivamente cuantas fuerzas le quedaban. No llegó a los oídos de Barón ningún sonido producido por Bubsy, y por fin los nervios de su cuello le dijeron que estaba en presencia de la muerte.

Al alba, Barón se adentró en la sala de estar como un perro muy viejo, caída la cabeza y las piernas temblorosas. Se tumbó de costado, más cansado de lo que jamás se había sentido. Pronto comenzó a sonar el teléfono. Barón apenas levantó la cabeza al oír el primer timbrazo, pero luego prestó más atención. El teléfono dejó de sonar. Luego volvió a repiquetear. Esto ocurrió varias veces. Barón sentía latir la parte superior de su cabeza.

Por la tarde, llegó la mujer que limpiaba el apartamento dos veces por semana -Barón reconoció sus pasos en el descansillo-, y tocó el timbre, a pesar de que, como sabía Barón, tenía la llave. Al mismo tiempo se oyó el sonido de la puerta de otro ascensor, sonaron otros pasos en el descansillo y, después, voces. La puerta del apartamento se abrió y la mujer, cuyo nombre era Lisa o algo de parecido sonido, entró en compañía de dos hombres amigos de Bubsy. Todos se sorprendieron al ver a Barón en pie en la sala de estar, con la correa colgando del collar. Se alarmaron al ver manchas de sangre en la alfombra, y Barón se acordó vagamente de los primeros meses de su vida, cuando hacía lo que su amo llamaba «equivocaciones» en la alfombra. -¡Bubsy!

-Bubsy, ¿dónde estás?

Encontraron a Bubsy pocos segundos después. Uno de los dos hombres recién llegados fue corriendo a la sala de estar y cogió el teléfono. Barón se dio cuenta de que aquel hombre era el mismo que había llevado gruesos pantalones peludos, y que lo había sacado a tomar el aire, en ocasión de la última fiesta dada por Bubsy. Nadie prestó la menor atención a Barón, pero, cuando éste entró en la cocina, vio que Lisa había puesto comida para él y le había llenado el cuenco de agua. Barón bebió un poco. Lisa le quitó la correa y le dijo unas palabras amables. Llegó otro hombre, un desconocido. Entró en el dormitorio de Bubsy. Luego, este hombre miró a Barón, pero no lo tocó y también miró la mancha de sangre en la alfombra. Después llegaron dos

hombres vestidos de blanco, y se llevaron a Bubsy, cubierto con una sábana, en una camilla, exactamente igual que, según recordaba Barón, se habían llevado a su amo, aunque éste estaba vivo cuando lo hicieran. Barón no experimentó emoción alguna al ver que Bubsy partía de aquella misma manera. El hombre joven hizo otra llamada telefónica. Barón oyó el nombre de Marion, y se le levantaron las orejas.

El hombre colgó el teléfono y dirigió una extraña sonrisa a Barón. No se trataba de una sonrisa de felicidad. ¿En qué estaría pensando? Aquel hombre prendió la correa al collar de Barón. Bajaron los dos a la calle y tomaron un taxi. Entraron en un despacho que Barón supo al instante que se trataba del consultorio de un veterinario. Este clavó una aguja en el cuerpo de Barón. Cuando éste despertó, se encontró yacente en otra mesa, e intentó ponerse en pie, aunque no pudo conseguirlo del todo. Luego vomitó parte del agua que había tomado. El amigo de Bubsy seguía a su lado. Cogió a Barón y se lo llevó con él. Tornaron otro taxi.

La brisa que entraba por la ventanilla reanimó a Barón, quien sintió más y más interés a medida que el taxi iba avanzando en su trayecto. ¿Sería posible que fueran a casa de Marion?

¡Así era! El taxi se detuvo. ¡Allí estaba la carnicería! ¡Y allí estaba Marion, esperando en la acera! Barón se debatió en los brazos del hombre y cayó al suelo. ¡Qué tonto! ¡Qué vergüenza! Pero consiguió ponerse en pie, con las piernas todavía inseguras, y saludó a Marion meneando la cola y con un lametazo en la mano.

-¡Oh, Barón, Barón! -exclamó Marion.

Y éste supo que Marion decía algo tranquilizante, con referencia al corte que Barón tenía en la cabeza (corte que ahora llevaba vendado, e incluso el vendaje le llegaba hasta la mandíbula). Barón sabía que su herida carecía de importancia, principalmente si se tenía en cuenta que estaba en compañía de Marion y que, tenía certeza de ello, se quedaría con ella. Marion y el hombre que lo había llevado allá hablaban, y no cabía la menor duda de que el hombre se estaba despidiendo. El hombre dio una palmada en la paletilla a Barón, y le dijo: «Adiós, Barón», pero se lo dijo en tono que era solamente cortés. A fin de cuentas, aquel hombre era más amigo de Bubsy que de Barón. Este levantó la cabeza, dirigió un lametazo a la mano del hombre, pero no acertó.

Luego, Marion y Barón entraron en la tienda del carnicero. Éste sonrió, cogió una pata de Barón y se la sacudió igual que si le chocara la mano, diciendo algo referente a la cabeza de Barón. El carnicero cortó un bistec que entregó a Marion.

Marion y Barón subieron la escalera, lo que ella hizo despacio para no apartarse de Barón. Abrió la puerta del piso de alto techo y con penetrante olor a aguarrás, que él había llegado a amar. Barón comió un poco de bistec y luego se durmió en uno de los grandes sofás. Al despertar parpadeó. Acababa de tener un sueño, en modo alguno agradable, acerca de Bubsy y de un montón de gente ruidosa, pero ya se había olvidado del sueño. Lo que tenía a su alrededor era real: Marion en pie ante su mesa de trabajo, lo miraba de vez en cuando, debido a que Barón había levantado la cabeza, pero Marion volvía a centrar su atención en su trabajo, debido a que, ahora, Marion pensaba más en su trabajo que en Barón. Lo mismo que Eddie, pensó él. Apoyó la cabeza en sus patas delanteras, manteniendo la vista fija en Marion. Sabía que era viejo, muy viejo. La gente incluso se maravillaba, al saber lo viejo que era. Pero tenía

Librodot

la impresión de que iba a gozar de una segunda vida, y que incluso le quedaba bastante tiempo por delante.

La mayor presa de «Ming»

Ming descansaba cómodamente a los pies de la litera de su ama, cuando el hombre lo cogió por el pescuezo, lo sacó de allí, lo dejó sobre las planchas de la cubierta, y cerró la puerta de la cabina. A Ming se le dilataron los azules ojos de sorpresa y de un breve arrebato de ira. Luego casi los cerró a causa del esplendor del sol. No era la primera vez que echaban a Ming sin cortesía alguna de la cabina, y él sabía que el hombre lo hacía cuando su ama, Elaine, no lo veía.

El yate de vela no ofrecía refugio alguno contra el sol, pero Ming todavía no sentía demasiado calor. De un ágil salto, se encaramó en el techo de la cabina, y se puso sobre un rollo de cuerda que reposaba junto al mástil. A Ming le gustaba utilizar el rollo de cuerda a modo de cama, debido a que desde aquella altura podía verlo todo, la forma de copa que presentaba el rollo lo protegía de los vientos fuertes, y también atenuaba los efectos del balanceo y bruscos cambios de dirección del yate White Lark, debido a que se encontraba, más o menos, en el centro de la embarcación. Pero entonces acababan de plegar la vela, ya que Elaine y el hombre habían almorzado, y, a menudo, los dos hacían la siesta después de almorzar, momento en que según le constaba a Ming, al hombre no le gustaba que éste se encontrara en la cabina. En realidad, Ming acababa de almorzar, comiendo un delicioso pescado a la parrilla y un poco de langosta. Tumbado formando el cuerpo una relajante curva, Ming abrió la boca en un gran bostezo, y luego, con sus oblicuos ojos casi cerrados, para protegerlos del fuerte sol, contempló las castañas colinas, las blancas y rosáceas casas y los hoteles que bordeaban la bahía de Acapulco. Entre el White Lark y la playa en la que la gente chapoteaba, sin que el ruido llegara hasta la embarcación, el sol producía destellos sobre la superficie del agua, como si millares de luces eléctricas se encendieran y se apagaran. Pasó un practicante del esquí acuático dejando una estela de blanca espuma tras él. ¡Estúpida diversión! Ming dormitaba, sintiendo cómo iba penetrando el sol en su peluda piel. Él era de Nueva York y estimaba que Acapulco era mucho mejor que el entorno en que había vivido durante las primeras semanas de su vida. Recordaba una sombría caja, con paja en el fondo, en la que se encontraba en compañía de tres o cuatro gatitos más, y una ventana detrás de la cual se detenían gigantescas formas durante unos instantes, e intentaba atraer su atención, por el medio de golpear el vidrio, y luego se iban. Ming no se acordaba en absoluto de su madre. Un día, una mujer joven que olía agradablemente entró en el lugar en que Ming se encontraba y se lo llevó lejos de aquel lugar feo, con el aterrador olor a perros, a medicinas, y a excrementos de loro. Luego viajaron en algo que, ahora, Ming sabía que era un avión. En la actualidad estaba ya muy habituado a los aviones que, entre una cosa y otra, le gustaban bastante. En ellos Ming iba sentado en el regazo de Elaine, o dormía en él, y si sentía hambre siempre le daban alguna cosilla de comer.

Elaine pasaba gran parte del día en una tienda de Acapulco, en la que, de las paredes, colgaban vestidos, pantalones y prendas de baño. El lugar tenía un olor limpio y fresco, en su parte delantera había flores en macetas y cajas, y el suelo era de fresca cerámica azul y blanca. Ming gozaba de total libertad para vagabundear por el patio interior o para dormir en su cesto, en un rincón. En la parte delantera de la tienda había más sol, pero allí siempre corría el riesgo de que traviesos muchachos intentaran cogerlo por lo que Ming realmente no podía descansar.

Lo que más le gustaba era tumbarse al sol, en compañía de su ama, en una de las largas tumbonas de lona, en la terraza de su casa. Pero a Ming no le gustaban aquellas personas que su ama invitaba a veces, a su casa, personas que pasaban allí la noche, personas a montones que se quedaban hasta altas horas de la noche, comiendo y bebiendo, poniendo discos y tocando el piano, personas, a fin de cuentas, que lo alejaban de Elaine. Personas que le pisaban las zarpas, personas que a veces lo agarraban por la espalda, de manera que Ming no podía hacer nada para evitarlo, y tenía que agitar violentamente el cuerpo y luchar para liberarse, personas que para acariciarlo lo tocaban con rudeza, personas que cerraban puertas, aquí o allá, dejándolo a él encerrado. ¡Gente! Ming detestaba a la gente. Elaine era la única persona a quien quería. Elaine lo amaba y lo comprendía.

Ming detestaba de manera muy principal a aquel hombre llamado Teddie. En los últimos tiempos, Teddie estaba siempre presente. A Ming no le gustaba la manera en que Teddie lo miraba cuando Elaine estaba distraída. Y a veces, Teddie, cuando Elaine no podía oírle, dirigía en un murmullo palabras a Ming que éste sabía que eran una amenaza. O una orden de que saliera del cuarto. Ming se lo tomaba con calma. Ante todo era preciso conservar la dignidad. Además, ¿acaso su ama no estaba de su parte? Aquel hombre no era más que un intruso. Cuando Elaine estaba presente aquel hombre fingía, a veces, sentir cariño hacia Ming, pero éste siempre se apartaba de él, con cortés gracia, pero con inconfundible significado.

La siesta de Ming fue interrumpida por el sonido de la puerta de la cabina al abrirse. Oyó las risas y las palabras de Elaine y de aquel hombre. El sol, grande y anaranjado, ya estaba cerca del horizonte.

Elaine se le acercó:

-¡Ming! ¿Te estás cociendo, querido? ¡Yo creía que te encontrabas dentro!

-Sí, yo también lo creía -dijo Teddie.

Ming ronroneó como hacía siempre al despertarse. Elaine lo cogió suavemente, lo meció en sus brazos, y lo llevó a la brusca y fresca sombra de la cabina. Elaine hablaba con el hombre, y lo hacía en un tono que no era ni mucho menos amable. Puso a Ming junto a su plato con agua, y Ming, a pesar de que no tenía sed, bebió un poco para complacer a Elaine. Se sentía algo atontado por el calor, y se tambaleaba un poco.

Elaine cogió una toalla húmeda, y la pasó por la cara, las orejas y las cuatro patas de Ming. Luego lo dejó en la litera que olía al perfume de Elaine, pero también al hombre a quien Ming detestaba.

Ahora el ama de Ming y el hombre se peleaban, lo que Ming sabía por el tono de sus voces. Elaine se quedó al lado de Ming, sentada en el borde de la litera. Por fin, Ming oyó el sonido de salpicón de agua que significaba que Teddie se había arrojado al mar. Albergó esperanzas de que el hombre se quedara para siempre en el mar, que

se ahogara, que jamás regresara. Elaine mojó una toalla de baño en la pileta de aluminio, la escurrió y la extendió sobre la litera, poniendo a Ming encima. Luego le trajo agua, y Ming, que tenía sed, bebió. Elaine lo dejó para que Ming durmiera, mientras ella lavaba y ponía a secar los platos, produciendo con ello unos confortantes sonidos que a Ming le gustaba oír.

Pero pronto se oyó otro plas y un pop, seguidos del sonido de los mojados pies de Teddie en la cubierta, y Ming volvió a despertarse.

El tono de pelea en las voces volvió a comenzar. Elaine subió los peldaños que llevaban a cubierta. Ming, en tensión, pero con la cabeza reposando aún en la húmeda toalla, mantenía la vista fija en la puerta de la cabina. Oyó el sonido de los pies de Teddie descendiendo los peldaños. Ming levantó levemente la cabeza, consciente de que no tenía salida a sus espaldas, que estaba acosado, allí, en la cabina. Con una toalla en la mano, el hombre se detuvo y lo miró.

Ming se relajó completamente, como solía hacer antes de bostezar, lo que motivó que se pusiera levemente bizco; luego, permitió que su lengua sobresaliera un poco por entre los labios. El hombre comenzó a decir algo, y causaba la impresión de querer arrojar la empapada toalla contra Ming, pero dudó, y aquello que el hombre se disponía a decir no fue jamás formulado por sus labios. El hombre arrojó la toalla en la pileta, y luego se inclinó para lavarse la cara. No era la primera vez que Ming sacaba la lengua ante las narices de aquel hombre. Mucha era la gente que se reía cuando Ming hacía esto, principalmente cuando era gente que asistía a una fiesta, y esto a Ming le gustaba bastante, pero tenía la impresión de que el hombre lo interpretaba como un gesto de hostilidad, lo que constituía la razón por la que Ming sacaba la lengua deliberadamente ante Teddie, en tanto que, en otras ocasiones, Ming la sacaba de una manera puramente accidental.

La pelea prosiguió. Elaine preparó café. Ming comenzó a sentirse mejor y subió a cubierta una vez más, debido a que el sol ya se había puesto. Elaine puso en marcha el motor, y el yate comenzó a deslizarse hacia la playa. Ming oía el canto de los pájaros, así como unos extraños chillidos, como frases agrias, que ciertos pájaros lanzaban únicamente al anochecer. Ming contemplaba con placer la perspectiva de volver a encontrarse en la casa de adobe, en el acantilado, que era el hogar compartido por su ama y él. Le constaba que la razón por la que su ama no lo dejaba en casa (donde Ming se sentía más cómodo) cuando salía en el yate estribaba en que temía que alguien secuestrara a Ming e incluso que lo mataran. Ming lo comprendía. Había habido gente que intentó apoderarse de él, incluso ante la vista de la propia Elaine. En cierta ocasión, lo habían metido bruscamente en un saco de tela, y a pesar de que Ming luchó con todas sus fuerzas, dudaba mucho de que hubiera podido reconquistar la libertad si Elaine no hubiera golpeado al muchacho y le hubiera quitado el saco.

Ming intentó saltar de nuevo a la techumbre de la cabina, pero después de echarle una ojeada, decidió no malgastar fuerzas, y se agazapó en la caliente cubierta, en leve descenso, con las patas delanteras debajo del cuerpo y la mirada fija en la playa que se acercaba constantemente. A los oídos

de Ming llegaba la música de guitarra que sonaba en la playa. Las voces de su ama y del hombre habían dejado de sonar. Durante unos instantes el único sonido fue el chuc-chuc-chuc del motor de la embarcación. Luego, Ming oyó el sonido de los desnudos pies del hombre al subir los peldaños de la cabina. Ming no volvió la cabeza

Librodot

para mirarlo, pero sus orejas se agacharon un poco, espasmódicamente, tan sólo por instinto. Ming miró el agua que se hallaba ante él, a una distancia de un corto salto hacia abajo. Cosa rara, el hombre que se encontraba a sus espaldas no producía el menor sonido. Ming sintió picor en el pelo del pescuezo, y miró hacia atrás, por encima del hombro derecho.

En aquel instante, el hombre se inclinó al frente, abalanzándose sobre Ming, con los brazos abiertos.

Ming se puso en pie al instante, lanzándose hacia el hombre, en la única dirección de seguridad que se le ofrecía en la cubierta carente de barandas, y el hombre balanceó hacia adelante el brazo izquierdo, golpeando en el pecho a Ming, quien salió volando hacia atrás, y sus garras arañaron las planchas de la cubierta, pero sus patas traseras quedaron fuera de la embarcación. Ming se aferró con sus zarpas delanteras en las resbaladizas maderas que le ofrecían poco sostén mientras que se esforzaba en izarse a bordo con las traseras, clavándose en las tablas del casco, que se encontraban en una posición inclinada que en nada favorecía a Ming.

El hombre avanzó con la idea de pisotearle las patas delanteras, pero en aquel preciso instante llegó Elaine, procedente de la cabina:

-¿Qué ocurre? ¡Ming!

Poco a poco, las fuertes patas traseras de Ming lo impulsaban hacia la cubierta. El hombre se había arrodillado fingiendo que ayudaba a Ming. Elaine también se había arrodillado y lo sostenía por la piel del pescuezo.

Ming, ya en cubierta, relajó los músculos. Se había mojado la cola.

-Se ha caído por la borda -dijo Teddie-. Es verdad, está atontado. Sí, ha resbalado y se ha caído, en el momento en que el yate ha dado un bandazo.

-Es el sol. Pobre Ming. Teddie, ocúpate del timón, por favor.

Elaine oprimió al gato contra su pecho, y así lo llevó a la cabina.

Luego, el hombre también bajó. Elaine había puesto a Ming en la litera y le hablaba dulcemente. El corazón de Ming todavía latía de prisa. Ming estaba alerta, vigilando al hombre que sostenía la rueda del timón en sus manos, a pesar de que Elaine se encontraba a su lado. Ming se había dado cuenta de que se encontraban en la pequeña ensenada en la que siempre entraban, antes de saltar a tierra.

Allí se encontraban los amigos y aliados de Teddie, a los que Ming detestaba por asociación, a pesar de que se trataba tan sólo de jóvenes mejicanos. Dos o tres muchachos con pantalones cortos gritaron «¡Señor Teddie!», ayudaron a Elaine a saltar al muelle, se hicieron cargo de la cuerda para atracar la embarcación, y se ofrecieron para llevar a «¡Ming, Ming!». Por su parte, éste saltó al muelle y se agazapó en espera de que llegara Elaine, dispuesto a huir a velocidad de rayo, en el caso de que otras manos intentaran tocarlo. Y eran varias las manos morenas que se adelantaban veloces hacia él, por lo que tuvo que dar saltos a uno y otro lado, para hurtarse a ellas. Se oyeron risas, gritos, y sonido de golpes de pies desnudos contra planchas de madera. Pero también se oyó la tranquilizante voz de Elaine, apartando a los muchachos. Ming sabía que Elaine estaba ocupada con las bolsas de plástico, y cerrando la puerta de la cabina. Con la ayuda de un muchacho mejicano, Teddie ponía la cubierta de lona sobre la cabina. Y, por fin, los pies de Elaine, calzados con sandalias, quedaron junto a Ming que la siguió. Un muchacho se hizo cargo de los objetos que Elaine llevaba y entonces, ésta tomó en brazos a Ming.

Entraron en el gran automóvil sin techo, que era de Teddie, y ascendieron por la sinuosa carretera camino de la casa de Elaine y Ming. Uno de los muchachos conducía. Ahora, Elaine y Teddie hablaban en un tono más tranquilo y suave. Teddie reía. Ming, tenso, iba sentado en el regazo de su ama. Se daba cuenta de que Elaine se preocupaba por él, gracias a la manera en que le acariciaba el cogote y le tocaba el cuerpo. Teddie alargó la mano y tocó la espalda de Ming, lo que motivó que éste emitiera un largo gruñido que se alzó, descendió y retumbó profundamente en su garganta.

Fingiendo que la reacción de Ming le divertía, el hombre dijo:

-Vaya, vaya...

Y retiró la mano.

La voz de Elaine dejó de sonar a mitad de una frase que estaba diciendo. Ming estaba cansado y sólo deseaba poder dormir un rato en la gran cama que había en su casa. La cama estaba cubierta por una manta delgada, de lana, a rayas rojas y blancas.

Mientras Ming estaba ocupado en estos pensamientos, se encontró en la fresca y fragante atmósfera de su casa, en donde lo dejaron suavemente sobre la cama con la suave manta de lana. Su ama le dio un beso en el cogote, y dijo una frase en la que se encontraba la palabra «hambre». Por lo menos, así lo entendió Ming. Sí, cuando tuviera hambre debía decírselo a Elaine.

Ming dormitó, y cuando despertó oyó el sonido de voces en la terraza, a un par de metros del lugar en que él se encontraba, más allá de las puertas de vidrio. Ya había oscurecido. Ming podía ver un extremo de la mesa, y, por la calidad de la luz tenía la seguridad de que estaba iluminada con velas. Concha, la criada que dormía en casa, estaba levantando la mesa. Ming oyó su voz y luego la de Elaine y la del hombre. Al olfato de Ming llegó el olor a humo de cigarro. Saltó de la cama, quedó agazapado en el suelo y en esta postura estuvo mirando durante un rato la puerta que conducía a la terraza. Bostezó, arqueó el lomo y se desperezó, reanimando sus músculos por el medio de clavar las garras en la gruesa alfombra de paja. Luego, deslizándose silenciosamente pasó al extremo derecho de la terraza, y por la escalera de peldaños de piedra descendió al jardín que era como una selva o un bosque. Los aguacates y los mangos crecían. hasta alcanzar casi la altura de la terraza; contra la pared había buganvilias, en los árboles había orquídeas, y Elaine había plantado varias magnolias y camelias. A los oídos de Ming llegaba el sonido de los parloteos de los pájaros, y de los movimientos que hacían en sus nidos. A veces, Ming se subía a los árboles para atacar los nidos de los pájaros, pero hoy no estaba de humor para ello, a pesar de que había dejado de sentirse cansado. Las voces de su ama y del hombre lo preocupaban. Evidentemente, aquella noche su ama no era amiga del hombre.

Concha probablemente se encontraba aún en la cocina, por lo que Ming decidió ir allá y pedir que le diera algo de comer. En cierta ocasión, su ama despidió a una criada, por no tener simpatía a Ming. Pensó que un poco de cerdo asado no le iría mal. Cerdo asado era precisamente lo que Elaine y el hombre habían comido en la cena. Procedente del océano soplaba una fresca brisa que alzó un poco el pelo de Ming. Ahora, se sentía totalmente recuperado de la terrible experiencia de haberle faltado muy poco para ir a parar al agua.

No había nadie en la terraza y se dirigió hacia la izquierda, camino de regreso al dormitorio, e inmediatamente tuvo conciencia de la presencia del hombre, a pesar de

que la luz estaba apagada y Ming no podía verle. El hombre se encontraba en pie, junto al tocador, y abría una caja. Involuntariamente (otra vez), Ming lanzó un profundo gruñido que se alzó y descendió, luego quedó petrificado en la postura en que se encontraba en el momento en que se dio cuenta de la presencia del hombre, con la pata delantera alzada presta a iniciar el paso siguiente. Tenía las orejas aplastadas hacia atrás, y estaba dispuesto a saltar en cualquier dirección, a pesar de que el hombre no lo había visto. Pero el hombre lo vio y dijo en un murmullo:

-¡Sssss! ¡Maldito seas!

Y propinó una patada en el suelo, aunque no muy fuerte, para que el gato se fuera.

Ming no se movió y oyó el suave sonido de entrechoque producido por el collar blanco de su ama. El hombre se metió el collar en el bolsillo, luego se desplazó hacia la derecha de Ming, y desapareció por la puerta que daba a la sala de estar. Ming oyó el sonido de una botella contra un vaso, oyó el líquido al ser escanciado, y Ming cruzó la misma puerta y se dirigió a la izquierda hacia la cocina.

Allí, maulló y fue bien recibido por Elaine y Concha. Ésta había puesto la radio, y se oía música. Utilizando las raras palabras que usaba cuando se dirigía a Concha, Elaine dijo:

-¿Pescado? Cerdo, sí, el cerdo le gusta.

Ming expresó sin la menor dificultad su preferencia por el cerdo, y eso le dieron. Comenzó a comer con buen apetito. Su ama hablaba y hablaba con Concha, y ésta exclamaba: «¡Ay, ay!» Luego Concha se le acercó y lo acarició, lo que Ming toleró sin dejar de prestar atención al plato, fija la vista en él, hasta que Concha lo dejó, y Ming pudo terminar su cena. Luego, Elaine salió de la cocina. Concha le dio un poco de leche enlatada, lo cual entusiasmaba a Ming, vertiéndola en su plato ya vacío, y Ming fue lamiendo la leche. Luego, le dio las gracias a Concha por el medio de frotar su costado contra la desnuda pierna de la criada. Salió de la cocina, y penetró cautelosamente en la sala de estar, camino del dormitorio. Pero Elaine y el hombre se encontraban en la terraza. Ming acababa de entrar en el dormitorio cuando oyó que Elaine lo llamaba:

-¿Ming? ¿Dónde estás?

Ming fue hasta la puerta que daba a la terraza y se detuvo, sentándose allí.

Elaine estaba sentada de lado junto al extremo de la mesa, y la luz de las velas iluminaba su largo cabello rubio ' sus pantalones blancos. Elaine se propinó una palmada en e: muslo, y Ming saltó a su regazo.

El hombre dijo ;algo en tono bajo, algo desagradable.

Elaine replicó algo en el mismo tono. Pero rió un poco. En ese momento, sonó el teléfono.

Elaine dejó a Ming en el suelo, y se dirigió a la sala de estar, en donde se encontraba el aparato.

El hombre terminó el contenido del vaso, farfulló algo dirigido a Ming, y dejó el vaso en la mesa; se levantó e intentó rebasar a Ming, dando un breve rodeo, o quizá dirigirse al borde de la terraza. Ming se dio cuenta de que el hombre estaba borracho, ya que se movía despacio y con torpeza. La terraza tenía un parapeto que llegaba a la altura de la cadera del hombre, pero este parapeto quedaba sustituido en tres lugares por rejas con barrotes lo bastante distanciados entre sí para que Ming pudiera pasar

Librodot

entre ellos, a pesar de que éste jamás lo hizo, limitándose, de vez en cuando, a examinar las rejas. Ming advirtió con toda claridad que el hombre estaba efectuando una maniobra encaminada a obligarlo a pasar por entre aquellos barrotes, o bien a cogerlo y a arrojarlo por encima del parapeto. Para Ming no había nada más fácil que eludir la acción del hombre, y eso hizo. Entonces, el hombre cogió una silla y la arrojó contra Ming, dándole en la cadera. Ocurrió muy de prisa, y el golpe le dolió. Ming se dirigió hacia la salida más próxima que era la escalera que iba al jardín.

El hombre comenzó a descender los peldaños, persiguiéndolo. Sin pensarlo, Ming volvió grupas y subió de nuevo, a toda velocidad y arrimado a la pared, los pocos peldaños que había descendido. La pared estaba a oscuras y el hombre no lo vio tal como le constaba a Ming. Luego éste saltó a lo alto del parapeto de la terraza, se agazapó y se lamió una pata, aunque lo hizo una sola vez, con el fin de recuperarse y serenarse. El corazón le latía muy de prisa, igual que si estuviera peleándose. Y el odio corría por sus venas y ardía en sus ojos, mientras seguía agazapado, y escuchaba los sonidos que producía el hombre subiendo a pasos inciertos la escalera situada debajo de Ming. El hombre volvió a aparecer.

Ming tensó los músculos, dispuesto a saltar, y saltó con cuanta fuerza pudo, yendo a parar con las cuatro patas sobre el. brazo derecho del hombre, cerca del hombro. Ming se aferró a la blanca tela de la chaqueta del hombre, pero los dos cayeron. El hombre lanzó un gruñido. Ming siguió aferrado a la tela. Se oyó el sonido de ramas quebrándose. Ming perdió la noción de la dirección en que los dos se movían, no sabía distinguir lo que se encontraba arriba de lo que se encontraba abajo. Se desprendió del hombre, se dio cuenta de la dirección en que se había movido y del lugar en que se encontraba la tierra, pero lo hizo demasiado tarde, y aterrizó de costado. Casi al mismo tiempo, oyó el sordo sonido del cuerpo del hombre al golpear la tierra, y luego el del rodar un poco sobre sí mismo. Después se hizo el silencio. Ming tuvo que respirar de prisa, con la boca abierta, hasta que el pecho dejó de dolerle. Desde el lugar en que se encontraba el hombre llegaba al olfato de Ming el olor a bebida alcohólica, a cigarro y también el penetrante olor del miedo. Pero el hombre no se movía.

Ming lo veía todo muy bien. Incluso había un poco de luna. Se encaminó de nuevo hacia la escalera, y tuvo que recorrer un camino bastante largo entre arbustos, sobre piedras y arena, hasta llegar al punto en que los peldaños comenzaban. Luego ascendió deslizándose, y volvió a encontrarse en la terraza.

En aquel instante, Elaine salió a la terraza y gritó: -¿Teddie?

Luego, Elaine regresó al dormitorio, en donde encendió una luz, después, pasó a la cocina. Ming la siguió. Concha había dejado la luz abierta, pero ésta se encontraba en su dormitorio, en donde sonaba la radio.

Elaine abrió la puerta principal de la casa.

Ming advirtió que el automóvil del hombre todavía se encontraba en el sendero. A Ming había comenzado a dolerle la cadera, o, por lo menos entonces había comenzado a darse cuenta de que le dolía. Cojeaba un poco. Elaine lo notó, le tocó el lomo y le preguntó qué le pasaba. Ming se limitó a ronronear.

-¡Teddie! ¿Dónde estás? -gritó Elaine.

Elaine cogió una linterna y paseó su haz de luz por el jardín, entre los grandes troncos de los aguacates, entre las orquídeas, el espliego y las rosadas flores de las

Librodot

buganvilias. Ming, a salvo junto a Elaine, en el parapeto, seguía con la mirada el haz de luz de la linterna, y ronroneaba de satisfacción. El hombre no se encontraba directamente debajo del parapeto, sino abajo y a la derecha. Elaine se acercó a la escalera que partía de la terraza y, cautelosamente, debido a que no había barandilla, sino tan sólo anchos peldaños, dirigió el haz de luz hacia abajo. Ming no se tomó la molestia de mirar. Se quedó sentado en la terraza, exactamente en el punto en que los peldaños comenzaban. -¡Teddie! ¡Teddie! -exclamó Elaine.

Y bajó corriendo los peldaños que quedaban.

Ni siquiera entonces Ming siguió a su ama. Oyó el respingo de Elaine. Y luego su grito:

-¡Concha!

Elaine subió corriendo la escalera.

Concha había salido de su dormitorio. Elaine habló con ella y Concha se excitó mucho. Elaine descolgó el teléfono y habló brevemente. Luego, las dos bajaron al jardín. Ming se quedó en la terraza, recostado, con las patas delanteras debajo del cuerpo. El suelo de la terraza conservaba aún cierto calorcillo del sol. Llegó un automóvil. Elaine subió la escalera, y fue a abrir la puerta de la casa. Ming se mantuvo al margen de los acontecimientos, en la terraza, en un rincón oscuro, mientras tres o cuatro hombres desconocidos cruzaban la terraza y bajaban la escalera. Abajo, todos hablaron mucho, se oyó el sonido de ramas quebrándose, ruidos de pasos, y luego el olor de todos ellos ascendió la escalera, juntamente con el del tabaco, el sudor, y el conocido olor a sangre, a sangre del hombre. Ming estaba complacido, como quedaba siempre que mataba un pájaro y creaba aquel olor a sangre bajo sus propios colmillos. Esta era una presa muy grande, ciertamente. Sin que los demás se fijaran en él, Ming se puso en pie y se irguió cuan alto era, cuando por la terraza pasó el grupo con el cadáver, y Ming, alzado el hocico, inhaló el aroma de su victoria.

Luego, de repente, la casa quedó desierta. Todos se fueron, incluso Concha. Ming bebió un poco de agua, en su cuenco situado en la cocina, luego fue a la cama de su ama, se enroscó junto a las almohadas y se durmió profundamente. Lo despertó el ronroneo del motor de un coche desconocido. Luego, se abrió la puerta principal, y Ming reconoció el sonido de los pasos de Elaine y después el de los de Concha. Ming se quedó donde estaba. Elaine y Concha hablaron en voz baja durante unos minutos. Luego, Elaine entró en el dormitorio. La luz seguía encendida. Ming observó cómo Elaine abría despacio la caja que tenía en el tocador, y dejaba en su interior el collar blanco, que al caer produjo un leve sonido. Luego, Elaine cerró la caja. Comenzó a desabrocharse la blusa, pero antes de que hubiera terminado de hacerlo, se arrojó sobre la cama, acarició la cabeza de Ming, alzó su pata delantera izquierda y la oprimió de modo que las uñas sobresalieron.

-¡Oh, Ming, Ming...! -exclamó Elaine. Ming reconoció el tono propio del amor.

La muerte de la temporada de trufas

Sansón, fornido cerdo blanco en la flor de la vida, vivía en una vieja y destartalada casa de campo, en la región de Lot, no muy lejos de la grande y antigua

ciudad de Cahors. Entre los quince cerdos, más o menos, que había en la granja se contaba la madre de Sansón, llamada Georgia (llevaba este nombre debido a una canción que el granjero Emile oyó una vez por la televisión), pero no se contaba la abuela de Sansón, a quien se habían llevado a rastras, mientras ella pateaba y chillaba, hacía cosa de un año, y tampoco el padre de Sansón, que vivía a muchos quilómetros de distancia, y lo traían en una vagoneta unas cuantas veces al año, para que efectuara breves visitas a la granja. También había innumerables gorrinos, algunos de ellos hijos de la madre de Sansón, y otros que no lo eran, entre los cuales Sansón pasaba contoneándose desdeñosamente, en el caso de que los gorrinos se encontraran entre el lugar en que se hallaba él y el lugar en que se encontraba su comida. Sansón jamás se tomaba la molestia de empujar a los otros cerdos, ni siquiera en el caso de que fueran adultos, debido a que él era tan corpulento que le bastaba con ponerse en marcha para que el camino quedara despejado.

La blanca capa de piel de Sansón, algo pelada y áspera en los flancos, era fina y sedosa en la parte del cogote. Emile a menudo pellizcaba con sus dedos rudos el cuello de Sansón, cuando orgullosamente exhibía su cerdo ante otro granjero, y luego le pegaba una suave patada en el bien acolchado costillar. Por lo general, el lomo y los costados de Sansón estaban cubiertos por una gris costra de barro secado por el sol, debido a que le gustaba revolcarse en el barro del patio sin pavimentar de la granja, y también en el barro más denso de la pocilga, junto al granero. El barro fresco era agradable en el verano de aquellas tierras sureñas, durante el cual el sol quemaba a lo largo de semanas y semanas, de manera que la pocilga y el patio parecían hervir. Sansón había vivido ya dos veranos.

La temporada más grandiosa para Sansón era pleno invierno; cuando ejercía sus funciones de cazador de trufas. Emilie, a menudo acompañado de su amigo René, granjero que a veces comparecía con un cerdo y otras con un perro, se ponían en marcha juntamente con Sansón, atado con una larga cuerda, los domingos por la mañana, y recorrían casi dos quilómetros a pie, hasta llegar a un punto en que se alzaban unos cuantos robles, en un bosque.

Al llegar al lindero del bosque. Emile decía: -Vas-y.

Siempre lo decía en el dialecto de la región. Sansón., quizá un poco molesto o fatigado por la larga caminata, se lo tomaba con calma, incluso en el caso de que hubiera olisqueado trufas al instante, en la base del tronco de un roble. Un viejo cinturón de Emile servía de collar a Sansón, y tan grueso era su cuello que era muy corta la porción del cinturón que colgaba suelta. Sansón arrastraba fácilmente a Emile fuera cual fuese la dirección en que Sansón quería avanzar.

Emile se reía estimulado por el placer anticipado, y decía algo alegre a René, o se lo decía a sí mismo, cuando iba solo. Luego Emile se sacaba del bolsillo la botella de Armagnac que siempre llevaba consigo para no coger frío.

La principal razón por la que Sansón tardaba un poco en revelar la existencia de trufas radicaba en que jamás le daban a comer ni una sola. A modo de premio, le daban una porción de queso, en el caso de que revelara un lugar en el que hubiera trufas, pero el premio era queso y no trufas, lo que despertaba en Sansón un vago resentimiento.

-Guac, guac... -decía Sansón.

Pero con ello no quería expresar absolutamente nada, y así perdía el tiempo olisqueando la base de un árbol que, para colmo de males, ni siquiera era un árbol propicio para las trufas.

Emile estaba al tanto de eso por lo que propinaba una patada a Sansón, y, luego, se soplaba la mano libre, ya que sus guantes de lana estaban agujereados por todas partes, y el día era horriblemente helado. Emile arrojaba al suelo su Gaulois, y se subía el cuello de su jersey de cuello alto, de modo que con él se tapaba boca y nariz.

Entonces, el olfato de Sansón quedaba invadido por el delicado y raro aroma de las trufas negras, y se detenía, resoplando. Se le erizaban un poco los pelos del espinazo, al impulso de la excitación. Como si tuvieran voluntad propia, las pezuñas de Sansón comenzaban a escarbar, se apasionaban, y su plana nariz se clavaba en la tierra. Sansón hozaba.

Pero Emile ya tiraba de él y lo arrastraba y ataba a un árbol situado a varios pies de distancia, dando con la cuerda varias vueltas alrededor del tronco, y atacaba cautelosamente el lugar indicado por Sansón, utilizando al efecto un instrumento en forma de tenedor.

-¡Ah! ¡Ajá!

Sí; allí estaban las trufas, formando un negro conglomerado corrugado, del tamaño de la mano de Emile. Éste guardaba cuidadosamente las trufas en el macuto de tela que llevaba colgado al hombro. Aquellas trufas se pagaban a ciento treinta francos nuevos la livre, en los grandes días de mercado, en Cahors, o sea todos los sábados, aunque Emile cobraba un poquito menos ya que las vendía a una charcutería de Cahors, tienda que a su vez vendía las trufas a un fabricante de paté cuyo nombre comercial era Compagnie de la Reine d'Aquitaine, pero esta fábrica tenía el inconveniente de encontrarse en el otro extremo de la ciudad de Cahors, por lo que ir hasta ella resultaba más caro, si se calculaba la gasolina gastada. Cahors, a donde Emile iba cada quince días para comprar piensos y alguna que otra herramienta, se encontraba tan sólo a diez quilómetros de la granja.

Emile buscaba con los dedos una porción de queso en su macuto, y con ella en la mano se acercaba a Sansón. Acordándose de la dentadura de éste, Emile arrojaba la porción de queso al suelo, ante Sansón.

Éste, produciendo sonido de aspiradora, olisqueaba el queso:

-Chuuuuuu...

Y luego, ya quedaba dispuesto para ir en busca del próximo árbol. El olor que despedían las trufas en el macuto de Emile inspiraba a Sansón.

Aquella mañana encontraron dos buenos lugares más, antes de que Emile decidiera dar por terminada la jornada. Se encontraban a menos de un kilómetro del Café de la Chasse, en el perímetro del pueblo de Cassouac, patria de Emile, y, además, el café bar en cuestión se encontraba en el trayecto de regreso a casa. Emile pateó el suelo varias veces, sin dejar de andar, y tiró impacientemente de la cuerda con que llevaba atado a Sansón.

-¡Vamos, Sansón! ¡Muévete un poco! ¡Es natural que no tengas prisa, con lo gordo que estás!

Y Emile propinó una patada en un jamón de Sansón. Éste fingió indiferencia, pero accedió a trotar durante un par de metros, antes de volver a adoptar su extrañamente delicado y desacompasado paso. ¿A santo de qué tenía que correr, a

Librodot

santo de qué tenía que plegarse siempre a las conveniencias de Emile? Además, Sansón sabía adónde se dirigían, sabía que tendría una larga espera en el exterior,

pasando frío, mientras Emile bebía y hablaba con sus amigos. El café, con unos cuantos perros atados en su parte, exterior, ya estaba a la vista. La sangre de Sansón comenzó a correr un poco más de prisa. Sansón sabía tenérselas con un perro, y disfrutaba con ello. Los perros se creían muy inteligentes, muy superiores, pero bastaba con una embestida de Sansón para que se echaran a temblar, y se alejaran de él todo lo que sus correas les permitían.

Emile encontró al primero de sus amigachos en el exterior del café:

-¡Bonjour, Pierre! ¡Ah, ajá, ja!

Pierre estaba atando a su perro, e hizo un jocoso comentario referente al chien de yace de Emile. Este, exagerando, replicó:

-Me da igual. ¡Hoy he encontrado casi una livre de trufas!

Sonaron más ladridos de perro en el momento en que Emile y Pierre entraron en el pequeño café. Allí se permitía la entrada de perros, pero los que mostraban los dientes a los otros se quedaban fuera.

Un perro pegó un juguetón mordisco al rabo de Sansón, y éste se volvió y lo embistió sin gran saña, sin avanzar lo suficiente para que la cuerda se tensara, lo que bastó para que el perro rodara por los suelos, en sus esfuerzos para alejarse lo antes posible de Sansón. Los tres perros ladraron al unísono a Sansón, lo que a éste le pareció totalmente superfluo. Sansón contemplaba a los perros con calma y tenebrosa antipatía. Sólo sus ojillos sonrosados se movían ágilmente, contemplando a los perros, y desafiándolos a todos o a cualquiera de ellos a avanzar hacia él. Los perros sonreían forzadamente. Por fin, Sansón se derrumbó al suelo, por el método de echar los jamones hacia atrás y permitir que sus patas se doblegaran bajo su peso. Estaba al sol y notablemente cómodo, a pesar del frío. Pero volvía a tener hambre, lo que lo irritaba un poco.

En el café, Emile había encontrado a René, quien se hallaba en el mostrador, tomándose un pastís. Emile tenía la intención de quedarse en el café hasta el momento en que faltara el tiempo preciso para terminar el trayecto y llegar a casa a una hora que no enojara, por lo tardía, a su esposa Ursule, a quien le gustaba que la comida de los domingos comenzara antes de las doce y cuarto.

René calzaba botas altas, de goma. Dijo que había estado desatascando el desagüe de su corral de vacas. René se refirió al concurso de caza de trufas que se celebraría dentro de quince días. Emile no sabía nada del asunto.

René indicó un aviso clavado al lado de la puerta y dijo. -¡Ahí está!

La Compagnie de la Reine d'Aquitaine ofrecía un primer premio consistente en un reloj de cuclillo más cien francos, un segundo premio consistente en un transistor (cuyo tamaño se podía juzgar por la fotografía), y un tercer premio de cincuenta francos, a quienes más trufas encontraran el domingo 27 de enero. La decisión de los jueces sería inapelable. Se prometía que los periódicos de la localidad así como la televisión local informarían del acontecimiento al público, y que el jurado deliberaría en la ciudad de Cassouac.

-Voy a dejar que Lunache descanse este domingo y quizá también el próximo - advirtió René-. Así se le despertará más el apetito por las trufas.

Lunache era el mejor cerdo trufero de René. Se trataba de una hembra blanca y negra. Emile dirigió una sonrisa un tanto astuta a su amigo, como diciéndole: «Sabes muy bien que Sansón es mucho mejor que Lunache.» Pero Emile dijo:

-Puede ser divertido. Esperemos que no llueva. René puso dinero sobre el mostrador y dijo: -O que no nieve. ¿Otro pastís? Te invito.

Emile echó una ojeada al reloj colgado de la pared y aceptó la invitación.

Cuando Emile salió, unos diez minutos después, vio que Sansón había acosado a tres perros hasta obligarlos a alejarse cuanto les permitían sus correas y que fingía tirar de su cuerda, ciertamente recia, pero que Sansón hubiera podido romper mediante una buena sacudida. Emile se sintió orgulloso de Sansón. Un hombre joven, con embarradas botas de montar, al que Emile no reconoció, dijo, refiriéndose a Sansón:

-¡Este monstruo necesita un bozal!

El hombre joven daba palmaditas a un perro, con el fin de tranquilizarlo.

Emile se disponía ya a contestar al joven mediante un diluvio de razonamientos, como, por ejemplo, ¿acaso el perro no ha sido el que primero ha molestado al cerdo?, pero no lo hizo porque pensó que quizá el joven fuera un representante de la Reine d'Aquitaine, que había venido para inspeccionar el terreno. Emile pensó que lo mejor era guardar silencio y despedirse del joven con una cortés inclinación de cabeza. Pero, ¿uno de aquellos perros no tenía una pata trasera algo ensangrentada? Emile decidió no investigar mayormente el asunto. Desató a Sansón y emprendió la marcha. A fin de cuentas, pensó Emile, hacía sólo tres o cuatro meses que había hecho aserrar los colmillos inferiores de Sansón. Sí, los colmillos habían crecido tanto que ya le rebasaban el hocico. Sansón conservaba los colmillos superiores, pero éstos no eran 'tan peligrosos, debido a que se curvaban hacia dentro.

En aquellos precisos instantes Sansón también pensaba en sus colmillos, aunque de una forma más vaga y más irritada. Si no hubiera sido privado, por misteriosos medios, de los colmillos a que tenía legítimo derecho, hubiera podido despedazar a aquel perro. Un movimiento hacia arriba de su hocico, puesto bajo la barriga del perro, lo cual Sansón realmente había hecho, y... El aliento de Sansón se transformaba en vapor al entrar en contacto con el aire. Sus pies de cuatro dedos cada uno, de los que únicamente dos tocaban el suelo, lo transportaban como si su corpulento cuerpo fuera un globito blanco. Sansón abría la marcha, igual que un perro de pura raza tirando de la correa.

Emile, sabedor de que Sansón estaba irritado, le daba serios y firmes tirones. A Emile le dolía la mano, y su brazo comenzaba a cansarse, por lo que tan pronto llegaron a la abierta puerta del patio de la casa, Emile soltó con alivio la cuerda. Sansón se dirigió inmediatamente, al trote, hacia la pocilga, en busca de comida. Emile abrió la puertecilla baja para que Sansón pasara al galope, y luego le quitó el cinturón del cuello, mientras Sansón devoraba pieles de patata.

-Uínc, uinc, ¡uinc, uinc! -¡Dios mío!

-Guoc, guoc, guoc...

Los restantes cerdos se alejaron prudentemente de Sansón. Emile entró en la cocina. Su mujer estaba poniendo sobre la mesa una gran fuente de nabos y zanahorias en finas rodajas, y tomates y cebollas en porciones. Emile saludó, abarcando en su saludo a Ursule, a su hijo Henri, a la esposa de éste Yvonne, y al pequeño Jean-Paul.

Henri ayudaba un poco con su trabajo en la granja, a pesar de que estaba empleado en una fábrica de Cahors dedicada a producir planchas de fórmica. A Henri no le gustaba el trabajo en la granja. Pero en aquellos momentos les resultaba más barato, a él y a su familia, vivir allí que alquilar o comprar un piso.

-¿Muchas trufas? -preguntó Henri dirigiendo una mirada al macuto.

Emile vació el contenido en un cuenco de agua fría, al lado de la pileta, y contestó:

-Bastantes. No ha ido mal.

Emile se sentó y empezó a comer. Comenzó a hablar a sus familiares del concurso de recogida de trufas, pero luego pensó que quizá hablar del asunto le reportara mala suerte. Tenía todavía dos semanas por delante para hablar de ello, en el caso de que le diera por ahí. Emile ya imaginaba el reloj de cuclillo, colgado en la pared, ante él, dando, aproximadamente en esos instantes, las doce y cuarto. Y, además, saldría en la televisión para decir unas palabras (en el caso de que fuera cierto que la televisión se ocupara del concurso), y su fotografía saldría en el periódico local.

La principal razón por la que Emile no sacó a Sansón a buscar trufas, en la semana siguiente, consistió en que no quería menguar el número de trufas que había en aquel bosque, que era conocido con el nombre de «el bosquecillo al pie de la cuesta», y era propiedad de un anciano que ni siquiera vivía en aquel lugar, sino en una ciudad cercana. El anciano jamás había puesto trabas a que se cogieran trufas en sus tierras, y tampoco las habían puesto los actuales administradores que vivían en una casa de campo situada a cosa de un kilómetro del bosque.

Por eso, Sansón pasó una quincena de descanso, dedicándose a comer y a dormir en el montón de paja duramente prensada que había en la pocilga que a su vez se encontraba pegada al granero.

Llegó el gran día, el 27 de enero, y Emile se afeitó. Luego se dirigió al Café de la Chasse, en su pueblo, que era el lugar de reunión de los concursantes. Allí se encontraba René, así como ocho o diez hombres más a quienes Emile conocía, y a los que saludó con- una inclinación de cabeza. También había unos cuantos chicos y chicas del pueblo que habían ido allá para curiosear. Todos reían, fumaban y fingían que el concurso era una tontería sin importancia, un juego algo tonto, pero a Emile le constaba que en el fuero interno de cada hombre propietario de un cerdo o un perro trufero anidaba la decisión de ganar el premio, o, por lo menos, de quedar en segundo lugar. Sansón dio muestras de sentir ardientes deseos de atacar a Gaspar, el perro de Georges, y Emile tuvo que tirar de Sansón y atizarle una patada. Tal como Emile había sospechado, aquel joven al que había visto dos semanas atrás, estaba presente, otra vez con botas de montar, y era el maestro de ceremonias en el concurso. El joven sonrió, y dirigió la palabra al grupo, desde lo alto de los peldaños que daban entrada al café. Comenzó diciendo:

-¡Caballeros de Caussac!

Luego prosiguió explicando las condiciones del concurso

patrocinado por la Reine d'Aquitaine, empresa fabricante del mejor paté aux truffes de toda Francia.

Un hombre gritó, más con intención de hacer reír a sus amigachos que para obtener una contestación:

-¿Dónde está la televisión?

El joven con las botas de montar también rió, y dijo:

-Estará aquí cuando regresemos. Vendrá un equipo especial, desde Toulouse, hacia las once y media. Ya sé que todos ustedes quieren estar en casa poco después del mediodía para que sus esposas no se enojen.

Estas palabras produjeron más bienhumoradas carcajadas. Aquél era un día helado que había agudizado la sensibilidad de todos los presentes. El joven con botas de montar dijo:

-Sólo por puro trámite echaré una ojeada a sus macutos, para comprobar que todo está en buen orden.

Bajó e hizo lo anunciado, y todos los hombres le mostraron el interior de sus macutos, en los que sólo había alguna que otra manzana y porciones de queso y de carne, que eran los alimentos con los que iban a recompensar a sus animales.

Uno de los mirones propuso una apuesta: perros contra cerdos debido a que se había encaprichado de un cerdo. Por fin, se bebieron unos cuantos petits rouges, y se pusieron en marcha detrás de los perros y los cerdos, por el camino sin pavimentar, desplegándose poco después hacia sus territorios favoritos, hacia los amados árboles. Emile y Sansón, que esa mañana no hacía más que hozar y gruñir, se dirigieron hacia «el bosquecillo al pie de la cuesta». Emile no fue el único que se dirigió allá. FranCois con su cerdo negro, también fue al bosquecillo.

-Creo que hay sitio de sobra para los dos -dijo François en tono agradable.

Así era, y Emile se mostró de acuerdo. Emile atizó una patada a Sansón tan pronto entraron en el bosque, procurando que los clavos de sus botas incidieran plenamente y con fuerza en el trasero de Sansón, a fin de indicarle que, aquel día, la busca de trufas era un asunto especialmente importante y urgente. Sansón, irritado, se revolvió y dio una embestida a las piernas de Emile, pero inmediatamente se dedicó a su trabajo y comenzó a husmear en la base del tronco de un árbol. Luego, Sansón se alejó de allí.

François, a bastante distancia, entre los árboles, va estaba escarbando el suelo con su tenedor. Emile lo vio. Dio nuevas órdenes a Sansón, y el cerdo reanudó su búsqueda con el hocico pegado al suelo.

-¡ucs, ucs, ucs!

Sansón se dio cuenta de que había descubierto un lugar muy prometedor.

Emile también lo comprendió. Ató a Sansón y hurgó en la tierra tan de prisa como pudo. La tierra estaba más dura que dos semanas atrás.

El aroma a trufas llegó fuertemente al olfato de Sansón, en el momento en que Emile las desenterró. Sansón tiró de la cuerda, retrocedió y volvió a embestir. Se oyó un sordo chasquido y Sansón quedó libre. La correa que llevaba en el cuello se había roto. Sansón hundió el hocico en el hoyo, y comenzó a comer trufas, hozando de deleite.

-¡Hijo de la gran puta! Merde!

Y Emile soltó una gran patada contra el jamón derecho de Sansón. ¡Maldita sea la vieja correa del cinturón! A Emile no le quedó más remedio que perder un tiempo precioso en desenroscar la cuerda del árbol, y en volverla a atar alrededor del cuello de Sansón, quien hizo cuanto pudo para eludir aquella acción. Inició un movimiento de desplazamiento en rotación alrededor del hoyo de las trufas, manteniendo el hocico

siempre en el hoyo, y comiendo. Emile consiguió atar la cuerda al cuello de Sansón, e inmediatamente tiró de él y lanzó maldiciones, con todas sus fuerzas.

Las risas de François, distantes pero recias, no contribuyeron a suavizar los sentimientos de animosidad que Emile experimentaba con respecto a Sansón. ¡Maldita bestia, ya se había comido casi la mitad de las trufas encontradas! Emile pateó el lugar en que hubieran debido estar los testículos de Sansón, pero lo cierto era que Emile se los había cortado al mismo tiempo que los colmillos inferiores.

Sansón embistió a Emile, a la altura de las rodillas. Emile cayó hacia adelante, sobre el lomo del airado cerdo, y apenas tuvo tiempo de protegerse la cara con las manos, para no dar con ella contra el suelo. Sintió un dolor horroroso en las rodillas. Durante unos instantes pensó que Sansón le había quebrado las piernas. Luego oyó los gritos de indignación de François. Sansón volvía a andar suelto y había invadido el territorio de aquél.

-¡Emile! ¡Vas a quedar descalificado! ¡Quítame de encima este maldito cerdo! ¡Quítamelo de encima o le pego un tiro!

Emile sabía que François no llevaba escopeta. Se puso en pie con cuidado. No se había quebrado las piernas, pero le dolían los ojos a consecuencia del golpe en la cara, y le constaba que al día siguiente los tendría amoratados. -¡Maldito seas, Sansón! -chilló Emile.

Y se dirigió hacia François y los dos cerdos. François

golpeaba a Sansón con una rama que había encontrado en el suelo, lo cual Emile no podía reprocharle.

-¡Vaya manera de ...! -exclamó Frangois.

Pero sus palabras se extinguieron. Emile jamás había sido muy amigo de Franiçois Malbert, y sabía que éste haría cuanto estuviera en su mano para que lo descalificaran, debido principalmente a que Sansón era un excelente cerdo trufero

y representaba una amenaza para François. Sin embargo,i por el momento, estos pensamientos sirvieron para centrar

la ira de Emile antes en Sansón que en François. Emile cogió la cuerda que ataba a Sansón y tiró de ella con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que François se adelantaba y daba tal golpe con la rama en la cabeza de Sansón que la

rama se partió en dos.

Sansón volvió a embestir, y Emile, desesperado y sintiendo el cuerpo débil, ató el otro extremo de la cuerda a un árbol, en el que la enrolló un par de veces. En una de sus embestidas, Sansón se cayó debido al tirón de la cuerda.

Indicando las trufas medio devoradas de su hoyo, François dijo:

-¡No vale la pena seguir hurgando aquí! ¡Esto no es justo!

-Ah, oui? ¡Ha sido un accidente! -protestó Emile. Pero François ya se alejaba, camino del Café de la Chasse. Emile tenía todo el bosquecillo para él solo. Comenzó a

recoger lo que había quedado de las trufas descubiertas por François. Pero temía que lo descalificaran. Y todo por culpa de Sansón.

-¡A trabajar, mala bestia! -gritó Emile.

Y golpeó el lomo de Sansón con uno de los trozos de la rama quebrada.

Sansón se limitó a mirar a Emile, cara a cara, para ver sí se atrevía a golpearlo de nuevo.

Sin mirar, Emile buscó a tientas otra porción de queso en el macuto, y la arrojó al suelo, ante Sansón, a modo de acto de apaciguamiento, y quizá también para abrir mayormente el apetito de Sansón. Este mostraba el más irritado aspecto que un cerdo pueda presentar.

Sansón olisqueó el queso.

-Andando, muchacho -dijo Emile. ¡Sansón se puso en marcha, aunque muy lentamente. Iba al paso. Ni siquiera olfateaba el suelo. A Emile se le antojó que iba con los hombros alzados de ira. Emile arrastró a Sansón hacia un prometedor abedul.

Hasta el olfato de Sansón llegaba el aroma de las trufas en el macuto de Emile. Todavía segregaba saliva provocada por las trufas que había comido en el hoyo en la tierra.

Sansón, en ágil movimiento, oprimió el hocico contra la parte lateral del macuto de Emile. Se había alzado un poco sobre sus patas traseras, con lo que su peso derribó a Emile; y metió el hocico en el macuto. ¡Bendito aroma! Comenzó a comer. Y también había queso.

Emile, que se había puesto de nuevo en pie, pinchó a Sansón con su tenedor, con la fuerza suficiente para penetrar su piel en tres lugares en los que las púas se hundieron. -¡Apártate, hijo de mala madre!

Sansón se apartó del macuto, pero lo hizo para abalanzarse sobre Emile. ¡Crac! Golpeó las rodillas de Emile y éste quedó tumbado en el suelo, intentando esgrimir el tenedor, pero Sansón lo embistió como un rayo.

La barriga del cerdo golpeó la cara de Emile o la punta de su mentón, con lo que Emile quedó medio inconsciente. Emile sacudió la cabeza y se cercioró de que aún sostenía el tenedor. De repente, se había dado cuenta de que Sansón podía matarle, si no se protegía.

-Au secours! ¡Socorro! -chilló Emile.

Blandió el tenedor ante Sansón, para mantener al cerdo a raya, mientras él se ponía en pie.

Sansón no albergaba otras intenciones que las de protegerse. Veía en el tenedor un enemigo, una muy clara amenaza, y lo atacó ciegamente. El tenedor se torció y cayó blandamente al suelo. Triunfalmente, Sansón apoyaba las patas delanteras en el abdomen de Emile. Sansón resopló. Y Emile jadeó, aunque sus jadeos cesaron muy pronto.

El terrible hocico rosado y húmedo de Sansón estaba casi junto 'a la cara de Emile, y a la memoria de éste llegaron recuerdos de su infancia, en la que había conocido a muchos cerdos que le habían parecido tan gigantescos como aquel Sansón que ahora le aplastaba dejándolo sin aliento. Cerdos, cerdas, gorrinos, de todas formas y colores parecían combinarse para formar entre todos aquel monstruoso Sansón que con toda certeza -Emile ahora lo sabía- iba a matarle por el sencillo medio de apoyar sus patas en él. El tenedor estaba fuera del alcance de Emile. Con sus últimas fuerzas agitó los brazos, pero el cerdo no se movió. Emile no podía inhalar aire. Pensaba que aquel cerdo ya no era un animal, sino una terrible fuerza perversa que revestía la más horrorosa de las formas. ¡Aquellos ojos menudos y estúpidos, enquistados en la carne grotesca! Emile intentó gritar, y descubrió que ni siquiera podía emitir el sonido propio de un pajarillo.

Cuando el hombre quedó inmóvil, Sansón se bajó de encima de su cuerpo y, con el hocico, lo puso de lado para

tener de nuevo acceso al macuto de las trufas. Sansón se había calmado un poco. Ya no contenía el aliento ni jadeaba, como alternativamente había hecho durante los últimos minutos, sino que comenzaba a respirar con normalidad. El celestial aroma de las trufas contribuyó a calmarlo más. Olisqueó, suspiró, inhaló y comió. Con el hocico y la lengua buscó las últimas porciones de trufa en los rincones del macuto de color caqui. ¡Él era quien había encontrado las trufas! Pero esta idea no quedó claramente formulada en la mente de Sansón. En realidad, tenía la vaga sensación de que iban a apartarlo del festín, pero ¿quién había allí que pudiera apartarlo? Aquel macuto en cuyo interior había visto desaparecer tantas y tantas negras trufas, aquel macuto del que habían salido despreciables y pasadas migajas de queso amarillo, había quedado vacío y se encontraba a disposición de Sansón quien se comió parte del macuto de tela.

Luego, sin dejar de masticar, Sansón orinó. Aguzó el oído, miró alrededor, y tuvo la certeza de que dominaba la situación, por lo menos en cuanto a él hacía referencia. Podía ir a donde quisiera, y decidió alejarse del pueblo de Cassouac. Trotó durante un rato, luego avanzó al paso, y se desvió de su trayecto al olisquear más trufas. Sansón tardó algún tiempo en desenterrarlas, pero fue un trabajo glorioso cuyos frutos pertenecieron a Sansón, sí, todas y cada una de aquellas arrugadas porciones negras, de aquellas soberbias trufas. Sansón llegó a un arroyo, con un poco de crujiente hielo en la orilla, y bebió. Siguió adelante, arrastrando la cuerda, sin preocuparse de la dirección de su camino. Volvía a tener hambre.

El hambre lo impelió hacia unos bajos edificios agrupados, desde los que le llegaba al olfato el olor a excremento de gallinas, así como de caballos y de vacas. Con cierta cautela, Sansón entró en el patio empedrado, en el que paseaban unas cuantas palomas y gallinas. Se apartaran para dejarle paso. Sansón estaba acostumbrado a eso. Buscaba comida. Encontró una caja conteniendo pan mojado. Triste comida, ciertamente. Sansón comió. Luego se dejó caer sobre un montón de paja, en parte cubierto por una techumbre. Ya había oscurecido.

Por las dos ventanas iluminadas, en la parte baja de la cercana casa, salían al exterior sonidos de música y de voces, los sonidos normales de la vida familiar.

Cuando amaneció, los pollos y las gallinas con sus paseos y su picotear, cerca de Sansón, no lo despertaron. Éste siguió dormitando, y sólo abrió un ojo adormilado, cuando oyó los crujientes pasos de un hombre.

Con la vista fija en el enorme cerdo de pálido color que yacía sobre su montón de paja, el granjero murmuró:

-¡Vaya! ¿A quién tenemos aquí?

Una cuerda colgaba del cuello del cerdo, una cuerda gruesa y fuerte, como advirtió el granjero, y, además, el cerdo era un ejemplar magnífico en su especie. ¿A quién pertenecería? El granjero conocía a todos los cerdos de la vecindad, o, por lo menos, la especie a que pertenecían. Aquel cerdo seguramente había llegado desde muy lejos. El extremo de la cuerda estaba muy rozado.

El granjero Alphonse decidió mantener la boca cerrada. Después de guardar a Sansón más o menos escondido, durante unos cuantos días, en un cercado, detrás de la casa, lo trasladó a la parte delantera, permitiéndole tratar a los demás cerdos de su

propiedad, todos ellos negros. Alphonse se dijo que él no ocultaba a aquel cerdo, y si alguien acudía en su busca él diría sencillamente que el cerdo había penetrado por sí mismo en sus tierras, lo que era verdad. Luego, devolvería el cerdo, después de llegar a la certeza de que el pretendiente al cerdo sabía que a éste le habían cortado los colmillos inferiores, lo habían castrado, etcétera. Entretanto, Alphonse dudaba si vender el cerdo en el mercado o probarlo en la busca de trufas, antes de que el invierno terminara. Bueno, primero lo probaría en el asunto de las trufas.

Sansón engordó un poco más y pronto dominó a sus congéneres, que eran dos cerdas y varios gorrinos. La comida era un poco diferente y más abundante que en la otra granja. Y llegó el día, un día normal y corriente, a juicio de Sansón, teniendo en cuenta el ambiente de la granja, en que lo llevaron al bosque en busca de trufas. Sansón anduvo trotando y de buen humor. Se proponía comer unas cuantas trufas, además de encontrarlas para que el hombre las recogiera. En alguna parte de su cerebro, Sansón pensaba ya que debía comenzar desde un principio a mostrar a aquel hombre que no estaba dispuesto a dejarse dominar en exceso.

La rata más valiente de Venecia

Los moradores del palazzo Cecchini, junto a Rio San Polo, eran felices y vivarachos. Se trataba de un matrimonio con seis hijos cuyas edades iban desde los dos a los diez años. Formaban la familia Mangoni, y eran los encargados de guardar y cuidar el palazzo. Los propietarios, matrimonio anglonorteamericano apellidado Whitman, estarían ausentes tres meses o quizá más, en su casa de Londres.

La signora Mangoni, mientras se quitaba el delantal, gritó en la cocina:

-¡Hace un día hermoso! ¡Abriremos las ventanas y cantaremos! ¡Y limpiaremos esta casa!

Estaba embarazada de ocho meses. Había lavado los platos del desayuno, había barrido las migas de pan y se enfrentaba con el día esplendoroso y soleado, con el goce propio de la propietaria de la casa. ¿Y por qué no? Ella y su familia tenían la casa entera a su disposición, podían dormir en las camas que les diera la gana, y además los Whitman habían puesto a su disposición abundante dinero para mantener el palazzo a lo grande.

Luigi, de diez años de edad, preguntó en tono de indiferencia:

-¿Podemos jugar abajo, mamá?

Luigi suponía que su madre le contestaría, «¡No!», y, entonces, él y un par de hermanos y quizá su hermana Roberto, irían al sótano de la casa. Chapotear, resbalar y caer en el agua poco profunda que allí había era muy divertido. También lo era dar sustos a los gondoleros que pasaban, así como a sus pasajeros, cuando pasaban por el canal junto a la casa, por el sencillo medio de abrir bruscamente la puerta del palazzo, y arrojar al canal un cubo de agua, cuyo contenido bien podía ir a parar encima de un turista.

-¡No! -dijo la mamá-. Que hoy sea fiesta no significa que...

Luigi, Roberta y sus dos hermanos Carlo y Arturo oficialmente iban a la escuela. Pero habían faltado a clase muchos días, en el curso del último mes, debido a que la familia Mangoni gozaba de la total posesión del palazzo Cecchini. Más divertido que ir a la escuela era explorar la casa, imaginar que eran dueños de todo, poder abrir todas las puertas sin llamar antes. Luigi se disponía a invitar a Carlo a ir con él, cuando su madre dijo:

-¡Luigi, prometiste sacar a pasear a Rupert esta mañana! ¿Realmente lo había prometido? Tal promesa, caso de que la hubiera hecho, pesaba muy poco en la conciencia de Luigi, quien respondió:

-Lo sacaré esta tarde.

-No, esta mañana. ¡Desata ya al perro!

Luigi suspiró y se dirigió, arrastrando los pies, con aire de irritación, al rincón de la cocina en que el dálmata estaba atado a una cocina de ladrillos.

El perro estaba engordando mucho, y ésta era la razón por la que su madre quería que él o Carlo lo sacaran a pasear un par de veces al día. Y el perro estaba gordo debido a que para comer le daban arroz o pasta, en vez de mantenerlo a la dieta de carne que el signor Whitman les había recomendado, lo que Luigi sabía muy bien. Luigi había oído a sus padres discutiendo el asunto, y la discusión había sido breve. Teniendo en cuenta el precio a que estaba la carne, ¿a santo de qué dar bistecca a un perro? Era absurdo, incluso si se tenía en cuenta que les habían dado el dinero preciso para ello. El perro podía muy bien comer pan seco y leche, y, a fin de cuentas, en los restos de los platos de arroz siempre quedaba un poco de pescado y de marisco. Un perro era un perro, y no un ser humano. Ahora, la familia Mangoni comía carne.

Luigi llegó a la solución transaccional de sacar el perro a la estrecha acera ante el palazzo, para que allí levantara la pata, y en ello estaba Luigi cuando llamó a Carlo que iba hacia la casa, con una ya mediada botella de soda en la mano. Luego, los dos; juntamente con el perro, descendieron los peldaños que había detrás de una puerta de la sala delantera.

La profundidad del agua sería de medio metro. Luigi rió con anticipado placer y en los peldaños se quitó las sandalias y los calcetines.

Chop, chop... La oscura agua se movió, lamió ciegamente los rincones de piedra, rebotó. La estancia cuadrada, grande y vacía estaba en penumbra. Dos rendijas de luz cruzaban por entre el marco y la puerta mal ajustada. Al otro lado de la puerta había más peldaños que descendían hasta el agua de un canal bastante ancho llamado Rio San Polo. Allí, durante varios siglos, antes de que el palazzo se hubiera hundido tanto, solían llegar las góndolas de las que descendían elegantes damas y caballeros que, secos los pies, pisaban el salón con suelo de mármol en el que ahora Luigi y Carlo chapoteaban y resbalaban en el agua que casi les llegaba hasta las rodillas.

El perro, Rupert, temblaba en unos de los peldaños que los dos muchachos habían bajado. No temblaba tanto de frío como de nerviosismo y de aburrimiento. No sabía qué hacer; su vida habitual con tres felices paseos al día, leche con bizcochos por la mañana, y una buena comida de carne a las seis de la tarde, se había acabado. Su vida ahora era un triste caos, y sus días habían perdido su forma.

Corría el mes de noviembre, pero no hacía frío, por lo menos no hacía el preciso para impedir que Luigi y Carlo se entregaran al alegre juego de empujarse el uno al otro. El primero que se caía perdía el juego, pero era recompensado por los aplausos y

las risas de los otros, ya que, por lo general, Roberta y su hermana pequeña Benita también chapoteaban o contemplaban el juego desde los peldaños.

-¡Una rata! -gritó Luigi mintiendo.

Y en el mismo instante, dio un empujón a Carlo, detrás de las rodillas, de manera que Carlo se cayó de espaldas en el agua, rociando a Luigi, y produciendo un gran ruido hueco de agua que encontró su eco en las paredes.

Carlo se puso en pie, empapado, riendo, y se dirigió hacia los peldaños en que se encontraba el perro.

-¡Mira! ¡Una rata! ¡De verdad! -dijo Luigi señalando con el dedo.

-Ja, ja... -se rió Carlo incrédulo.

-¡Está ahí!

Luigi pasó violentamente la mano por la superficie del agua, intentando mandar el agua levantada contra el feo bicho que nadaba entre el lugar en que él se encontraba y los peldaños.

-¡Sí! ¡Sí! -gritó Carlo con malévola alegría.

Y chapoteó hacia un palo que flotaba en el agua. Luigi le arrancó el palo de la mano y con él intentó propinar un golpe al cuerpo de la rata, un golpe mal dado ya que resbaló por el lomo de la rata. Luigi propinó otro golpe.

-¡Cógela por el rabo! -dijo Carlo entre nerviosas risas. Luigi, excitado por la posibilidad de que la rata le diera un mordisco en un pie, dijo rechinando los dientes:

-¡Trae un cuchillo, la mataremos!

Carlo, con los pies mojados, ya subía sonoramente la escalera. Su madre no estaba en la cocina, y Carlo se apoderó inmediatamente de un cuchillo de cortar carne, de hoja triangular, y regresó corriendo al lado de Luigi.

-¡Mátala, mátala! -chilló Carlo.

Rupert lanzó un gemido, levantando la cabeza, y pensó en subir los peldaños, ya que se encontraba con la correa colgando del cuello, pero no podía acabar de decidirse ya que ir arriba carecía de finalidad.

Luigi lanzó una torpe cuchillada al cuello de la rata, mientras la sostenía por la cola, pero en vez de darle en el cuello le dio en un ojo. La rata se retorció y chilló, mostrando los largos dientes frontales, y Luigi estuvo a punto, llevado por el miedo, de soltarle el rabo, pero le atizó otra cuchillada con la intención de decapitarla, pero en vez de ello le cortó el extremo de una pata delantera.

Carlo aplaudió, echó alocadamente más agua que fue a parar sobre Luigi, y no sobre la rata, y chilló:

-¡Ah, ah, ah...!

-¡Rata, hijaputa! -gritó Luigi.

Durante unos breves segundos, la rata quedó inmóvil, con la boca abierta. Del ojo derecho le manaba sangre, y Luigi atacó con el cuchillo el extremo de la pata trasera derecha, que estaba extendida, con los dedos abiertos, apoyada vulnerablemente en la piedra. Y la rata mordió a Luigi en la muñeca.

Luigi chilló y sacudió el brazo. La rata cayó al agua, y huyó nadando enloquecida.

-¡Ooooh...! -exclamó Carlo.

-¡Huy...! -se quejó Luigi.

Balanceó el brazo hacia adelante y hacia atrás, en el agua, y luego, examinó su muñeca. En ella sólo había un puntito rosáceo, como el pinchazo de un alfiler. Le hubiera gustado contar exageradamente su proeza a su madre, y que ella le cuidara la herida, pero no le quedaba más remedio que contentarse con esas quejas. Con énfasis, dijo a su hermano Carlo:

-Duele. Duele mucho.

Y, por el agua, se dirigió hacia los peldaños. Las lágrimas habían ya acudido a sus ojos, a pesar de que nada le dolía:

-Mamá...

La rata procuraba agarrarse a una musgosa pared con el muñón de su pata delantera y con la pata buena, esforzándose en mantener sus narices fuera del agua, corno mejor podía. Alrededor de la rata el agua se estaba poniendo rosácea. Era una rata joven, de cinco meses de edad, que aún no había alcanzado su desarrollo completo. Jamás había estado en aquella casa, y había entrado en ella por la calle, a través de una abertura seca, o grieta, en uno de los muros. Al olfato de la rata había llegado aroma a comida, a algo parecido al olor a carne asada. Por el orificio cruzó el muro, y cayó en el agua sin apenas darse cuenta, en un agua tan profunda que tuvo que nadar. Su problema consistía en encontrar una salida. Ciertamente sus patas derechas le dolían, pero el ojo todavía le dolía más. Efectuó unos movimientos de exploración, pero no encontró orificio o grieta que le ofreciera camino de escape. Por fin, se agarró al resbaladizo musgo, con la zarpa delantera derecha, y se quedó quieta, un poco atontada.

Un poco después, aterida de frío y con el cuerpo insensible, la rata volvió a moverse. El nivel del agua había descendido un poco, pero no se dio cuenta de ello, debido a que, a fin de cuentas, tenía que seguir nadando. Un leve rayo de luz pasaba por la pared. La rata se dirigió hacia allá, se coló por la grieta, y de esta manera escapó de aquella inundada mazmorra. Se encontró en una especie de cloaca en penumbra. Encontró una salida de ésta que era una grieta en el pavimento. Empleó las siguientes horas buscando diversos refugios, a lo largo de varios cortos viajes a un recoveco en la calle, a un portal, a una sombra detrás de una ornamental copa con flores. La rata se dirigía hacia su casa con un trayecto sinuoso y con rodeos. Todavía no tenía familia, pero era aceptada sin entusiasmos ni rechazos en el hogar o cuartel general de varias familias de ratas emparentadas con ella. Cuando llegó allá reinaba ya la oscuridad. Se trataba del sótano de un almacén de víveres abandonado, saqueado, largo tiempo atrás, de cuantos restos comestibles hubieran quedado en él. La puerta de madera del sótano se estaba cayendo, lo que daba fácil entrada a las ratas, y allí las había en tal número que ningún gato hubiera osado atacarlas en su guarida, que no tenía salida de escape para un gato, como no fuera el mismo punto por el que hubiera entrado.

Allí, la rata se cuidó las heridas durante dos días, sin la ayuda de sus padres, que ni siquiera la reconocían como hija suya, ni ayuda de pariente alguno. Por fin, la rata pudo mordisquear viejos huesos de ternera y medio podridas porciones de patata, y otras cosas que las ratas habían llevado allá para roerlas en paz. La rata sólo podía ver con un ojo, pero eso ya había motivado que estuviera siempre más alerta, que tuviera más rapidez al abalanzarse sobre una migaja de comida, y que fuera más rápida en emprender la retirada, en caso de alarma. Una mañana, ese período de parcial reposo y de recuperación fue interrumpido por un torrente de agua lanzado por una manguera.

Abrieron de una patada la puerta de madera, y el chorro de agua mandó por los aires a las ratas recién nacidas, estrellando a varias contra las paredes, matando a algunas con el impacto del agua y ahogando a otras, mientras las ratas adultas salían disparadas por la escalera pasando junto al hombre que esgrimía la manguera, para encontrarse con porras que les golpeaban la cabeza y los lomos, o con grandes pies calzados con botas de goma que las aplastaban contra el suelo.

La rata mutilada se quedó abajo, aunque al fin tuvo que nadar un poco. Entraron hombres con grandes redes sostenidas con palos, y así recogieron los cadáveres. Echaron veneno en el agua que cubría el suelo de piedra. El veneno apestaba y dañó los pulmones de la rata. Había un orificio de salida, un orificio en un rincón, que sólo daba paso al cuerpo de una rata, y la rata mutilada lo utilizó. Un par de ratas más también lo habían utilizado pero ella no las había visto.

Había llegado el momento de trasladarse a otra guarida ya que el sótano del almacén de comestibles jamás volvería a ser lo que había sido. La rata se encontraba mejor, estaba más segura de sí misma y se sentía más madura. Caminaba y reptaba, procurando no utilizar los doloridos muñones. Antes del mediodía había ya descubierto una calleja, detrás de un restaurante. Allí, no toda la basura había caído dentro de los cubos. Sobre los adoquines había porciones de pan y un largo hueso con carne pegada. ¡Era un banquete! Quizá la mejor comida de su vida. Después de comer, la rata durmió en una tubería seca, de un diámetro que no permitía la entrada de un gato. Más valía estar escondida durante las horas de luz. La noche era más segura.

Pasaron los días. A la rata ya no le dolían tanto los muñones. Recobró fuerzas e incluso engordó un poco. Su pelo gris, algo castaño, se hizo más espeso y suave. El ojo dañado era un orificio grisáceo, medio cerrado, de contornos algo mellados por el cuchillo, pero ya había dejado de manar agua y linfa. La rata descubrió que si embestía a un gato lograba que éste retrocediera un poco, y la rata se dio cuenta de que ello se debía a que presentaba un aspecto insólito, cojeando de dos patas más cortas que las otras dos, y con un solo ojo. También los gatos tenían sus trucos, tales como erizar el pelo para parecer más voluminosos, o emitir sonidos guturales. Pero sólo un gato callejero, viejo y pelirrojo, con mataduras en el cuerpo y con una oreja arrancada, había intentado cerrar sus mandíbulas en el espinazo de la rata. Sin embargo, ésta atacó inmediatamente una pata delantera del gato, mordiéndola con todas sus fuerzas, y el gato no pudo hacer presa en ella. Cuando la rata se soltó, el gato huyó corriendo con alivio y saltó al alféizar de una ventana. Esto ocurrió en un jardín oscuro.

Pasaron más días y el tiempo se hizo más frío y más húmedo. Fueron días de dormir en algún lugar calentado por el sol, cuando era posible, cosa rara, aunque los orificios eran siempre más seguros, y fueron noches de merodear para alimentarse. Tanto durante el día como por la noche, siempre era necesario esquivar a los gatos y a los hombres armados con palos. En cierta ocasión, un hombre atacó a la rata con un cubo de basura que estampó contra los adoquines, atrapándole la cola, aunque sin cortársela, pero produciéndole un tremendo dolor, como no había experimentado desde la cuchillada en el ojo.

De vez en cuando una góndola se acercaba a la rata. Los gondoleros gritaban «¡Jo-ay!», o variaciones de este grito, por lo general cuando se disponían a doblar una esquina. Las góndolas no constituían peligro alguno. A veces, un gondolero intentaba

atizarle un golpe de remo, pero lo hacía más para jugar que con la intención de matarla. Los gondoleros no tenían la menor posibilidad de darle a la rata. Propinaban un golpe, que jamás daba en el blanco, y al instante siguiente la góndola con su gondolero ya se había alejado, deslizándose en el agua.

Una noche, la rata olió a salchicha en una góndola amarrada, y se arriesgó a subir a bordo. El gondolero dormía, cubierto con una manta. El olor a salchicha procedía de un papel, que estaba al lado del gondolero. La rata encontró los restos de un bocadillo y comió hasta hartarse y luego se enroscó sobre sí misma cobrando la apariencia de un harapo sucio y áspero. La góndola se balanceaba suavemente. La rata ya era una avezada nadadora. Muchas veces había buceado para escapar de un gato que había tenido la osadía de perseguirla hasta el agua de un canal. A los gatos no les gustaba nada bucear.

Un ruido sordo despertó a la rata. El hombre estaba en pie, desatando una cuerda. La góndola se alejó del pavimento. Ello no alarmó a la rata. Si el hombre la veía y la atacaba, ella saltaría por la borda, e iría a nado hasta las más próximas piedras.

La góndola cruzó el Gran Canal, y entró en otro bastante ancho, que discurría entre grandes palacios convertidos en hoteles. Al olfato de la rata llegaban los aromas a cerdo fresco asándose, a pan cociéndose, a piel de naranja, y el penetrante aroma del jamón. Un poco después, el hombre dirigió la góndola hacia los peldaños de una casa, saltó de la góndola, y llamó a la puerta con un picaporte en forma de círculo. Desde popa, la rata vio una medio derruida porción de la orilla que podía ofrecerle firme sostén, por lo que se lanzó al agua y se dirigió hacia allá. El gondolero oyó el sonido del agua cuando la rata saltó a ella, y se volvió avanzando hacia la rata y gritando «¡Ay, ay!». Por lo que la rata no trepó al lugar elegido para desembarcar, sino que siguió nadando, hasta encontrar otro lugar accesible que le permitió llegar al seco pavimento. El gondolero volvía a estar ante la puerta, llamando con el picaporte.

Aquel día la rata, que era macho, encontró a una rata hembra, lo que constituyó un encuentro agradable, en una húmeda calleja, detrás de una sastrería. Acababa de llover. La rata prosiguió su camino, y encontró casi un filón de restos de bocadillos, cacahuetes y duros granos de maíz, que no se tomó la molestia de aprovechar. Luego se encontró en un espacio abierto, grande. Se trataba de la piazza San Marco, lugar en el que jamás había estado. La rata no podía ver toda la amplitud del lugar, pero la intuía. Por el suelo paseaban gran número de palomas, más de las que la rata había visto juntas en toda su vida, y por entre ellas también paseaban personas que les arrojaban comida. Las palomas descendían del cielo, frenaban su vuelo extendiendo las alas y la cola, y aterrizaban en la espalda de otras palomas. El aroma al blanco maíz asado abrió el apetito de la rata. Pero era de día y la rata sabía que debía andar con cautela. Se mantuvo siempre en el ángulo formado por las fachadas de los edificios y el pavimento, dispuesta a escapar por cualquier salida lateral. Se apoderó de un cacahuete y anduvo mordisqueándolo, sin dejar de avanzar. Dejó caer al suelo la cáscara y conservó el grano en la boca, al mismo tiempo que sostenía entre los dientes la otra mitad del cacahuete que contenía un segundo grano.

Mesas, sillas, y música. Había poca gente sentada en aquellas sillas, y la que había llevaba abrigo. Allí sobre el pavimento de piedra, entre las sillas, había todo género de porciones de croissant, de pan, e incluso de jamón.

Un hombre rió, señaló la rata y dijo a su esposa:

-¡Mira, Helen! ¡Mira esa rata! ¡Y a estas horas del día!

-¡Oh! ¡Qué monstruo! -exclamó la mujer.

El horror de la mujer fue genuino. Tenía casi sesenta años y era de Massachusetts. Luego rió, y en su risa hubo alivio, diversión y un poquito de miedo. Casi en un murmullo, el hombre dijo:

-¡Santo Dios, alguien le ha cortado las patas! ¡Y le falta un ojo! ¡Mira!

-¡Es para contarlo a los amigos, cuando regresemos! Dame la cámara, Alden.

El marido así lo hizo, diciendo:

-No hagas la foto ahora, que llega el camarero.

-Altro, signor? -preguntó cortésmente el camarero.

-No, grazie. ¡Ah, sí! Un caffé latte, per piacere.

-Alden...

Alden tenía prohibido tomar más de dos cafés diarios, uno por la mañana y otro por la tarde. Sabía que sólo le quedaban unos pocos meses de vida, pero la rata le había provocado una entusiasta curiosidad, una súbita alegría. Contempló a la rata mientras ésta husmeaba nerviosamente por entre el bosque de patas de sillas, a un metro del lugar en que estaba sentado, inspeccionando el terreno con su único ojo, lanzándose como una flecha sobre las migajas, rechazando las pequeñas, las inferiores, las aplastadas.

-Haz la foto ahora, no sea que se vaya -dijo Alden. Helen levantó la cámara.

La rata percibió el movimiento, que bien podía entrañar hostilidad, y levantó la vista.

¡Clic!

En un susurro, sonriente de felicidad, igual que si hubiera sacado una fotografía de una puesta de sol en Sounion o Acapulco, Helen dijo:

-¡Me parece que será una buena foto!

-En esa rata... -comenzó a decir Alden en voz baja. Pero se interrumpió para coger con dedos un poco temblorosos el extremo de una delgada salchicha de Frankfurt que reposaba en el panecillo partido y cubierto de mantequilla que tenía ante sí. Arrojó la salchicha a la rata que retrocedió un poco, para luego abalanzarse sobre ella y comenzar a devorarla mientras la sujetaba con el muñón delantero. La salchicha desapareció y la redondeada quijada trabajó febrilmente. Por fin Alden dijo:

-Esta rata tiene la virtud de la fortaleza. ¡Imagina lo que habrá sufrido! ¡Tanto como la propia Venecia! Y no se rinde. ¡No, no!

Helen devolvió la sonrisa que su marido le dirigía. Alden parecía más feliz, parecía encontrarse mejor de lo que se había encontrado en el curso de varias semanas. Helen se alegró. Experimentó un sentimiento de agradecimiento a la rata. Pensó: «¡Mira que estar agradecida a una rata...!» Cuando volvió a dirigir la vista al lugar en que se encontraba la rata, ésta había desaparecido. Pero Alden, sonriente, dijo: -Vamos a tener un día espléndido.

-Efectivamente.

De día en día, la rata adquirió más y más fuerzas, aumentó su audacia en lo tocante a salir de día, pero también aumentó su sabiduría en lo referente a protegerse a sí misma, incluso de las personas. Se lanzaba hacia adelante, como si se dispusiera a atacar a la persona que alzaba una escoba, un palo o un cajón para aplastarla, y la

persona, fuera hombre o mujer, daba siempre un paso atrás o dudaba durante un instante, lo cual la rata aprovechaba para salir corriendo en cualquier dirección, a veces incluso hacia la persona, a la que pronto rebasaba, siempre y cuando ello la condujera a escapar.

Tenía a su disposición más ratas hembras. Cuando estaba de humor para ello, la rata escogía las hembras que le daba la gana, debido a que las ratas macho la temían, y si bien alguna vez le plantaban cara jamás llegaban a atreverse a pelear con ella. La rata con su torpe caminar renqueante. y su único ojo malévolo tenía aire amenazador, causando la impresión de que nada fuera capaz de detenerla, salvo la muerte. La rata, a los siete meses de edad navegaba por el veneciano laberinto como un viejo lobo de mar, segura de sí misma y del ámbito en que se movía. Las madres cogían en brazos a sus hijos pequeños, para, horrorizadas, ponerlos fuera del alcance de la rata. Los niños mayorcitos reían y la señalaban con el dedo. La sarna le atacó la piel del estómago y de la cabeza. De vez en cuando, la rata se revolcaba sobre los adoquines, para aliviar los picores, o se arrojaba al agua, a pesar del frío. Su territorio se extendía desde el Rialto a San Trovaso, y era buena conocedora de los almacenes del Ponte Lungo, que bordeaban al ancho Canale della Giudecca.

El palazzo Cecchini se alzaba entre el Rialto y la zona en que se encontraban los almacenes. Un día, Carlo regresaba de la tienda de víveres del barrio, con una gran caja de cartón destinada a que el perro dálmata Rupert durmiera en ella. Rupert había pillado un catarro, por lo que la madre de Carlo estaba preocupada. En la parte exterior de la tienda, Carlo vio a la rata en el momento en que salía por entre los cajones de madera que contenían pescado y hielo.

¡Era la misma rata! ¡Sí! Carlo recordaba vívidamente los dos pies cortados y la cuchillada en el ojo. Sin dudarlo un instante, Carlo la atrapó con la caja de recio cartón, y se sentó encima. Había capturado a la rata. Carlo estaba sentado sobre la caja con el cuidado preciso para no hundirla, pero con toda firmeza.

Dirigiéndose a un muchacho amigo suyo que pasaba por allí, Carlo gritó:

-Nunzio, ve corriendo a avisar a Luigi. ¡Dile que venga! ¡He atrapado a una rata!

Nunzio, que llevaba una gran hogaza de pan bajo el brazo, exclamó:

-¡Una rata!

Habían ya tocado las seis de la tarde y estaba oscureciendo. Carlo se daba cuenta de que la rata embestía los lados de la caja y pronto comenzaría a roerla, por lo que gritó en tono más imperativo:

-¡Es una rata muy importante! ¡Corre, avisa a Luigi! Nunzio salió corriendo.

Carlo se levantó de la caja de cartón, y oprimiendo la parte superior con fuerza contra el suelo, fue pateando las partes laterales para evitar que la rata comenzara a roerlas. Su hermano mayor quedaría muy impresionado, si Carlo conseguía mantener a la rata allí dentro.

-¿Qué haces ahí, Carlo? -gritó el pescadero-. ¿No ves que no dejas pasar a la gente?

-¡He atrapado a una rata! ¡Debiera regalarme un quilo de scampi por haber atrapado a una de sus ratas!

-¿Mis ratas?

El pescadero hizo un ademán de amenaza, pero estaba muy ocupado y no podía perder tiempo echando de allí al muchachito.

Luigi llegó a todo correr. En el trayecto había cogido una porción de madera cuadrada que había formado parte de una caja.

-¿Una rata? -preguntó.

-La misma rata que cogimos. ¡La que dejamos sin pies! ¡Te lo juro!

Luigi esbozó una sonrisa. Atizó una buena patada a un costado de la caja; luego la levantó un poco, teniendo la madera presta. La rata salió disparada, y Luigi la golpeó en la espalda.

La rata quedó sin aliento y con mucho dolor. Recibió otro golpe en las costillas. La rata movió las patas, sentía frenéticos deseos de huir, pero no podía sostenerse en pie. Oyó las risas de los chicos. Ahora, se la llevaban en la gran caja de cartón.

-¡La echaremos al agua del sótano! ¡Para que se ahogue! -dijo Carlo.

-Será bonito verlo. Si encontráramos un gato podríamos ver una buena pelea. El gato blanco y negro...

-Esa gata nunca está por aquí... Ahora hay mucha agua en el sótano. ¡Ahoguémosla!

El cuarto del sótano fascinaba a Carlo. Imaginaba que

góndolas cruzaban flotando la puerta, y que desde ellas arrojaban a los pasajeros a aquella temible penumbra, de modo que, al fin, el suelo de mármol quedaba cubierto de cadáveres, que sólo quedarían visibles cuando el agua se retirara. El sótano del palazzo Cecchini podía convertirse en otra macabra atracción de Venecia, como las mazmorras a las que llevaba el Ponte dei Sospiri.

Los chicos subieron los peldaños frontales del palazzo Cecchini, cuyas altas puertas de madera estaban entornadas. Su madre cantaba en la cocina, en donde el transistor difundía una canción popular. Carlo cerró la puerta de una patada, su madre lo oyó y gritó:

-¡Luigi, Carlo, venid a cenar! ¡Recordad que hoy vamos al cine!

Luígi lanzó una maldición. Luego se rió y respondió:

-Súbito, mama!

Luigi y Carlo bajaron la escalera que llevaba al sótano. La madre gritó:

-¿Habéis, traído la caja de cartón?

-Sí, sí.

-Dame la madera -pidió Luigi dirigiéndose a su hermano.

Luigi cogió la madera cuadrada y, al mismo tiempo, volcó la caja -de cartón. Todavía se acordaba del mordisco en la muñeca y temía a aquella rata. La rata cayó al agua. Sí, era la misma. Luigi vio los dos muñones. La rata se hundió al instante, y apenas sintió el torpe golpe que Luigi le propinó con la madera.

-¿Dónde está? -preguntó Carlo.

Carlo se encontraba en pie en el peldaño más bajo en donde el agua le llegaba hasta los tobillos. No se había tomado la molestia de quitarse las sandalias y los calcetines. Luigi, que se hallaba en el peldaño superior, mantenía la madera enarbolada, dispuesto a arrojarla tan pronto la rata sacara la cabeza del agua para respirar. Dijo:

-Ya saldrá.

Los muchachos escudriñaban el agua oscura que ahora estaba agitada, debido a que una lancha a motor acababa de pasar por el canal, junto a la puerta. Carlo dirigió una mirada a su hermano y dijo:

-¡Bajemos! ¡Vamos a asustarla!

E inmediatamente se metió en el agua, que le llegaba hasta las rodillas, y comenzó a dar patadas, para evitar que la rata se le acercara.

-¡Luigi! -chilló la madre-. ¿Estáis abajo? Si no venís inmediatamente os doy una paliza a los dos.

Luigi se volvió para contestar a gritos, y ya tenía la boca abierta cuando vio a la rata subiendo torpemente el peldaño más alto para penetrar en el primer piso de la casa. Señalando la rata, dijo en un susurro:

-Mama mia! ¡Ha subido!

Carlo comprendió inmediatamente la situación, a pesar de que no vio la rata. Alzó las cejas, y en silencio subió los peldaños. No podían contar a su madre lo ocurrido. No les quedaba más remedio que seguir el húmedo rastro dejado por la rata y echarla de la casa. Los dos muchachos se dieron cuenta de ello al mismo tiempo, sin que mediara palabra alguna entre ellos. Cuando entraron en el vestíbulo, la rata ya había desaparecido. Buscaron el húmedo rastro, pero no vieron gota alguna en el piso de mármol gris y blanco. Dos puertas correspondientes al salón estaban abiertas. La puerta del retrete estaba entornada. Quizá la rata había subido al piso superior.

-¿Venís ya de una vez o no? ¡Tenéis los spaghetti en el plato! ¡Venid corriendo!

-Sissi, mama, súbito! -contestó Luigi.

Luigi indicó en silencio los mojados pies de Carlo, y con el pulgar indicó el piso superior, que era en donde Carlo tenía su ropa.

Este subió a todo correr.

Luigi echó una rápida ojeada al retrete. No podían confesar a su madre lo ocurrido. Si se enteraba de que en la casa había una rata suelta, no se atrevería a salir ni los dejaría ir a ver la película por la noche. Luigi inspeccionó uno de los salones, en el que había seis sillas alrededor de una mesa ovalada, y más sillas junto a mesillas para tomar copas, junto a las paredes. Luigi miró detenidamente, pero no vio a la rata.

Carlo había regresado. Bajando unos peldaños, entraron en la cocina. Su padre casi había terminado ya su plato de spaghetti. Luego vino el bistecca. El obeso perro los miraba con la cabeza apoyada en las patas delanteras. Segregaba saliva. Volvía a estar atado a la cocina de ladrillos. Luigi, disimuladamente, miró a su alrededor en busca de la rata, prestando especial atención a los rincones de la cocina. Maria-Teresa, la canguro, llegó antes de que la familia terminara la cena. Llevaba dos libros bajo el brazo. Sonrió ampliamente, se desabrochó el abrigo y se quitó el pañuelo con el que se cubría la cabeza.

-He llegado antes de lo debido, lo siento -se disculpó.

-No, no, ni hablar. Siéntate y come un poco de pastel. El postre era un delicioso pastel con porciones de melocotón. ¿Quién podía resistirse, especialmente cuando se tiene el apetito propio de los diecisiete años que contaba Maria-Teresa? Esta se sentó y comió una porción de pastel.

Mangoni padre comió una segunda porción de pastel. Estaba engordando, igual que Rupert.

Luego, la familia salió corriendo, y papá Mangoni llevaba en brazos al más chiquitín de sus hijos, debido a que habían salido con un retraso de cuatro minutos, según sus cálculos, y llegarían tarde, incluso si iban a todo correr. A papá Mangoni le

gustaba ver los anuncios que precedían a la película, y también le gustaba saludar a sus amigachos.

El aparato de televisión había sido trasladado desde el dormitorio de los padres al cuarto en el que Antonio, niño de dos meses de edad, reposaba, con aspecto de estar de cuerpo presente, en una alta cuna de la que colgaban adornos de encaje que casi llegaban al suelo. La cuna tenía ruedas. Maria-Teresa, canturreando por lo bajo, advirtió que el niño estaba dormido, y empujó la cuna para alejarla del televisor situado en un rincón. Luego puso en marcha el aparato, con el sonido a muy bajo volumen. El programa no parecía interesante, por lo que Maria-Teresa, sentada, abrió una de sus novelas, historia de amor en el Oeste norteamericano y que transcurría en el siglo pasado.

Cuando Maria-Teresa volvió a mirar la pantalla del televisor, varios minutos después, su vista percibió casualmente una mancha gris que se movía en un rincón. Maria-Teresa se puso en pie. ¡Una rata! ¡Un bicho grande y de horrible aspecto! Maria-Teresa se desplazó hacia la derecha con la esperanza de ahuyentar a la rata hacia la izquierda en donde se encontraba la puerta abierta. Lenta y firmemente, la rata avanzó hacia la muchacha. La rata era tuerta. Tenía amputado uno de sus pies delanteros. Maria-Teresa lanzó un grite de terror, y corrió hacia la puerta.

No tenía la menor intención de matar a aquel bicho. ¡Temía y odiaba a las ratas! ¡Eran la maldición de Venecia! Se dirigió al teléfono de la sala que había en el piso inferior. Marcó el número de un café cercano, en el que trabajaba su novio.

-Cesare -dijo-. Quiero hablar con Cesare.

Cesare escuchó el relato de María-Teresa y se echó a reír. Esta dijo:

-Oye, ¿puedes venir? Los Mangoni se han ido al cine y estoy sola. Tengo tanto miedo que de buena gana saldría corriendo de esta casa.

-Bueno, voy para allá.

Cesare colgó el teléfono. Sonriendo, se echó una servilleta al hombro, y dijo a uno de sus colegas que atendía el mostrador:

-Mi novia está haciendo de canguro, y ha visto una rata en la casa. Quiere que vaya allá y la mate.

-¡Ja, ja!

-¡Este truco es nuevo -dijo un cliente-. ¿Y cuánto tiempo tardarás en matar a la rata, Ces?

Más risas.

Cesare no se tomó la molestia de decir a su jefe que se iba, ya que el palazzo Cecchini estaba cerca y podía llegar en cosa de un minuto, si corría. En la acera, junto al café, Cesare cogió una barra de hierro de cuatro pies de longitud, que ponían, para mayor seguridad, detrás de la puerta cuando cerraban el establecimiento. La barra pesaba bastante. Echó a correr e imaginó el acto de aplastar con la barra de hierro a una rata acorralada, matándola, e imaginó la gratitud de Mario-Teresa y los besos con que le recompensaría.

Pero la puerta del palazzo no fue abierta por una muchacha angustiada, su amada, a la que él tranquilizaría con un prieto abrazo y palabras de ánimo, antes de lidiar con el animalillo, sino que se encontró con una Mario-Teresa temblorosa de terror, y deshecha en llanto. La muchacha dijo:

-¡La rata ha mordido al niño!

Librodot

-¿Qué? . Arriba...

Cesare, con la barra en ristre subió a saltos la escalera. Echó una ojeada a la casi vacía habitación, severamente amueblada, en busca de la rata, miró debajo de la cama matrimonial con baldaquino.

Mario-Teresa entró y dijo

-No sé dónde se habrá metido la rata. ¡Mira al niño! ¡Tenemos que llamar a un médico! ¡Acaba de ocurrir, mientras te llamaba por teléfono!

Cesare fijó la vista en la almohada de la cuna, horriblemente enrojecida, cubierta de sangre. La nariz del niño, toda la nariz... ¡Era horroroso! ¡No quedaba ni rastro de nariz! ¡Y la mejilla! Cesare murmuró una jaculatoria invocando la protección de un santo. Se volvió hacia Mario-Teresa y le preguntó:

-¿Vive?

-No lo sé. Me parece que sí.

Delicadamente, Cesare puso el dedo índice en la mano semicerrada del niño. Este rebulló y emitió un sonido húmedo, como si tuviera dificultades en respirar por entre la sangre.

-Quizá lo mejor sea ponerlo boca abajo, o de lado. Voy

a llamar por teléfono. ¿Sabes el número de algún médico? Mario-Teresa, que ya estaba imaginando vívidamente las acusaciones de que sería objeto por haber permitido que aquella desgracia ocurriera, contestó:

-No.

María-Teresa sabía muy bien que hubiera debido ahuyentar a la rata en vez de llamar por teléfono a Cesare. Éste, después de intentar localizar en vano a un médico al que conocía y cuyo número de teléfono buscó en el listín, llamó al principal hospital de Venecia consiguiendo que le prometieran que irían directamente al palazzo. El personal médico llegó en la lancha del hospital, que atracó en el Gran Canal, a unas cincuenta yardas del palazzo. Mario-Teresa y Cesare oyeron el ruido del raído motor. Mario-Teresa ya había limpiado de sangre la cara del pequeño, con suaves toques de una toalla húmeda, con la idea de facilitarle la respiración. La nariz había desaparecido, dejando al descubierto una porción de hueso.

Dos hombres jóvenes vestidos de blanco dieron dos inyecciones al niño, sin dejar de murmurar: «Orribilel» Dijeron a Mario-Teresa que preparara una botella de agua caliente.

Las mejillas de Cesare, el camarero, por lo general sonrosadas, estaban exangües, y el muchacho tenía la impresión de que iba a desmayarse. Se sentó en una de las severas sillas. Ya se había olvidado de sus proyectos de dar un apasionado abrazo a Mario-Teresa. Ni siquiera podía sostenerse en pie.

Los internos se llevaron al niño en la lancha, envuelto en una manta con la botella de agua caliente.

Cesare recuperó un poco sus fuerzas, bajó a la cocina, y después de una breve búsqueda encontró media botella de Strega. Llenó dos vasos, sin dejar de desparramar la vista en busca de la rata, pero no la vio. Los Mangoni tardarían poco en llegar. A Cesare le hubiera gustado encontrarse en cualquier otro sitio, incluso en su puesto de trabajo, pero pensaba que tenía que estar al lado de Mario-Teresa, y que su jefe aceptaría esta excusa. Un niño a las puertas de la muerte... quizá muerto ya... Era imposible saberlo...

Librodot

La familia Mangoni llegó a las once menos veinte, e inmediatamente se produjo el caos.

La mama chilló. Todos hablaron a la vez. La mama fue a ver la ensangrentada cuna y volvió a chillar. Dijeron al papa que llamara al hospital. Cesare, los tres hermanos mayores y una de las hermanas emprendieron una exhaustiva búsqueda por toda la casa, armados con vacías botellas de

vino, cuchillos, un taburete de madera de la cocina, un hierro aplanado... Cesare iba con su barra de hierro. Nadie vio a la rata, pero varios muebles recibieron accidentales arañazos.

Maria-Teresa fue perdonada. O casi. El papa comprendió que Maria-Teresa pidiera ayuda por teléfono a su novio quien a fin de cuentas se encontraba cerca. El hospital les dijo que el niño tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir, pero también les dijeron que era aconsejable que la madre acudiera cuanto antes.

La rata había escapado por un desagüe de la cocina, que se encontraba junto al suelo. Fue a parar a las aguas de Rio San Polo, tres metros más abajo, pero esto no constituyó problema alguno. La rata nadó con poderosos movimientos de sus dos patas en buen estado, animada por firme fuerza de voluntad, y así llegó hasta el más próximo punto que le permitía salir del agua, llegando a tierra firme sin cansarse. La rata sacudió el cuerpo. Tenía aún en la boca el sabor a sangre. Había atacado al niño llevada por el terror y también por la furia, debido a que, en aquellos momentos, aún no había encontrado el punto de salida de la maldita casa. Los brazos y los puños del niño habían golpeado débilmente la cabeza y los costillares de la rata. A ésta le había producido cierto placer el hecho de atacar a un miembro de la raza humana que olía igual que los ejemplares mayores. Las porciones de carne tierna le habían llenado un poco el estómago, y ahora le proporcionaban energías.

La rata, a pasos renqueantes, se dirigió hacia las tinieblas, deteniéndose de vez en cuando para olisquear alguna que otra despreciable porción de comida, o para orientarse mirando hacia lo alto u olfateando la brisa. Se dirigía hacia el Rialto, en donde podía cruzar por un arqueado puente notablemente seguro por la noche. Proyectaba pernoctar temporalmente en las cercanías de San Marco, zona en la que abundaban los restaurantes. La noche era muy oscura, lo que la protegía. Tenía la impresión de que sus fuerzas aumentaban a medida que avanzaba con la barriga casi rozando las húmedas piedras. Un gato curiosón osó acercarse a la rata e intentó atraparla, pero la rata lo miró y saltó hacia el gato. Éste dio un saltito y emprendió la retirada.

El caballo máquina

Cuando la gran yegua Fanny oyó el rumor producido por la paja volvió despacio la cabeza, sin dejar de masticar al mismo ritmo, y sus ojos, que eran como grandes y suaves huevos de color castaño, intentaron dirigir su mirada hacia abajo y atrás. Fanny

suponía que se trataba de uno de los gatos de la casa, aunque éstos rara vez se acercaban tanto a ella. En la granja había dos gatos, uno de ellos rojizo y el otro blanco y negro. Fanny había mirado hacia atrás casi distraídamente. A menudo entraba un gato en la cuadra, para echar tranquilamente una siesta.

Sin dejar de arrancar paja del pesebre, Fanny miró por segunda vez, y vio al menudo animalillo cerca de sus patas delanteras. Se trataba de un gatito; pero no uno de la casa, uno de los gatitos de cualquiera de los dos gatos grandes, debido a que, en esos días, no había crías de gato en la granja.

Era el atardecer de un día del mes de julio. Revoloteaban mosquitos cerca de los ojos y de la nariz de Fanny, obligándola a resoplar. Estaba abierta una pequeña ventana cuadrangular, siempre cerrada en invierno, y el sol poniente daba directamente en los ojos de Fanny. Aquel día, la yegua había trabajado poco, debido a que el hombre llamado Sam, a quien Fanny había conocido a lo largo de sus doce años de vida, no había aparecido, aquel día ni el anterior. Que ella recordara, no había hecho nada como no fuese ir al tanque de agua, con la mujer llamada Bess, y regresar del tanque. Fanny estuvo largo rato masticando, durante las horas de sol, y luego, emitiendo un gruñido, se tumbó para dormir. Su gran grupa y anchos costillares, bien cubiertos de grasa y musculatura, se posaron en el lecho de paja como un gran barril cuidadosamente depositado. El aire refrescó. El gatito gris, al que ahora Fanny podía ver más claramente, se acercó y se enroscó entre el largo pelo, con calidad de pluma y de color rojizo, detrás de la mano izquierda de Fanny.

El gatito no tenía aún los cuatro meses, era de color gris ceniza con pintas negras, y tenía una cola de una longitud parecida a la de un cigarrillo largo, debido a que alguien se la había partido por la mitad, de un pisotón, cuando el gato era aún más joven. Era una gatita. Aquel día, la gatita había recorrido un largo camino, quizá de cinco o seis quilómetros, y había entrado en el primer cobijo que había visto. Se había fugado de casa, ya que su abuela y su bisabuela la habían atacado por enésima vez, y ésa fue la gota que hizo rebosar el vaso. Hacía pocos días que la madre de la gatita había muerto atropellada por un automóvil. Ella había visto el cadáver de su madre en la carretera y lo había olisqueado. Llevada por su instinto de conservación, la joven gata había comprendido que el ancho mundo desconocido era mejor que el mundo que ella conocía. Ya estaba dotada de buena musculatura y rebosaba audacia, pero estaba cansada. Había inspeccionado la granja y sólo había encontrado un poco de pan mojado y embarrado, en el gallinero. Y a aquella hora, a pesar de ser el mes de julio, la gatita tenía frío. Había sentido el calor que desprendía el voluminoso cuerpo de la yegua castaño rojiza, y cuando ésta se tumbó, la gatita encontró un lugar cómodo y allí se enroscó.

A la yegua eso le gustó bastante. ¡Qué ser tan menudo y delicado! ¡Con tan poco peso y tan poco tamaño, casi no era nada!

Y así- durmieron caballo y minino.

En la blanca casa de campo de dos pisos, la gente discutía.

La dueña de la casa era Bess Gibson, viuda desde hacía tres años. Hacía muy pocos días que su nieto Harry había ido allá con Marylou, la muchacha con la que se había casado hacía poco, con el solo fin de visitar a Bess, según ésta pensó, y presentarle a Marylou. Pero Harry también tenía ciertos proyectos. Quería dinero. Bess supuso que la madre de Harry no tenía el dinero suficiente o bien que, si lo tenía,

no querría dárselo. Ed, el hijo de Bess y padre de Harry, había muerto, y la madre de Harry, que vivía en California, se había casado de nuevo.

Harry estaba sentado en la cocina, vestido de vaquero, alternando entre sus labios un mondadientes con un cigarrillo, y hablaba del establecimiento tipo restaurante para automovilistas y café bar, del que quería comprar una participación.

-Abuela, me gustaría que te dieras cuenta de que esta granja ni siquiera cubre gastos, que el dinero está inmovilizado y sin dar rendimiento. ¿Qué tienes aquí?

Harry agitó la mano en amplio ademán, y prosiguió:

-Por la casa y las tierras pueden darte unos ciento veinte mil. ¡Piensa, aunque sólo sea por un instante, en el piso

en la ciudad que podrías tener, gastando sólo una parte de ese dinero!

Con voz de loro, Marylou apoyó la argumentación de su marido:

-Es una gran verdad, ¿sabes, abuela?

Marylou tenía delante una taza de café que de vez en cuando toqueteaba, pero había sacado una lima para las uñas, y, se dedicaba a limárselas.

Bess rebulló en la silla de madera y ésta emitió un ge. mido. Llevaba un vestido de algodón blanco y azul y calzaba sandalias. Padecía hidropesía. En el curso de los dos últimos años se le había puesto el cabello completamente blanco. Comprendió que Harry se había referido a un piso en la ciudad, y la ciudad no podía ser otra que Danville, que se encontraba a cincuenta quilómetros de la granja. El piso sería un estrecho cuchitril, al que se llegaría después de subir dos tramos de escalera, y probablemente propiedad de alguien a quien sería preciso pagar alquiler. Bess no quería ni pensar siquiera en un piso, por muchas que fueran las modernas comodidades de que estuviera dotado. Por fin dijo:

-La granja paga sus propios gastos. No, no se pierde dinero. Tenemos pollos y patos. Y viene gente a comprarlos o a comprar huevos. Luego está el trigo y el maíz. Sam la explota muy bien. Aunque la verdad es que no sé qué va a pasar ahora que él no está. -Luego, con cierto énfasis, Bess añadió-: Además es mi casa, y será vuestra cuando yo no esté en este mundo.

-Pero ni siquiera tenéis un tractor. Sam aún utiliza un arado. Es ridículo. Y ese caballo. ¿En qué siglo vives, abuela? Luego, Harry añadió, y no por primera vez, precisamente: -Con la garantía de la granja, puedes pedir dinero prestado, si realmente quieres ayudarme.

-No estoy dispuesta a dejarte a ti, o a cualquier otra persona, una casa hipotecada -replicó Bess.

Esto significaba que Bess no estaba totalmente convencida de la seguridad de los planes de Harry. Pero éste ya había hablado de este aspecto, y le fatigaba volver a abordarlo. Se limitó a intercambiar una mirada con Marylou.

Bess sintió calor en la cara. Sam, su capataz -capataz suyo y de su marido Claude durante diecisiete años, un verdadero miembro de la familia-, se había ido hacía dos días. Sam había soltado un discurso y había dicho que no podía aguantar a Harry, que lo sentía mucho, pero que así era. Sam comenzaba a ser un hombre entrado en años, y Bess suponía que Harry había intentado darle órdenes con malos modos, como si fuera un bracero temporalmente contratado.

i i Bess no lo sabía seguro, pero así lo imaginaba. Albergaba esperanzas de que Sam tardaría poco tiempo en escribirle, comunicándole el lugar en que se encontraba,

Librodot

lo que le permitiría llamarle tan pronto como Harry se fuera. Cuando Bess se acordaba de la estampa de Sam, del viejo Sam, con su mejor chaqueta y la maleta al lado, parando al autobús en la carretera principal, poco le faltaba para odiar a su nieto.

Harry volvió a hablar, con la cadencia lenta y paciente que solía adoptar para explicar sus pretensiones:

-Abuela, es muy sencillo. Necesito sesenta mil dólares para comprar el establecimiento a medias con Roscoe. Ya te he dicho que Roscoe no es su nombre, sino que es sólo un apodo. En realidad se llama Ross Levitt.

Bess pensó: «Me importa muy poco cómo se llame.» Pero, cortésmente, dijo:

-Ya.

-Pues bien, aportando sesenta mil dólares cada uno de nosotros, el negocio es seguro. Ese establecimiento pertenece a una cadena, ¿sabes?, formada por doce establecimientos más, y todos están ganando dinero. Pero si no puedo aportar mi parte dentro de unos días, abuela, o si no puedo garantizar la entrega del dinero, perderé esta ocasión. Como es natural, te devolveré el dinero, abuela. ¡Pero ésta es la gran ocasión de mi vida!

Bess pensó: «¿Cómo se pueden utilizar frases así, cuando sólo se tienen veintidós años?» Harry tenía mucho que aprender todavía.

-Y si tienes alguna duda, consulta con tu abogado -dijo Harry-. Consulta con un banquero. No me da miedo. Bess descruzó y volvió a cruzar sus hinchados tobillos. ¿Por qué la madre de Harry no le adelantaba el dinero si tan seguro era el negocio? La madre de Harry se había casado con un hombre en buena posición económica. Y ahora resultaba que su nieto se había casado a los veintidós años. Demasiado joven, pensó Bess, a quien además no le gustaba Marylou, ni la clase de chicas como ella. Marylou era linda y tonta. Más parecía una colegiala encaprichada que una esposa. De todas maneras, Bess sabía que tenía que callar sus pensamientos, porque nada hay peor que entrometerse en la vida de los demás.

-Abuela, además aquí no tienes nada con que distraerte un poco, ahora. ¿Qué haces, sola en el campo? Según me dijiste, los Colman murieron los dos el año pasado. En la ciudad, podrías formarte un agradable círculo de amigos que... La voz de Harry se convirtió a los oídos de Bess en un constante zumbido. Ella tenía tres o cuatro buenos amigos, y, contando a todos los del distrito, quizá fueran seis u ocho. Los conocía a todos desde hacía mucho tiempo, la llamaban por teléfono, la visitaban, o bien Sam la llevaba en la camponeta a sus casas. Bess pensó que Harry era tan joven que no podía saber lo que significaba un hogar. Según todos decían, los dormitorios de alto techo, en el piso superior, eran hermosos, con cortinas y colchas confeccionadas por la propia Bess y por su madre. Unos periodistas locales incluso acudieron a tomar fotografías, y se publicó un artículo en...

Harry se puso en pie, con lo que sacó a Bess de su ensimismamiento, y dijo:

-Me parece que nos vamos a la cama, abuela.

Marylou se levantó con la taza de café en la mano, y la llevó a la pileta. Lavaron los restantes platos. Marylou tenía poco que decir, pero Bess intuyó que estaba terriblemente enojada, que en ella anidaban terribles deseos, y Bess suponía que éstos se diferenciaban muy poco de los de Harry, que consistían, sencillamente, en agenciarse un buen montón de dinero. Harry había dicho que podrían vivir en un

grupo de viviendas situado detrás del restaurante. En una hermosa casa, con piscina propia. Bess imaginaba que esto seguramente ilusionaba a Marylou.

La joven pareja se había ido al dormitorio delantero. Se habían llevado allá el aparato de televisión, puesto que Bess les había dicho que casi nunca lo utilizaba. En realidad, Bess veía la televisión casi todas las noches, pero cuando Harry y Marylou llegaron quiso tratarlos con amabilidad. Ahora, lamentaba no tener el aparato a su disposición, ya que no le iría mal cambiar un poco de pensamientos e incluso quizá reírse un poco. Fue a su dormitorio que en verano era una estancia situada en el porche trasero, con ventanas protegidas con mosquiteras, a pesar de que en aquella zona había pocos mosquitos. Conectó muy bajo su transistor.

Arriba, Harry y Marylou hablaban en voz muy baja, echando de vez en cuando miradas a la puerta cerrada, pensando que bien podía darse el caso de que Bess llamara a la puerta, para servirles una bandeja de leche y unas porciones de pastel, como había hecho en cierta ocasión en el curso de esa visita.

-Me parece que esta noche no subirá -dijo Marylou-. Creo que está muy enfadada con nosotros.

-Pues eso es malo, muy malo.

Harry se desnudaba. Sopló sobre las cuadradas punteras de sus botas de vaquero, y las frotó una vez contra los fondillos de sus pantalones tejanos, para ver si les sacaba brillo.

-¡Santo Dios! -exclamó Harry-. ¡Las veces que he oído hablar de situaciones como ésta! ¿Tú no? Es el caso de la vieja que se patea el dinero, dinero que en este caso me corresponde a mí, precisamente cuando los jóvenes lo necesitan.

-¿No conoces a nadie que pueda convencerla?

-¿Aquí? ¿Precisamente aquí?

Harry pensaba que todos se pondrían de parte de su abuela. Lo último que necesitaban era meter más gente en el asunto.

-Me parece que voy a tomar un trago. ¿Tomas tú? -dijo Harry.

Del fondo del armario sacó una gran botella de bourbon, mediada.

-No, gracias -contestó Marylou-. Tomaré un poco de tu vaso, si le echas agua.

Harry escanció un poco de agua de la jarra de porcelana en el vaso con el bourbon, y lo entregó a Marylou para que tomase un sorbo. Añadió más bourbon, y se bebió casi el vaso entero.

-¿Sabes que Roscoe me dijo que le llamara ayer u hoy con una respuesta?

Harry se pasó el dorso de la mano por los labios. No esperaba que Marylou le contestara, como así ocurrió. Harry pensó: «En estos momentos juro que me gustaría que la vieja estuviera muerta.» Este pensamiento fue como una maldición pronunciada en voz alta para expulsar de su mente la ira y el resentimiento. Luego, de repente, se le ocurrió. Sí, una idea. Y no era una mala idea, sino una idea horrible. Aunque no excesivamente horrible. Y segura. Bueno, segura en un noventa por ciento, siempre y cuando actuara con prudencia y cautela. Incluso cabía decir que era una idea sencilla.

Marylou, recostada en la cama y con la sábana cubriéndola hasta la cintura, preguntó:

-¿En qué piensas?

El rizado cabello rojizo de Marylou resplandecía como una aureola, a la luz de la lámpara de lectura incorporada a la cama.

Librodot

-Pues pensaba que si la abuela sufriera una fractura de cadera, ya sabes, uno de esos accidentes que sufren los viejos...

Harry se acercó a la cama y habló en voz todavía más baja, sabedor de que Marylou aprobaría sus ideas, a pesar de que eran peligrosas.

-Quiero decir que tendría que vivir en la ciudad, si se quedara así, sin poder moverse.

Los ojos de Marylou quedaron conturbados por excitada confusión. Parpadeó. En un susurro, preguntó:

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Darle un empujón para que se caiga por la escalera?

Harry, rápidamente, meneó la cabeza y dijo:

-No, eso es muy burdo. Yo pensaba en otra cosa, en ir de merienda al campo, quizá... Una de esas comidas campestres que hace de vez en cuando, según ella misma dice, ¿sabes? Con el caballo y el carro. Una sandía, bocadillos y todo lo demás, y...

Adivinando que el punto culminante se acercaba, Marylou soltó una nerviosa risita, y dijo:

-¡Y una cerveza!

Harry encogió los hombros y dijo sin dar importancia a sus palabras:

-Y el carro vuelca en determinado lugar. No sé si sabes que hay una charca junto al río. Yo sí lo sé.

-El carro vuelca. ¿Y nosotros qué? ¿O es que no iremos dentro del carro?

-No hace falta que tú te encuentres en el carro. Puedes bajarte con cualquier excusa, para poner el mantel en la hierba, cualquier cosa. Y yo me encargo de lo demás.

Hubo una pausa.

-¿Hablas en serio? -preguntó Marylou.

Harry pensaba, con los ojos casi cerrados. Por fin efectuó un movimiento afirmativo con la cabeza y dijo:

-Sí. A no ser que se me ocurra otra idea mejor. Apenas tenemos tiempo, ni siquiera para seguir haciendo promesas a Roscoe. Desde luego, hablo en serio.

Bruscamente, Harry se alejó y puso en funcionamiento el televisor.

Para la gatita gris, Fanny, la yegua, se había convertido en su protectora, su fortaleza, su hogar. Y Fanny nada hizo para ello. Se limitó a existir, emitiendo su calor en el frío de la noche, antes del alba. Los únicos enemigos de la gatita gris eran dos gatos mayores, y, afortunadamente, éstos decidieron comportarse sólo de una forma huraña, dispuestos a soltar un feroz resoplido o a lanzar un zarpazo con las uñas salidas. Contribuían a hacer desagradable la vida, pero no estaban dispuestos a matar, ni siquiera a echar de la casa a la gatita, lo cual ya era algo.

Sin embargo, la gatita no pasaba mucho tiempo en la cuadra. Le gustaba jugar en el gallinero o en el espacio de los patos, dirigirse hacia un polluelo, como si estuviera animada de perversas intenciones, y luego esquivar el terrible picotazo de la gallina madre. Luego, la gatita saltaba a un palo vertical de la empalizada, y quedaba sentada en lo alto, lamiéndose una pata e inspeccionando atentamente la zona ante ella, y el prado a su espalda. La gatita era medio salvaje. No sentía tentación alguna de

acercarse a la puerta trasera de la casa. Tenía la impresión de que no sería bien recibida. Los seres que caminaban con dos patas siempre la habían tratado mal o, en el mejor de los casos, con indiferencia. Cuando vivía con su abuela y su bisabuela, la gatita había comido los restos de las matanzas efectuadas por aquellas dos, lo que quedaba de lo que otrora fueran ratas, pájaros, un gazapo de vez en cuando, cuando sus mayores habían satisfecho el apetito. Los seres con sólo dos patas no daban nada digno de confianza o abundante, quizá tan sólo un plato de leche con pan, aunque no todos los días, es decir, no se podía contar con ello.

Pero el gran caballo rojizo, tan pesado, tan lento, era para la gatita, y ésta lo sabía muy bien, un amigo digno de confianza. La gatita había visto caballos, con anterioridad, pero nunca tan grandes como aquél. Jamás se había acercado a un caballo y nunca había tocado a uno. Estar junto al gran caballo a la gatita le parecía divertido y peligroso al mismo tiempo. Le gustaba divertirse, tener la sensación de gastar bromas a otros seres (como los polluelos) y a sí misma, debido a que ello dulcificaba las realidades de la existencia, dulcificaba la posibilidad de morir, en un instante, como había muerto su madre, si, por ejemplo, el gigantesco caballo la pisara. Los grandes pies del caballo llevaban hierros. La gatita se había dado cuenta de ello una noche en que el caballo estaba tumbado en el suelo. No, las plantas de las patas del caballo no eran suaves como los largos mechones de pelo que tenía un poco más arriba, sino duras, con capacidad de causar daño.

Sin embargo, la gatita se daba cuenta de que el caballo también jugueteaba con ella. El caballo volvía su gran cabeza y torcía el cuello para mirarla, y tenía buen cuidado de no pisarla. En una ocasión en que el caballo estaba tumbado, la gatita, llevada por un nervioso arrebato de ansiedad y de travesura, subió por la suave nariz del caballo y hasta la dura frente huesuda, y le mordisqueó una oreja. Inmediatamente después, la gatita saltó al suelo y se agazapó esperando lo peor, a modo de represalias. Pero el caballo se limitó a levantar un poco la cabeza, a mostrar los dientes y a resoplar -haciendo volar unas cuantas pajuelas- como si también se divirtiera. Luego, la gatita gris comenzó a pasear sin temor sobre los costillares y la grupa de la yegua, o saltaba para agarrarse al recio pelo de la cola, y escapaba con facilidad a los lentos latigazos que con la cola propinaba la yegua. Ésta seguía con la mirada las evoluciones de la gatita. En aquellos ojos, la gatita veía cierta especie de protección, como también la había visto en los ojos de su madre, que la gatita recordaba. Ahora, ésta dormía en el cálido lugar situado debajo del nacimiento de las patas delanteras del caballo, junto al gran cuerpo que irradiaba calor.

Un día, la mujer gorda vio a la gatita. Ésta, por lo general, se ocultaba al ver salir de la casa a un ser humano, pero en aquella ocasión fue pillada de improviso, mientras inspeccionaba un hueso de pollo, junto a la cuadra. La gatita se agazapó y miró a la mujer, presta a salir corriendo.

Inclinándose hacia adelante para ver mejor, Bess dijo:

-¡Vaya, vaya! ¿De dónde has salido? ¿Y qué le ha ocurrido a tu cola? ¡Eres muy joven y pequeño!

Cuando Bess se acercó, la gatita salió disparada hacia los arbustos y se perdió entre ellos.

Bess llevó el cubo de avena a la cuadra de Fanny -la pobre se pasaba el día en pie y sin hacer nada-, y lo dejó en un rincón del pesebre. Luego, sacó a Fanny a beber

Librodot

agua. Cuando ésta hubo bebido, Bess abrió una puertecilla en la empalizada, y la llevó a un prado cercado.

-Bonitas vacaciones estás pasando, ¿verdad, Fanny? No te preocupes que hoy vamos a comer al campo. Tirarás del carro. Iremos al arroyo, y allí podrás refrescarte los pies.

Bess acarició un ijar de Fanny. Su grupa quedaba al mismo nivel que los ojos de Bess. Era una yegua muy grande, pero no comía mucho y trabajaba a gusto. Bess se acordó del día en que Harry, que tenía unos trece años, se montó en Fanny para que le hicieran una fotografía, quedando con las piernas poco menos que horizontales, como si se hubiera sentado a horcajadas sobre un barril. A Bess no le gustaba recordar aquellos tiempos. Entonces, Harry era más simpático, más bueno. Harry llamaba «caballo máquina» a Fanny, impresionado por su fortaleza, como hubiera quedado cualquiera al ver cómo arrastraba un carro cargado de sacos de trigo.

Bess entró en la cuadra y vació el cubo de avena en el pesebre, para regresar luego a casa, en donde tenía un pastel de melocotón en el horno. Apagó el horno, y lo abrió un poco, dejando la tapa entornada cosa de unas cuatro pulgadas. Bess jamás medía ni cronometraba nada, pero los platos al horno siempre le salían bien. Pensó que tenía que dar al gatito una costilla de buey asado, para que comiera un poco. Ya sabía la clase de gatito que era, medio salvaje, rebosante de vida y ganas de vivir, y aquel gatito -o quizá gatita- podía llegar a ser un espléndido cazador de ratas si conseguía hacerse respetar por los otros dos gatos, hasta que se hiciera un poco mayor. Bess cogió la fuente guardada en el refrigerador que contenía lo que quedaba de una porción de costillar de buey asado, y con un afilado cuchillo separó una costilla de una largada de unos veinticinco centímetros. Si conseguía dar la costilla al gatito, sin que los otros gatos lo vieran y se la robaran, el gatito lo agradecería.

Los bocadillos de jamón y queso ya estaban preparados; y sólo eran las doce menos cuarto. Por la mañana, Marylou había preparado media docena de huevos picantes. ¿Dónde estaría ahora Marylou? Bess supuso que la pareja estaría en el piso superior, hablando. Hablaban mucho, aquellos dos. Bess oyó el gemido de una tabla del suelo. Sí, estaban arriba. Decidió salir para ver si encontraba al gatito.

Bess, con su torpe caminar, se acercó al gallinero, con la costilla en la mano, llamando:

-¡Minino, minino, minino...!

Sus dos gatos estaban ahora fuera de casa, probablemente dedicados a cazar, lo cual favorecía los planes de Bess. Echó una ojeada a la cuadra, pero no vio al gatito. Luego, cuando miró a Fanny en el prado -baja la cabeza, Fanny masticaba hierba-, vio al gatito saltando y jugando al sol, entre los cascos de Fanny, de tal manera que parecía una voluta de humo empujada por el viento hacia aquí y hacia allá. Durante un instante la agilidad y la energía del gatito dejaron maravillada a Bess. Ésta pensó en el contraste que se daba entre aquel gatito y ella, ella con su terrible peso, su lentitud y su edad. Bess avanzó sonriente hacia la puerta de la valla. La costilla gustaría al gato.

-Minino -llamó Bess-. ¿Cómo te vamos a llamar, si es que te quedas?

El esfuerzo de caminar y hablar al mismo tiempo la hacía jadear.

La gatita retrocedió y miró a Bess, erectas las orejas, cautelosos los ojos amarillo verdosos, y se acercó más a la yegua, como si buscara su protección.

-Te he traído una costilla -dijo Bess.

Y se la arrojó a la gatita. Ésta saltó hacia atrás, pero luego a su olfato llegó el aroma de la carne, y avanzó, con el hocico junto al suelo, rectamente hacia su objetivo. De su menudo cuello surgió un involuntario y primitivo gruñido, un gruñido de aviso, de triunfo y de voracidad. Poniendo una de sus menudas zarpas en la gran costilla, no fuera que un intruso intentara arrebatársela, la gatita desgarró la carne, con sus menudos dientes. Lanzando gruñidos y comiendo al mismo tiempo, la gatita trazaba círculos alrededor de la costilla, y dirigía miradas alrededor para cerciorarse de que por ninguna parte se le acercaba un enemigo o un rival.

Bess reía divertida y satisfecha. ¡La vieja Fanny no iba ciertamente a molestar al gatito, en su tarea de devorar la costilla!

Marylou ya se estaba ocupando de cargar en el carro los cestos y los termos, así como las mantas sobre las que sentarse. Bess sacó un mantel limpio de la alacena de la cocina.

Harry fue a enganchar a Fanny. Caminaba como un vaquero, Con sus botas de alto tacón, y, llevándose la mano al borde del ala de su sombrero Stetson, se lo encasquetó más firmemente para adquirir mayor seguridad en sí mismo, ya que no era hombre experto en la tarea de echar el collar al cuello de un caballo.

Cuando la yegua retrocedió, Harry gritó:

-¡Sopo... Fanny!

No consiguió ponerle el collar, pero, ¡maldita sea!, no estaba dispuesto a pedir a Bess que le ayudara. Sería ridículo. La yegua trazó un círculo alrededor de Harry, plantándole cara en todo momento, aunque retrocediendo cada vez que Harry intentaba ponerle el collar. Él andaba saltando de un lado para otro, como un torero. Pero el collar comenzaba a pesar mucho en sus manos, pesaba mucho más que cualquiera de los trebejos propios de un torero. Harry pensó que no le quedaría más remedio que atar a la bestia. Cogió la brida que colgaba de la pared. La brida ni siquiera llevaba colocado el bocado.

--¡Caballo máquina... S000...!

La gatita, fortalecida y excitada por el banquete devorado sólo a medias, también saltaba, fingiendo que protegía de esta manera la costilla, aunque sabía muy bien que el hombre ni siquiera la había visto.

-¡So... te he dicho! -aulló Harry.

Se abalanzó sobre Fanny y en esa ocasión consiguió ponerle el collar. Pero Harry se torció el tobillo y cayó al suelo. Se levantó, sin haber sufrido daño, y, entonces, oyó un grito, un grito rítmico, como un jadeo.

Harry vio a un animalillo gris. Primero pensó que era una rata, y luego se dio cuenta que se trataba de un gatito con la mitad de las tripas fuera. Seguramente había pisado al gatito, o quizá lo había pisado la yegua. O quizá él había caído sobre el gatito. Harry comprendió inmediatamente que tenía que matarlo. Molesto y súbitamente irritado, Harry estampó con fuerza el tacón de una de sus botas vaqueras en la cabeza del gatito. Harry mostraba los dientes. Aún no había recobrado el resuello. Pensó que su abuela probablemente no se daría cuenta de la desaparición del gatito. Por lo general, su abuela tenía muchos gatos, demasiados. Harry cogió el cuerpo del gatito por la ensangrentada cola, lo volteó una sola vez en el aire y lo arrojó al prado, lejos de la casa.

Librodot

La yegua siguió con la vista el movimiento del cuerpo del gatito hasta que lo perdió de vista, antes de que cayera al suelo. Pero la yegua había visto muy bien cómo el hombre había aplastado al gatito, al caer sobre él. Fanny siguió dócilmente a Harry, cuándo éste la sacó de la cuadra para llevarla hacia la casa. Fanny fue adquiriendo conciencia de lo ocurrido de una forma lenta y poderosa, de una forma más lenta todavía que aquella por la que caminaba por el prado. Involuntariamente, Fanny volvió la cabeza e intentó mirar hacia atrás, de manera que casi se detuvo, y, entonces, el hombre tiró de ella, diciéndole:

-¡Vamos, vamos, máquina!

El arroyo, al que algunos llamaban el arroyo Latham, se encontraba a unas dos millas de la casa de Bess. Harry lo conocía desde los tiempos en que, en la. niñez, pasaba temporadas en. casa de la abuela. Pensó que quizá el puente de madera sería ya diferente, más ancho, quizá, o con baranda metálica, pero quedó aliviado al ver que se conservaba exactamente igual, con una longitud de apenas seis metros y quizá unos tres de anchura, de manera que ni siquiera permitía el paso de dos automóviles, aunque lo más probable era que muy rara vez pasaran automóviles por allá. El camino sólo permitía el paso de un vehículo, estaba sin pavimentar, y en aquellos contornos había multitud de carreteras secundarias mucho mejores.

-Mira, ahí está el sitio de siempre -dijo Bess.

E indicó, al otro lado del arroyo, una zona de verde hierba, agradablemente cobijada por las copas de unos cuantos árboles, a la que, la familia había ido durante largos años a comer al aire libre. Bess, que iba sentada en un banco que se encontraba a lo largo del lado derecho del carro, añadió: -No ha cambiado, ¿verdad, Harry?

-No, no, en nada -coincidió éste con las riendas en la mano.

Éste era el punto en que, de acuerdo con lo planeado, Marylou tenía que bajarse del carro. Marylou dijo:

-¡Harry, voy a cruzar el puente a pie! Supongo que el arroyo no se puede vadear.

Harry tiró violentamente de las riendas para detener a Fanny, clavándole cuanto pudo el bocado, y Fanny incluso retrocedió un poco, pensando que esto era lo que Harry quería. Este contestó en tono helado a su mujer:

-No lo sé.

Marylou saltó al suelo. Iba en tejanos azules, zapatillas de lona y camisa a cuadros rojos. Cruzó corriendo el puente, en un alegre trote, como si se sintiera muy feliz y rebosante de energías, Harry impulsó de nuevo a Fanny hacia adelante. Se arrimaría al borde derecho del puente. Tiró de la rienda derecha llevando a Fanny hacia allá.

-¡Cuidado, Harry! ¡Harry, que estás...! -exclamó Bess. El caballo estaba en el puente, pero las dos ruedas derechas del carro no lo estaban. Se oyó un recio y sordo sonido y el ruido de un áspero resbalar, y el carro experimentó una terrible sacudida en el momento en que los ejes de las ruedas chocaron contra el borde del puente. Bess fue impulsada hacia atrás, quedó por unos instantes en inestable equilibrio con los riñones apoyados en la baranda del carro, y, luego, cayó al agua. Harry encogió el cuerpo, disponiéndose a dar un salto hacia la orilla del arroyo, hacia lugar seguro, pero el carro, en su movimiento de caída, no dio a sus pies el apoyo preciso para saltar.

Fanny, arrastrada hacia atrás y a un lado por el peso del carro, cayó del puente, atrapada entre las varas del carro, yendo a parar sobre los hombros de Harry, cuya cara se aplastó contra las piedras en el cauce del arroyo, bajo el agua.

Fanny, tumbada de lado, se debatía, en un intento de ponerse en pie.

-¡Ha-rry! -chilló Marylou.

Acudió corriendo al puente. Vio la corriente de rojo líquido que salía de la cabeza de Harry, por lo que regresó corriendo a la orilla y penetró en el arroyo.

-¡Harry!

El enloquecido caballo había conseguido ponerse en pie entre las varas del carro tumbado de lado, y pateaba !as piernas de Harry. Marylou levantó el puño y gritó: -¡Atrás, idiota!

Fanny, atontada por la sorpresa y el temor, levantó las patas delanteras, aunque sólo un poco, y, cuando las bajó, golpeó con sus cascos las rodillas de Marylou.

La muchacha gritó, aterrada blandió el puño derecho para alejar al caballo, y luego se hundió en el agua hasta la cintura, con la respiración jadeante. Sangre, aterradora sangre, manaba de sus rodillas, por entre los rasgados pantalones tejanos. Y el estúpido caballo pateaba y se debatía en un intento de liberarse de las varas del carro. Una vez más, los cascos del caballo golpearon a Harry, el cuerpo de Harry.

Todo ocurría tan despacio que Marylou se sentía paralizada. Ni siquiera podía gritar. El caballo parecía moverse a cámara lenta, y, ahora, arrastraba el carro quebrado en varios puntos, por encima del cuerpo de Harry. ¡Dios mío! ¿Y aquel sonido, no era la voz de Bess gritando algo? ¿Lo era o no? ¿Dónde? Marylou perdió el conocimiento.

Bess intentaba ponerse en pie. Se dio cuenta de que había estado inconsciente durante unos instantes. ¿Qué había ocurrido? Fanny intentaba subir a la orilla opuesta, pero el carro quedó trabado entre dos árboles. Cuando la vista de Bess se aclaró un poco más, vio a Harry casi cubierto por las aguas, y, luego, a Marylou un poco más cerca. Torpemente, Bess anduvo hasta la parte más profunda del arroyo, cogió a Marylou por un brazo, y la arrastró despacio, muy despacio sobre las piedras del fondo, hasta que la cabeza de Marylou quedó en la orilla, fuera del agua.

¡Pero Harry estaba boca abajo y cubierto por las aguas! Bess pasó unos instantes terribles, deseaba chillar tan fuerte como pudiera en petición de auxilio. Pero lo único que hizo fue chapotear con los brazos extendidos en dirección a Harry,. y cuando llegó junto a él, agarró con todas sus fuerzas la camisa de Harry, bajo uno de sus brazos, y tiró, haciendo un supremo esfuerzo. No pudo arrastrarlo, pero sí pudo ponerlo boca arriba, manteniendo la cabeza fuera del agua. Su cara ya no era una cara, sino una masa roja y rosácea. Algo le ocurría en el pecho. Lo tenía aplastado. -¡Socorro! ¡Por favor! ¡Socorro! -gritó Bess.

Esperó un minuto y volvió a gritar. Por fin se sentó en el césped de la orilla. Se dio cuenta de que se encontraba en estado de shock. Se estremeció y, luego, se puso a temblar violentamente. Se sentía helada. Sus ropas estaban empapadas. Incluso llevaba mojado el cabello. Se dijo que tenía que auxiliar a Marylou, por lo que se volvió a levantar y se acercó a ésta, que estaba tumbada de espaldas, con las piernas torcidas de una manera horrible, como si las tuviera quebradas. Pero respiraba.

Bess se impuso la obligación de actuar. Desenganchó a Fanny. Bess actuaba sin propósitos. Se encontraba como si padeciera una pesadilla, a pesar de lo cual sabía

que estaba despierta, sabía que todo había ocurrido realmente. Se agarró a una de las anillas del collar de Fanny, y ésta tiró de ella, ayudándola a subir la pendiente que llevaba al puente. La mujer y la yegua caminaban muy despacio, regresando a lo largo del mismo camino por el que habían llegado. Bess pensó que estaban a más de quilómetro y medio de la casa más cercana. ¿La casa más cercana no era la de los Poindexter?

Cuando la casa de los Poindexter ya estaba a la vista, Bess vio que se acercaba un automóvil. Levantó un brazo, pero se dio cuenta de que no tenía fuerzas para gritar lo preciso para hacerse oír. De todas maneras el automóvil seguía acercándose, y reducía velocidad.

Bess dijo al hombre que, muy sorprendido, se apeaba del automóvil:

-Vaya al puente... Al arroyo... Dos personas... El hombre indicó el hombro de Bess y preguntó:

-¿Está herida? Sangra... Entre en el automóvil. Iremos a casa de los Poindexter. Los conozco.

Ayudó a Bess a entrar en el automóvil, cogió las pendientes riendas de Fanny y metió a la yegua en el largo sendero que conducía a la finca de los Poindexter, para apartarla de la carretera. Volvió al automóvil, y por el sendero, rebasó a Fanny, y llegó a la casa de los Poindexter.

Bess también conocía a los Poindexter. Eran buenos vecinos, aunque no íntimos amigos suyos. Bess conservaba todavía la entereza suficiente para negarse a tumbarse en el sofá de los Poindexter, como quería Eleanor Poindexter, en tanto ésta no lo cubriera con papeles de periódico. Bess seguía con las ropas empapadas. Eleanor le preparó té. El hombre ya estaba hablando por teléfono. Regresó y dijo que había pedido que mandaran inmediatamente una ambulancia al puente sobre el arroyo.

Eleanor, mujer dulce y de agradable aspecto, de unos cincuenta años, examinó el hombro de Bess. Tenía un corte, pero no se trataba de una herida grave.

Por segunda vez, y como si no pudiera creerlo, Eleanor preguntó:

-¿Y cómo es posible que su nieto sacara el carro del puente? El puente no es tan estrecho como eso.

Pasaron dos o tres días antes de que Bess comenzara a recuperarse. No tuvo necesidad de ir al hospital, pero el médico le recomendó que descansara mucho, en casa, y esto hizo Bess. Eleanor Poindexter se portó como un ángel, y dos veces llevó a Bess en automóvil al hospital de Danville para que visitara a Marylou. Esta se había quebrado las piernas y sería preciso operarle las dos rodillas. Un médico dijo a Bess que era muy probable que Marylou cojeara el resto de sus días. Por su parte, Marylou mostraba la extraña reacción de hablar mal, muy mal, de Harry, lo cual escandalizó a Bess, ya que aquella pareja era recién casada, y Bess daba mucha importancia al amor.

Con voz airada, dura, Marylou dijo:

-Estúpido, egoísta, y qué sé yo cuántas cosas más. Bess estimó que Marylou tenía muchas más cosas que decir con respecto a su marido, pero no quería o no se atrevía a decirlas. El cadáver de Harry fue enviado a su madre, en California. La última vez que Bess vio a Harry fue en el arroyo.

Un día de aquella misma semana, Bess llevó a Fanny al prado, a comer hierba. Bess se sentía un poco más optimista. Había recibido carta de Sam, en la que éste le decía que estaba dispuesto a regresar a su trabajo, siempre y cuando la visita de Harry

Librodot

hubiera terminado (Sam jamás se mordía la lengua), y Bess acababa de contestarle con una carta que se llevaría el cartero al día siguiente por la mañana.

Entonces, Bess vio el cuerpo seco y ya medio comido del gatito gris, y sintió un estremecimiento de pena. Imaginaba que el gatito se había ido de vagabundeo. ¿Qué le había ocurrido? Lo habían aplastado. Pero ¿qué lo había aplastado? En aquel prado jamás penetraban los automóviles o los tractores. Bess se volvió y miró a Fanny, que estaba con el grueso cuello inclinado hacia el suelo. Los labios y los dientes de Fanny se movían sobre la hierba. Fanny jamás hubiera podido pisar a aquel animalillo, el gatito era muy ágil o, mejor dicho, había sido muy ágil. Por otra parte, Bess se había dado cuenta, el día en que dio la costilla al gatito, que Fanny le tenía simpatía. Y allí a pocos pies de distancia estaba el hueso de la costilla, ahora ya pelado por los pájaros. Bess se inclinó y cogió el hueso de la costilla. ¡Cuánto le había gustado al gatito aquella costilla! Bess, después de reunir valor, también cogió el cadáver del gatito. ¿Acaso Harry había puesto los arreos a Fanny en el prado, aquel día? ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había ocurrido para que Fanny se enfureciera de tal manera, aquel día, en el arroyo? Fue Harry, con sus propias manos, quien había hecho caer el carro al agua. Bess lo había visto. Fanny jamás se hubiera acercado tanto al borde del puente, y si lo hizo fue porque la obligaron.

Por la tarde, Bess envolvió en un viejo y limpio paño de cocina el cadáver del gatito, y lo enterró en una tumba que ella misma cavó en la parte más alejada del prado, más allá de los corrales de gallinas y patos. A Bess no le pareció correcto echar el cuerpo del gatito a la basura, siquiera después de haberlo envuelto bien. ¡Cuán rebosante de vida había estado el gatito! Bess estaba segura de que Harry, de un modo u otro, había matado al gatito. Y Fanny lo había visto. Bess también sabía que Harry había querido matarla a ella. Era horrible, tan horrible que no se podía pensar en ello.

El día del ajuste de cuentas

John tomó un taxi en la estación, tal como su tío le había aconsejado que hiciera en el caso de que nadie fuera a recibirle a la llegada del tren. Hanshaw Chickens Inc., tal como ahora su tío Ernie Hanshaw denominaba a su granja aviar, se encontraba a menos de tres quilómetros. John conocía bien la blanca casa de dos plantas, pero el gris y alargado barracón era nuevo para él. Se trataba de un barracón grande que ocupaba por entero la zona antes destinada a las vacas y los cerdos.

El taxista dijo alegremente, mientras John pagaba el importe del trayecto:

-¡Ahí dentro hay montones de buenas pechugas!

-Sí, pero advierto que no se ve ni un solo pollo -respondió John sonriente.

John, con la maleta en la mano, avanzó hacia la casa. Pensando que Helen seguramente se encontraría en la cocina, almorzando, John gritó:

-¿Hay alguien en la casa?

Entonces, vio el gato aplastado. No, no era un gato, era un gatito de corta edad. ¿Era real o de papel? John dejó la maleta en el suelo y se acercó. Era de verdad. Yacía de costado, plano, al mismo nivel que la tierra rojiza, en la ancha huella dejada por un neumático. La cabeza había quedado también aplastada y había sangre en ella, pero no

la había en el resto del cuerpo que la presión había agrandado, de manera que la cola parecía absurdamente corta. El gatito era blanco, con manchas anaranjadas y pintas negras.

Hasta los oídos de John llegó un rumor de máquinas procedente del barracón. Dejó la maleta en el porche, y, como sea que no oyó sonido alguno en el interior de la casa, se dirigió a paso ligero hacia el nuevo barracón. Las grandes puertas delanteras estaban cerradas con llave, por lo que John, también a paso ligero, fue a la puerta trasera. El barracón le parecía tener, por lo menos, cuatrocientos metros de longitud. Además del zumbido de máquina, John oyó un ruido agudo, formado por multitud de gritos menudos, como un piar multitudinario.

-¿Ernie? -gritó John.

Entonces, vio a Helen.

-¡Hola, Helen!

-John, bienvenido. ¿Has venido en taxi? La verdad es que no hemos oído ruido de motor de coche.

Helen dio un beso en la mejilla a John, y comentó:

-Has crecido diez centímetros por lo menos.

El tío de John bajó por una escalerilla de mano y le estrechó la mano.

-¿Cómo estás, muchacho?

-Hola, Ernie. Pero, ¿qué pasa aquí?

John tenía la vista fija en unas correas de transporte que desaparecían dentro del barracón. En el suelo reposaba un contenedor del tamaño de una caja de camioneta, por lo menos.

Ernie se acercó más a John y a gritos le dijo que acababa de llegar el grano, una mezcla especial, y que lo estaba almacenando en la fábrica, que era el nombre que daba al barracón. Por la tarde, acudiría un hombre a llevarse el contenedor.

-De acuerdo con el programa -añadió Ernie-, a estas horas no debe haber luces, pero haremos una excepción para que puedas verlo todo. ¡Mira!

Ernie oprimió un interruptor, ya dentro del barracón, juntó a la puerta, y la penumbra se disolvió ante una luz brillante, como la del sol de mediodía.

Los gritos y cacareos de gallinas y polluelos aumentaron al mismo ritmo que aumenta el sonido de las sirenas, y John, instintivamente, se tapó los oídos. Los labios de Ernie se movieron, pero John no pudo oír sus palabras. John se volvió a un lado para mirar a Helen. Esta se encontraba bastante rezagada. Agitó una mano, sonrió y meneó negativamente la cabeza., como queriendo expresar que no podía aguantar aquel ruido. Ernie arrastró a John hacia el interior del barracón, pero ya había renunciado a hablar y se limitaba a señalar con el dedo.

Los pollos eran bastante pequeños, casi totalmente blancos, y no dejaban de moverse. John advirtió que el movimiento de los pollos se debía a que las plataformas en las que se encontraban en pie se inclinaban hacia adelante, de manera que los pollos quedaban abocados al lugar en que se encontraba la comida. Pero no todos comían. Algunos intentaban picotear a sus más cercanos compañeros. Cada pollo tenía su individual compartimento de alambre. En el suelo quizá había cuarenta filas de pollos, y encima de ellas, hasta llegar al techo, había ocho o diez pisos de jaulas. Entre las hileras de pollos mediaban pasillos lo bastante anchos como para que por ellos pudiera pasar un hombre, que, a juicio de John, seguramente tendría la tarea de barrer

el suelo. Pero, mientras John pensaba esto, Ernie dio vuelta a una rueda, y chorros de agua comenzaron a limpiar el suelo, que presentaba inclinaciones que conducían el agua a unos desagües.

-¡Todo automático! Maravilloso, ¿verdad?

John adivinó estas palabras por el movimiento de los labios de Ernie. Efectuó un aquiescente movimiento con la cabeza y dijo:

-¡Formidable!

Pero John efectuó unos movimientos indicativos de que ya estaba dispuesto a irse de allí, de alejarse de tanto ruido. Ernie cortó el agua.

John advirtió que los picos de los pollos se habían convertido en redondeados muñones, y que sus blancas pechugas, en el punto en que se apoyaban en una barra horizontal que soportaba el peso de su cuerpo inclinado, goteaban sangre. ¿Qué otra cosa podían hacer aquellos pollos, como no fuera comer? Algo había leído John acerca de la cría de pollos en batería. Pero las gallinas de Ernie, a diferencia de aquellas otras acerca de las que John había leído, ni siquiera podían dar una vuelta sobre sí mismas, en sus jaulas de alambre. La agitación imperante en el barracón se debía en gran parte a los intentos que efectuaban los pollos de volar hacia arriba. Ernie apagó las luces. Cuando salieron del barracón, las puertas se cerraron a sus espaldas, al parecer también automáticamente.

Sin dejar de hablar a gritos, Ernie dijo:

-El automatismo me ha sacado de apuros. Ahora gano dinero. ¡Un solo hombre, yo, basta para llevar todo eso! John sonrió y preguntó:

-¿Quieres decir que no tienes trabajo para mí?

-No, aquí hay mucho trabajo. Ya lo verás. Pero, ¿qué te parece si antes almorzamos? Dile a Helen que tardaré quince minutos.

John se acercó a Helen, a quien dijo: -Fabuloso.

-Sí, Ernie está entusiasmado.

Anduvieron hacia la casa, Helen con la vista baja, debido a que en el suelo abundaban los baches embarradas. Ella calzaba unas viejas zapatillas de lona, vestía pantalones de pana negra y un jersey del color de la herrumbre. Adrede, John caminaba a aquel lado de Helen que le situaba entre ella y el gatito muerto. John no quería hablar del gatito. John subió la maleta al dormitorio cuadrado y soleado,

en una esquina de la casa, en el que siempre había dormido, en sus visitas a la casa, desde que era un chico de diez años, que fue cuando Ernie y Helen compraron la granja. Se puso unos tejanos azules, y fue a hacer compañía a Helen en la cocina.

Helen, que estaba preparando dos bebidas en la mesa de madera, dijo:

-¿Tomas una copa? Hay que celebrar tu llegada.

-Sí, gracias. ¿Y dónde está Susan?

Susan, de ocho años de edad, era la hija de Ernie y Helen.

-Pues está en... Bueno, en una especie de escuela de verano. Nos la devuelven hacia las cuatro y media. Esto la ayuda a pasar el tiempo durante las vacaciones de verano. En esa escuela hacen unos horrorosos ceniceros de arcilla y unos monederos con flecos, también horrorosos, y cosas así. Luego, tenemos que elogiarlos.

John se rió. Miró a su tía política, pensando que todavía era atractiva. Por lo menos, así se lo parecía. Calculó que Helen tendría unos treinta y un años. Mediría un metro setenta, era esbelta, con rizado cabello de un rubio rojizo, y ojos que a veces

Librodot

parecían verdes y otras azules. Y tenía una voz muy agradable. Cogiendo la copa, John dijo:

-Gracias.

En la copa había porciones de piña y, en el centro, una cereza.

-No sabes cuánto me alegra volverte a ver -dijo Helen-. ¿Cómo van los estudios? ¿Y tus padres?

Tanto los unos como los otros iban bien. El año próximo, a los veinte años de edad, John se graduaría en la Ohio State, y luego seguiría un curso de posgraduado, especializándose en administración pública. Era hijo único y sus padres vivían en Dayton, a unos doscientos cuarenta quilómetros de la granja.

Y, entonces, John habló del gatito. Luego dijo:

-Espero que no fuera vuestro.

E inmediatamente se dio cuenta de que forzosamente tenía que serlo, debido a que Helen dejó el vaso y se puso en pie. John se preguntó cómo era posible que el gatito hubiera pertenecido a otra gente, habida cuenta de que no había otra granja en las cercanías.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Helen-. Cuando Susan...

Y salió corriendo por la puerta trasera. John corrió tras ella, avanzando directamente hacia el cuerpo del gato que Helen había divisado desde lejos.

-Ha sido el camión grande, esta mañana -dijo Helen-. El conductor va tan alto que no puede ver lo que tiene inmediatamente delante.

John miró alrededor, en busca de una pala o algo con qué excavar y dijo:

-Te ayudaré.

Encontró una pala, regresó, y con ella levantó suavemente el cuerpo aplastado, como si aún estuviera vivo. Sostenía la pala con las dos manos. Dijo:

-Debiéramos enterrarlo.

-Desde luego. No podemos permitir que Susan lo vea. Aunque, de todas formas, tendré que decírselo. En la parte trasera de la casa hay un pico.

John hizo un hoyo en el lugar en que Helen le indicó, que se encontraba cerca de un manzano, en la parte trasera de la casa. Echó tierra sobre la tumba, y luego la cubrió con unos manojos de hierba, para que la tierra removida no llamara la atención.

-¡Las veces que he metido al gatito en casa, cuando vienen esos malditos camiones? -exclamó Helen-. La gatita apenas tenía cuatro meses, y no temía a nada, corría al lado de los automóviles y camiones, como si fueran juguetes. Emitió una nerviosa risita y añadió:

-Esta mañana, el camión ha llegado a las once, y yo estaba vigilando el pastel que había puesto en el horno, porque ya faltaba poco para sacarlo.

John no supo cómo consolar a su tía, y dijo:

-Quizá lo mejor será comprarle otra gatita a Susan. Ernie apareció por la puerta trasera de la casa, y, encaminándose hacia ellos, gritó:

-¿Qué diablo estáis haciendo aquí?

-Acabamos de enterrar a Beansy -explicó Helen-. El camión la ha atropellado esta mañana.

La sonrisa desapareció del rostro de Ernie.

-Oh... Malo... Realmente es una noticia muy mala, Helen. Durante el almuerzo, Ernie se mostró alegre, y habló de las vitaminas y los antibióticos incorporados a los

piensos de su ganado aviar, y de que cada gallina producía un huevo y cuarto al día. A pesar de correr el mes de julio, Ernie alargaba el "día" de las aves mediante luz artificial.

-Todas las aves esperan la primavera -dijo Ernie-. Cuando imaginan que la primavera comienza, ponen más huevos. Las aves que tengo, se encuentran ahora en su momento cumbre. En octubre tendrán ya un año, y las venderé para comprar otras.

John escuchaba atentamente. Sí, ya que viviría en la granja durante un mes, y quería ayudar a sus tíos. Dijo:

-Comen muchísimo, ¿verdad? He visto que muchas de ellas incluso tienen el pico desgastado.

Ernie se echó a reír y dijo:

-No. Se les ha recortado el pico. Si no lo hubiéramos hecho, se picotearían entre sí, por entre los alambres de las jaulas. En la primera remesa que compré, dos de ellas se escaparon y poco faltó para que se mataran a picotazos. Ahora, les recorto el pico, siguiendo las normas de un manual.

-Y, en cierta ocasión, un pollo comenzó a comerse a otro -dijo Helen-. Canibalismo.

Soltó una risita nerviosa y añadió:

-¿Habías oído hablar de canibalismo entre pollos, John? -No.

-Nuestros pollos están locos -advirtió Helen.

Locos. John sonrió un poco. Quizá Helen tuviera razón. Los sonidos que producían aquellas aves eran propios de seres enloquecidos.

En tono de disculpa, Ernie dijo a John:

-A Helen no le gusta la cría de ganado aviar en batería. No hace más que recordar los viejos tiempos. Pero entonces ganábamos menos dinero.

Por la tarde, John ayudó a su tío a desmontar las correas transportadoras y a guardarlas en el barracón. John comenzó a distinguir las palancas y los interruptores que ponían en funcionamiento los distintos mecanismos. Unas correas se llevaban los huevos y los depositaban suavemente en cajas de plástico. Faltaba poco para las cinco de la tarde cuando John pudo dejar su trabajo. Quería ver a su prima Susan, vivaracha niña, con el cabello igual al de su madre.

En el momento en que cruzaba el porche delantero, John oyó llanto infantil, y se acordó del gatito. De todas maneras, decidió cumplir sus propósitos y hablar con Susan.

Ésta y su madre se encontraban en la sala de estar, que era una estancia delantera, con cortinas estampadas y muebles de madera de cerezo. Desde la última visita de John, en la sala se habían incorporado algunas novedades, entre ellas un televisor más grande. Helen estaba de rodillas junto al gran sofá en el que yacía Susan, con la cara oculta sobre uno de sus brazos.

-Hola, Susan -saludó John-. Siento mucho lo del gatito.

Susan levantó su cara redondeada y mojada por las lágrimas. Se le formó una burbuja entre los labios, la burbuja estalló, y Susan dijo:

--Beansy...

Llevado por un impulso, John abrazó a Susan, y dijo:

-Encontraremos otro gatito. Te lo prometo. Y quizá sea mañana mismo. ¿Verdad?

John miró a Helen, quien afirmó con la cabeza, esbozó una leve sonrisa y dijo:

-Sí, desde luego.

La tarde siguiente, tan pronto hubieron lavado los platos del almuerzo, John y Helen se pusieron en marcha, en el automóvil de tipo rural, hacia una granja situada a ocho millas de distancia, propiedad de una familia llamada Ferguson. Los Ferguson tenían dos gatas que parían a menudo, según dijo Helen. Y aquel día tuvieron suerte. Una de las gatas había tenido cinco gatitos -uno negro, otro blanco, y los tres restantes mezcla de blanco y negro- y la otra gata estaba preñada.

Los Ferguson les habían dado a elegir, por lo que John preguntó a Helen:

-¿Qué te parece el blanco?

-Mezclado -contestó Helen-. El color blanco es demasiado bondadoso, y el negro es... no sé... quizá dé mala suerte. Escogieron una gatita blanca y negra, con las cuatro patas blancas. Riendo, Helen dijo:

-Ya imagino que esta gatita se llamará Bootsy[1].

Los Ferguson eran gente sencilla, entrada en años, y muy hospitalarios. La señora Ferguson insistió en que sus visitantes comieran un poco de pastel de coco recién cocido, con vino de la casa, un vino bastante fuerte. La gatita jugueteaba por la cocina, persiguiendo bolas de pelusa y polvo que sacó de debajo de un gran aparador.

-¡No es una gatita criada en batería! -observó el señor Ferguson.

Y se echó un buen trago al coleto.

-¿Puedo ver sus pollos, Frank? -preguntó Helen. Luego, Helen propinó una alegre palmada en la rodilla a John, y le dijo:

-¡Frank tiene los pollos más maravillosos que puedas imaginar! ¡Y tiene más de cien!

Frank se levantó, efectuando un extraño movimiento con su pierna rígida, y dijo:

-Pues no sé qué tienen de maravillosos mis pollos... Frank abrió la puerta trasera y añadió:

-Ya sabe dónde están, Helen.

A John le zumbaba agradablemente la cabeza, gracias al vino que había bebido, y junto a Helen anduvo hacia el gallinero. Allí había rojas gallinas Rhose Island, grandes y blancas Leghorn, gallos que se contoneaban y agitaban la cresta, pollos tomateros de manchado plumaje, y montones de pollitos de unos quince centímetros de altura. El suelo estaba cubierto de cortezas de sandía picoteadas, de cuencos con grano, y abundaba en gran manera el excremento de las aves. Los ruinosos restos de un automóvil sin ruedas parecían ser el lugar favorito para poner huevos. Tres gallinas estaban sentadas en el respaldo del asiento delantero, con los ojos entornados, dispuestas a poner huevos que seguramente se quebrarían al caer en el piso del automóvil, detrás de sus colas.

-¡Es un sitio maravillosamente descuidado! -exclamó John riendo.

Helen, fascinada, puso los dedos en uno de los alambres que cercaban el gallinero, y dijo:

-Son como los pollos que yo veía cuando era niña. Bueno, la verdad es que Ernie y yo tuvimos pollos así, hasta... Helen sonrió a John y terminó:

[1] Botas.

-Bueno, ya sabes, hasta hace un año. ¡Entremos! John encontró la puerta, que no era más que una porción de alambres sueltos, enganchados a un palo. Entraron y cerraron la puerta.

Unas cuantas gallinas retrocedieron y los miraron con curiosidad, emitiendo guturales sonidos de escepticismo. Helen se fijó en una gallina que levantó el vuelo y se posó en las ramas de un árbol.

-¡Son adorablemente estúpidas! -dijo Helen-. ¡Y pueden ver el sol! ¡Pueden volar!

-Y hurgar en el suelo, en busca de gusanitos, y comer sandía.

-Cuando era pequeña, en la granja de mi abuela, solía buscar gusanos para dárselos a las gallinas. Lo hacía con un pico. Y, a veces, pisaba a propósito sus excrementos y se me metía entre los dedos de los pies. Me gustaba. Y mi abuela siempre me obligaba a lavarme los pies en la boca de riego del jardín, antes de entrar en casa.

Helen se echó a reír. Adelantó la mano hacia una gallina, v ésta huyó soltando un «aaark...»

-Las gallinas de mi abuela estaban tan domesticadas que podías tocarlas. Tenían el cuerpo duro, y el sol había calentado sus plumas. A veces tenía deseos de abrir el gallinero y dejarlas sueltas, sólo para verlas caminar sobre la hierba durante un rato.

-Oye, Helen -dijo John-, ¿por qué no compramos una de esas gallinas, para tenerla en casa? Sólo para divertirnos. ¿O dos?

-No.

-¿Cuánto te ha costado la gatita? -Nada.

Susan cogió a la gatita en sus brazos, y John pudo advertir que la tragedia de Beansy pronto sería olvidada. Con la consiguiente desilusión de John, su prima Helen perdió su anterior alegría durante la cena. Quizá se debió a que Ernie habló machaconamente de sus ganancias y de sus pérdidas, mejor dicho, de sus pérdidas no, sino de sus inversiones. John se dio cuenta de que Ernie estaba obsesionado. Y ésta era la razón por la que Helen se aburría. Ernie trabajaba arduamente, a pesar de cuanto decía acerca de que la maquinaria lo hacía todo. Se le habían formado arrugas junto a las comisuras de los labios, arrugas que no habían sido causadas por la risa. Comenzaba a echar barriga. Helen había dicho a John que Ernie había despedido el año anterior a Sam, su capataz, que llevaba siete años con ellos. Dirigiéndose a John, Ernie dijo:

-Oye, ¿qué te parece la idea? Quiero decir que tan pronto termines los estudios, el año próximo, montes una granja de batería y contrates a un solo hombre para que la lleve. Tú podrías coger otro empleo en Chicago o en Washington, o donde te diera la gana, y tendrías unos ingresos complementarios, para el resto de tus días.

John guardó silencio. No podía imaginarse a sí mismo en calidad de propietario de una de aquellas granjas. Ernie le advirtió:

-Cualquier banco te financiaría. Bueno, siempre y cuando Clive respondiera un poco por ti, como es natural. Clive era el padre de John.

Helen tenía la vista fija en su plato, pensando quizá en otros asuntos.

Librodot

-Bueno, no es éste mi estilo de vida -contestó John-. Y conste que ya sé que es rentable.

Después de la cena, Ernie se fue a la sala de estar para «ajustar sus cuentas», tal como solía decir. Casi todas las noches hacía su ajuste de cuentas. John ayudó a Helen a lavar los platos. Ella puso una sinfonía de Mozart en el tocadiscos. La música era agradable, pero John hubiera preferido hablar con Helen. Pero, por otra parte, ¿qué hubiera dicho John, exactamente, a Helen? «Comprendo por qué te aburres. Me parece que te gustaría más echar de comer bazofia a los cerdos y arrojar grano a gallinas de verdad, tal como antes se hacía.» John sentía deseos de poner los brazos alrededor del cuerpo de Helen, mientras ésta estaba agachada lavando platos, poner su cara contra la de Helen y besarla. ¿Si tal hiciera, qué pensaría ella?

Aquella noche, ya en cama, John, muchacho siempre cumplidor, leyó los folletos referentes a la cría de pollos y gallinas por el método de batería, que Ernie le había entregado.

Se procura que los pollos no crezcan en exceso, con la finalidad de que coman menos, de manera que rara vez alcanzan el peso de tres libras y media... Los pollos jóvenes son sometidos a un régimen constante de luz que los induce a creer que las horas de sol diarias son seis. La finalidad del granjero es aumentar esas primeras seis horas diarias, por el medio de dejar las luces encendidas durante períodos más largos, semana tras semana. Durante el período vital de diez meses, a que las gallinas están destinadas, se mantiene constantemente una ficticia estación primaveral... No se da un verdadero descenso en la puesta de huevos, en el sentido natural del término, aun cuando la gallina no pondrá tantos huevos hacia el final del período... (John se preguntó: «¿Por qué? A fin de cuentas "no pondrá tantos huevos" ¿acaso no era equivalente a "descenso en la puesta de huevos"?») A los diez meses, la gallina se vende a unos treinta centavos la libra, con las variaciones propias de la fluctuación de precios en mercado...

Debajo, el folleto decía:

Richard K. Schultz, de Pon's Cross, Pa., nos escribió lo siguiente: «Estoy más que satisfecho, al igual que mi esposa, con la modernización de mi granja que transformé en cría de ganado aviar mediante el equipo eléctrico Muskeego-Ryan. Los beneficios se han cuadriplicado en un año y medio, y albergamos esperanzas de aumentarlos todavía más en el futuro...»

Henry Vliess de Franham, Kentucky, nos escribió, diciendo: «Mi vieja granja apenas cubría gastos. Criaba ganado aviar, cerdos, vacas, en fin, lo normal. Mis amigos solían reírse de lo mucho que trabajaba y de mi mala suerte. Hasta que, por fin...»

John tuvo un sueño. Igual que Superman, volaba en el barracón de las gallinas de Ernie, y las luces iluminaban con todo su esplendor. Muchas de las aves prisioneras alzaban la vista, sus ojos lanzaban destellos plateados, y quedaban ciegas. El ruido que las aves armaban era tremendo. Querían escapar, pero, estando ciegas, sólo se esforzaban en volar a lo alto, organizando un gran bullicio en el barracón. John volaba frenéticamente, intentando encontrar el sitio en que se encontraba la palanca que abriera las jaulas, las puertas del barracón, que abriera cualquier cosa, pero no lo encontraba. Luego se despertó, quedando sorprendido de hallarse en cama, apoyando el cuerpo por el codo en el colchón. Tenía la frente y el pecho cubiertos de sudor. La luz de la luna entraba a raudales por la ventana. En el silencio nocturno oía el constante y agudo sonido de las aves en el barracón, a pesar de que Ernie le había dicho que las instalaciones estaban perfectamente insonorizadas. Quizá, ahora, corrían las «horas diurnas» para las aves. Ernie había dicho que les quedaban tres meses más de vida.

John se acostumbró un poco a los mecanismos del barracón, así como a los rápidos relojes artificiales, pero, desde que tuvo aquel sueño, dejó de mirar a las aves tal como lo hizo el primer día. A poco que pudiera, evitaba verlas. En cierta ocasión, Ernie le indicó un ave muerta y John la sacó de la jaula. La pechuga, ensangrentada por la barra de contención de la jaula, estaba tan deformada que bien cabía la posibilidad de que ello fuera la causa de la muerte del ave.

Susan había dado a la gatita el nombre de Bibsy[2], debido a que tenía en el pecho una mancha ovalada en forma de babero. Helen dijo a John:

-Primero fue Beansy[3] y luego Bibsy, cualquiera diría que Susan sólo piensa en comida.

El sábado por la mañana, Helen y John fueron a la ciudad en automóvil. Los chubascos se alternaron con períodos de sol, y, cuando llovía, los dos caminaron muy juntos bajo un solo paraguas. Compraron carne, patatas, detergente en polvo y pintura blanca para una estantería de la cocina. Además, Helen se compró una blusa a rayas blancas y rosadas. En una tienda dedicada a la venta de animales, perros, gatos, etc., John compró un cesto con una almohada para que Susan tuviera una cama en la que acostar a Bibsy.

Cuando llegaron a la granja, vieron un alargado automóvil gris oscuro detenido ante la casa.

-¡Es el coche del médico! -exclamó Helen.

-¿Sólo viene para visitas médicas? -preguntó John.

Y al instante se sintió un tanto estúpido, debido a que lo más probable era que algo le hubiera ocurrido a Ernie. Aquella mañana esperaban la entrega de una partida de grano, y Ernie siempre andaba subiéndose a los aparatos para tener la certeza de que todo se desarrollaba debidamente.

Había asimismo otro automóvil, de color verde oscuro, situado junto al barracón de los pollos, «la fábrica de pollos», que Helen no reconoció. John y su tía entraron en la casa.

Se trataba de Susan. Yacía en el suelo de la sala de estar cubierta con una manta. Sólo se veía, bajo el fleco de la manta, un pie calzado con una sandalia y con un

[2] Bib = babero que se pone a los niños de corta edad cuando comen

[3] Bean = habichuela.

calcetín amarillo. Allí estaba el doctor Geller y un desconocido. Ernie se encontraba, rígido y aterrado, en pie junto a su hija.

El doctor Geller se acercó a Helen y le dijo:

-Lo siento, Helen. Cuando la ambulancia llegó, Susan ya había muerto. He llamado al forense.

Helen intentó tocar el cuerpo de Susan pero John, instintivamente, la contuvo. Helen preguntó:

-¿Qué ha ocurrido?

-Querida, no la vi a tiempo -dijo Ernie-. Susan iba a coger a la gatita que se encontraba debajo del maldito contenedor, en el momento en que éste fue depositado en el suelo.

Un hombre corpulento, con ropas de trabajo de color castaño, empleado de la empresa de transportes, dijo:

-Sí, y el contenedor le dio en la cabeza. Ernie me ha dicho que la niña salía corriendo de debajo del contenedor. Lo siento mucho, señora Hanshaw.

Cortado el aliento, Helen abrió la boca y, luego, se tapó la cara. El doctor Geller dijo:

-Necesita un sedante, Helen.

El médico le dio una inyección en un brazo. Helen no dijo nada. Tenía la boca un poco abierta y la mirada fija al frente. Llegó otro automóvil y se llevó el cadáver en una camilla. El forense se fue.

Con mano temblorosa, Ernie sirvió unos whiskies. Bibsy andaba saltando por el cuarto y olisqueaba la mancha roja en la alfombra. John fue a la cocina para coger una esponja. Más valía intentar quitar la mancha mientras los otros estaban en la cocina. Volvió a la cocina para coger un cacharro con agua, y volvió a fregotear la gran mancha roja. A John le zumbaba la cabeza y tenía alterado el sentido del equilibrio. En la cocina se tomó el whisky de un trago, y ello le produjo al instante una sensación de ardor en las orejas.

El hombre de la empresa de transportes dijo solemnemente:

-Ernie, creo que más valdrá que me vaya. Ya sabe dónde encontrarme.

Helen subió al dormitorio que compartía con Ernie, y no bajó a la hora de la cena. Desde su cuarto, John oyó el débil gemido de las tablas del suelo, y así supo que Helen se dedicaba a pasear por el cuarto. John sintió deseos de acudir a su lado y hablarle, pero temía no saber decirle las frases pertinentes. John pensó que era Ernie quien debía estar al lado de Helen.

John y Ernie, en lúgubre silencio, prepararon unos huevos revueltos, y John fue a preguntar a Helen si quería bajar a la cocina o si prefería que él le subiera algo. John golpeó la puerta con la mano, y Helen dijo:

-Entra.

A John le gustaba la voz de Helen, y le sorprendió un poco que en ella no se hubiera producido el menor cambio desde la muerte de la niña. Helen yacía en la cama matrimonial con las mismas ropas y fumaba un cigarrillo. Helen dijo:

-Gracias, no tengo apetito, pero me tornaría un whisky. John bajó corriendo, llevado por el ansia de conseguir lo que Helen deseaba. Subió hielo, un vaso y la botella en una bandeja y preguntó a Helen:

-Quieres dormir, ¿verdad?

-Sí.

Helen no había encendido las luces del dormitorio. John le dio un beso en la mejilla, y Helen, por un instante, pasó el brazo por el cuello de John y también le dio un beso en la mejilla. Luego, John salió del cuarto.

Abajo, tuvo la impresión de que los huevos revueltos estuvieran muy secos y apenas pudo tragarlos, a pesar de ayudarse con sorbos de leche.

-¡Santo Dios, qué día! ¡Dios mío...! -exclamó Ernie. Evidentemente, Ernie quería decir más cosas. Miró a John, efectuando un esfuerzo para dar cortesía o quizá intimidad a su actitud.

Y John, lo mismo que Helen, bajó la vista al plato, quedándose mudo. Por fin, atormentado por su propio silencio, se levantó, con su plato en la mano, dio una torpe palmada en el hombro a Ernie, y dijo:

-Lo siento, Ernie.

Abrieron otra botella de whisky, una de las dos que quedaban en la alacena de la sala de estar.

-Si hubiera sabido que iba a ocurrir esto, jamás hubiera montado esta maldita granja aviar. Y tú lo sabes, John. Lo hice para ganar algún dinero para los míos, para no ir cojeando año tras año.

John vio que la gatita había descubierto el nuevo cesto, y que se había puesto a dormir en él, en la sala de estar. John dijo:

-Ernie, probablemente quieres hablar con Helen. Me levantaré a la hora de costumbre, para ayudarte.

La hora de costumbre significaba las siete de la mañana.

-De acuerdo. Esta noche estoy atontado. Perdóname, John.

John estuvo tumbado en cama, sin dormir, durante casi una hora. Oyó los pasos de Ernie en el descansillo, dirigiéndose hacia el dormitorio matrimonial, pero luego no oyó voces, ni siquiera murmullos. John pensó que Ernie no se parecía a Clive. El padre de John, Clive, hubiera dado rienda suelta a las lágrimas y a las maldiciones durante unos instantes, y, después, se hubiera entregado única y exclusivamente a la tarea de consolar a su esposa.

Un ronco sonido que se alzaba y descendía despertó a John. Las aves, desde luego. ¿Qué diablos pasaba? Gritaban más que nunca. Miró por la ventana delantera. A la luz que precede al alba, vio que las puertas frontales del barracón estaban abiertas. Luego se encendieron las luces que se proyectaron sobre el césped. John se puso las zapatillas de lona, sin atarse los cordones, y salió de su cuarto.

Ante la puerta cerrada del dormitorio matrimonial, John gritó:

-¡Ernie! ¡Helen!

John salió corriendo de la casa. Una blanca ola de pollos y gallinas salía desparramándose por las puertas abiertas del barracón. ¿Qué diablos había ocurrido? Agitando los brazos, John gritó a las aves:

-¡Adentro! ¡Volved adentro!

Parecía que las menudas gallinas estuvieran ciegas, o que sus propios cloqueos les impidieran oír la voz de John. Seguían saliendo a oleadas del barracón, algunas de ellas aleteando por encima de las otras, para volverse a hundir en el blanco mar.

John formó bocina con las manos y gritó:

-¡Ernie! ¡Las puertas!

Dirigió la voz al interior del barracón debido a que Ernie forzosamente tenía que estar dentro.

John se metió en el mar de gallinas, e intentó obligarlas a regresar. Era inútil. Por no estar acostumbradas a caminar, las gallinas se tambaleaban como si estuvieran ebrias, chocaban entre sí, se caían hacia adelante, se caían hacia atrás, pero seguían saliendo en masa, muchas de ellas subidas al dorso de las que más o menos caminaban. Picoteaban los tobillos de John. Éste apartó a patadas a unas cuantas y avanzó hacia las puertas del barracón, pero el dolor de los picotazos en los tobillos y en la parte baja de las pantorrillas le obligó a detenerse. Algunas aves intentaron volar para atacarle, pero sus alas carecían de la fuerza precisa para ello. John recordó aquellas palabras: «Están locas.» De repente, sintió miedo, y echó a correr hacia la zona algo más despejada situada a un lado del barracón, y, luego, hacia la puerta trasera. La puerta tenía una cerradura de combinación.

Helen estaba en la esquina del barracón, en bata, exactamente en el mismo lugar en que John la había visto al llegar a la granja. La puerta trasera estaba cerrada.

-¿Qué pasa? -preguntó John a gritos.

-He abierto las jaulas -respondió Helen.

-¿Que las has abierto? ¿Por qué? ¿Dónde está Ernie?

-Ahí, adentro.

Helen estaba extrañamente tranquila, como si se hallara y hablara en estado de sonambulismo.

Cogiendo a Helen por los hombros y sacudiéndola para que despertara, John gritó:

-¿Y qué hace? ¿Por qué no cierra el barracón? Soltó a Helen y corrió hacia la puerta trasera.

-La he vuelto a cerrar -dijo Helen.

John intentó formar la combinación lo más de prisa posible, pero apenas veía. Helen, súbitamente despierta, agarró las manos de John para apartarlas de la cerradura y dijo:

-¡No abras la puerta! ¿Es que quieres que también salgan por aquí?

Entonces, John comprendió. Dentro del barracón las aves estaban matando a Ernie, lo mataban a picotazos. Así lo quería Helen. Incluso en el caso de que Ernie gritara, no podrían oírle.

En el rostro de Helen apareció una sonrisa. -Si, sí, está dentro. Creo que acabarán con él.

John, que apenas podía oír debido al ruido que armaban las aves, adivinó estas palabras, mediante el movimiento de los labios de Helen. A John se le habían acelerado los latidos del corazón.

En aquel momento, Helen se desmadejó e inició un movimiento de caída al suelo. John la cogió a tiempo. Ahora sabía que ya era tarde para intentar salvar a Ernie. También pensó que éste ya había dejado de chillar.

Helen se irguió y dijo:

-Ven conmigo. Veámoslo.

Con poca fuerza, pero con firmeza. Helen arrastró a John, siguiendo el contorno del barracón, hacia las puertas delanteras.

En su lento caminar, el trayecto pareció cuatro veces más largo de lo normal. John cogió con fuerza el brazo de Helen. Como si estuviera soñando, o quizá como si estuviera al borde de perder el conocimiento, John preguntó:

-¿Ernie está realmente dentro?

Con los ojos entornados, Helen volvió a sonreír a John, y dijo:

-Sí, sí. Bueno, bajé y abrí la puerta trasera, luego volví a subir y desperté a Ernie. Le dije: «Ernie, algo raro pasa en la fábrica, más valdrá que vayas a ver.» Bajó y fue a la puerta trasera, y yo abrí las jaulas con la palanca. Después, bajé la palanca que abre las puertas delanteras. En aquellos momentos, Ernie se encontraba en el centro del barracón debido a que yo había prendido fuego en ese punto.

-¿Fuego?

Entonces, John vio una pálida columna de humo que se alzaba sobre las puertas delanteras.

-Poco hay que se pueda quemar ahí dentro, como no sea el grano. Y hay grano suficiente para que las gallinas coman al aire libre, ¿no crees?

Después de decir estas palabras, Helen se rió.

John la empujó para que avanzara más de prisa hacia las puertas delanteras. Al parecer, no había mucho humo. Toda la zona de hierba estaba cubierta de aves, que, a través de la cerca de alambre, habían llegado incluso hasta el camino, picoteando, cacareando, chillando, como un lento ejército sin propósito ni rumbo. Parecía que hubiera nevado.

Jo", mientras propinaba patadas a unas cuantas aves que picoteaban los tobillos de Helen, gritó:

-¡Vayamos a casa!

Fueron al dormitorio de John. Helen se arrodilló ante la ventana delantera, para ver desde allí el espectáculo. A la izquierda estaba saliendo el sol, cuyos rayos tocaban la rojiza techumbre metálica del barracón. Una columna de humo gris se alzaba retorciéndose, a la altura del dintel de las puertas delanteras. Las aves se detenían, quedándose estúpidamente en el umbral, hasta que eran empujadas por detrás por otras aves. Parecía que la luz del sol naciente no las deslumbrara tanto -la luz del barracón era más intensa que la del sol- como el espacio abierto que tenían a su alrededor y sobre sus cabezas. John jamás había visto a las gallinas y pollos estirar el cuello para mirar el cielo. Se arrodilló al lado de Helen y puso el brazo alrededor de su cintura.

-Se van a escapar todas -dijo John. Se sentía extrañamente paralizado.

-Déjalas que escapen.

El fuego no pasaría a la casa. No soplaba viento, y el barracón se encontraba a una distancia de más de treinta metros. John se sentía totalmente enloquecido, como Helen o las aves, y quedó pasmado ante la lógica de su conclusión referente a la imposibilidad de que el fuego se propagara a la casa.

Cuando las últimas aves, o casi las últimas, salieron torpemente del barracón, Helen dijo:

-Todo ha terminado.

Cogió a John por la parte frontal de la chaqueta de su pijama y lo acercó a ella.

John la besó suavemente y, luego, con más firmeza, en los labios. Fue un beso raro, más fuerte que cualquier otro que John hubiera dado a cualquier muchacha, pero,

cosa curiosa, sin llevar anejos ulteriores deseos. El beso pareció ser tan solo la afirmación de que los dos estaban vivos. Quedaron arrodillados, frente a frente, prietamente abrazados. Los gritos de las gallinas dejaron de ser feos, y su sonido sólo expresaba excitación o desorientación. Parecía el sonido de una orquesta en la que algunos de sus componentes dejaran de tocar, en tanto que otros volvían a hacerlo, dando un constante acorde sin tempo. John no supo cuánto tiempo estuvieron de aquella manera arrodillados, pero, por fin, le dolieron las rodillas y se puso en pie, alzando también a Helen. Miró por la ventana y dijo:

-Forzosamente tienen que haber salido todas ya. Y el incendio no es grave. ¿No crees que debiéramos...?

Pero la obligación de encontrar a Ernie le parecía muy lejana, en modo alguno urgente. Le parecía que aquella noche fuera un sueño, como el alba, como el beso de Helen, igual que antes había soñado volar como Superman, en el interior del barracón. ¿Realmente eran las manos de Helen las que tenía en las suyas?

Ella volvió a desmadejarse, claramente decidida a quedarse sentada en la alfombra, por lo que John se puso los tejanos azules sobre los pantalones del pijama. Bajó y cautelosamente entró en el barracón por la puerta delantera. El humo enturbiaba su visión, pero John se inclinó y vio a cincuenta o más aves picoteando lo que forzosamente tenía que ser Ernie, en el suelo. Aquí y allá yacían cuerpos de aves muertas por asfixia, con aspecto de volutas de humo, y algunas aves vivas picoteaban a las muertas, buscándoles los ojos. John avanzó hacia Ernie. Pensaba que había conseguido dominarse y cobrar entereza, pero no había cobrado la entereza precisa para enfrentarse con lo que vio: una caída columna de sangre y huesos, con algunos jirones de tela de pijama todavía adheridos a ella. John salió de prisa, corriendo, ya que había respirado hondo una vez y el humo casi le había intoxicado.

John encontró a Helen en su dormitorio canturreando y tabaleando en el alféizar de la ventana, fija la vista en las aves que aún quedaban en el césped. Las gallinas intentaban escarbar en el césped, se tambaleaban y caían de costado, aunque la mayoría caían hacia atrás, debido a que estaban acostumbradas a mover las patas hacia adelante para evitar caer de frente.

Riendo con tal entusiasmo que se le saltaban las lágrimas, Helen dijo:

-¡Mira! ¡No saben lo que es la hierba! ¡Pero les gusta! John carraspeó y preguntó:

-¿Qué vas a decir? ¿Qué vamos a decir? La pregunta no pareció inquietar a Helen:

-Bueno... Pues que Ernie oyó algo y bajó. Y que no estaba completamente sereno, por lo que quizá se equivocó al accionar alguna palanca... ¿No crees?

Notas de una cucaracha respetable

Me he mudado.

Solía vivir en el hotel Duke, que se encuentra en una esquina de la plaza de Washington. Mi familia ha vivido allí durante generaciones, y con ello quiero decir dos o trescientas generaciones, por lo menos. Pero ese hotel ha dejado de gustarme.

No es lugar para mí. El hotel ha ido muy a menos. Oí a mi tatara-tatara-tatara abuela -y pueden ascender cuanto quieran en el árbol genealógico, a pesar de que yo la conocí y hablé con ella- hablar de los viejos tiempos, los buenos tiempos, en que la gente llegaba al hotel en carruajes tirados por caballos, con maletas que olían a cuero, y que era gente que desayunaba en la cama, y dejaba caer en la alfombra algunas migajas para nosotras. No lo hacían adrede, desde luego, ya que nosotras sabíamos guardar distancias y mantenernos en nuestro sitio. Nuestro sitio era los rincones de los cuartos de baño y la cocina. Ahora, podemos pasearnos por las alfombras con relativa impunidad, debido a que los clientes del hotel Duke van tan drogados que ni siquiera nos ven, o bien carecen, por culpa de la droga, de las energías precisas para aplastarnos con el pie, o bien se limitan a reírse cuando nos ven.

Ahora, el hotel Duke tiene una maltratada marquesina verde, que se extiende por encima de la acera, con tantos agujeros que no protege a nadie de la lluvia. Después de subir cuatro peldaños de cemento, se entra en un sórdido vestíbulo que apesta a humo de marihuana, a whisky rancio, y que está insuficientemente iluminado. A fin de cuentas, la actual clientela no siempre desea ver a sus compañeros de hotel. En ocasiones, los clientes tropiezan entre sí en el vestíbulo en penumbra, y del choque puede nacer una amistad superficial, pero es más frecuente que el tropezón provoque un desagradable intercambio de palabras. A la izquierda del vestíbulo se encuentra una covacha todavía más oscura que se llama el Salón de Baile del Doctor Demasiado. Cobran dos dólares por la entrada, que se pagan en el vestíbulo, antes de entrar en el baile. Allí, hay música de máquina tocadiscos. Los clientes son chusma. Da asco.

El hotel tiene seis plantas, y yo, por lo general, tomo el ascensor, que antes los clientes, en buen americano, llamaban «elevator», pero que ahora llaman el «lift», para imitar a los ingleses. ¿A santo de qué he de subir por las mugrientas chimeneas interiores, o arrastrarme por la escalera, tramo tras tramo, cuando puedo saltar el estrechísimo abismo, de menos de un centímetro, que media entre el suelo y el ascensor y deslizarme sin correr riesgos hasta el rincón en que se encuentra el ascensorista? Sé distinguir los pisos del hotel por su olor. El quinto piso huele a desinfectante desde hace más de un año, debido a que allí se organizó una ensalada de tiros, y delante del ascensor quedaron abundantes rostros de sangre y tripas. El segundo piso se enorgullece de contar con una vieja alfombra, por lo que su olor es a polvo, con un leve toque de orina. El tercero huele a sauerkraut (alguien seguramente dejó caer de sus manos una bandeja de este manjar, y el suelo es de porosa cerámica). Y así sucesivamente. Ahora bien, si quiero bajarme en el tercer piso, por ejemplo, y el ascensor no se detiene en él, me quedo dentro, en espera del próximo viaje, y tarde o temprano me bajo en el tercero.

Me encontraba en el hotel Duke cuando llegaron los formularios del censo de los Estados Unidos, correspondiente a 1970. ¡Qué risa! Cada cual cogió un formulario, y todos se echaron a reír. Para empezar digamos que allí casi nadie tiene un hogar, y resulta que los formularios preguntaban: «¿Cuántas habitaciones tiene su hogar?» Y luego: «¿Cuántos hijos tiene usted?» Y así sucesivamente. Y: «¿Qué edad tiene su esposa?» La gente cree que las cucarachas no entendemos el inglés o cualquier otro idioma que se hable en nuestras proximidades. La gente cree que las cucarachas sólo comprenden el mensaje de una luz súbitamente encendida, que significa «¡huye!» Cuando se ha circulado por ahí durante el tiempo que nosotras lo hemos hecho, que se

remonta a fechas anteriores a la de la llegada del Mayflower a estos pagos, se entiende muy bien el habla en uso sea la que fuere. Por eso, tuve ocasión de regocijarme con muchos comentarios referentes al censo de los Estados Unidos, cuyos formularios ninguno de los brutos alojados en el hotel Duke se tomaron la molestia de rellenar. Me divirtió pensar en lo que tendría que poner yo, en el caso de verme obligado a llenarlo. Sí, ¿por qué no? A fin de cuentas yo era un residente en el hotel, con aposento hereditario, con más derecho que cualquiera de las bestias humanas alojadas allí. Soy (y conste que no soy Franz Kafka disfrazado) una cucaracha, ignoro la edad que tienen mis esposas, de la misma forma que ignoro el número de esposas que tengo. La semana pasada tenía siete esposas, dicho sea empleando este último término en un sentido amplio, ahora bien, ¿cuántas de ellas han muerto aplastadas por un pisotón? En cuanto a hijos, diré que ni siquiera puedo contarlos, lo cual también dicen en tono de alarde muchos de mis compañeros de dos patas, pero si vamos a hacer cuentas, si es que los del censo quieren que las hagamos (para divertirse más, me parece), no me queda más remedio que fiarme de mi flaca memoria, en este aspecto. Recuerdo que la semana pasada, dos de mis esposas estaban ya a punto de dar a luz un par de huevos, las dos se alojan en el tercer piso (el que huele a sauerkraut). Pero, ¡santo Dios!, la verdad es que también yo me encontraba en situación apurada y con prisas, en busca (y me ruboriza tener que confesarlo) de un alimento que había olfateado y que estimaba se encontraba a cosa de un metro. Me parece que eran patatas fritas aromatizadas con queso. No me gustó nada tener que decir «hola y «adiós= tan de prisa a mis esposas, pero mi necesidad quizá era tan grande como la de ellas, ¿y dónde estarían ellas, o, mejor dicho, nuestra raza, si no pudiera yo hacer lo preciso para conservar mi vigor? Instantes después, vi a mi tercera esposa en el acto de ser aplastada por una bota de vaquero (los hippies llevan prendas del lejano Oeste, incluso en el caso de que hayan nacido en Brooklyn), aun cuando ésta, por lo menos, no estaba poniendo un huevo, por el momento, sino que, al igual que yo, corría, aunque en dirección opuesta a la mía. Pensé: «Hola y adiós», aunque tengo la seguridad de que ni siquiera me vio. Cabe la posibilidad de que jamás vuelva a ver a mis dos parturientas esposas, aunque quizá viera a algunos de mis hijos, antes de abandonar el hotel Duke.

Cuando recuerdo a algunas de las personas que se alojaban en el hotel Duke, me enorgullezco de ser una cucaracha. Por lo menos gozo de mejor salud y, a pequeña escala, elimino basura. Lo cual me lleva al punto que me proponía abordar. En el hotel Duke solía haber basura en forma de migas de pan o de porciones de canapés cuando se daba una fiesta con champaña. Pero, ahora, la clientela del hotel Duke no come, o se droga o se emborracha. Conozco los buenos tiempos del hotel Duke sólo a través de los relatos de mis tatara-tatara-tatara abuelos y abuelas. Pero doy crédito a estos relatos. Decían, por ejemplo, que se podía saltar al interior de un zapato, situado ante la puerta de un dormitorio, y ser transportado a bordo de él, en bandeja sostenida por un criado, a las ocho de la mañana, lo cual le permitía a uno desayunarse con migajas de croissant. Ahora, en el Duke ni siquiera se limpian los zapatos, ya que si hay alguien capaz de dejar los zapatos junto a la puerta de su dormitorio, no sólo no se los limpiarán, sino que lo más probable es que se los roben. En la actualidad sólo se puede esperar esto de esos peludos monstruos ataviados con prendas de cuero con flecos y de sus novias de ropas transparentes, que se bañan muy de vez en cuando, y

Librodot

que únicamente dejan unas gotitas de agua en la bañera, que me permitían beber un poco. Beber agua del inodoro es peligroso, y a mi edad prefiero no hacerlo.

Sin embargo, quiero hablar de mi recién hallada dicha. La semana pasada, mi paciencia llegó a agotarse. Ante mi propia vista otra de mis jóvenes esposas fue aplastada por un violento pisotón (recuerdo que esta esposa se encontraba alejada de las zonas de normal tránsito). Además, tuve que presenciar cómo un grupo de drogados cretinos, que atestaban una habitación, se dedicaba a recoger literalmente a lametazos la comida que habían esparcido en el suelo, a modo de diversión. Hombres y mujeres jóvenes, desnudos, fingían, llevados por algún motivo propio de orates, carecer de manos, e intentaban comer bocadillos como si fueran perros, con lo que la comida iba a parar al suelo, y entonces, se revolcaban por el suelo, retorciéndose, todos juntos, entre salchichas, cebolletas y mayonesa. En esta ocasión, había comida en abundancia, pero era peligroso andar por entre aquellos cuerpos que rodaban por el suelo. Estos cuerpos me parecieron más peligrosos que pies. Ahora bien, ver bocadillos fue algo excepcional. En el hotel Duke ya no hay restaurante, pero la mitad de sus habitaciones se denominan «apartamentos», lo que significa que en ellas hay refrigeradores y hornillos. Ahora bien, en lo tocante a comida el principal producto que los alojados en el Duke tienen es zumo de tomate en lata, para preparar Bloody Marys. Ni siquiera fríen un huevo. Entre otras cosas, ello se debe a que el hotel no proporciona sartenes, ni cazos, ni abrelatas, ni siquiera tenedores o cucharas, por cuanto, si lo hiciera, estos enseres serían robados. Y ninguno de los encantadores clientes está dispuesto a salir del hotel y comprar un cazo para calentar sopa. Por eso mis oportunidades eran escasas, como suele decirse. Y eso no es lo peor del «departamento de servicios», en el Duke. Casi ninguna ventana cierra debidamente, las camas parecen monstruosos camastros, las sillas están desvencijadas, y esos muebles a los que se les da indebidamente el nombre de sillones, de los que quizá hay uno en cada habitación, pueden causar lesiones por el medio de disparar un muelle contra alguna tierna parte del cuerpo. Las piletas están casi siempre atascadas, y los inodoros o bien tienen cisternas de las que no mana el agua o bien ésta sale enloquecedoramente de ellas. ¡Y los robos! He sido testigo de muchos. La doncella da la llave maestra a alguien, y ese alguien se mete en una habitación, abre las maletas y se mete su contenido bajo el brazo, o lo introduce en la funda de una almohada, fingiendo que se trata de ropa sucia.

De todas maneras, el caso es que, hace una semana, me encontraba yo en un dormitorio temporalmente vacante, en el Duke, en busca de alguna migaja, o de unas gotas de agua, cuando entró un botones negro transportando una maleta que olía a cuero. Detrás del botones iba un caballero que olía a fricción para después del afeitado, además de olor a tabaco, lo cual es perfectamente normal. El caballero deshizo la maleta, dejó unos papeles en la mesa escritorio, abrió el grifo de agua caliente y musitó algo para sus adentros, intentó detener el constante fluir de agua del inodoro, probó la ducha, que esparció agua por todo el cuarto de baño. El caballero llamó por teléfono a conserjería. Comprendí casi todo lo que dijo. Esencialmente dijo que por el precio que pagaba, esto, aquello y lo de más allá podía ser un poco mejor, y que quizá la solución consistía en que le dieran otro dormitorio.

Agazapada en mi rincón, hambrienta y sedienta, escuché con interés, aunque sabedora de que aquel caballero me aplastaría de un pisotón, en el caso de que yo

Librodot

hiciera acto de presencia sobre la alfombra. Sabía muy bien que si el caballero me veía, yo figuraría en su lista de quejas. Era un día ventoso y la vieja ventana de dos hojas se abrió bruscamente, con lo que los papeles del caballero volaron en todas direcciones. Tuvo que cerrar la ventana por el medio de apoyar una silla contra las hojas. Luego, lanzando maldiciones, el caballero recogió sus papeles.

-¡Washington Square! ¡Henry James se levantaría de la tumba si viera esto!

Recuerdo textualmente estas palabras, que el caballero pronunció en voz alta, mientras se atizaba una palmada en la frente como si aplastara un mosquito.

Llegó un botones, con el viejo y sucio uniforme castaño del establecimiento, totalmente drogado, y anduvo manoseando la ventana, en un vano intento de arreglarla. Por la ventana penetraban rachas de aire helado, sus hojas se estremecían armando un ruido infernal, y todo lo que había en el cuarto, incluso un paquete de cigarrillos, tenía que ser fijado mediante un peso puesto encima, para evitar que saliera volando de encima de la mesa o de lo que fuera. El botones, al inspeccionar la ducha, sólo consiguió quedar empapado, y entonces dijo que avisaría al «especialista.. En el hotel Duke, el «especialista» no es más que una broma, broma que no voy a analizar detenidamente. Aquel día, el «especialista» no tuvo ocasión de ejercer sus funciones, debido a que el botones fue la gota de agua que hizo rebosar el vaso, y el caballero cogió el teléfono y dijo:

-¿Pueden ustedes mandarme a alguien que no esté drogado o borracho para que baje mi equipaje al vestíbulo... Oh, sí, claro, quédense con el dinero. Yo me voy. Y avisen un taxi, por favor.

Éste fue el momento en que tomé una decisión. Mientras el caballero hacía la maleta, me despedí mentalmente con un beso de todas mis esposas, hermanos, hermanas, primos, hijos, nietos y biznietos, y, luego, me metí a bordo de la hermosa maleta que olía a cuero. Me deslicé en un compartimento en la parte interior de la tapa de la maleta, y me situé en un cómodo lugar entre los pliegues de una bolsa de plástico que olía a jabón de afeitar y a loción para después del afeitado, en donde me constaba no sería aplastada cuando el caballero cerrara la maleta.

Media hora después, me encontraba en una habitación calentita, con una gruesa alfombra que no olía a polvo. El caballero desayuna en la cama a las siete y media de la mañana. En el pasillo, tengo a mi disposición comida sumamente variada, que encuentro en las bandejas puestas ante las puertas de los dormitorios, entre la que se cuenta restos de huevos revueltos, y, desde luego, abundante mermelada, mantequilla y panecillos. Ayer escapé por pelos, cuando un camarero con chaqueta blanca anduvo persiguiéndome durante unos treinta metros, por lo menos, atizando pisotones, con ambos pies, a derecha e izquierda, aunque fallando siempre el golpe. Todavía soy ágil, y en el hotel Duke aprendí mucho.

Ya he inspeccionado la cocina, a la que voy y de la que regreso en ascensor, naturalmente. En la cocina hay comida en abundancia, pero, para mi desdicha, la fumigar. urna vez a la semana. He conocido a cuatro posibles esposas, aunque todas ellas con mala salud, por culpa de los humos de la fumigación, a pesar de lo cual siguen decididas a permanecer en la cocina. Lo mío son los pisos superiores. Allí no hay competencia, y abundan las bandejas de desayuno y, a veces los bocadillos de medianoche. Quizá en la actualidad me haya convertido en un solterón, pero aún tengo el vigor suficiente si es que aparece una posible esposa. Entretanto, me

considero mucho mejor que aquellos bípedos del hotel Duke, a quienes he visto comer cosas que yo ni siquiera tocaría, y que no quiero siquiera mencionar. Lo hacen por apuesta. ¡Apuestas! Si la vida entera es un juego de azar, ¿para qué apostar?

«Eddie» y los robos del mono

El oficio de Eddie consistía en abrir puertas. En otros tiempos se había encargado de agitar la coctelera por cuenta de un músico, dedicado a grabar discos, llamado Hank, quien tocando la flauta no había ganado el dinero suficiente para financiar su labor de poeta, y que había tropezado con dificultades a la hora de conservar a Eddie en su casa, cuando los vecinos se quejaban, por lo que lo traspasó a una novia suya llamada Rose, con la que acababa de romper relaciones, y aceptó un empleo. Rose era amiga de Jane, y ésta era una ex presidiaria, en cuya compañía Eddie se dedicaba a abrir puertas de casas ajenas.

Por ser un joven e inteligente mono sapajú, Eddie aprendió muy de prisa su nuevo oficio, y a menudo se acercaba a las puertas bailando alegremente y colgándose y balanceándose de cualquier objeto que se lo permitiera, como la baranda de una escalera o el alféizar de una ventana, con la atención fija en su objetivo, que bien podía ser la empuñadura de una cerradura del tipo Yale, la pieza que descorría un cerrojo, o bien uno con cadena. Sus ágiles dedos volaban, desmontándolo todo, o bien haciendo tentativas hasta conseguirlo.

De esta manera, Eddie daba entrada a la corpulenta rubia llamada Jane, cuya llamada mediante el timbre o con un golpe de la mano, Eddie por lo general ya había oído. A veces, Eddie ya tenía la puerta abierta cuando Jane se encontraba aún subiendo los peldaños frontales de la casa, o bien avanzaba por el sendero hacia la puerta, con la bolsa en la mano. Eddie había entrado por una ventana. Jane siempre se detenía unos instantes ante la puerta y murmuraba unas palabras, como si hablara con alguien que se encontrara dentro de la casa. Luego, entraba y cerraba la puerta.

¡Pla-Plum! Se cerraba la puerta. Y, en la casa concreta en que ocurrieron los hechos, casa de sólida construcción, al olfato de Eddie llegaba un agradable olor, debido a que había un gran ramo de rosas amarillas, en un jarrón, en el vestíbulo.

Del bolsillo de su ancho abrigo, Jane sacó un plátano, de piel en parte rajada, blanda y ennegrecida. Eddie emitió un chillido dándole las gracias, arrancó la piel y la entregó a Jane, quien se la metió en el bolsillo. Ella ya caminaba hacia la parte trasera de la casa, hacia la cocina y el comedor.

Jane abrió un cajón de un mueble del comedor, y luego abrió otro, antes de encontrar lo que buscaba, e inmediatamente comenzó a cargar la bolsa con puñados de cucharas, tenedores y cuchillos de plata. Cogió una bandeja con un salero y la pimienta que había sobre la mesa del comedor. Entró en la sala de estar y se dirigió rectamente hacia la fotografía con marco de plata. La echó a la bolsa juntamente con un hermoso cortapapeles con un mango que parecía de jade. Apenas habían pasado tres minutos, y Eddie ya se habrá comido el plátano. Jane musitó el nombre de Eddie y abrió su ligero abrigo en cuyo momento Eddie saltó hacia Jane, quedando pegado a

sus opulentos senos, utilizando al efecto sus veinte dedos, y con la ayuda de la cola, tal como se pegaba a su madre, cuando era un cachorro.

Ya habían salido de la casa. Eddie oía con más fuerza el zumbido de los motores de los vehículos, luego entraron en un automóvil, en el que Jane se sentó produciendo un sordo sonido, y el coche se puso en marcha. Las dos mujeres hablaron. Jane, recuperando el resuello, dijo:

-Fácil, muy fácil. Pero no me he tomado la molestia de entrar en los dormitorios.

-¿Plata?

-¡Claro! ¡Ah...! ¡Qué bien me sentará un buen whisky! Rose, más joven que Jane, conducía con prudencia. Aquél era el séptimo u octavo robo que cometían en aquel verano. Rose tenía veintiún años, se había casado y divorciado una vez, y había roto con su amante hacía cosa de dos meses. Conocer a una persona como Jane, gozar de excitantes emociones, era exactamente lo que Rose necesitaba. Pero a poco que pudiera evitarlo no tenía la menor intención de pasarse una temporada en la cárcel, como había hecho Jane.

-¿Y, ahora, la casa de los Ponsonby? -preguntó.

Dando una voluptuosa chupada al cigarrillo, Jane respondió:

-¡Eso!

Llevaban dos semanas haciendo intermitentes llamadas telefónicas a la casa de los Ponsonby, y nadie las había contestado. En el curso de la última semana, Jane y Rose habían pasado ante la gran casa, sin ver señales de vida. Pero Tommy, su perista, no había vigilado la casa, ya que, a su decir, no había tenido tiempo. Jane opinaba que la familia Ponsonby estaba de vacaciones. Corría el mes de julio. Era mucha la gente que se había ausentado, y sólo quedaba algún que otro vecino, o bien la encargada de la limpieza que de vez en cuando iba a regar las plantas. Sin embargo, ¿tenían los Ponsonby un sistema de alarma, por ejemplo? La casa estaba en un barrio con muchas pretensiones.

-Quizá valiera más llamar otra vez -dijo Jane-. ¿Tienes el número de teléfono a mano?

Sí, Rose lo tenía a mano. Detuvo el automóvil en el aparcamiento de una cafetería para automovilistas.

-Eddie, quédate aquí -dijo Jane.

Y lo metió debajo de un montón de bolsas de plástico, y una gabardina, en la parte trasera del automóvil. Le atizó un manotazo con su mano de dedos con abundantes anillos, con el fin de darle a entender que no toleraría bromas.

El manotazo le dio a Eddie en la cumbre de la cabeza. Este se enfadó, pero sólo un poco. Las dos mujeres tardaron en regresar, de modo que Eddie comenzó a sentir un muy desagradable calor dentro del automóvil. Luego, el vehículo recorrió un trayecto no muy largo y volvió a detenerse. Eddie seguía en el asiento trasero, sin que apenas se le viera, salvo el pelo blanco que coronaba su cabeza. Eddie vio que Rose se apeaba. Esto era lo que siempre ocurría cuando Eddie tenía que trabajar. Primero salía Rose, luego regresaba, después Jane metía a Eddie debajo de la chaqueta, y de esta manera lo sacaba del automóvil.

Entretanto, Jane tarareaba sin dejar de fumar un cigarrillo.

Rose regresó y dijo:

-Todas las ventanas están cerradas, y las de la parte trasera tienen la llave echada. No hay nadie en la casa. He llamado tocando el timbre, en las puertas delanteras y las traseras. ¡Qué casa!

Con estas últimas palabras, Rose quería decir que la casa presentaba aspecto de opulencia.

-Quizá lo mejor sea entrar por detrás -añadió-. Orienta a Eddie en este sentido.

Se trataba de un rico barrio residencial, con amplias zonas de césped y altos árboles. Como de costumbre, Jane y Rose habían detenido el coche en la esquina del grupo de viviendas en que se encontraba la casa en que habían fijado su atención.

-¿Has visto signos de vida en el garaje? -preguntó Jane.

-No, desde luego. De lo contrario te lo habría dicho. ¿Has vaciado ya la bolsa?

Jane y Rose lo hicieron, utilizando la vieja gabardina gris para envolver los objetos de plata, juntamente con otros, y dejaron el paquete en la parte trasera, sin abandonar, ellas, los asientos delanteros del automóvil.

-¿Y por qué no hacemos entrar a Eddie por una chimenea? -preguntó Jane-. Es un barrio muy silencioso, y no me gusta la idea de romper el vidrio de una ventana.

Rose pensó durante un instante. Encogió los hombros y dijo:

-Ya sabes que a Eddie no le gustan las chimeneas. La casa tiene tres plantas y las chimeneas son muy largas. -Bueno, ¿y qué? Si no le gusta hacer un camino de bajada tan largo, siempre puede volver a salir por arriba. -¿Y si se queda en la azotea?

-En este caso habremos perdido un buen mono. Pocas semanas atrás, habían ejercitado a Eddie en la casa de unos amigos de Jane en Long Island. La cumbre de la chimenea se encontraba sólo a unos tres metros y medio del suelo, ya que se trataba de una casita de una sola planta. A Eddie no le había gustado el descenso por la chime

nea, pero lo había efectuado dos o tres veces, con Rose subida a una escalera de mano y animándolo a iniciar la hajada, y con Jane esperándolo ante la puerta, provista de cacahuetes y uvas, para dárselos tan pronto como Eddie abriese la puerta. Eddie había tosido, se había frotado los ojos y había parloteado mucho, en son de queja. El día siguiente habían hecho una nueva prueba que consistía en dejar a Eddie en el tejado, indicándole la chimenea y diciéndole que bajara. Y Eddie se había portado muy bien.

Bajó y abrió la puerta. Pero Rose recordaba las arrugas de preocupación que aparecieron en la frente de Eddie, unas arrugas que le daban aspecto de un anciano enano. Y también recordaba lo mucho que Eddie había disfrutado cuando ella le dio un baño y le cepilló el pelo, después. Sí, Eddie le había dirigido una sonrisa muy cariñosa y le había cogido las manos. Por eso Rose dudaba, preocupada por Eddie, preocupada por Jane, preocupada por sí misma.

-¿Bien...? -preguntó Jane.

Eddie, sabedor de que se estaba preparando algo, dijo:

-Chi, chi.

Se rascó una oreja y miró con atención, alternativamente, a las dos mujeres. Eddie prefería escuchar a Rose, ya que su voz era más dulce que la de Jane, a pesar de que Eddie vivía con ésta.

Y, entonces, se inició la actuación, aunque despacio. Jane y Rose adoptaron aire de calma y tranquilidad. Rose, en previsión de que se tropezara con dificultades en la puerta, consistentes en que alguien le preguntara qué diablos hacía allí, cumpliría la

misión de decir que había acudido a la casa para ofrecer sus servicios como asistenta de limpieza, a cuatro dólares la hora. Si alguien aceptaba sus servicios, Rose daba un nombre y unas señas falsos, y concertaba una cita, sin la más leve intención de acudir. Esto último sólo había ocurrido una vez. Rose era la encargada de vigilar las casas en que las dos robaban, y así lo hizo en el caso de la única casa en la que una persona había abierto la puerta, en respuesta a la llamada de Rose, a pesar de que cinco minutos antes nadie había contestado la llamada telefónica. Cuando robaban en un determinado barrio, y a veces robaban en tres casas del mismo barrio en menos de una hora, jamás volvían allá. En el automóvil de Rose, a veces se habían alejado hasta doscientos cincuenta quilómetros de su base, que era el piso de Jane, en Red Cliff, Nueva Jersey. En el caso de que las dos mujeres tuvieran que separarse por alguna razón, se volvían a reunir en una cafetería o en cualquier otro lugar determinado de antemano, y la que no tenía automóvil (Jane), acudía en taxi, en autobús o a pie. Esto sólo había ocurrido una vez en los dos meses que llevaban operando juntas. Rose se había puesto injustificadamente nerviosa y se había ido a bordo de su automóvil. Ese día, el lugar de cita de emergencia era la cafetería, junto a la carretera desde la que habían llamado por teléfono a casa de los Ponsonby.

Jane, con Eddie debajo del ligero abrigo, recorrió con aire un tanto solemne el sendero que llevaba a la mansión de los Ponsonby. Jane apenas podía imaginar las riquezas que encontraría en el interior de aquella casa. Sin la menor duda serían más de las que podría meter en la bolsa. Oprimió el timbre, esperó, luego utilizó el picaporte de bronce, esperando que nadie acudiera a la llamada, pero, a pesar de ello, se consideraba obligada a efectuar estas maniobras, en prevención de que algún vecino la estuviera observando. Por fin, rodeó la casa, recorriendo el sendero, para situarse en la parte trasera, con Eddie agarrado a ella, bajo el abrigo. Jane volvió a llamar. Había silencio absoluto, como era de esperar, y lo había incluso en el garaje, con su única ventana cerrada, encima de las puertas cerradas.

-Eddie, a la chimenea otra vez -murmuró Jane-. La chimenea, ¿comprendes? ¡Anda, arriba! ¿La ves?

Jane indicó la chimenea.

Grandes olmos ocultaban a Jane desde todos los posibles puntos de observación. De la techumbre de la casa surgían por lo menos cuatro chimeneas.

-¡A la chimenea y luego a la puerta! ¿De acuerdo, Eddie? ¡Sé buen muchacho!

Jane soltó a Eddie junto a una tubería de desagüe que ascendía por una esquina de la casa.

Eddie se portó bien. Aquí y allá resbaló algún que otro centímetro, pero sin dificultades supo agarrarse en los ásperos ladrillos del muro. Pronto quedó en lo alto, recortada su figura contra el fondo del cielo. Eddie dio un salto y desapareció.

Luego, Jane le vio saltar a lo alto de una chimenea, echar una ojeada al interior y dudar. Luego, Eddie fue a otra chimenea. Jane no sé atrevía a darle gritos de ánimo. ¿Estarían las chimeneas tapadas con algo? Bueno, todo era cuestión de esperar. Todavía no había motivo de preocupación Jane retrocedió un poco para tener una más amplia visión del tejado. No vio a Eddie, por lo que volvió a acercarse a la puerta. Esperaba oír el sonido que Eddie produciría al abrir la cerradura. Pero no oyó nada. Muy poco animada, volvió a llamar, más que nada para salvar las apariencias.

Silencio. ¿Habría quedado Eddie atrapado en el interior de una chimenea?

Por la acera pasó un viandante que miró a Jane y siguió su camino. Era un hombre de unos treinta años, que llevaba un paquete. Pasó un automóvil. Rose, dentro del coche, se encontraba en la esquina, fuera del campo de visión de Jane. Ésta pensaba que bien cabía la posibilidad de que Eddie hubiera quedado trabado dentro de la chimenea, de que el hollín le hubiera dejado fuera de combate. Y los minutos pasaban. ¿No sería mejor comportarse con cautela y largarse inmediatamente? Por otra parte, Eddie le era tremendamente útil, y aún quedaban dos meses de verano en los que proseguir las operaciones.

Por mucho que Jane mirase el tejado, no veía a Eddie. Los pájaros parloteaban. A lo lejos sonó el ruido del violento cambio de marchas de un automóvil. Jane se acercó a la ventana de la cocina, en la parte trasera de la casa, y en aquel mismo instante vio al mono que saltaba sobre la larga plancha de aluminio junto a las piletas. Iba negro de hollín, incluso el pelo blanco en lo alto del cráneo estaba gris oscuro, y se frota-la los ojos con los nudillos. Eddie golpeó el vidrio de la ventana y saltó de lado, sobre uno y otro pie, esperando que Jane abriese la ventana.

Por qué no habían adiestrado a Eddie a abrir ventanas? En fin, sería cuestión de hacerlo lo antes posible. Se trataba de un simple problema de dar vueltas a una manivela. Incluso desde el lugar en que se encontraba, Jane podía ver la manera en que se debía hacer. Indicando la puerta de la cocina, ya que cualquier puerta era buena a los propósitos de Jane, ésta dijo a Eddie:

-¡La puerta!

Sin embargo, Eddie estaba acostumbrado a trabajar con puertas delanteras. Saltó al suelo, y a los oídos de Jane llegó el sonido de Eddie manejando la cerradura.

Pero la puerta no se abrió. Jane la empujó en vano. Entonces oyó los «chi-chi-chi» de Eddie, lo cual significaba que estaba irritado o que se sentía frustrado. Jane supuso que los pasadores y pestillos tendrían el juego duro, o que en la puerta había una cerradura especial. Algunos pasadores eran de una dureza superior a las fuerzas de Eddie. De repente, Jane sintió pánico. A su juicio, habían transcurrido diez o doce minutos. Rose estaría ya preocupada. Quizá ya se hubiera ido a la cafetería de la cita de emergencia. Jane deseaba volver al lado de Rose, encontrarse de nuevo dentro del automóvil. La única alternativa era romper el vidrio de la ventana, pero esto inspiraba temores en Jane, debido al ruido que produciría, estando después obligada a irse a pie, llevando a Eddie.

Efectuando un esfuerzo para aparentar calma y tranquilidad, Jane fue a. la acera, en la parte frontal de la casa. Con alivio, vio que el automóvil de Rose seguía detenido en la esquina, esperándola. Se acercó y dijo:

-Eddie no sabe abrir la puerta, y comienzo a tener miedo. Vayámonos.

-¿Qué? ¿Dónde está Eddie? ¿Se encuentra todavía dentro?

Hablando en un murmullo, por la abierta ventanilla del automóvil, Jane respondió:

-Está detrás, en la cocina.

Abrió la puerta del automóvil, para entrar. Rose dijo:

-¡No podemos dejarlo ahí! ¿Te ha visto alguien? Jane entró en el automóvil, cerró la puerta y dijo: -No, pero debemos irnos.

Rose pensaba que la policía muy bien podía relacionar el hallazgo de un mono con los robos que las dos estaban cometiendo. ¿De qué otra manera se podía

Librodot

interpretar la presencia de un mono en una casa cerrada? Desde luego, cabía la posibilidad de que la persona que descubriera a Eddie no llamara inmediatamente a la policía, sino que se limitara a entregarlo a la sociedad protectora de animales o al parque zoológico. ¿Y si Eddie se las arreglara para romper el vidrio de la ventana y escapar de la casa? Rase se dio cuenta de que no estaba pensando con lógica, pero al-

Albergaba la convicción de que tenían que sacar a Eddie de allí.

-¿Y no podemos romper el vidrio de la ventana? -preguntó.

Rose ya tenía la mano en la manecilla de la puerta del automóvil. Con un movimiento negativo, Jane dijo:

-No, no lo hagas.

Pero Rose ya se había ido. Jane quedó rígidamente sentada. Ella sería quien cargaría con las más graves culpas, si alguien viera a Rose rompiendo la ventana. Jane pensó que Rose cantaría de plano. Y, a fin de cuentas; ella, Jane, era quien tenía antecedentes.

Haciendo un esfuerzo, Rose pasó con aspecto tranquilo junto a un muchacho que iba cogido del brazo de una joven. Los dos hablaban y reían. Allí estaba la casa de los Ponsonby. Era muy señorial y tenía un nombre: «Las cinco lechuzas.» Rose se adentró en el sendero, con aspecto todavía tranquilo, pero sin tener la intención de llamar a la puerta, ya que no quería perder el tiempo.

Eddie se encontraba en la cocina, en cuclillas sobre una mesa. Rose le vio por una ventana lateral. Eddie sacudía algo que parecía una azucarera, que sostenía en postura invertida, y Rose tuvo una breve visión de algo quebrado, algo como una bandeja, sobre el suelo de linóleo amarillo de la cocina. Eddie seguramente estaba desesperado. Cuando Rose llegó a la parte que daba directamente a la cocina, Eddie se encontraba en la plancha metálica junto a las piletas, exactamente detrás de las ventanas traseras. Rose intentó levantar una de las ventanas, sin conseguirlo. Los pantalones blancos que llevaba se le engancharon en las espinas de un rosal. De un tirón los liberó. Casi a sus pies, vio una piedra del tamaño de un puño. Golpeó con la piedra el vidrio, una sola vez. Y luego volvió a esgrimir la piedra para quitar astillas de vidrio del marco, pero Eddie ya había salido, y parloteaba enloquecido de alegría.

Rose metió a Eddie rápidamente bajo su blusón, y se encaminó hacia la calle. Notaba que Eddie estaba tembloroso, quizá de alivio. Cuando Rose llegó a la esquina, vio que el automóvil ya se había ido. Era su automóvil. Tendría que tomar un taxi. O ir a pie hasta la cafetería en la carretera. No, esto último no podía hacerlo, ya que el establecimiento en cuestión estaba muy lejos. Sí, un taxi. Pero había dejado el bolso, con el dinero, en el automóvil. ¡Dios mío! Oprimió el cuerpo de Eddie para infundirle seguridad, y echó a andar, en busca de un cruce favorable en el que quizá encontrara un taxi. ¿Dónde estaba Jane? ¿Habría regresado a su piso? ¿Se encontraría en la cafetería de la carretera? ¿Qué diría el taxista cuando ella le dijera que no llevaba dinero? Rose no podía decir al taxista que la llevara a las señas de alguno de sus amigos, porque no quería que nadie se enterase de la existencia de Eddie, ni de la de Jane, ni que supieran aquello a lo que ella se había dedicado en el curso de las últimas semanas.

Rose no tuvo la suerte de encontrar un taxi. Pero llegó a un punto en el que había un establecimiento de los llamados «centro de ventas» -supermercado, lavandería en seco, farmacia, etc.-, y como sea que llevaba algunas monedas en el bolsillo, entró.

Librodot

Manteniendo a Eddie debajo del chaquetón, Rose encontró el número de una empresa de taxis por teléfono y llamó. El «centro de ventas» se llamaba «Compas Milagro», y éste fue el nombre que Rose dio a la empresa de taxis.

Al cabo de unos cinco minutos, el taxi llegaba. Rose lo había esperado en pie en un pequeño burladero de cemento, en medio de la zona de aparcamiento, vigilando todos los automóviles que pudieran ser taxis, debido a que en barrios como aquél no todos los taxis estaban pintados de colores chillones.

-¿Puede llevarme a Red Cliff, por favor? En la esquina de la avenida Jefferson y Mulhouse.

Se pusieron en marcha. Veintisiete quilómetros por lo menos, calculó Rose. No creía que Jane hubiera ido a la cafetería ni que hubiera sido capaz de encontrarla. Jane conducía muy mal. Pero sí que era capaz de llegar a casa, y probablemente ya estaría allí. Rose tenía la llave del piso de Jane, pero también se encontraba en su bolso, dentro de su coche.

El taxi llegó a la esquina de Jefferson con Mulhouse.

-¿Puede esperarme un instante? Voy a hablar con una amiga y regreso en seguida.

Volviendo la cabeza hacia atrás, el taxista preguntó:

-¿Cuánto tardará?

La vista del taxista recorrió el cuerpo de Rose, y ésta advirtió que había notado que no llevaba bolso, y que, en consecuencia, tampoco llevaba dinero.

-¿Qué lleva ahí? ¿Un mono? -preguntó el taxista. Antes de que Rose pudiera evitarlo, Eddie había sacado un brazo para después asomar la cabeza.

-Es de mi amiga explicó Rose-. Ahora se lo devuelvo, y luego bajaré y le pagaré la carrera.

Acto seguido, Rose se apeó. No vio su automóvil. Había gran número de coches aparcados junto a la acera. Oprimió

el timbre de Jane, uno de los cuatro que había en la casita de cuatro pisos. Volvió a llamar, tres toques cortos y uno largo, lo que era la contraseña acordada. Con gran alivio de Rose, sonó el zumbido indicativo de la apertura de la puerta. Subió la escalera y llamó a la puerta del tercer piso. Gritó:

-¡Soy yo, Rose!

Jane abrió la puerta, con el semblante un poco asustado, y Rose entró, diciendo:

-Aquí tienes a Eddie. Hazte cargo de él. Necesito dinero para pagar el taxi. Dame veinte o treinta dólares, o mi bolso.

-¿Ha ocurrido algo? ¿Te ha seguido alguien?

-No. ¿Dónde está el dinero? ¿Has subido mi bolso? Eddie se había subido al sofá, en donde se hallaba en cuclillas rascándose la cabeza cubierta de hollín.

Rose bajó con el bolso y pagó al taxista. Éste dijo que no llevaba taxímetro y que el precio de la carrera era de veintisiete dólares. Rose le dio treinta dólares, diciéndole sonriente:

-Muchas gracias.

-Vale.

Y el taxista se fue. Rose no quería volver al piso de Jane, pero consideraba que tenía que darle explicaciones. Sí, soltaría un discursito y terminaría su asociación con Jane, ya que a fin de cuentas aquel momento era tan bueno como cualquier otro para

Librodot

hacerlo. A Dios gracias, el taxista no había dicho nada más referente al mono. Rose volvió a tocar el timbre de la forma convenida.

Al llegar, le preguntó a Jane:

-¿Qué ha pasado con la plata?

-Tommy acaba de llevársela. Le llamé sólo llegar. Rose, querida, siento mucho haberme dejado dominar por el miedo, dejándote en la estacada. Pero la verdad es que esto es lo que he hecho. ¡Romper el vidrio de una ventana es una locura!

Rose se alegró de que Tommy ya se hubiera ido. Se trataba de un hombre esquelético, pelirrojo y tartaja, con aspecto de ineficiencia, a pesar de que jamás había cometido un error, por lo menos en cuanto Rose sabía.

-No te olvides de bañar a Eddie -dijo Rose.

-Siempre te ha gustado bañarlo. Hazlo tú. ¿Quieres un café? Te lo hago en un segundo.

Rose, que no se había sentado, contestó:

-Me voy. Lo siento Jane, pero creo que más vale que me aparte de esos asuntos contigo. Tú misma lo has dicho. Hoy he hecho algo que no se debe hacer, como es romper el vidrio de una ventana.

Jane miró a Rose, se puso en jarras, y luego miró a Eddie, en el sofá.

Eddie examinaba nerviosamente las uñas de su casi pelada mano izquierda. Jane dijo:

-Si ha ocurrido algo, más valdrá que me lo digas. A fin de cuentas yo soy quien tendrá que enfrentarse con ello.

-No ha ocurrido nada en absoluto. Sencillamente quiero apartarme de estos asuntos, y no te voy a pedir participación en los beneficios de hoy, no, gracias. ¿Has dejado las llaves en mi coche? ¿Dónde está?

-¿Qué ha ocurrido con el taxista?

-Nada. Le he pagado y basta.

-¿Ha visto a Eddie?

-Pues sí. Le dije que iba a entregarlo a una amiga. Me voy, Jane. Adiós, Eddie.

Rose no pudo evitar cruzar la estancia y tocar con la mano la cabeza de Eddie.

Éste le dirigió una triste mirada, de abajo arriba, como si hubiera comprendido cuanto se había dicho en el cuarto, y comenzó a mordisquearse las uñas.

Rose se dirigió a la puerta.

-No olvides darle un baño. Le gusta que lo bañen.

-Que se vaya al cuerno -dijo Jane.

Rose bajó la escalera, tan atemorizada y temblorosa como solía estarlo cuando llamaba a puertas desconocidas, o esperaba en el automóvil a que Jane terminara su trabajo. Llamaría a Hank. Sí, se llamaba Hank White y vivía en Greenwich Village, aunque Rose no sabía en qué punto. Albergaba esperanzas de encontrar el número de su teléfono en algún lugar de su casa, ya que pensaba que en el listín no figuraría con el nombre de White, en cuyo caso tendría que llamar a otras personas para conseguirlo. Hank acudiría a la llamada de Rose, si ésta le decía que se trataba de algo referente a Eddie. Rose se dio cuenta de que el destino de Eddie la tenía preocupada. Y Hank era la única persona con la que Rose podía sincerarse al respecto, ya que Jane mantenía a Eddie oculto ante sus amigos, encerrándolo en un armario cuando alguien la visitaba (incluso si se trataba de Tommy), y le daba azotes en el trasero si

Librodot

parloteaba durante la visita. Por fin, Rose encontró su automóvil. Allí estaban las llaves. Se dirigió a su casa, pisito que se encontraba en un barrio pequeño, a unos trece quilómetros de distancia.

Por su parte, Jane se lavó la cara y se peinó el rizado

cabello teñido de rubio, con la sola idea de tranquilizarse. Pero de nada le sirvió. Cogió un libro de bolsillo, encuadernado en papel y lo arrojó contra Eddie, con un movimiento de la mano hacia atrás, dándole en un costado.

-¡Ic-Ic! -gritó Eddie.

Y dio un saltito en el aire. Con expresión pasmada, Eddie miró a Jane, y se dispuso a dar saltos a uno u otro lado, en el caso de que Jane volviera a arrojarle algo.

Avanzando hacia Eddie, Jane dijo:

-¡Sabes muy bien que esta noche la vas a pasar en el armario! ¡Sí, y desde este instante!

Eddie escapó fácilmente de las manos de Jane, cuando ésta intentaba cogerlo, y de un salto se subió al marco de un cuadro que pendía sobre el sofá.

El cuadro se desprendió y cayó. Eddie aterrizó en el sofá, se apoderó de una cubitera de hielo que ya llevaba algún tiempo allí y la arrojó contra Jane. No le dio. Eddie no dejaba de chillar:

-¡Chi, chi, chi, chi, chi!

Sus ojos redondos se habían dilatado y enrojecido.

Jane estaba firmemente dispuesta a atrapar a Eddie y ponerlo a buen recaudo. Cabía la posibilidad de que la policía llamara a la puerta con cualquier pretexto, e incluso que entrara reventando el cerrojo. También era posible que la estúpida de Rose hubiera dejado alguna pista. Las únicas ventajas que Rose ofrecía eran tener una cara agradable y un automóvil rápido. Jane cogió por la punta una colcha india que cubría el sofá, con la idea de arrojarla sobre Eddie, atrapándolo. Pero Eddie, mediante un salto, se había plantado en el centro del cuarto. Jane extendió la colcha en toda su amplitud y avanzó hacia Eddie.

Este cogió un cenicero y, a corta distancia, lo tiró contra Jane, dándole en una mejilla. Al caer, el cenicero se hizo añicos contra el suelo.

Esto irritó todavía más a Jane.

Eddie estaba junto a la pileta de la cocina, blandiendo un cuchillo, y sin dejar de parlotear y chillar. Cogió medio limón y lo arrojó contra Jane. Ésta farfulló:

-¡Asqueroso insecto!

Avanzó hacia Eddie, con la colcha a punto. Lo tenía acorralado.

Eddie saltó hacia Jane, agarrándose con sus cuatro extremidades en su brazo izquierdo, y le mordió el pulgar. Antes, Eddie había dejado caer el cuchillo.

Jane soltó un grito. El pulgar comenzó a sangrar. La sangre iba manando despacio y caía gota a gota en el suelo.

Jane cogió una silla. ¡Mataría a aquel diablo en miniatura! Eddie esquivó la silla e inmediatamente atacó por detrás las piernas de Jane, le pegó un mordisco en una pantorrilla, y se alejó de un salto.

Llevada más por la sorpresa que por el dolor, Jane gritó:

-¡Ay!

Miró la herida y pudo comprobar que también sangraba. ¡Le ajustaría las cuentas de una vez para siempre a aquel bicho! Jane cerró la única ventana abierta que había

Librodot

en el piso, para evitar la fuga de Eddie, y se dispuso a coger el cuchillo caído en el suelo. Estaba firmemente dispuesta a hundirlo en el cuello de Eddie.

En el momento en que Jane estaba inclinada para coger el cuchillo, Eddie saltó sobre su cabeza, haciéndole perder el equilibrio y derribándola. Jane se lastimó levemente un codo, y antes de que pudiera levantarse, Eddie le pegó un mordisco en la nariz. Jane se llevó la mano a la nariz, para comprobar que seguía en su sitio.

Eddie saltó hacia la cerradura de la puerta. Apoyándose en una de las patas traseras, comenzó a tirar del cerrojo, mientras intentaba hacer girar la pieza esférica. Si conseguía mover las dos piezas al mismo tiempo, la puerta se abriría por sí misma. Pero tuvo que abandonar su empeño, debido a que oyó los pasos de Jane a su espalda, muy cerca de él. Eddie saltó al suelo en el mismo instante en que la punta del cuchillo resbalaba contra la superficie de la puerta metálica.

-¡Chi, chi!

Jane había dejado caer el cuchillo. Eddie lo cogió, se encaramó a la cadera de Jane y luego a su hombro, y le atizó una cuchillada en la mejilla. Eddie esgrimió el cuchillo tal como había visto hacerlo a los seres humanos, a veces en movimiento punzante y otras en movimiento de aserrar. De repente, Eddie arrojó el cuchillo lejos de sí y saltó desde el hombro de Jane a un mueble con libros, jadeante y parloteando. Eddie había percibido el olor de sangre, y esto lo había asustado. En nervioso ademán arrojó un libro contra Jane, aunque falló el tiro con mucho.

Jane se dio cuenta de que la sangre le resbalaba por el cuello. ¡Era absurdo que no pudiera atrapar a aquel animalejo! Por un instante tuvo la impresión de no poder respirar, de que iba a desmayarse. Luego efectuó una profunda inhalación y recobró las fuerzas.

¡ploc!

Un libro chocó contra el pecho de Jane.

¡Muy bien! ¡Perfecto! ¡Un buen golpe propinado con una silla bastaría para liquidar a Eddie!

Jane cogió la silla que había caído al suelo. Cuando ya la sostenía en la posición precisa para balancearla y golpear, Eddie ya no se encontraba en el mueble con los libros. Jane sintió los menudos y ágiles pies de Eddie ascendiendo por su espalda, inició el movimiento de volverse, y, por un brevísimo instante, vio a Eddie, con la colcha india en las manos, ascendiendo sobre su cabeza. Jane perdió el equilibrio y cayó, tropezando con la silla que sostenía con sus propias manos.

Eddie anduvo saltando de un lado a otro del cuerpo caído, colocando la colcha sobre el cuerpo de su enemiga. Cogió el objeto que más al alcance de la mano tenía -se trataba de la concha de un gran caracol marino que se encontraba en el suelo, cerca de la puerta que daba al vestíbulo-, agarrándola con las dos manos. Con ella golpeó la cabeza de la mujer que se movía levemente bajo la delgada colcha india. Eddie resbaló una y otra vez y rodó sobre sí mismo, pero mantuvo la firme presa de sus dedos en la espiral hendidura del caracol, y volvió a golpear con la concha. El crac sonó muy satisfactoriamente a los oídos de Eddie. ¡Crac, crac! Oyó que el montón de carne sobre el que iba saltando emitía un horrible gemido.

Sin razón alguna, de la misma manera que sin razón había arrojado el cuchillo al suelo, Eddie, ahora, dejó la concha en la alfombra y le propinó una nerviosa patada

con una de sus patas traseras. Se permitió el lujo de parlotear un poco, y luego miró a su alrededor, como si quisiera averiguar si en el cuarto había alguien.

Sólo oyó el tic, tic, tic del reloj en el dormitorio que había al otro lado del vestíbulo. Volvía a percibir olor a sangre, por lo que se alejó un poco de la colcha. Agotado, Eddie lanzó un suspiro. De un salto se puso a la ventana. Anduvo toqueteando la manecilla de apertura, pero pronto renunció a sus intentos. Era preciso alzar la ventana y pesaba mucho, demasiado para las fuerzas de Eddie.

Oscurecía.

Sonó el teléfono. Por la mente de Eddie pasó la conocida imagen de Jane o de cualquier otra persona cogiendo el teléfono y hablando. En cierta ocasión, a Eddie le dijeron que hiciera lo mismo o quizá le permitieron hacerlo, y Eddie colgó de inmediato el teléfono, lo que dio risa a todos los presentes. Eddie sentía hostilidad y miedo hacia el teléfono, y también hacia el bulto que yacía en el suelo. No hacía más que mirar aquel bulto, para ver si se movía. No, no se movía. Eddie tenía sed. Saltó sobre la plancha junto a la pileta de la cocina, miró alrededor y buscó con las manos para hacerse con un vaso de agua o algo parecido que contuviera líquido, líquido que siempre olisqueaba antes de beberlo, pero no encontró nada parecido. Utilizando las dos manos abrió el grifo, ahuecó una mano bajo el chorro y bebió. Hizo un leve intento de volver a cerrar el grifo, no lo consiguió del todo, y lo dejó goteando.

El teléfono dejó de sonar.

A continuación, Eddie abrió la nevera, lo cual hizo con cierta aprensión debido a que ejecutar ese acto le había reportado una regañina y unos azotes en el trasero, y al ver que en su interior iluminado no había fruta, cogió un puñado de judías verdes, ya guisadas, y comenzó a mordisquearlas. Cerró la puerta de la nevera con una patada de una de sus patas traseras, y se alejó, con las judías en la mano, dando saltos a tres patas. Tardó poco en sentirse fatigado, arrojó las judías al suelo, y saltó a una mecedora para entregarse a un merecido sueño.

Cuando el timbre de la puerta sonó, Eddie estaba enroscado en el asiento de la mecedora. Levantó la cabeza. El cuarto estaba a oscuras.

De repente, Eddie sintió deseos de huir. Ahora, el hedor a sangre era más repulsivo. Se dio cuenta de que podía abrir la puerta del piso y huir, a no ser que la mujer hubiera cerrado aquella cerradura que requería, para ser abierta, el empleo de un manojo de tintineantes llaves. La mujer mantenía ocultas esas llaves. Sólo una vez había conseguido emplear con éxito una llave, en compañía de Jane y Rose, no sabía en qué lugar, y con el único fin de divertirse todos un poco. Por lo general, las llaves ofrecían resistencia a los dedos de Eddie, quien no podía darles la vuelta.

Bung, bung...

Era el timbre de la puerta que daba a la calle, muy diferente al de la puerta del piso que emitía un ring. El sonido del timbre no interesaba en absoluto a Eddie que sólo deseaba escapar. Volvió a saltar hacia la cerradura, agarró la pieza más pequeña, la que estaba encima, con la mano izquierda. Consiguió darle un giro, pero la puerta no se abrió. Eddie lo volvió a intentar, utilizando también los pies. Luego, con los pies, empujó el marco de la puerta y ésta se abrió hacia él. Eddie saltó al suelo, y bajó silenciosamente la escalera, balanceándose en el aire, agarrado con una mano a uno de los barrotes de la barandilla, en los giros de un tramo a otro.

Librodot

La puerta que daba a la calle era más fácil, a juicio de Eddie, y, además, siempre cabía la posibilidad de deslizarse al exterior cuando alguien entrara en la casa.

De un salto, Eddie intentó colgarse de la blanca bola que abría la puerta, pero resbaló. Luego, intentó darle la vuelta sosteniéndose erecto sobre sus patas traseras. La puerta se abrió.

-¡Eddie! ¡Ed-die! Qué diablos... Eddie conocía aquella voz. Contestó:

-Chi, chi...

Saltó al brazo de Hank, se agarró a su pecho y parloteó enloquecidamente, dándose cuenta de que tenía que contar una larga y muy triste historia.

-Aieee...

Eddie incluso inventaba palabras.

Entrando en la casa, Hank dijo con voz dulce:

-Bueno, ¿qué pasa, Eddie? ¿Qué pasa? ¿Dónde está Jane?

Hank miró hacia lo alto de la escalera. Cerró la puerta, colocó a Eddie en posición más segura bajo su chaquetón de cuero y subió la escalera saltando los peldaños de dos en dos.

La puerta del piso de Jane estaba entornada. Dentro no había luz.

-¿Jane? -llamó Hank.

Golpeó una sola vez la puerta con la mano. Entró.

-¿Jane? ¿Dónde está el interruptor de la luz, Eddie? Hank buscó a tientas, y pocos segundos después encontraba el interruptor. Oyó pasos en la escalera e instintivamente cerró la puerta. Allí había ocurrido algo raro. Pasmado, miró en toda su amplitud la sala de estar del piso de Jane. Hank había estado allí, aunque sólo una vez. Para su capote, murmuró:

-¿Qué diablos ha pasado aquí?

El cuarto se encontraba en sumo desorden. «Un robo», pensó Hank. Los ladrones habían amontonado el fruto de su latrocinio en el suelo, y allí lo habían dejado con la intención de recogerlo después.

Hank se acercó al bulto en el suelo. Despacio apartó la colcha india.

-¡Santo cielo! ¡Santo cielo!

Eddie se aplastó contra el jersey de Hank y cerró los ojos, aterrado, deseando ocultarse.

-¿Jane?

Hank tocó el hombro de la mujer, pensando que quizá se había desvanecido o la habían dejado inconsciente de un golpe. Intentó darle la vuelta pero descubrió que el cuerpo

estaba un poco rígido y en manera alguna caliente. Sangre rojinegra le cubría la cara y el cuello. Hank parpadeó y se enderezó. Con voz mucho más segura de lo que correspondía a como se sentía en realidad, Hank se dirigió a la habitación contigua.

-¿Hay alguien aquí?

Sabía muy bien que no había nadie. Despacio, Hank pensó que seguramente Eddie había dado muerte a Jane, con sus dientecillos, o quizá con... Hank fijó la vista en el cuchillo de cocina en el suelo, a poca distancia del cadáver. Pero luego vio la concha crema y rosácea del caracol.

-Eddie, bájate -ordenó en un susurro.

Pero Eddie no estaba dispuesto a que lo despegaran del jersey de Hank. Este cogió el cuchillo y luego la concha del caracol. Lavó los dos objetos en la pileta de la cocina, y' vio que el agua se tornaba levemente rosácea al resbalar de la concha. Puso la concha boca abajo, y la sacudió para que soltara el agua que contenía. Luego, la secó cuidadosamente con un trapo de cocina. Lo mismo hizo con el cuchillo. Jane seguramente había atacado a Eddie. ¿Acaso Rose no le había insinuado esta posibilidad?

-¡Nos vamos, Eddie! ¡Sí, señor, nos vamos!

Entonces, Eddie oyó el- confortante sonido de la cremallera del blusón de Hank, cerrándose hasta lo alto. Bajaron la escalera.

Hank no había olvidado limpiar las empuñaduras de las cerraduras de la puerta, antes de salir del piso de Jane, y luego cerró la puerta normalmente. Mientras se encontraba en el piso de Jane, Hank pensó en llamar inmediatamente a la policía, pero después consideró más oportuno llamarla cuando Eddie estuviera a salvo. Sin embargo, no lo hizo. No, ni siquiera llamaría a Rose. Esta no tenía el menor deseo de sentirse envuelta en el asunto, y a Hank le constaba que la muchacha sabía mantener la boca cerrada. Hank estimaba que el cadáver tardaría poco en ser hallado, y no quería que echaran las culpas a Eddie. Si llamaba a la policía, ésta le interrogaría, y algo averiguaría acerca de Eddie, incluso en el caso de que Hank intentara ocultar su existencia.

Por eso, Hank dejó pasar el tiempo en Perry Street, Greenwich Village, en donde compartía un piso con dos muchachos, y dos días después leyó en un periódico que una mujer llamada Jane Garrity, de cuarenta y dos años de edad, secretaria en paro, había sido hallada muerta en su piso de Red Cliff, Nueva Jersey, víctima de una agresión cometida por un desconocido o desconocidos, incluso quizá de unos niños, ya que las heridas y golpes habían sido infligidos con poca fuerza. La causa inmediata de la muerte había sido un ataque cardíaco.

Hank pensó que la policía conocía los antecedentes de Jane y que querría saber las personas con quienes ella trataba. Bueno, que trabajara en el asunto. Hank se reprochaba a sí mismo el haber regalado Eddie a Rose, pero la verdad era que ésta siempre trató con cariño a Eddie, y, además, Hank se había sentido un poco culpable y con remordimientos de conciencia, cuando rompió sus relaciones con Rose. Sin embargo, había recuperado a Eddie, y Hank ya no estaba dispuesto a separarse de él.

Eddie perdió todo su interés en abrir puertas, debido a que se sentía feliz en el lugar en que se hallaba. Tenía un cuartito a él reservado, sin puerta, con cuerdas en las que balancearse, un cesto en forma de cama. Un amigo de Hank, que era escultor, construyó para Eddie algo parecido a un árbol, que pusieron en la sala de estar. Hank comenzó a escribir un poema épico un tanto largo, centrado en Eddie, y aun cuando velaba los detalles de la vida de Eddie, los expresaba mediante alegorías, y los sometía a un proceso de metamorfosis. Se llamaba El mico conquistador. Sólo Hank y Eddie sabían la verdad.

Los hámsters contra los Webster

Las circunstancias que propiciaron que Julian y Betty Webster, junto con su hijo Laurence, de diez años de edad, adquirieran una casa de campo, un perro y una pareja de hámsters, se produjeron bruscamente y de una forma imprevista por la familia, aun cuando, a fin de cuentas, en el asunto se dio una indudable coherencia.

Una tarde, mientras Julian se encontraba en su despacho con aire acondicionado, en Filadelfia, sufrió un ataque cardíaco. Sintió un dolor, cayó al suelo y le llevaron al hospital. Cuando se recuperó, unos cinco días después, su médico le habló con toda seriedad. Julian tendría que dejar de fumar, reducir su horario de trabajo a seis horas diarias o menos, y sería mucho más beneficioso para su salud que viviera en el campo en vez de hacerlo en un piso en Filadelfia. Julian quedó escandalizado, y recordó al médico que sólo tenía treinta y siete años.

Con calma y sonriendo, el médico le dijo:

-Es que no se da usted cuenta del tremendo ritmo de trabajo que ha llevado. He hablado ya con su esposa. Está plenamente dispuesta a ese cambio de ambiente. Quizá a usted no le importe su salud, pero a ella sí.

Como es natural Julian quedó convencido. Quería a su esposa Betty. Comprendió que el consejo del médico era razonable. Y el pequeño Larry saltaba de alegría. Iban a tener una verdadera casa de campo, con tierra, árboles, espacios abiertos, en fin algo mucho mejor que el insulso terreno de juegos, asfaltado, con que estaba dotado el gran edificio de viviendas, que era cuanto Larry podía recordar, ya que se habían mudado allí cuando él contaba cinco años.

Los Webster encontraron una casa blanca, de dos plantas, con ventanas con alero y, acre y medio de tierra anejo, a veintisiete quilómetros de Filadelfia. Además, Julian no tendría que ir en automóvil a la oficina. La empresa le había traspasado desde el puesto de gerente de ventas al de consultor de ventas, lo cual, como Julian sabía perfectamente, era otra manera de llamarlo viajante de comercio. Pero su sueldo siguió siendo el mismo. La Olympian Pool construía piscinas de todos los tamaños, formas y colores, climatizadas o no, y también suministraba aparatos de limpieza por aspiración, por filtro, así como purificadores, surtidores y aparatos de formación de burbujas, sin que tampoco faltaran las palancas de salto de todo tipo. Julian se dio cuenta de que causaba buena impresión a los clientes, en su papel de vendedor. Sus visitas eran el resultado de contestaciones a anuncios por correo, lo cual le daba la seguridad de ser bien recibido. Julian no era un vendedor dado a ejercer altas presiones. Se comportaba con apariencias de tranquilidad y sinceridad, y no tenía el menor inconveniente en revelar las dificultades y los costos extra que podrían producirse, en el caso de que el cliente previera tal posibilidad. Julian se mordisqueaba el rojizo bigote, meditaba y expresaba su opinión con el aire del hombre que expresa en voz alta sus propios problemas.

Se levantaba a las ocho, paseaba por el jardín, se desayunaba con té y huevos pasados por agua en vez de hacerlo con café y cigarrillos, echaba un vistazo al periódico e intentaba hacer el crucigrama -todo ello siguiendo los consejos del médico-, antes de sentarse al volante de su automóvil y ponerse en marcha hacia las diez. Regresaba a casa alrededor de las cuatro, y con ello quedaba terminada su jornada. Entretanto, Betty tomaba las medidas de las ventanas, en vistas a ponerles visillos, compraba alfombras complementarias, y se ocupaba felizmente de todos los detalles precisos para convertir aquella gran casa nueva en un verdadero hogar. Larry

había cambiado de escuela y se había adaptado bien al cambio. Corría el mes de marzo. Larry quería un perro. Y, en un cobertizo, cerca de la casa, había conejeras. ¿Podía tener también conejos?

-Oye, los conejos crían mucho -dijo Julian-. No nos quedaría más remedio que vender las crías, y no queremos meternos en esa clase de líos. El perro sí, Larry. Compraremos un perro.

Los Webster fueron a una tienda dedicada a la venta de animales domésticos, con la idea de que les dieran las señas de algún criador de perros que pudiera venderles un cachorro de terrier o de pastor alsaciano, pero en la tienda tenían unos maravillosos cachorros de basset, por lo que Betty y Larry decidieron que ya habían encontrado lo que buscaban.

La empleada de la tienda, mientras sostenía en brazos un cachorrillo de largas y lacias orejas, castaño y blanco, dijo:

-¡Está sanísimo!

Sí, se notaba. El cachorrillo sonrió, meneó el rabo, y se retorció alegremente, con la envoltura de su holgada piel de sabueso presta a rellenarse de carnes con la ayuda de los alimentos «Cachorro Sano», «Crecimiento», bizcochos en forma de huesos y vitaminas, que Julian compró en la misma tienda.

-¡Mira, papá! -exclamó Larry indicando unos hámsters enjaulados-. Son más pequeños que los conejos. Pueden vivir en los cuartitos que tenemos en casa.

Julian y Betty accedieron a comprar dos hámsters. Sólo dos. Pero eran muy lindos, con su suave y limpia capa, sus ojos inocentes e interrogantes, sus hocicos que se movían en estremecimientos.

-¡Hay que llenar un poco todo ese espacio libre que tenemos! -dijo Betty.

Betty quedó tan contenta como el joven Larry con las compras efectuadas aquel día.

Larry se grabó en la memoria todo lo que la empleada de la tienda le dijo con referencia a los hámsters. Era preciso que gozaran de un ambiente cálido por la noche, comían grano y cereales de toda clase, así como hortalizas tales como zanahorias y nabos. Tenían hábitos nocturnos y no les gustaba la luz del sol directa. Larry instaló sus dos hámsters en una de las jaulas de la conejera. En total había seis jaulas, repartidas en dos niveles, tres abajo y tres arriba. Les puso agua, un plato con pan, y un cuenco con grano que encontró en la cocina. Cogió una caja de zapatos que forró con unos harapos y pensó que serviría de cama a los dos hámsters. ¿Y qué nombre darles? ¿Tom y Jerry? No, ya que eran macho y hembra. ¿Jack y Jill? No, era muy infantil. ¿Adán y Eva? Larry decidió dejar para más adelante la imposición de nombres a los hámsters. Distinguía al macho debido a que tenía una mancha negra entre las orejas.

Y, luego, tampoco había que olvidar al cachorro. Éste comió, orinó y se despertó para jugar un poco hacia las dos de la madrugada, en la primera noche. Los despertó a todos, ya que abandonó la caja en la que dormía, junto al radiador, y fue a rascar la puerta del dormitorio de Larry. Medio dormido, rodando por el suelo en pijama, con el cachorro en brazos, Larry dijo:

-¡Te quiero!

Dejándose caer en brazos de su marido, Betty dijo:

Librodot

-¡Julian! ¡Qué día tan maravilloso! ¿Verdad que esta vida es mejor que la de ciudad?

Julian sonrió y dio un beso en la frente a su esposa. Sí, era mejor, Julian se sentía feliz. Pero tampoco estaba dispuesto a soltar un discurso al respecto. Le había costado un duro esfuerzo el dejar de fumar y estaba engordando. Todo tenía sus pegas.

Larry, en el amplio cuarto que tenía a su entera disposición, leyó cuanto pudo, en la Enciclopedia Británica, acerca de los hámsters. Se enteró de que pertenecían al orden de los Cricetus frumentarius, y a la ratonil tribu de los Muridae. Practicaban excavaciones que podían alcanzar la profundidad de aproximadamente un metro y que eran verticales y sinuosas. En esa especie de pozos solía haber tres ó cuatro cámaras, y en la más profunda de ellas se ocultaba el grano que los hámsters almacenaban para pasar el invierno. Las hembras, los machos y las crías dormían en cámaras separadas. Y cuando las crías contaban tan sólo tres semanas de edad eran expulsadas del pozo para que se las arreglaran por su cuenta. La hembra podía dar a luz incluso hasta una docena de crías de una sola vez, y en sus ocho meses fértiles del año podía alumbrar entre veinticinco y cincuenta crías. Una hembra hámster, a las seis semanas de edad ya es fértil. Durante cuatro meses al año o durante lo que el invierno durase, los hámsters hibernaban, y se alimentaban con el grano almacenado en su pozo. Entre sus enemigos se encontraban las lechuzas y los hombres. Estos últimos, por lo menos en pretéritos tiempos, abrían los pozos de los hámsters para robarles el grano por ellos almacenado.

Pasmado, Larry dijo para su capote: «¡Doce crías a un tiempo! » Por la cabeza le cruzó la idea de vender crías de hámster a sus compañeros de escuela, pero tal idea se desvaneció con la misma rapidez con que se había formado. Era mucho más agradable soñar con una docena de diminutos hámsters cubriendo el suelo de la conejera de un metro por un metro en la que ahora se hallaban los dos hámsters. La pareja probablemente llenaría las seis conejeras antes de que les llegara la temporada de hibernación.

Apenas habían pasado seis semanas, cuando Larry miró la conejera y vio a diez diminutos hámsters mamando o intentando mamar de la hembra, a la que Larry había dado el nombre de Gloria. Larry acababa de llegar de la escuela, en el autobús amarillo. Dejó caer al suelo su cartera de colegial, y se quedó con la cara pegada a la reja de la jaula, exclamando:

-¡Sopla...! ¡Sopla...! Diez... ¡No! ¡Son once! Y salió corriendo para difundir la noticia: -¡Mamá! ¡Mamá!

Betty se encontraba en la planta superior haciendo el dobladillo de una cortina en la máquina de coser. Para complacer a Harry, bajó a contemplar a los hámsters recién nacidos y exclamó:

-¡Son preciosos! ¡Igual que pequeñas ratitas blancas! En la mañana siguiente sólo había nueve pequeños hámsters en la conejera, a la que Larry había puesto cuidadosamente la protección que formaban una barrera de dos metros de altura, detrás de varios periódicos para que los pequeños no se cayeran de la reja de la jaula. ¿Dónde estaban los dos pequeños que faltaban? Entonces, Larry recordó, con un estremecimiento de horror, que la Enciclopedia Británica decía que a menudo la madre hámster devoraba a aquellos de sus hijos que fueran enfermizos o de alguna manera inferiores. Larry supuso que eso era lo que había ocurrido.

Julian llegó a casa a las cuatro y media, y Larry le llevó a rastras a ver los pequeños hámsters. Julian dijo: --¡Caramba! ¡Se reproducen muy de prisa! ¿No crees? En realidad, Julian no se sorprendió mucho, ya que, a fin de cuentas, los hámsters estaban emparentados con los conejos, pero quiso decir a su hijo la frase pertinente. En aquellos instantes, los pensamientos de Julian estaban centrados en una piscina, y pronto se alejó de la jaula, con la cartera todavía bajo el brazo, para echar otra ojeada al césped.

Larry le siguió, pensando que la zona de césped ofrecía amplias posibilidades de excavar pozos a sus hámsters, padres y crías, cuando se acercara el invierno, para lo cual todavía faltaba mucho. Sin duda alguna, sería mucho mejor para los hámsters que hibernaran en la tierra que en la paja dentro de las conejeras. Tenían pleno derecho a almacenar su grano, tal como decía la Enciclopedia Británica. El basset cachorro había salido de casa para colocarse junto a Larry, y éste le rascó la cumbre de la cabeza, mientras intentaba prestar atención a lo que su padre decía:

-¿...o una piscina de agradable color azul, Larry, muchacho? ¿De qué forma? ¿De riñón? ¿De bumerang? ¿De trébol? Complacido por el sonido de la palabra, al menos en aquel instante, Larry dijo:

-¡Bumerang!

Julian quería pasar inmediatamente el pedido a la empresa en la que trabajaba. La Olympian Pool estaba terriblemente ocupada en primavera y verano. Julian sabía que lejos de gozar de prioridad, por ser empleado de la empresa. tendría que esperar un poco. La Olympian alardeaba de poder instalar una piscina en una semana. Julian alentaba esperanzas de poder tener su piscina antes de que el verano terminara.

Larry había invitado a algunos de sus compañeros de escuela para merendar leche y pasteles y mostrarles sus hámsters. Los recién nacidos eran una gran atracción. Un par de muchachitos quisieron coger a los pequeños hámsters, lo que Larry les permitió, separando al efecto a la madre. Larry cogió a la madre por la piel del cogote, tal como aconsejaban los libros.

Eddie Carstairs, uno de los amigos de Larry, dijo con cierta cautela:

-¿A tu madre no le molesta que los hámsters tengan crías?

-¿Y por qué ha de molestarle? -contestó Larry-. Son míos y yo cuido de ellos.

Eddie volvió la cabeza hacia atrás, para cerciorarse de que la madre de Larry no se le acercaba por la espalda, y dijo:

-Si quieres te daré más. Mis padres quieren que me los quite de encima. Pero a mi padre no le gusta la idea de ahogarlos, ¿sabes? Si los quieres...

El trato fue cerrado en un abrir y cerrar de ojos. Hacia las cuatro de la tarde siguiente, Eddie llegó en su bicicleta, con una caja de cartón en el manillar. En la caja de cartón iban diez crías de hámster, de dos diferentes lechigadas, por lo que no tenían todos exactamente la misma edad, más tres hámsters adultos, dos de ellos con manchas anaranjadas, todos para Larry, lo cual gustó mucho a éste, principalmente lo de las manchas anaranjadas, ya que incorporaban una nota de nuevo color en su cuadra de hámsters. Eddie se comportó con cautela de conspirador.

-No te preocupes, Eddie -dijo Larry-. Mi madre no se enfadará por esto.

-Bueno, eso nunca se sabe. Habrá que ver.

Y declinó cortésmente la invitación a merendar leche y pastel de manzana.

Larry soltó a los dos hámsters adultos en el jardín, y observó con placer sus evoluciones, mientras iban de un lado para otro con la nariz pegada al suelo explorando el territorio de su nueva libertad, olisqueando florecillas, mordisqueando el césped. Y en este preciso instante Mr. Johnson, el basset cachorro, apareció saltando y emprendió la persecución de uno de los hámsters que inmediatamente desapareció entre unas matas de espliego, dejando a Mr. Johnson con dos palmos de narices. Larry se rió.

Un par de días después, Betty se dio cuenta de la presencia de los nuevos hámsters pequeños en dos conejeras: -¿De dónde han salido?

Larry notó cierto tono de desagrado en la voz de su madre, y dijo:

-Bueno, uno de los chicos de la escuela. Le dije que tenía sitio para ellos. Bueno, ya sabes, sé cuidarlos...

-Sí, sí, ya lo sé... Oye, Larry, por esta vez vale. Pero tampoco queremos tener muchos hámsters... Ya sabes que éstos van a tener más crías...

Larry afirmó con la cabeza, muy finamente. Larry se sentía un tanto embriagado de gloria. Su prestigio en la escuela había crecido notablemente debido a que podía hacerse cargo de más hámsters y sabía mucho sobre éstos, y a que en su finca tenía las conejeras que necesitaban, y no cualquier cajón de cartón o madera. Larry también pensaba que podía soltar a los hámsters adultos e incluso a los pequeños de tres semanas o más en el jardín, siempre que le diera la gana.

Por el momento, Larry se proponía ser el receptor de cuantos hámsters les sobrasen a sus amigos. Por lo menos cuatro de sus compañeros de escuela tenían, y, además, demasiados.

Una tarde, a la finca llegaron tres hombres, en compañía del padre de Larry, para examinar la zona de césped, en vistas a instalar la piscina. Larry los siguió, a cierta distancia, vigilando ciertas salidas de pozos excavados por los hámsters y que él conocía, que había ocultado discretamente con hojas y ramitas. Sin embargo, algunas de estas salidas saltaban a la vista, y en cierta ocasión ovó que su padre decía a su madre: «¡Malditos topos!» Su padre se había impuesto la obligación de dar dos vueltas corriendo alrededor del césped todas las mañanas, pero no siempre lo hacía.

Uno de los operarios, vestido con mono azul, y sosteniendo en las manos una cinta métrica, hundió un pie hasta el tobillo en uno de los pozos.

-Parece que los topos nos ayudarán un poco en nuestro trabajo, ¿no crees, Julian? -dijo riendo-. ¡Parece que ya han hecho la mitad de la excavación!

Más que nada con la finalidad de observar un comportamiento amistoso, Julian rió:

-Ja, ja.

Luego, Julian habló con el otro operario acerca de la forma de bumerang, y explicándole el lugar y el sentido del ángulo. Luego dijo:

-Y no olvidéis que con la tierra que excavéis mi mujer Y Yo tenemos la intención de formar un montículo que, con el tiempo, será una especie de jardín de roca. Pensamos ponerlo ahí.

Indicó un lugar a mitad de camino entre él y un peral, y añadió:

-Ya sé que consta en los planos, pero sobre el terreno se ve mucho mejor.

Corrían los últimos días del mes de mayo. Larry ya tenía una segunda lechigada de sus dos primeros hámsters. El tercero era hembra y pronto tuvo pequeños

Librodot

engendrados por el macho de la primera pareja, al que Larry había dado el nombre de Pirata, a causa de la mancha negra en su cabeza. Larry estimaba que si limitaba la población de hámsters en las conejeras a unos veinte individuos -tres adultos y una docena y media de pequeños- sus padres no se quejarían. Como sea que los hámsters son animalillos de hábitos nocturnos, nadie veía, durante el día, a los hámsters sueltos en el jardín, ni siquiera el propio Larry. Pero a éste le constaba que vivían felices y a sus anchas, construyendo pozos, ya que veía los puntos de entrada de éstos en diversas partes del jardín y de la zona de césped, y comprobaba que las semillas de hierbas, el grano y los cacahuetes que les dejaba por la tarde ya habían desaparecido a la mañana siguiente. Larry tenía una bicicleta, por lo que no estaba obligado a tomar el autobús para ir a la escuela, y gastaba buena parte de los tres dólares semanales que sus padres le daban en comprar comida para los hámsters, lo cual hacía en la tienda del pueblo, en donde también vendían comida para animales domésticos.

¡Cuánta comida atesoraban! O quizá se la comían, pensó Larry, ya que era aún pronto para comenzar a hacer provisiones en vistas al invierno. Le constaba que en el jardín había una gran cantidad de hámsters de tres semanas de edad. Larry tuvo la tentación de cobrar veinticinco centavos por cada hámster adulto que aceptara de manos de sus compañeros de escuela, y diez centavos por cada cría, con el fin de comprarles comida con esos ingresos, pero resistió a la tentación. En su imaginación, Larry se consideraba el protector de los hámsters, el amigo que les ofrecía una vida mejor que aquella que habían vivido antes, cuando se encontraban apretujados en cajas.

«¡El paraíso de los hámsters!», se dijo Larry para su capote a principios de julio. Era período de vacaciones. En las conejeras habían nacido dos-lechigadas. ¿Cabía la posibilidad de que en el subsuelo hubieran nacido más? Larry creía que sí. Imaginaba los pozos según la descripción de la Enciclopedia Británica: un metro de profundidad y sinuosos. Le fascinaba tener conciencia de que en el mismo terreno que pisaba vivían familias de hámsters con sus crías, bien cobijados, con dormitorios seguros y espacio en el que almacenar comida. ¡Un hogar! Y nadie lo diría con sólo echar un vistazo al terreno. Larry consideraba que constituía una muy afortunada circunstancia el que su padre hubiera dejado de hacer aquel ejercicio físico consistente en dar un par de vueltas corriendo alrededor del césped, ya que el propio Larry a menudo hundía un pie, a poco que se descuidara, en un pozo excavado por los hámsters. Su padre, que pesaba mucho más, metería el pie hasta la rodilla, por lo menos, y quizá le diera por desembarazarse de los hámsters. Su padre seguía creyendo que los hámsters eran topos. Larry estaba muy contento de que su un tanto furtivo aprovisionamiento de comida a los hámsters resultara fecundo.

Sin embargo, este mismo hecho motivó que Larry dijera una mentira, lo cual le producía ciertos remordimientos de conciencia. Ocurrió de la siguiente manera.

Un día, su madre, que se encontraba en la cocina, observó:

-Oye, la verdad es que no hay tantos hámsters como pensaba que habría a estas alturas. Y me alegro, Larry. Menos problemas, ¿sabes? Sí, porque...

Apresuradamente e interrumpiendo a su madre, Larry dijo:

-Es que he regalado unos cuantos a los compañeros del colegio.

E inmediatamente, Larry tuvo horribles sentimientos de culpabilidad. Riendo, Betty dijo:

-¡Ahora lo comprendo! Ya había notado que pasaba algo raro. He leído un poco sobre la vida de los hámsters, y parece que son enemigos de los topos. Sí, los matan. Sería una buena idea soltar un par de hámsters en el jardín. ¿Qué opinas, Larry? ¿Crees que puedes desprenderte de un par de hámsters para soltarlos en el jardín?

La sonrisa de Larry casi partió en dos su cara levemente pecosa.

-Me parece que les gustará -dijo.

Después de esto, y en cuestión de diez días, los acontecimientos se sucedieron a velocidad de vértigo, o, por lo menos, así se lo pareció a Larry. Durante unos días, se dedicó a leer libros, tumbado en cama, a la hermosa luz del sol, apoyada la espalda en varias almohadas. Sus hámsters de las conejeras estaban gordos y felices. El padre de Larry esperaba con impaciencia que llegara la última semana del mes de julio y las dos primeras del mes de agosto, en las que harta vacaciones, y a Larry le habían dicho que pasarían el verano en casa, ya que cerca había un río en el que se podía pescar, y, además, el médico había dicho que cuidar del jardín sería un buen ejercicio para el padre de Larry. Todo fue maravilloso hasta que llegaron los hombres encargados de instalar la piscina, en la última semana de julio.

Llegaron a primera hora, hacia las siete de la mañana. El ruido de los dos grandes camiones despertó a Larry, quien pudo observarlo todo desde la ventana. ¡Estaban metiendo una máquina excavadora en la zona de césped! Larry oyó que sus padres hablaban en el vestíbulo. Luego salió su padre, Julian, y se puso a trotar por la zona de césped. Larry lo vio con toda claridad: de repente, uno de los pies de su padre se hundió en el suelo, y su padre cayó de lado.

Julian soltó un gemido de dolor.

Uno de los operarios lo cogió por los sobacos y lo levantó suavemente, dejándolo sentado en el césped. Betty salió a todo correr. Julian no se levantó. Betty regresó corriendo a la casa.

Luego, llegó el médico. Julian yacía en el sofá de la sala en la planta baja, con gesto de dolor, pálido el rostro. -¿Cree que se lo ha roto? -preguntó Betty al médico. -Me parece que no, pero más valdrá que lo miremos por la pantalla. En el coche tengo un par de muletas. Voy a buscarlas, y si su marido puede llegar hasta el automóvil... La máquina excavadora ya zumbaba, gemía y hacía profundos arañazos en la zona de césped. Larry estaba más preocupado por los pozos de sus hámsters que por su padre. Menos de dos horas después, Julian regresaba, con muletas, y el pie izquierdo muy vendado y una pieza metálica debajo del vendaje, para que pudiera apoyarlo cuando mejorase un poco de su lesión. Además, estaba furioso. Dirigiéndose a Betty y a Larry, quien se encontraba en la cocina tomándose un segundo desayuno de leche y donuts, Julian dijo:

-¡La zona de césped está acribillada! ¡Los operarios dicen que no son topos, sino hámsters!

Para tranquilizar a Julian, Betty dijo:

-Bueno, querido, la máquina excavadora asustará a algunos, por lo menos.

Julian centró su furiosa mirada en Larry, y dijo:

-Está clarísimo, Larry. Has soltado tus hámsters en el jardín. Y lo has hecho sin decírnoslo. En consecuencia, has mentido. No nos...

Aterrado, debido a que el verbo mentir era el más horrible para su padre, Larry le interrumpió:

-Yo no he mentido. Nadie me preguntó...

Larry se había puesto en pie y temblaba. Julian dijo:

-Pero hiciste creer a tu madre, lo cual es lo mismo que mentir, que los dos animalillos que soltaste en el jardín fueron los únicos. Y esto no es verdad porque el jardín está lleno de agujeros, de túneles y de qué sé yo...

Temerosa de que le diera otro ataque cardíaco, Betty dijo:

-Querido, no te excites. Por muchos agujeros que haya y todo lo que quieras, siempre habrá medios para solucionar el problema. Una brigada antirratas, por ejemplo.

-¡Sí, señora, tienes toda la razón! ¡Y ahora mismo voy a llamarla!

Apoyándose en las muletas, Julian se dirigió hacia el teléfono. Betty dijo:

-Ya la llamaré yo. Descansa. Seguramente te duele el pie todavía.

Pero Julian no se dejó disuadir. Larry contemplaba la escena, sin apenas poder respirar. En su vida había visto a su padre tan enfadado. La brigada antirratas. Esto significaba, probablemente, el empleo de veneno mortífero. Quizá los hombres de la brigada en cuestión se situaban junto a los pozos de los hámsters, armados con estacas, y los iban matando a medida que salían. Larry se pasó la lengua por los labios. ¿Cabía la posibilidad de salir inmediatamente al jardín y asustar a los hámsters, cogiendo cuantos pudiera. para meterlos en las conejeras, en donde estarían a salvo? ¿A cuántos hámsters de corta edad estarían matando, en aquellos precisos instantes, los hombres que con la excavadora destrozaban los pozos?

Larry miró por la ventana de la cocina. La excavadora ya había trazado superficialmente uno de los segmentos del bumerang, y ahora comenzaba a trazar el segundo, de manera que parecía que sólo se pretendiera marcar el dibujo de la piscina. No vio ni un solo hámster. Larry miró a todos lados, incluso los bordes del jardín, Imaginó a los hámsters agazapados y encogidos bajo tierra, preguntándose cuál sería la causa de aquella conmoción. Sin embargo, los hámsters sólo se encontraban a tres pies de profundidad, en tanto que la piscina tendría, en algunos puntos, hasta tres y medio de profundidad.

Julian colgó violentamente el teléfono y dijo con voz de trueno:

-¡Que Dios los confunda a todos!

Larry contuvo el aliento y aguzó el oído. Su madre dijo:

-Querido, una de las empresas ha contestado que quizá pudiera mandar gente mañana. Vuelve a llamar a esa empresa.

Larry salió por la puerta de la cocina, con la intención de observar el trabajo de los operarios y de intentar salvar cuantos hámsters pudiera. Con esta finalidad, se dirigió a la caseta de las herramientas para agenciarse una caja de cartón, vacía. Cuando llegó al lugar de la excavación pudo ver cómo la gran pala dentada levantaba un gran montón de tierra, se balanceaba y lo dejaba caer en un lugar en que a Larry le constaba había una salida de hámsters. Larry hervía de rabia e impotencia. Quería gritar y detener la obra destructora. Pero recordó que, afortunadamente, los hámsters siempre se organizaban una segunda salida.

Pero pronto dejó de tener este relativo alivio. Cuando fijó la vista en el hoyo que la excavadora estaba practicando vio al descubierto parte de un pozo de hámsters, cortado tan limpiamente como si se hubiera utilizado un cuchillo, igual que en el dibujo de la Enciclopedia Británica. Y en el fondo del pozo había tres o cuatro

Librodot

pequeños hámsters, apenas a medio metro de profundidad, retorciéndose. ¿Dónde estaban los padres de los pequeños?

Agitando los brazos, Larry se dirigió con voz aguda al hombre que manejaba la excavadora de color anaranjado:

-¡Pare! ¡Hay animales vivos, aquí!

El hombre de la excavadora no dio muestras de haberle oído. La gran quijada se balanceó de nuevo, y se hundió en un punto más bajo que aquel en que se encontraban los pequeños hámsters.

Un operario se había acercado a Larry y le dijo:

-¿Qué pasa, muchacho? ¡Hay muchísimos más! -¡Es que son míos! -exclamó Larry.

El hombre meneó la cabeza:

-Bueno, la verdad es que tu padre está ya harto de ellos. ¡Los hay a montones en toda la zona de césped! Mira, mira... ¡Vamos, muchacho, no llores! Quizá matemos unos cuantos pero te quedarán centenares.

El hombre se alejó antes de que Larry pudiera erguirse y asegurarle que no lloraba.

El resto del día fue un desastre. Cuando los operarios hicieron la pausa del almuerzo, Julian volvió a llamar por teléfono. Larry anduvo por el jardín con la caja de cartón para intentar rescatar cuantos hámsters pudiera, adultos o crías, pero no encontró ni uno. Betty preparó un almuerzo muy ligero, pero Julian seguía tan alterado que apenas pudo comer. Habló de liquidar personalmente a los hámsters por el medio de introducir un palo ardiendo en sus pozos, tal como hacían los campesinos para acabar con los topos en Massachusetts, en donde él se había criado.

-Pero, querido, la brigada... -protestó Betty; luego miró a su hijo y siguió-: Bueno, los de la brigada vendrán dentro de unos días. Quizá el viernes, tal como han dicho. No debes excitarte, sabes que es malo para ti.

-¡Pues aunque reviente me voy a fumar un cigarrillo! -exclamó Julian.

Se levantó, se le cayó una muleta, la recogió, y se dirigió hacia la mesilla del teléfono, en donde siempre hubo una cajita con cigarrillos.

Betty había conseguido reducir su propia tasa de cigarrillos a cinco diarios, que fumaba cuando Julian no estaba presente. Suspiró y miró a Larry, quien bajó la vista al plato.

Larry estimaba que su padre estaba furioso debido a que no había podido fumar en muchos meses, a que el médico le había obligado a trabajar menos horas y a cosas menudas como éstas. ¿Cómo era posible que alguien se enfadara tanto solamente por culpa de los hámsters? Era absurdo. Larry se levantó de la mesa, diciendo:

-Con permiso.

Subió al piso de encima y se tumbó en cama, en donde se puso a llorar. Sabía que su llanto duraría poco, y llorar, descargar su angustia, le sentaría bien. Comenzaba a adormecerse cuando el sonido de la excavadora le sobresaltó. Volvían a la carga. ¡Sus hámsters! Larry bajó corriendo la escalera con la idea de intentar una vez más salvar unos cuantos con su caja de cartón, y darles refugio. Poco le faltó para tropezar con Julian quien entraba por la puerta de la cocina. Julian dijo a Betty, que se encontraba ante la pileta:

-¡Si lo vieras, no lo creerías! ¡No hay ni un palmo del maldito jardín que no esté socavado! ¡Larry, Larry, a ti corresponde la gloria de destruir esta finca! ¡Tu propia casa! -¡Julian, por favor! -terció Betty.

-No alcanzo a comprender cómo no te diste cuenta -dijo Julian a su mujer-. Meto una de estas muletas en cualquier punto del jardín y se hunde.

-¡Pues no andes por ahí hurgando con tus muletas! -replicó Betty.

Pero, en realidad, Betty estaba pensando si podía conseguir que Julian se tragara una de sus píldoras tranquilizantes, píldoras que Betty no había tomado desde hacía un par de años por lo menos, o si más valía que llamara por teléfono al médico de cabecera. Tal como estaba la situación, quizá a Julian le daba otro ataque cardíaco. Betty dijo:

-Querido, ¿por qué no te tomas uno de mis libriums?

-¡No! ¡No tengo tiempo!

Después de decir estas palabras, Julian dio media vuelta sobre sí mismo, apoyándose en las muletas, y volvió a salir. Larry salió tímidamente y orientó sus pasos hacia las conejeras, en donde experimentó un cálido sentimiento de alivio y felicidad al ver a Pirata y a Gloria comiendo el trigo que les había puesto en un cuenco, y a siete u ocho jóvenes hámsters durmiendo en la paja.

Su padre le habló a gritos:

-¡Larry! Hazme el favor de buscar leña, cualquier cosa que arda. Ramas secas, lo que sea.

A Larry se le cortó el aliento. Odiaba lo que se avecinaba, odiaba a su padre. Éste se disponía a atacar con humo a los hámsters obligándolos a salir. Moviéndose muy lentamente, Larry obedeció a su padre, y anduvo recogiendo ramitas bajo arbustos y rosales, hasta que, al cabo de unos cinco minutos, Julian le ordenó a gritos que actuara con más rapidez. La madre de Larry había salido, y éste la oyó protestar vagamente, aunque luego también fue reclutada para contribuir a la horrorosa tarea en que su padre estaba empeñado. Betty sacó de la caseta de las herramientas unas cañas que, según le constaba a Larry, estaban destinadas a dar apoyo a tomateras.

Cuando Larry se dirigía hacia las parrillas para asar carne en la terraza, vio algo que primero le dejó helado y, luego, le hizo sonreír. Dos hámsters se encontraban en pie, erguidos sobre sus patas traseras, junto a un laurel, y emitían excitados sonidos como si conversaran angustiadamente. -Larry, lleva esto a las parrillas -gritó Julian.

Y Larry se puso en movimiento; después, cuando volvió a mirar hacia el laurel, los hámsters ya no estaban allí. ¿Los había imaginado? No. Realmente, los había visto.

¡Crac-pum! La excavadora extrajo y vomitó otro montón de tierra.

Betty se reunió con Larry junto a las parrillas, echó un poco de gasolina en los carbones, y encendió una cerilla. Larry dejó obedientemente allí las ramitas recogidas.

-Dame las cañas, Larry =dijo Betty.

Larry así lo hizo. Y, de repente, casi saltándosele las lágrimas, preguntó:

-¿No irá a atravesarlos vivos con las cañas?

Sentía deseos de liarse a puñetazos con su padre. Si pudiera enfrentarse en una lucha de hombre a hombre con su padre, no estaría llorando como un cobardica.

Con aquella voz artificial que siempre anunciaba una crisis, su madre contestó:

-Oh, no, qué va... Con el humo los obligará a salir, solamente. Luego, tú podrás cogerlos y meterlos en las conejeras. Larry no creyó ni media palabra de lo que su madre le decía. Dijo:

-¿Y los pequeños? Están todos abajo, y se quedarán sin sus padres.

Betty se limitó a lanzar un suspiro.

Ceñudo, Larry observó cómo su padre golpeaba el suelo con la punta de una de sus muletas. Larry sabía que su padre acababa de descubrir un pozo de hámsters, y que intentaba ensanchar el hoyo de entrada, para poder meter dentro una rama ardiendo.

Entregando a Larry dos palos ardiendo de una longitud de un metro por lo menos, Betty le dijo:

-Anda, dale esto a tu padre. Y si se apagan no te preocupes. Procura no quemarte.

Con los dos palos, Larry cruzó perezosamente el césped. Riendo, uno de los operarios dijo:

-¡Oye, que vas a necesitar algo más que esos dos palitos!

Larry fingió no oír estas palabras. Se los entregó a Julian, sin mirarle a la cara.

-¡Gracias, muchacho! -dijo Julian.

E inmediatamente metió uno de los humeantes palos en un orificio que tenía por lo menos doce centímetros de diámetro. El palo desapareció casi íntegramente en su interior. Sólo sobresalían unos centímetros. En tono de satisfacción, Julian dijo:

-¡Ajá! ¡Así! -Luego añadió-: Toma éste y sígueme. Larry volvió a coger uno de los palos, cuya llama se había apagado, pero que desprendía un humo que le hizo llorar por unos instantes. Su padre había descubierto dos orificios situados a cosa de un metro el uno del otro. Metió el segundo palo en el segundo agujero.

-¡Magnífico! ¡Más, Larry!

Larry regresó a la terraza. La excavación en forma de bumerang era ya bastante honda, y realmente la silueta de bumerang comenzaba a verse con claridad. Larry se desvió para no pasar cerca de ella. No se atrevía a mirarla, por temor a ver más hogares de hámsters destruidos. Pero el recuerdo de los dos que había visto parloteando le animó en gran manera. Quizá todos hubieran tenido tiempo de escapar, antes de verse atacados por medios asfixiantes. Larry llevó más palos a su padre, seis, ocho, quizá doce. El sol se estaba poniendo. La excavadora se detuvo, dejando caer la dentada pala como si se dispusiera a descansar durante la noche.

-¡Hámsters, salid! -dijo Larry en voz alta-. ¡Pronto habrá oscuridad! ¡Llega la noche!

Pensaba que seguramente quedaban unos cuartos orificios de escape.

La amplia extensión rectangular cubierta de césped humeaba en diez o doce puntos, pero Larry advirtió con gran placer que había dos o tres palos de los que no salía humo a la superficie. Siguiendo las instrucciones de su padre, Larry había encendido de nuevo varios palos apagados. El basset cachorro, Mr. Johnson, se había retirado al interior ,. de la casa, debido a que no le gustaba el humo.

En el rostro de Julian había una ancha sonrisa cuando, apoyándose en sus muletas, llegó al fuego en la terraza, que Betty seguía vigilando. Los operarios se habían ido. Mientras paseaba la vista por la finca, Julian dijo:

-¡Ya se habrán enterado de que no nos andamos con chiquitas! Larry, muchacho, ve a buscar los palos que se hayan apagado.

-Lo haré yo, Julian -dijo Betty-. Entra en casa y descansa un poco. No creo que te convenga andar de un lado para otro, con las muletas. Si el médico se enterase le daría un ataque.

-Ja, ja, ja... -rió Julian.

Larry procuraba no mirar a su padre. Habida cuenta de las circunstancias, su risa le parecía propia de un loco. Larry se encontraba en una esquina de la terraza, forzando la vista para ver si algún hámster había salido a la superficie. ¡Los pequeños! Nacían sin visión, y algunos de los pobrecillos ni siquiera podrían ver el camino de escape.

Betty regresó con tres palos que se habían apagado totalmente y los puso al fuego. Julian dijo:

-Echa un poco más de gasolina. Me parece que estamos haciendo progresos.

-Tanto calor y tanto humo no pueden ser buenos para los rosales -observó Betty.

Julian arrojó por sí mismo la gasolina, tiró la lata y- tanto él como Betty tuvieron que dar un salto atrás, para alejarse de las llamas que se alzaron durante unos instantes. Poca gasolina había habido en la lata. Julian volvió a reír. Betty se puso más nerviosa, y un poco irritada dijo:

-Creo que ya basta, Julian. Terminemos de una vez. Larry y yo nos encargaremos de meter los palos. Está muy oscuro. Apenas se ve.

-Encenderé la luz de la terraza.

Cojeando entró en la casa y encendió la luz. Pero la iluminación en la terraza sólo produjo el efecto de dar la impresión de que la zona de césped estuviera más oscura que antes. Julian encontró una linterna. Le resultó un tanto difícil sostener las dos muletas y la linterna al mismo tiempo, pero tenía la idea fija de dar luz con la linterna a Betty y a Larry para que pudieran encontrar los orificios de los pozos de los hámsters que todavía necesitaban más humo.

Los tres se pusieron en marcha para ejecutar el plan. Larry oprimió fuertemente los dientes, en un intento de contener su rabia y sus lágrimas. Apenas podía respirar, lo cual se debía, en parte, al humo, y en parte a que no quería respirar. Vio a un hámster adulto al que no pudo reconocer, y advirtió que el animalillo le miraba con ojos aterrados. Luego, el hámster se ocultó entre unos arbustos. En un arranque de rabia, Larry arrojó al césped los palos encendidos que llevaba. Las puntas de los palos se quebraron y las llamas se apagaron.

-¿Se puede saber qué diablos haces, Larry? -aulló el padre de Larry-. ¡Coge esos palos!

-¡No quiero! -gritó Larry. Avanzando hacia Larry, Julian gritó:

-¡Claro que no quieres! ¡Porque tú eres el causante de todo! ¡Si no me obedeces te vas a llevar la azotaina mayor de toda tu vida!

--¡Julian, por favor! -intervino Betty-. ¡Esto ha terminado ya! ¡Todos a casa!

Julian se dirigió a su hijo, en tono amenazador: -¡O coges estos palos...!

Y Julian se cayó. Una de sus muletas se había hundido profundamente en el suelo.

Librodot

Larry estaba muy cerca de su padre, por lo que tuvo que retroceder en la oscuridad, y, además, sortear un palo que, caído sobre el césped, seguía desprendiendo humo.

-¡Santo Dios! -gritó Betty.

Y echó a correr hacia Julian, aunque en trayecto curvo a causa de la excavación de la piscina. En la oscuridad, el blanco vendaje del tobillo de Julian era la única parte visible de su persona. Una desagradable tufarada de humo se metió en las narices de Betty, quien padeció un arrebato de tos.

Larry oyó el aullido de una sirena de bomberos, o quizá de un coche de la policía. Protegido por la oscuridad, arrancó cuantos palos clavados en el suelo pudo alcanzar a ver, y los dejó yacentes en el césped. La hierba, bastante seca, comenzó a arder en algunos puntos. Larry contenía el aliento cuando pasaba por zonas dominadas por el humo, y sólo respiraba cuando se encontraba en sitios con el aire más o

menos limpio. Vio que su padre se había puesto de nuevo en pie. Y éste le hablaba a aullidos.

Larry no se preocupó en absoluto. Ahora, oía el rápido sonar de campanas de bomberos: clang, clang, clang. ¡Bien! Una porción de una rama carbonizada se metió dentro de uno de los zapatos de lona de Larry, que tuvo que quitárselo, sacudirlo, desanudar las cintas y volvérselo a poner.

¡Los bomberos doblaban la esquina de la casa! ¡Iban a pie y manguera en ristre! Larry los vio muy bien a la luz de la terraza. Dos o tres bomberos colocaban la manguera en posición.

«¡Viva!», pensó Larry. Pero, por otra parte, tampoco quería que ahogaran a sus hámsters. Diría a los bomberos que no echaran mucha agua, pensó Larry, y se dirigió a todo correr a la terraza.

Desde el jardín, Betty gritó:

-¡Los hámsters! ¡Nos muerden!

Tres o cuatro hámsters estaban atacando los tobillos de Betty. Julian intentó pegar una estocada a uno con una de sus muletas, y gritó:

-¡Malditos animales!

Los hámsters rodeaban por todos lados a Betty y a Julian. Éste lanzó otra estocada, perdió el equilibrio y cayó. Uno de los hámsters corrió a la cara de Julian y le mordió. Otro le clavó los colmillos en el antebrazo. Julian, con grandes esfuerzos consiguió ponerse de nuevo en pie, a pesar de que llevaba un hámster colgando de una muñeca, en la que había hecho presa. Julian gritó:

-¡Betty! Di a los bomberos...

En este momento, un chorro de agua, recio como un ariete, fue a dar en el estómago de Julian, quien en el instante siguiente se encontró patas arriba y sin poder respirar. Y, al momento, siete u ocho hámsters se lanzaron sobre él.

-¡Julian! ¿Dónde estás? -gritó Betty.

Betty no sabía si ir en auxilio de Julian o ir a hablar con los bomberos que seguramente pensaban que todo el césped estaba ardiendo. Decidió ir al encuentro de los bomberos, a quienes gritó:

-¡Cuidado, cuidado! ¡Mi marido está en el césped! Desde detrás del horizontal torrente de agua, una voz de hombre gritó:

-¿Qué?

Librodot

Betty se acercó más y, casi sin aliento, chilló:

-¡No es un incendio! ¡Intentábamos echar con humo a los hámsters!

-¿Echar con humo a quién?

-¡A los hámsters! ¡Cierre la manguera! ¡No es necesaria! Larry, en pie en la terraza, observaba los acontecimientos. El agua arrojada por la manguera había provocado más humo.

La gruesa manguera recubierta de lona se aflojó despacio, como con desgana, y acabó lacia.

Un gigantesco bombero, ataviado con un impermeable de goma negra y tocado con un mayestático casco rojo, preguntó:

-Oiga, ¿qué pasa aquí, señora? ¡Hay mucho humo!

En los pocos segundos de silencio subsiguientes, todos oyeron los gritos de Julian, unos gritos de dolor pero, al mismo tiempo, de agotamiento, como si no fueran, ni mucho menos, los primeros.

Más de una docena de hámsters, enloquecidos por el humo, aterrados por el gran chorro de agua, atacaban a Julian como si éste fuera el causante de todas sus desdichas. Julian se defendía de algunos hámsters a puñetazos y manotazos, y con una de las muletas que blandía torpemente, agarrándola por su parte media. Se había torcido una vez más el tobillo lesionado, sentía un dolor horrible, y ya había renunciado a ponerse de nuevo en pie. Su principal tarea era evitar que los Hámsters le clavaran los colmillos en la carne de sus pantorrillas y de sus antebrazos, que agitaba, luchando, sobre el humeante césped, tumbado boca arriba.

-¡Socorro! ¡Socorro! ¡Estoy aquí! -gritó Julian.

¡Un bombero se acercaba, a Dios gracias! El bombero llevaba una linterna.

Calzado con gruesas botas, el bombero apartó a patadas a un par de hámsters, y preguntó:

-¿Qué diablos pasa?

Larry se dirigió corriendo hacia el punto en que brillaba la linterna del bombero. Larry podía ver a gran número de hámsters, centenares de ellos, y sintió que el corazón se le levantaba, como si hubiera visto millares de guerreros dispuestos a luchar junto a él. ¡Estaban vivos! ¡Y gozaban de buena salud! Pero Larry se detuvo bruscamente. El bombero, que había alzado un poco del suelo a su padre, lo había dejado caer de nuevo. ¿Qué ocurría?

El bombero había abierto la mano con la que sostenía a Julian, debido a que un hámster se la había mordido con furia. Los animalillos ascendían por sus botas, caían y volvían a ascender. Dirigiendo la voz hacia la terraza, el bombero gritó:

-¡Pete! ¡Ven a ayudarme un poco! ¡Y tráete un hacha! Después el bombero dejó de propinar patadas a diestro y siniestro, y se esforzó en proteger al hombre yacente en la hierba de los ataques de los hámsters que acudían por todos lados. El bombero soltó una racha de bien redondeadas palabrotas racialmente irlandesas. ¡Cuando lo contara a sus amigos, nadie le creería!

Cubriéndose la cara con una mano, Julian dijo entre gemidos:

-Quítenmelos de encima... Le habían mordido la nariz.

Desde la oscuridad, Larry lo observaba todo. Y se dio cuenta de que aquello que estaba ocurriendo le era indiferente. ¡Nada le importaba lo que pudiera ocurrirle a su padre! Era algo parecido a ver la televisión. No, no, no era así. El espectáculo le

Librodot

importaba mucho. ¡Quería que los hámsters se alzaran con la victoria! Quería que su padre saliera derrotado, que perdiera la batalla, y no le hubiera molestado lo más mínimo que su padre se cayera en la honda zanja de lo que con el tiempo sería la piscina. Pero la verdad era que su padre se encontraba un tanto alejado de aquella zanja. Los hámsters tenían derecho a su tierra, a sus hogares, tenían el derecho de defender a sus retoños. Larry echó a correr de un lado para otro, golpeando con sus puños el aire, como un silencioso hincha deportivo. Luego, recuperó la voz, y gritó:

¡Adelante, hámsters!

Por su mente cruzó la idea de soltar a Gloria y a Pirata, para que contribuyeran a la victoria, a pesar de que ello no era necesario debido al gran número de hámsters que había allí.

Al lado de su padre acudía otro bombero con un hacha en la mano. Los dos bomberos levantaron a Julian, al que sostuvieron poniendo los brazos de Julian alrededor de sus cuellos. Julian iba con la cabeza caída al frente, y se le bamboleaba.

Cuando el trío llegó a la terraza iluminada, Larry vio los ejércitos de hámsters que los seguían y se perdían innúmeros en la oscuridad de la zona de césped. En los claros pantalones de su padre, en su camisa, habían manchas de sangre.

Y la madre de Larry tenía la cara absolutamente blanca. En el instante siguiente a aquel en que Larry se dio cuenta de ello, su madre se derrumbaba sobre las losas de la terraza. Se había desmayado. Uno de los bomberos la cogió y la llevó a la sala de estar, que ahora estaba espléndidamente iluminada, ya que los bomberos habían encendido todas las luces de la casa.

El bombero más corpulento dijo:

-A ése hay que llevarle al hospital. Está perdiendo sangre.

Junto a los mal apoyados pies de Julian había un charquito de sangre.

Larry se quedó allí, mirándolo todo, y mordiéndose una uña.

-Bueno, nos lo llevaremos en la camioneta.

-¿Crees que es lo mejor?

-¿Es que podemos hacer algo por él, aquí?

-No, no, sangra por demasiados sitios...

-¡Metámoslo en la camioneta! ¡La camilla, Pete!

-No, no, no hay tiempo para esto. Cárgatelo y mételo en la camioneta.

Betty recobró el sentido, mientras Julian era transportado hasta la carretera en donde se encontraban detenidos los cinco vehículos de los bomberos. Allí se habían congregado unos cuantos vecinos que formularon preguntas acerca del fuego. ¿Y qué le había ocurrido a Julian?

-¡Los hámsters! -contestó uno de los bomberos-. ¡Había hámsters en el jardín!

Los vecinos quedaron pasmados.

Betty quería -acompañar a Julian al hospital, pero uno de los bomberos le aconsejó que no lo hiciera. Un par de vecinas se quedaron al lado de ella.

La yugular de Julian había sido perforada en dos puntos, y había perdido mucha sangre cuando llegó al hospital. Los médicos remendaron y cosieron. Le hicieron transfusiones. La intervención fue laboriosa. La sangre no cesaba de manar. Julian murió en poco más de una hora.

A Betty, que pasó la noche sometida al efecto de los sedantes, no le comunicaron la noticia hasta el día siguiente. Dotada de las fuerzas propias de una personalidad ma-

dura, Betty se concedió dos días para recuperarse del mal trago, aunque en todo momento supo que vendería la casa y se iría a vivir a otro sitio. Larry comprendió desde un punto de vista puramente objetivo lo ocurrido, y de momento no quedó afectado por la defunción de su padre. Le constaba que su madre no querría ver a un hámster en el resto de su vida, por lo que se dedicó a la tarea de soltar a cuantos pudo capturar en territorios que les ofrecieran Posibilidades de sobrevivir. Hizo dos o tres expediciones en bicicleta, con la caja de cartón cargada de hámsters, tanto adultos como crías. No muy lejos de su casa había un bosque con muchos árboles, monte bajo, y sin una sola casa en un quilómetro a la redonda.

Pues sí, por fin, Larry tuvo plena conciencia de que su padre había muerto. Había muerto debido, sencillamente, a que los hámsters le habían mordido. Pero, en cierta manera, ¿acaso su padre no se lo había buscado? ¿Es que no hubieran podido hacer lo preciso para salvar a los hámsters en la zona de la zanja en forma de bumerang, sin necesidad de renunciar al proyecto de tener una piscina? A pesar de que Larry amó a su padre, y a pesar de que le constaba que debía amarle -ya que había sido un buen padre, en la medida en que los padres lo son-, Larry seguía estando, en cierto modo, de parte de los hámsters. Teniendo en consideración los sentimientos de su madre, comprendía que tenía que desprenderse también de Pirata y Gloria. Esa pareja, juntamente con unos cuantos recién nacidos fueron los últimos que salieron de la casa, una mañana, a bordo de la caja de cartón de Larry, puesta en el manillar de la bicicleta. Una vez más, Larry tuvo que luchar para contener las lágrimas al soltar a la pareja más amada de hámsters. Pero contuvo las lágrimas, y se dio cuenta de que, por fin, se estaba convirtiendo en un hombre.

«Harry» el hurón

Harry, un hurón de edad un tanto indeterminada, de uno o dos años, era la posesión más preciada de Roland Lemoinnier, un muchacho de quince años. No cabía la menor duda de que Roland tenía quince años. Le gustaba en gran manera decirlo a todo el mundo, debido a que consideraba que tenerlos representaba un enorme paso adelante con respecto a tener catorce años. Tener catorce significaba ser un niño, pero contar quince equivalía a haber entrado en la edad viril. Roland estaba muy contento con su voz profunda, y todas las mañanas, mientras se cepillaba los dientes, se miraba en el espejo para ver si le había salido más bozo en el lugar en que algún día habría un bigote, o bien debajo de las patillas. Se afeitaba muy cuidadosamente, con su propia navaja, aunque sólo una vez a la semana, ya que ver pelo en su cara le complacía más que afeitarse.

La nueva virilidad de Roland le había causado problemas, en París, por lo menos en opinión de su madre. Roland había comenzado a salir con chicos y chicas varios años mayores que él, y la policía lo había detenido juntamente con seis o siete jóvenes, todos ellos alrededor de los dieciocho años, para ficharlos por estar en posesión de marihuana. Debido a su alta estatura, Roland podía pasar por ser un muchacho de dieciocho años y a menudo lo conseguía. Su madre quedó tan afectada por

Librodot

el asunto de la marihuana que decidió seguir el consejo de su madre, la abuela de Roland, con quien, por lo menos en este caso, estuvo totalmente de acuerdo, lo que condujo a que se trasladara a vivir a la casa de campo que tenía en las cercanías de Orleans. Los padres de Roland se divorciaron cuando éste tenía unos cinco años de edad. La madre de Roland se quedó con los dos domésticos, Brigitte, cocinera y camarera, y Antoine, el viejo chofer, hombre con muchas habilidades, que habían estado con la familia desde muchos años antes de que Roland naciera. Brigitte y Antoine no eran marido y mujer. Los dos estaban solteros. Antoine era tan viejo que a Roland le parecía un chiste viviente, una reliquia de otro siglo, que misteriosamente seguía vivo, y que fruncía con censura el ceño cuando veía a Roland sentarse a comer con pantalones vaqueros, y caminar descalzo sobre las alfombras y los encerados suelos de La Source. Era verano, y Roland no tenía que asistir a las clases del Lycée Lamartine, situado a unos ocho quilómetros de su casa, a las que había ido durante la mayor parte del último trimestre, después de haber dejado París.

En realidad, la vida en el campo había aburrido a Roland hasta el día, a fines de junio, en que había acompañado a su madre a comprar plantas para el jardín. El hombre que las vendía, un tipo mayor, simpático y con sentido del humor, tenía un hurón que, según dijo a Roland, había capturado el anterior fin de semana, cuando se dedicaba a cazar conejos. Roland quedó fascinado por el enjaulado hurón, animalillo capaz de encoger su cuerpo como si fuera un acordeón, y luego capaz de meterse como un rayo en el hueco formado en la paja, que parecía ser tres veces más largo que él y mucho más estrecho. El hurón era negro, castaño claro y crema, y a Roland le parecía en parte una rata, en parte ardilla, y de carácter muy perverso.

Cuando Roland metió el dedo entre las rejas de la jaula, el hombre de las plantas le advirtió:

-¡Cuidado, que muerde!

En realidad, el hurón había mordido a Roland, con unos dientes finos como alfileres, pero Roland se metió la mano en el bolsillo, envolviéndose el dedo con el pañuelo, y así ocultó su herida. Roland preguntó:

-¿Me lo vende? ¿Con la jaula?

Sonriendo, el hombre de las plantas le preguntó a su vez:

-¿Para qué? ¿Es que caza conejos?

-Cien francos. Ciento cincuenta -ofreció Roland.

Sí, llevaba en el bolsillo esa cantidad. La madre de Roland estaba inclinada sobre unas camelias, muy lejos.

-Bueno... No sé. ..

-Tendrá que decirme qué come.

-Un poco de hierba, desde luego...

Acercándose confidencialmente a Roland, el hombre de las plantas añadió:

-Y sangre. De vez en cuando, déle carne cruda, sí, porque ahora ya le ha cogido gusto. Y no le deje suelto en su casa, porque en este caso jamás lo encontrará. Póngale paja, para que esté caliente, tal como ve aquí, en esta jaula. El túnel lo hizo él mismo.

El hurón, después de meterse como un rayo en el túnel había dado media vuelta sobre sí mismo, dentro de él, y ahora asomaba nerviosa su cara con sus orejas cortas, como las de las ratas, mirando con sus ojos negros de línea almendrada, aunque hacia abajo, lo que le daba expresión pensativa y un tanto melancólica. Roland tuvo la

impresión de que el hurón escuchaba la conversación, y que albergaba esperanzas de que él se lo llevara.

Roland sacó los ciento cincuenta francos y dijo: -¿Le parece bien, con la jaula incluida?

El hombre de las plantas miró por encima del hombro, como si temiera la intervención de la madre de Roland, y dijo:

-Si le muerde, póngale una cebolla ante las narices. Morderá la cebolla y, a partir de entonces, jamás volverá a morderle.

A Margaret Lemoinnier le sorprendió y desagradó el que Roland hubiera comprado el hurón.

-Tendrás que, tenerle en el jardín -dijo-. No quiero que esté dentro de casa.

Antoine, el viejo chofer, no dijo nada, pero su rostro blanco y sonrosado adquirió una expresión más amarga de lo habitual en él. Puso montones de periódicos en el asiento trasero del Jaguar, a fin de que la jaula del hurón no entrase en contacto con el cuero del asiento.

Ya en casa, Roland fue a la cocina, cogió una cebolla, y armado con ella se dirigió a la parte trasera del jardín, en donde había dejado la jaula. Abrió un poco la puertecilla, con la cebolla dispuesta, y el hurón, después de dudar un instante, cruzó milagrosamente la puertecilla entornada y conquistó su libertad. Se dirigió hacia el bosque que había en la parte izquierda de la finca, y desapareció. Roland se dijo que no debía perder la serenidad. Cogió la jaula y la dejó, con la puerta abierta, en el linde del bosque. Luego regresó corriendo a casa, entrando por la puerta trasera. En la cocina, sobre la madera de cortar carne, vio exactamente lo que buscaba: un hermoso bistec crudo. Roland cortó una porción de carne y con ella regresó al bosque.

Despacio, Roland se adentró en el bosque, con la idea de trazar un círculo a fin de inducir al hurón a retroceder hacia la jaula. Cabía la posibilidad de que los hurones también supieran trepar a los árboles. Roland se había fijado en las afiladas garras del hurón, cuando todavía lo tenía en la jaula.

El hurón tenía manos menudas, con la palma rosácea, que parecían humanas, con yemas en los extremos de los dedos, y un móvil pulgar. A Roland el corazón le dio un vuelco cuando vio el hurón a pocos metros de él, sentado en la hierba, erguido el cuerpo y olisqueando. La brisa soplaba en dirección al hurón, y Roland comprendió que el animalillo había olido la carne cruda. Roland detuvo sus pasos y le ofreció la carne.

Cautelosamente, el hurón retrocedió, y después comenzó a avanzar despacio, dirigiendo la vista a todos lados, como si quisiera precaverse de posibles enemigos. Roland se sobresaltó al ver la rapidez con que el hurón se apoderó de la carne y se la arrancó de entre los dedos con los dientes. El hurón masticó la carne efectuando movimientos rotatorios de la cabeza y el cuello. El pelo castaño y negro de su espalda se erizó, mientras el hurón encogía el cuerpo. Ya no quedaba' rastro del bistec, y el hurón miraba a Roland, mientras su menuda y rosada lengua relamía golosamente sus labios.

El primer impulso de Roland fue ir corriendo a la cocina en busca de más carne. Pero pensó que era preferible moverse con lentitud, a fin de no alarmar al hurón. En voz baja, y con el ánimo de volver a meter al hurón en la jaula, Roland le dijo:

-¡Espérame aquí! O ven conmigo, si quieres...

Pronto oscurecería y Roland no quería quedarse sin el hurón. Este le siguió hasta el punto en que comenzaba el césped alrededor de la casa, y allí se quedó quieto, a la espera. Roland fue a la cocina, cortó otra porción de carne, y luego echó a un platillo una cucharada de sangre desprendida por el bistec. Salió de la cocina con todo lo dicho. El hurón se encontraba todavía en el mismo sitio, con una pata levantada, a la expectativa. El hurón se acercó al plato, que contenía la sangre y la porción de carne, pero prefirió la sangre en primer lugar, que se tomó lamiéndola con la lengua igual que hacen los gatos con la leche. Roland sonrió. Luego, el hurón lo miró, volvió a relamerse, cogió la carne con los dientes, y se la llevó, siguiendo un itinerario un tanto vago sobre la zona de césped. Luego vio la jaula y se dirigió directamente hacia ella.

Esto gustó muchísimo a Roland. La cebolla, que llevaba en la mano, seguramente no sería necesaria. El hurón estaba a buen recaudo en la jaula y por propia iniciativa. Roland cerró la puerta de la jaula, y dijo:

-Me parece que te llamaré Harry. ¿Te gusta el nombre? Harry.

Roland estudiaba inglés y sabía que Harry era el equivalente familiar de Henry, y al mismo tiempo había otra palabra inglesa, de parecido sonido, hairy[4], que contribuía a que el nombre fuera adecuado al hurón. Roland cogió la jaula y dijo:

-Anda, vayamos arriba que verás mi cuarto.

En la casa, Roland se encontró con Antoine que bajaba la escalera, y que le dijo:

-Monsieur Roland, su madre ha dicho que no quiere tener a este animal en el interior de la casa.

Roland se irguió un poco. Ya no era un niño, y no estaba dispuesto a que un criado le dijera lo que podía hacer y lo que no podía hacer. Con la voz más profunda que-pudo conseguir, Roland contestó:

-Efectivamente, Antoine. Pero hablaré del tema con mi madre.

Roland colocó la jaula en el centro de su cuarto, en el suelo, y luego fue al descansillo, en donde se encontraba el teléfono. Marcó el número de su mejor amigo en París, Stefan, pero antes de hablar con él tuvo que hablar con la madre de éste. Por fin, Stefan se puso al aparato.

Con voz de acento extranjero, Roland dijo:

-Tengo un nuevo amigo. Este tiene garras y bebe sangre. ¿Adivinas lo que es?

-¿Un vampiro? -preguntó Stefan. Rápidamente, Roland dijo:

-Caliente, caliente. Oye, que viene mi madre y no puedo hablar más. Es un hurón. Se llama Harry. ¡Sanguinario! ¡Asesino! Quizá pueda arreglármelas para llevarlo conmigo a París. ¡Adiós, Stefan!

Madame Lemoinnier había subido la escalera y se dirigía hacia el lugar en que se encontraba Roland, a quien dijo:

-Roland, Antoine me ha dicho que has metido a ese animal en casa. Te dije que podías quedarte con él, siempre y cuando lo tuvieras siempre en el jardín.

-Pero el hombre de las plantas me ha dicho que debía procurar que el hurón no pasara frío. Y esta noche hace frío, mamá.

Su madre se adentró unos pasos en el cuarto. Roland la siguió, y le dijo:

-¡Mira! Se ha puesto a dormir dentro de su túnel. Es muy limpio, mamá. No hay nada malo en tenerlo aquí.

[4] Hairy = peludo.

-Roland, te conozco. Y sé que lo más probable es que lo sueltes.

-Te prometo que no lo haré.

Roland no tenía la más leve intención de hacer honor a esa promesa, y le constaba que su madre también lo sabía.

En consecuencia, un minuto después, Roland, muy a contrapelo, sacaba de la casa a Harry, y después de bajar la escalera lo dejaba en el jardín. Roland pensó que Harry seguramente estaba dormido como un tronco, por cuanto se acordó de que el hombre de las plantas le había dicho que los hurones caen dormidos, a menudo junto a los cuerpos de sus víctimas, en busca de calor, después de haberse bebido la sangre de sus presas. Esta reacción tan primitiva de los hurones excitó a Roland. Cuando su madre hubo entrado de nuevo en la casa (había vigilado a Roland desde la puerta de la cocina), Roland abrió la jaula, y quitó un poco de la paja que cubría el túnel, dejando al descubierto a Harry, que levantó la cabeza con expresión adormilada. Roland sonrió, y, en un susurro, dijo:

-Anda, esta noche podrás dormir en mi cuarto. Luego, tú y yo nos divertiremos.

Roland cogió el cuerpo dormido de Harry y volvió a poner la paja que había quitado. Harry reposaba lacio e inocente en la mano de Roland. Éste se desabrochó un botón de la camisa, metió dentro de ella a Harry y volvió a abrochar el botón. Cerró la jaula y puso el pestillo en la puertecilla.

Ya en su aposento, Roland cogió la maleta vacía que se encontraba en lo alto del armario, puso dentro un par de jerseys, y sobre ellos depositó a Harry, dejando la tapa de la maleta un poco abierta, gracias a poner la manga de un jersey entre los dos bordes. Luego, cogió un cenicero limpio, que se encontraba en la mesilla del descansillo, lo llenó con agua del baño, y lo metió en la maleta.

A continuación, se tumbó desmadejadamente en la cama, y encendió uno de los cigarrillos que tenía ocultos en una estantería con libros. Luego, abrió una novela de James Bond que ya había leído dos o tres veces. Roland pensaba en las cosas que podía enseñar a Harry. Le podía enseñar a viajar en el bolsillo de la chaqueta y a salir de él, en obediencia a una orden. Desde luego, tendría que comprarle una correa y un collar, o quizá sería mejor una sujeción pectoral, que sería preciso construir a medida, debido a lo muy pequeño que era Harry. Roland ya imaginaba la escena de encargar el arnés a un artesano del cuero, en París, y pagar por ello un buen precio. ¡Maravilloso! Por ejemplo, sería muy divertido, en París -e incluso en Orleans-, que Harry saliera de su bolsillo y comiera parte de la carne de Roland, en un restaurante.

Mientras cenaban, su madre, Roland y un conocido que era anticuario en aquellos andurriales y muy pesado, fueron

interrumpidos por Brigitte, quien en un susurro dijo a madame Lemoinnier:

-Madame, le ruego que me disculpe, pero Antoine acaba de ser mordido. Está muy alterado.

-¿Mordido? -preguntó madame Lamoinnier.

-Dice que le ha mordido el hurón, el hurón que monsieur Roland tiene en su dormitorio.

Roland reprimió la sonrisa que se le vino a los labios. Antoine había entrado en su cuarto para preparar la cama, y Harry le había atacado.

-¿Un hurón? -preguntó el anticuario. Madame Lemoinnier miró a su hijo, y le dijo: -Roland, excusamos tu presencia durante unos instantes para que devuelvas al jardín a ese animal.

Madame Lemoinnier estaba irritada y habría dicho muchas cosas más, en el caso de que se hubiera encontrado a solas con su hijo.

-Les ruego me disculpen.

Pasó al vestíbulo y vio la alta figura de Antoine en el menudo lavabo que había ante la puerta principal. Antoine se inclinó para colocarse una toalla húmeda en un tobillo. «¡ Sangre! », pensó Roland fascinado ante la idea de que Harry hubiera podido hacer sangrar a aquel viejo ser, Antoine, que no presentaba el menor síntoma de tener sangre en el cuerpo.

Roland subió la escalera saltando los peldaños de dos en dos, y encontró su dormitorio en desorden. Evidentemente, Antoine había abandonado a mitad su trabajo de preparar la cama. Un sillón aparecía torcido, debido seguramente a que Antoine lo había desplazado en su búsqueda de Harry, o quizá para protegerse detrás de él. Pero la cama en desorden significaba para Roland mucho más que una explosión. Antoine jamás hubiera dejado una cama en aquel estado, salvo en el caso de tener que recibir la extremaunción. Roland miró alrededor, en busca de Harry.

-¿Harry? ¿Dónde estás?

Miró a lo alto de las cortinas, por las que Harry podía trepar tranquilamente, miró en el armario y debajo de la cama.

La puerta de su dormitorio había sido cerrada. Evidentemente, Antoine quiso evitar que Harry escapara. Luego, Roland miró entre las sábanas, en donde, ciertamente, no había nada que se moviera.

-¿Harry?

Roland levantó la colcha. Entonces vio que la primera sábana se movía. Harry se encontraba entre la primera sábana y la manta. Harry se sentó sobre el trasero, con el cuerpo erguido, y miró a Roland con desesperada ansiedad. En este momento, Roland advirtió otro hermoso aspecto del cuerpo de Harry. La parte delantera de su torso era de color castaño claro y pelo suave, desde la menuda barbilla negra hasta la manta en que Harry estaba sentado, y una delgada línea de pelo castaño, producida quizá por la prieta confluencia de pelo en la parte central, en sentido longitudinal, de su cuerpo, lo convertía en un ser formado por dos partes simétricas, ambas de color castaño claro, sin que pudiera verse el punto en que comenzaban o terminaban sus patas traseras; las delanteras parecían buscar nerviosamente a uno y otro lado de la manta, lo cual no hacía con la intención de mantener el equilibrio del cuerpo, ya que no tenía dificultad alguna al respecto, sino con los ademanes propios de una persona muy alterada. Quizá Harry preguntara: «¿Quién era ese gigante que ha intentado atraparme, asustarme, echarme?» Pero mientras Roland miraba a Harry, la cara de éste pareció tranquilizarse un poco, perder parte del terror que la embargaba. Harry se puso a cuatro patas y avanzó un poco. Ahora parecía decir: «¡No sabes cuánto me alegra verte! ¿Qué ha pasado?»

Instintivamente, Roland adelantó la mano, y Harry trepó por su brazo y se metió dentro de su camisa, cuyo cuello estaba abierto, quedando aovillado junto a la cintura de Roland, quien sentía en su piel las ásperas zarpas del animalillo. Roland se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas, sin que ,pudiera explicar por qué. ¿Se

debía al orgullo que había despertado en él el hecho de que Harry hubiera recurrido a él? ¿O a la rabia que le producía el pensar que Harry tendría que pasar la noche en el jardín? Roland pensó que las lágrimas, explicables o no, siempre tienen un valor poético. Eran un síntoma de importancia, de alguna u otra clase.

Roland extrajo a Harry de debajo de su camisa y lo puso en una cortina amarilla; por ésta Harry ascendió hasta el techo. Roland levantó con una mano el extremo inferior de la cortina y Harry bajó corriendo por la pendiente. Roland se rió, dejó la cortina en posición vertical y Harry volvió a subir por ella. El juego parecía divertir a Harry. Por fin, Roland lo cogió en el extremo bajo de la cortina, lo metió en la maleta, y le dijo:

-Vuelvo en seguida.

En esta ocasión, aseguró la tapa de la maleta por el medio de ponerle encima una silla, tumbada de lado.

Roland tenía la intención de regresar al comedor, cenar allí, y cuando la cena hubiera terminado pedir a Brigitte un poco de carne cruda, antes de dejar a Harry en el jardín. Pero, al parecer, la cena ya había terminado. En el comedor no había nadie. El anticuario estaba sentado en la sala de estar, solo, en donde ya se había servido el café. Roland oyó las voces de su madre y de Antoine, en la habitación contigua. Con su temblorosa voz de viejo, Antoine decía:

-Me ha desobedecido, y también la ha desobedecido a usted, madame.

La madre de Roland dijo:

-Querido Antoine, no debe usted preocuparse tanto por ello. Tengo la seguridad de que Roland pondrá al animal en el jardín.

Roland procuró alejarse. Los caballeros jamás deben escuchar a hurtadillas conversaciones ajenas. Pero le molestaba que Antoine hubiera dicho: «Monsieur Roland me ha desobedecido.» ¿Desde cuándo imaginaba Antoine que tenía poder sobre él? Roland dudó unos instantes cuando ya se encontraba junto a la sala de estar, en la que el anticuario aguardaba fumando, con la vista perdida en el aire, y cruzadas las piernas enfundadas en blancos pantalones. A Roland le hubiera gustado tomarse un café, pero no valía la pena entrar, con este fin, en aquel cuarto dominado por el aburrimiento. Atravesando el comedor, Roland fue a la cocina.

-Brigitte, ¿puede darme un poco de carne para el hurón? A ser posible cruda -dijo Roland.

-Monsieur Roland, Antoine está muy preocupado, ¿sabe usted? Un hurón en una béte sauvage. Debe comprenderlo. Cortésmente, Roland respondió:

-Lo sé, Brigitte. Lamento mucho que Antoine haya sido mordido. Ahora mismo voy a sacar el hurón al jardín. Brigitte meneó la cabeza, sacó una pieza de ternera del refrigerador y, con desgana, cortó una porción.

La carne no sangraba, pero estaba cruda. Roland subió volando la escalera hasta su dormitorio, y allí levantó suavemente la tapa de la maleta, en cuyo momento Harry se puso bruscamente en pie, como un muñeco de resorte al levantar la tapa de la caja. Harry cogió la carne que Roland le ofrecía, con las dos patas delanteras y los dientes, comenzando inmediatamente a masticarla, dando vueltas a la porción con el fin de atacarla por sus bordes.

Roland extendió tranquilamente la mano hacia Harry, y le dijo:

-Lo siento, pero tendrás que pasar esta noche en el jardín.

Librodot

De un salto, Harry se metió por el puño de la camisa de Roland, trepó por su brazo desnudo, llegó al hombro, descendió, y se quedó en su refugio, debajo de la camisa, junto a la cintura del muchacho. Roland, con Harry aovillado dentro de la camisa, y con la jaula en la mano, bajó la escalera con aires de soldado.

En el exterior reinaba la oscuridad, pero la luz de la ventana de la cocina era suficiente para que Roland pudiera ver un poco. Metió a Harry en la jaula, y cerró .la puerta con el pestillo que se introducía en un alambre en forma de aro. Harry tenía a su disposición un cazo metálico en el que había agua suficiente. Roland dijo:

-Hasta mañana, amigo Harry.

Este se levantó sobre sus patas traseras, y apoyó una mano de rosada palma en los alambres de la jaula mientras su nariz se estremecía despidiéndose del olor de Roland, quien se alejaba por la zona de césped, sin dejar de mirar a Harry.

En la mañana del día siguiente, domingo, a las ocho en punto, Brigitte sirvió el té a Roland, rito que éste había iniciado hacia sólo unas semanas. Roland se sentía más maduro si imaginaba que no podía despertarse del todo si alguien no le servía una taza de algo caliente en la cama.

Después, Roland se puso unos vaqueros azules, zapatillas de lona y una vieja camisa, y bajó a visitar a Harry.

La jaula había desaparecido. O, por lo menos, no estaba en el sitio en que Roland la había dejado. Roland la buscó en todos los rincones, entre los álamos, que se alzaban a la derecha de la casa, la buscó en el otro lado de la casa... Por fin entró en la cocina en donde Brigitte estaba preparando la bandeja del desayuno de la madre de Roland, a quien dijo:

-Alguien ha cambiado de lugar la caja del hurón, Brigitte. ¿Sabe dónde está?

Brigitte se inclinó sobre la bandeja, y dijo:

-Antoine la ha cogido, monsieur Roland. Pero no sé dónde la habrá metido.

-¿Sabe si Antoine ha cogido el automóvil? -No lo sé, monsieur Roland.

Este fue al garaje. El automóvil estaba allí. Roland salió, se quedó quieto y miró a su alrededor. ¿Habría Antoine puesto la jaula en la caseta de las herramientas? Roland abrió la puerta. Allí, sólo vio la segadora de césped y las herramientas de jardinería. El bosque. Seguramente su madre había dicho a Antoine que llevara a Harry al bosque y que lo soltara allí. Fruncidas las cejas, Roland echó a correr hacia el bosque.

Ya había penetrado en el bosque cuando unas zarzas se

engancharon en su camisa desgarrándola y tuvo que detenerse. Roland meditó. No, el viejo Antoine difícilmente pudo adentrarse mucho en el bosque. Allí ni siquiera había senderos propiamente dichos.

Roland oyó un gemido. ¿O fue una jugarreta de su imaginación? No sabía en qué punto había sonado el gemido. Roland se lanzó en la misma dirección en que hasta ahora había avanzado. Oyó el sonido de unas ramas quebrándose y otro gemido. No cabía la menor duda de que era emitido por Antoine. Roland siguió adelante.

Vio una mancha negra entre los árboles. Antoine vestía pantalones negros y, a menudo, una chaqueta de algodón, de color verde oscuro. Roland se detuvo. La mancha oscura se estaba alzando allí, a sólo diez metros de distancia. ¡Pero había muchas hojas que no dejaban ver claramente! Un chorro de luz dorada, procedente de la izquierda de Roland se posó en la vaga forma de Antoine, y a los oídos de Roland

llegó el grito agudo de Antoine, un grito débil y chillón, casi como el vagido de un niño de cuna.

Roland se acercó más, un poco asustado. Podía ver la cabeza de Antoine, cara incluida. De un ojo le manaba sangre. Luego Roland vio que Harry daba un acrobático salto, desde el suelo, que le llevaba a un muslo de Antoine. Vio que la mano de Antoine golpeaba en vano su propio muslo, y que Harry ya se encontraba en la garganta de Antoine. O en la cara. Antoine se tambaleó y cayó de espaldas.

Roland pensó que tenía que ir en ayuda de Antoine, coger un palo y ahuyentar a Harry de su presa. Pero Roland había quedado hechizado ante aquel espectáculo y no podía moverse. Vio que Antoine intentaba atizar un revés a Harry, lo cual hizo esgrimiendo una rama, pero ésta fue a dar contra el tronco de un árbol, y contra él se quebró. Antoine, que se había puesto en pie, volvió a tambalearse y a caer.

Roland pensó: =En cierta medida, Antoine se lo tiene merecido.»

Antoine se puso en pie torpemente y arrojó algo, probablemente una piedra, contra Harry. Roland vio que la blanca camisa de Antoine estaba manchada de sangre en su parte frontal. Y Harry luchaba como una misteriosa y menuda bala que atacaba a Antoine una y otra vez, desde todos los puntos, desde todas las direcciones. Parecía que Antoine estuviera presto a emprender la huida. Tambaleándose avanzaba entre las matas hacia la izquierda. Roland vio que Harry se abalanzaba sobre la mano izquierda de Antoine, y que quedaba prendido en ella con los dientes. ¿O acaso la imagen era sólo un efecto del chorro de luz solar? Roland perdió de vista a Antoine. Y ello se debió a que éste había vuelto a caer.

Roland soltó un respingo. Se había pasado varios segundos sin respirar, y su corazón latía como si también él estuviera luchando. Se impuso la obligación de acercarse al lugar en el que él creía yacía Antoine. Sólo el sonido de los pasos de Roland sobre las hojas y las menudas ramas caídas rompían el silencio. Vio las tonalidades negras, blancas y verdes de las ropas de Antoine, luego vio su cara ensangrentada. Antoine yacía de espaldas. Sangraba por los dos ojos.

¡Y Harry estaba en el cuello de Antoine!

La cabeza de Harry, situada bajo la barbilla de Antoine no se veía, pero su cuerpo y cola se hallaban sobre su pecho igual que una piel de adorno pueda colgar del cuello de quien la lleva.

Rota la voz, Roland gritó:

-¡Harry!

Este hizo caso omiso.

Roland cogió un palo, y entre los dientes oprimidos dijo:

-¡Harry, fuera de aquí!

Harry saltó al otro lado del cuello de Antoine y volvió a hincar los dientes en él.

Roland levantó el palo y se acercó, diciendo:

-¿Antoine?

Harry levantó la cabeza y retrocedió hasta situarse en la solapa de la chaqueta de Antoine. El estómago de Harry había aumentado notablemente de volumen. Roland comprendió que lo llevaba repleto de sangre. Antoine se estaba quieto. Al ver a Roland, Harry avanzó un poco, casi se puso de pie sobre sus patas traseras. Volvió a ponerse a cuatro patas, tambaleándose por efecto del peso que llevaba en el estómago, saltó al suelo, cubierto por las hojas, al lado del brazo extendido y lacio de Antoine, se

Librodot

tumbó y bajó la cabeza como si se dispusiera a dormir. Un rayo de sol incidía en el cuerpo de Harry.

Roland ya no sentía tanto miedo, debido a haber comprobado que Harry dormía, pero temía que Antoine hubiera muerto, y esta posibilidad le aterraba. Volvió a pronunciar el nombre de Antoine. La sangre se secaba y oscurecía en las cuencas de los ojos. Al parecer, sus ojos habían desaparecido, o habían sido devorados casi íntegramente, a juicio de Roland. Antes de que realmente se diera cuenta de lo que hacía, Roland se inclinó sobre el dormido Harry, y cogió la muñeca de Antoine para tomarle el pulso. Roland intentó encontrarlo durante varios segundos. Luego, horrorizado, apartó bruscamente la mano y se irguió.

Roland pensó que Antoine seguramente había muerto de un fallo cardíaco, y no tan sólo a causa del ataque de Harry. Pero también se dio cuenta de que se llevarían a Harry, e incluso cabía la posibilidad de que lo persiguieran y le dieran muerte, si alguien se enteraba de lo que realmente había ocurrido con Antoine. Roland dirigió la vista a sus espaldas, hacia La Source, y luego la volvió a fijar en Antoine. Lo que tenía que hacer era ocultar a Antoine. Roland sentía cierto asco hacia Antoine debido, según comprendió, a que estaba muerto. Sin embargo, Harry le inspiraba amor y deseos de protección. A fin de cuentas, Harry no había hecho más que defenderse, y Antoine se había comportado como un gigantesco secuestrador, y probablemente también asesino.

Roland miró el reloj y vio que eran sólo las nueve y media o poco más.

Echó a correr por el bosque, saltando por encima de las matas. Al llegar al linde de la zona de césped de La Source se detuvo, ya que vio a Brigitte dedicada a arrojar un cubo de agua sobre unas flores que había junto a los peldaños de la puerta trasera. Cuando ella se metió en la casa, Roland se dirigió a la caseta de las herramientas, en donde cogió un pico y una pala, y regresó al bosque.

Comenzó a cavar junto al cadáver de Antoine, lugar que parecía tan bueno como cualquier otro, a fin de enterrarlo. El esfuerzo físico tranquilizó a Roland, liberándole en parte de su terror. Harry seguía durmiendo al otro lado del cadáver. Roland siguió trabajando como un loco, y sus energías parecían ir en aumento a medida que trabajaba. Se dio cuenta de que el cadáver de Antoine le aterraba. Aquello que había sido un fósil viviente, tan familiar en la casa de París y aquí, se había transformado en un cadáver. Poco le faltaba a Roland para temer que Antoine se incorporara y le dirigiera reproches, le amenazara de alguna forma u otra, tal como hacían los fantasmas y los cadáveres en las historias que Roland había leído.

Comenzó a cansarse y a trabajar más despacio, aunque con la misma tenacidad. Se dijo que debía terminar el trabajo antes del mediodía, ya que a la hora del almuerzo su madre o Brigitte comenzarían a buscar a Antoine. Roland intentó decidir qué iba a explicarles.

La tumba ya era suficientemente profunda. Roland oprimió los dientes y, tirando de la parte lateral de la chaqueta y de los pantalones de Antoine, hizo rodar el cadáver hasta hacerlo caer en el hoyo. Antoine cayó boca abajo. Harry, rozado por el brazo inerte de Antoine, se puso en pie, a cuatro patas, todavía con aspecto adormilado. Jadeante, Roland echó a paletadas la tierra en el hoyo. Luego pisoteó la superficie para alisar la tierra, y aún le sobró tierra que tuvo que esparcir, para que no llamara la

atención de quienes investigaran en el bosque. Luego, con la pala esparció hojas y ramas sobre la tumba, cuya superficie quedó igual que la del resto del bosque.

Muerto de cansancio, Roland cogió a Harry. El hurón pesaba mucho, entonces. A juicio de Roland pesaba tanto como una pistola. Harry había vuelto a cerrar los ojos, pero su cuerpo dormido no estaba totalmente lacio. El cuello mantenía su cabeza horizontal, no caída, y cuando Roland lo levantó a la altura de su cara, Harry abrió los ojos y le miró.

Roland tenía la seguridad de que Harry jamás le mordería, ya que siempre le había dado a comer carne. En cierta manera, Roland había proporcionado Antoine a Harry. Con éste en la mano, Roland regresó lentamente hacia la casa. Vio la jaula en el bosque e inició el movimiento de cogerla, pero por el momento decidió dejarla donde estaba. Roland dejó a Harry encima de una gran piedra sobre la que daba el sol, no muy lejos de la zona de césped.

Devolvió el pico y la pala a la caseta de las herramientas. Se lavó las manos lo mejor que pudo en el grifo de agua fría que había junto a la caseta. Y luego, teniendo en consideración que Brigitte seguramente se encontraba en la cocina, entró por la puerta delantera. Subió al piso superior, se lavó más concienzudamente, y se cambió la camisa. Para tener compañía, puso en marcha el transistor. Se sentía raro. Ya no tenía miedo propiamente dicho, pero tenía la aprensión de hacerlo todo torpemente -de que se le cayeran cosas al suelo, de tropezar al bajar la escalera, y cosas así-, a pesar de que no había hecho nada semejante.

Su madre llamó a la puerta. Roland reconoció el modo de llamar de su madre.

-Adelante, mamá.

-¿En dónde has estado, Roland?

Éste yacía en cama, con la radio a su lado. Cerró la radio y contestó:

-Paseando por el bosque.

-¿Has visto a Antoine? Tiene que ir a buscar a Marie y a Paul, que almuerzan con nosotros.

Roland se acordó. Sí, los invitados del mediodía.

-He visto a Antoine en el bosque -respondió-. Me ha dicho que tenía el día libre y que se iba a Orleans o no sé dónde.

-¿De veras? Estaba en el bosque para soltar al hurón, ¿no es cierto?

-Sí, mamá. Ya lo había soltado. He visto la jaula en el bosque.

Su madre parecía preocupada:

-Lo siento. Roland, pero el hurón no era un animal adecuado para tenerlo en casa. Además, también debemos tener en cuenta a Antoine. Los hurones le aterran, y creo que no debemos sorprendernos de ello.

-Ya lo sé, mamá. Carece de importancia.

-Así me gusta, Roland. Eres un buen muchacho. Pero me sorprende que Antoine se haya ido sin decir nada. Seguramente habrá ido al cine, en Orleans, y regresará por la tarde. ¿Se ha llevado el coche?

-Me ha dicho que tomaría el autobús. Estaba muy enfadado conmigo. Dijo que a lo mejor no volvía en un par de días.

-¡Qué tontería! Bueno, de todas formas, más valdrá que vaya yo misma a buscar a Marie y a Paul. ¡Ya ves los problemas que has creado con tu animalillo!

Madame Lemoinnier dirigió una rápida sonrisa a su hijo y se fue.

Roland consiguió hacerse con carne, a la hora de la cena, y salió de casa con ella hacia las diez y media, cuando Brigitte ya se había acostado, y su madre se había retirado a sus habitaciones. Roland se sentó en la piedra en la que había dejado a Harry hacia el mediodía, y después de esperar siete u ocho minutos vio llegar a Harry. Roland sonrió, casi soltó una carcajada.

En un susurro, a pesar de que se hallaba lejos de la casa, Roland dijo:

-¡Carne, Harry!

Éste, que volvía a tener el cuerpo esbelto, aceptó la carne de cordero poco hecha, aun cuando no con su habitual entusiasmo, ya que aquel día había comido mucho. Roland acarició por primera vez la cabeza de Harry. Pensaba ya en ir todos los días al bosque, de día, en adiestrar a Harry a quedarse en su bolsillo, y en enseñarle a obedecer ciertas órdenes. Harry no necesitaba una jaula.

Dos días después, Madame Lemoinnier mandó un telegrama a la hermana de Antoine, que vivía en París, pidiéndole que la llamara por teléfono. La hermana llamó por teléfono y dijo que no sabía nada de Antoine.

Madame Lemoinnier pensó que era raro que Antoine se hubiera ido de aquella manera, dejando en casa todas sus ropas, incluso el abrigo y la gabardina. Pensó que tenía que comunicar el hecho a la policía.

La policía fue a la casa y formuló preguntas. Roland declaró que había visto a Antoine por última vez cuando éste se dirigía hacia la carretera de Orleans con la idea de tomar el autobús que pasaba a las once. Madame Lemoinnier dijo que Antoine era viejo, un poco excéntrico y testarudo. Antoine se había dejado en casa la libreta de su caja de ahorros, y la policía se proponía pedir a la caja de ahorros que la informara en el caso de que Antoine acudiera allá para retirar dinero o para pedir la expedición de otra libreta. La policía inspeccionó la finca, guiada por Roland. Encontraron la jaula con la puerta abierta, la jaula que Antoine había llevado al bosque. La carretera de Orleans se encontraba a la derecha, en la dirección opuesta a aquella en que Antoine estaba enterrado. La policía recorrió a pie toda la carretera hasta Orleans. Los policías dieron la impresión de creer la historia que Roland les había contado.

Todas aquellas noches en las que Roland podía salir de casa sin que nadie le viera, éste daba de comer a Harry, lo que también hacía, habitualmente, una vez al día. Las pocas noches en que Harry no acudía, Roland presumía que ello se debía a que estaba entregado a la caza de conejos o topos. Harry era salvaje, aunque no del todo, y era doméstico, aunque no del todo, y Roland se daba plena cuenta de ello. También comprendía que no le gustaba mucho pensar en lo que Harry había hecho. Roland prefería pensar que Antoine había muerto de un ataque cardíaco. O bien, cuando Roland daba a Harry el calificativo de asesino, situaba al hurón en el mismo reino de fantasía en que se encontraban los asesinatos de los libros que leía, reales e irreales, al mismo tiempo. En modo alguno cabía decir que él o Harry fueran culpables.

Lo que más gustaba a Roland era imaginar a Harry a modo de arma secreta suya, un arma mejor que un revólver. Sí, era secreta debido a que nadie sabía lo sucedido, a pesar de que Roland tenía la vaga intención de contárselo a Stefan. Roland acariciaba en su imaginación la posibilidad de utilizar a Harry para matar a cierto profesor de matemáticas de su lycée, al que detestaba. Roland tenía la costumbre de cartearse con Stefan, y en una de las cartas le contó la manera en que Harry había dado muerte a Antoine, aun cuando lo hizo en forma novelada. Al término del relato, Roland

escribió: «Quizá no creas esta historia, Stefan, pero te juro que es verdad. Si te tomas la molestia de preguntar a la policía descubrirás que Antoine ha desaparecido..

En su contestación, Stefan escribió: «No creo ni media palabra de tu historia sobre el hurón, evidentemente inspirada en la desaparición de Antoine. ¿Quién no se hubiera ido, estando obligado a servirte a ti? Sin embargo, tiene cierta gracia, aunque no mucha. ¿Tienes muchos más cuentos que contar?

Paseo en chivo

El chivo Billy era la principal atracción de Playland Amusement Park, y el propio Billy era quien más se divertía; incluso más que los niños y sus padres que no dejaban de sacarse del bolsillo monedas de veinticinco y de diez centavos, después de haber pagado un dólar y medio por la entrada, los mayores, y veinticinco centavos los niños. El parque de atracciones de Hank Hudson no era barato, pero era el único lugar de diversión para los niños de aquella ciudad y sus alrededores.

Gritos y vítores se alzaban cuando Billy, arrastrando su carrito blanco y dorado, hacía su entrada alrededor de las siete, todas las tardes. Cualquier presidente de los Estados Unidos se hubiera sentido estimulado en el caso de recibir semejante rugido de admiración por parte de sus electores, y tal rugido también encendía el corazón de Billy. Todo él seco músculo y blanco áspero pelo y peinado con esmero por Mickie, Billy salía al galope tendido, pasaba como un rayo junto a una valla. blanca contra la que se apretujaban niños y mayores, dando así paso libre a Billy, al mismo tiempo que lo animaban con vítores y exclamaciones de admiración. Esta salida tenía la finalidad de menguar un poco las fogosas energías de Billy, también para que el público supiera que Billy estaba presto a actuar. Cuando llegaba al punto de partida del «Paseo en chivo», Billy frenaba su carrera, y sus relucientes pezuñas resbalaban en el suelo, sin que por ello su respiración se hubiera tornado jadeante, aun cuando soltaba un par de resoplidos destinados a impresionar a sus admiradores, más que a otra cosa. El paseo costaba veinticinco centavos, tanto para los adultos como para los niños, y en el carrito cabían cuatro niños o dos adultos, más Mickie que era el auriga. Mickie, muchacho pelirrojo al que Billy quería mucho, iba sentado en el pescante.

Mickie sacudía levemente las riendas sobre la espalda de Billy y decía:

-¡Hale!

Y Billy se ponía en marcha, con la cabeza baja, al principio, con el fin de conseguir arrancar, y luego proseguía su carrera con la cabeza alta y al trote, sin dejar de mirar a uno y otro lado, ya para precaverse de peligros, ya para ver si le daban un poco de helado o algún caramelo en cuyo caso Billy siempre se detenía para recibir el obsequio. Mickie esgrimía un menudo látigo, que utilizaba para dar espectacularidad a la exhibición, y con el que no hacía daño alguno a Billy. El chivo sabía muy bien que cuando Hank reñía a gritos a Mickie lo único que quería era que terminaran cuanto antes el recorrido, a fin de que al carrito subiera la nueva tanda de clientes. El «paseo en chivo» recorría un trayecto alrededor de la caseta de tiro al blanco, a través de la multitud que mediaba entre el tiovivo y los tenderetes de helados y palomitas de maíz,

y alrededor del lugar en que los clientes arrojaban pelotas contra objetos que serían el premio al acierto en el disparo, de modo que tal trayecto formaba un ocho. Cuando el látigo de Mickie no conseguía los efectos deseados, Hank acudía y atizaba una patada en el trasero a Billy, con el fin de apartarlo de la bolsa de cacahuetes o de palomas de maíz. Billy contestaba también con coces, pero éstas no alcanzaban a Hank, sino que se estrellaban contra el carrito. De todas maneras rara era la vez en que Billy podía decir que acababa cansado, ni siquiera después de una intensa actuación de fin de semana. Y si el día siguiente el parque estaba cerrado y Billy se encontraba atado a su estaca sin nada que hacer, sin multitudes que lo aclamaran, Billy se dedicaba a clavar sus cuernos en el césped, que ya había arrancado en su casi totalidad. Billy tenía el cuerno izquierdo desviado, lo que le permitía clavarlo en el suelo, produciéndole gran satisfacción.

Un domingo, Hank Hudson y otro hombre se acercaron al punto de partida del «paseo en chivo», y Hank extendió las manos y las bajó, con las palmas orientadas hacia el suelo, ademán que significaba que Mickie tenía que detener el trabajo. El desconocido iba con una niña pequeña que saltaba de excitación. Hank hablaba y de vez en cuando daba una palmada en el hombro a Billy, pero la niña no se atrevió a tocarlo, hasta que su padre cogió uno de los cuernos del chivo. Por lo general, Billy hubiera sacudido violentamente la cabeza, por cuanto la gente solía reírse y soltarle el cuerno, antes que permitir que Billy los derribara. Pero, aquel día, Billy sentía curiosidad, y siguió masticando los restos de un crujiente cucurucho de helado, mientras sus ojos de color gris azulado y mirada horizontal contemplaban tranquilamente a la niña que le acariciaba la testuz. Los cuatro niños que ya habían subido al carrito aullaban pidiendo que el paseo comenzara.

El desconocido estaba entregando montones de billetes a Hank. Éste, de espaldas al grueso de la multitud, contaba cuidadosamente el dinero. Hank Hudson era un hombre alto, con un gran estómago y un ancho aunque plano trasero que Billy había embestido alguna que otra vez. Hank iba con un sombrero del Oeste, botas de vaquero, y pantalones de ante, con un cinturón que se inclinaba hacia el suelo, debajo de la barriga. Tenía labios húmedos y sonrosados, de los que sobresalían dos conejiles dientes frontales, y ojuelos azules. Su esposa, Blanche, se unió al grupo y observó lo que estaba ocurriendo. Era una mujer gorda, con cabello castaño rojizo. Billy jamás le había prestado gran atención. Cuando Hank se hubo embolsado el dinero, dijo a Mickie que comenzara el paseo, y Billy se puso en marcha. Aquella tarde, Billy dio sus habituales doce o quince paseos, pero al terminar no fue conducido a su cuadra.

Mickie desenganchó a Billy cerca de la puerta de entrada al parque, y fue conducido, un poco a rastras, a una camioneta que estaba a la espera, con la puerta trasera abierta.

-¡Métete dentro, Billy! -aulló Hank.

Y para indicarle que hablaba en serio, Hank le atizó una patada. Mickie tiraba de Billy por la parte delantera, diciéndole:

-¡Anda, Billy, sube, hombre! ¡Adiós, muchacho!

Billy subió sonoramente por la rampa de madera que habían puesto entre la, camioneta y el suelo y se encontró dentro y con la puerta cerrada. La camioneta se puso en marcha, y recorrieron un largo camino, con muchos baches, pero Billy no tuvo dificultades en conservar el equilibrio. En la nocturna oscuridad, miró a su

Librodot

alrededor, viendo el veloz paso de los árboles, y unas cuantas casas que se perfilaban cuando había alguna que otra farola. Por fin, la camioneta se detuvo en una senda que se encontraba ante una gran casa. Allí, desataron a Billy y lo empujaron para que saltara al suelo. De la casa salió una mujer joven que, sonriente, acarició a Billy. Luego lo condujeron -y Billy se dejó conducir porque sentía curiosidad- a un cobertizo de techo inclinado, junto a un garaje. Allí había un cubo con agua, y la mujer joven le sirvió una bandeja con lechuga y hortalizas, formando una ensalada de muy agradable sabor.

A Billy le hubiera gustado darse una galopada, para ver la extensión de la finca y probar las hierbas que en ella hubiera, pero el hombre lo había atado. El hombre le habló amablemente y le acarició el cuello. Luego entró en la casa, cuyas luces tardaron poco en apagarse.

A la mañana siguiente, el hombre se fue en su automóvil, y de la casa salieron la mujer y la niña. Llevaron a Billy a dar un tranquilo paseo, atado con una cómoda cuerda. Billy se contoneó y pegó saltos, pletóricos de energías, pero dejó que lo mantuvieran atado con la cuerda hasta que la mujer comenzó a llevarlo hacia el cobertizo. En ese momento, Billy se arrancó con fuerza, baja la cabeza, y sintió que la cuerda escapaba de las manos de la mujer. A continuación, se puso al galope y embistió con sus cuernos, y sin mucha fuerza, un arbolillo.

La niña chilló de placer.

La cuerda de Billy se enganchó en un blanco banco de hierro, y Billy anduvo dando vueltas alrededor del banco, hasta que enroscó en él la cuerda en toda su longitud, en cuyo momento embistió el banco y lo derribó. Billy se encampanó y agitó la cabeza. Le gustaba hacer sonar sus campanillas, y miró alegremente a la mujer y a la niña que corrían hacia él.

La mujer cogió la cuerda. Parecía temer un poco a Billy. Entonces, con gran irritación por parte de éste, la mujer ató la cuerda a una cercana estatua de piedra que parecía representar a un niño pequeño y gordo entregado a comer algo, la cual se encontraba junto a un pequeño estanque de piedra. Billy se encontró solo. Miró a su alrededor, y comió un poco de hierba, de delicioso sabor, pero muy recortada ya. Billy se aburría. No tenía a nadie a la vista, ni nada que se moviera, como no fuera algún que otro pájaro, y una ardilla que observó a Billy por un instante y luego desapareció. Billy tiró de la cuerda, pero ésta resistió los tirones. Sabía que podía cortarla por el medio de morderla, pero este trabajo le pareció molesto, por lo que embistió desde lejos la estatua. El choque echó a Billy hacia atrás, y se cayó. Inmediatamente, se puso en pie y comenzó a dar saltos, más altos que nunca, mientras estudiaba el problema que se le planteaba.

Billy pegó otra embestida pero, ahora, de espaldas, poniendo a contribución el empuje de sus cuartos traseros, y con la barbichuela rozando el suelo. Un duro peso le golpeó el pecho, ya que Billy llevaba su arnés, y a sus espaldas oyó un ¡crac! y un ¡plop! producidos por la estatua al desprenderse y caer al agua. Billy se puso a galopar, no sin antes haber empleado unos segundos en clavar reciamente las patas en el suelo y avanzar así, para sacar del estanque la estatua a la que seguía unido por la cuerda. Billy atravesó setos, y recorrió senderos con pétreas losas, en los que la estatua emitió unos cuantos cracs más y perdió bastante peso. Encontró unas flores, e hizo una pausa para refrescarse un poco. En aquel momento, oyó el sonido de pies a la

Librodot

carrera. Volvió la cabeza y vio a la mujer que había salido de la casa, en compañía de un muchacho que tendría una edad parecida a la de Mickie. Los dos se dirigían hacia él.

La mujer parecía muy alterada. El muchacho desanudó la cuerda de los restos de la estatua, y Billy fue firmemente arrastrado hacia el cobertizo junto al garaje. La mujer entregó al muchacho una recia barra de hierro, terminada en punta, y el muchacho la clavó en el suelo, a martillazos. Ataron la cuerda de Billy a la barra verticalmente clavada. El muchacho sonrió y dijo:

-¡Ahí te quedas, Billy! Y los dos se fueron.

Pasó un día o quizá más, y Billy se aburrió en gran manera. Se dedicó a roer la cuerda, pero no terminó la tarea porque sabía que si se liberaba y andaba suelto por ahí volvería a ser atado. Billy estaba bien alimentado, pero hubiera preferido encontrarse en el parque Playland Amusement, con su gente y su bullicio, arrastrando el carrito con los cuatro pasajeros y Mickie, que estar atado a un hierro y sin nada que hacer. Una vez, el hombre puso a la niña sobre el lomo de Billy, pero mantuvo la cuerda tan corta que Billy no se divirtió. Además, Billy pegó una embestida contra algo, la niña se cayó, y con ello terminó el paseo.

Una tarde, un perro bastante grande, negro, entró saltando en la zona de césped, vio a Billy y comenzó a ladrarle y a intentar morderlo. Esto lo enfureció, porque tuvo la impresión de que el perro intentaba burlarse de él. Billy bajó la cabeza y embistió, con la idea de arrancar la barra de hierro a la que estaba atado, pero no lo consiguió, aunque sí logró romper la cuerda, lo que era mucho mejor. El perro emprendió la huida, en tanto que Billy lo perseguía a toda velocidad. El perro dio la vuelta al invernadero. Billy lo siguió, ciñéndose mucho al tomar la curva de la esquina, de modo que uno de sus cuernos golpeó un vidrio del invernadero y lo rompió. Ciego de rabia, Billy atacó el invernadero, sin que tuviera razón alguna para hacerlo, como no fuera que sus embestidas producían un sonido altamente satisfactorio a sus oídos.

¡Cras! ¡Bang! ¡Clinc-clinc-clinc...! Y, otra vez: ¡Cras!

El perro intentaba morder las patas traseras de Billy, sin dejar de ladrar, mientras que éste le atizaba coces, sin lograr alcanzarlo. El chivo embistió al perro, y sus pezuñas sonaron tonantes en la tierra cubierta de césped. El perro, convertido en una negra ráfaga, salió volando más que corriendo de la finca, dirigiéndose a la calle. Billy lo siguió durante unos instantes, pero pronto se detuvo por estimar que ya había puesto en fuga al enemigo. Billy derribó una planta en una maceta con la sola finalidad de divertirse un poco, soltó un bufido, y sacudió el cuerpo de modo que sus campanillas sonaron como una orquesta. Luego, echó a trotar por la calle, alta la cabeza, en dirección al jardín del que había salido. Pero se sintió atraído por unas flores junto a la verja de una casa. Se oyó un grito. Inmediatamente, Billy reanudó su marcha.

Oyó más gritos y aullidos.

Luego, oyó el silbato de un policía. Billy fue rudamente detenido por el policía, quien lo sacudió por los cuernos y por el arnés, y luego le atizó un golpe en el trasero con su porra. En justa correspondencia, Billy embistió al policía en la barriga, y tuvo el placer de ver como el hombre caía al suelo, y rodaba y rodaba sobre sí mismo, con muestras de gran dolor. A continuación, cuatro o cinco muchachos se lanzaron sobre Billy y lo tumbaron de costado al suelo. Después de mucho ruido, de muchos gritos,

Billy, fue arrastrado con grandes esfuerzos hasta que lo dejaron en el jardín en que había aquel hierro clavado en el suelo, y también el invernadero casi destrozado. Billy quedó con las cuatro patas firmemente clavadas en el suelo, atado, y dirigiendo furiosas miradas a todos.

Aquella tarde, el hombre de la casa metió a Billy en la camioneta, y lo ató tan corto que Billy ni siquiera pudo tumbarse. Desde lejos, éste reconoció el alegre sonido de los platillos y las trompetas del tiovivo. ¡Volvía al parque!

Mickie se le acercó sonriente:

-¡Hola, Billy! ¡De nuevo aquí!

Pero Hank no sonreía. Hablaba solemnemente con el hombre de la casa, mientras- con los dedos se pinzaba el labio inferior, y, además, meneaba la cabeza. El hombre también parecía triste, cuando regresó a su camioneta. Aquella misma tarde, Billy fue de nuevo uncido a su carrito, e hizo quizá doce recorridos, antes de que el parque fuera cerrado. Mickie y Hank se rieron mucho aquella noche, cuando llevaron a Billy a su cuadra y le dieron de comer, a pesar de que Billy ya iba repleto de salchichas y palomas de maíz.

«¡Billy...! ¡Billy ha vuelto!» Los gritos de la multitud todavía sonaban en sus oídos cuando se durmió en su cama de paja. En el mundo había gente que lo quería.

Billy reanudó su antiguo trabajo, lo cual no era en modo alguno-malo, a su parecer. Por lo menos, no se aburría. Durante las horas de sol, cinco días a la semana, Billy podía vagar a su aire por el parque desierto, en donde había poca hierba, pero en donde abundaban los restos de bocadillos de salchicha, las bolsas de cacahuetes casi siempre con algún que otro cacahuete, etc. Igual que antes. Por eso, Billy quedó sorprendido cuando en una tarde de gran actividad Mickie lo desenganchó del carrito, y Hank lo arrastró hacia un automóvil que llevaba en la parte trasera una caja tan grande que parecía pudiera contener un caballo.

Billy ya sabía lo que estaba ocurriendo. Hank lo mandaba a otro sitio. Billy clavó las pezuñas en el suelo y tuvo que ser llevado en volandas a lo largo de la rampa por Hank y otro hombre que se tocaba con un sombrero del Oeste, parecido al de Hank, mientras un tercer hombre, situado dentro de la caja, tiraba de los cuernos de Billy. Pero éste retorció el cuerpo, aterrizó en pie, y al instante dio un salto con el que recuperó su libertad.

¡Libre! Pero, ¿adónde iría? El parque estaba vallado, salvo en la entrada de los automóviles, y hacia allá se dirigió. Dos hombres intentaron cerrarle el paso, pero se echaron a un lado, como aterrados conejos, cuando Billy los embistió. Billy fue a darse de cuernos contra la parte lateral de un automóvil que, en la penumbra, no había visto, y poco faltó para que se quedara sin conocimiento. Los ocupantes del automóvil soltaron un grito. Dos corpulentos individuos se abalanzaron sobre Billy y lo derribaron. Luego, tres hombres lo llevaron en volandas al automóvil con la caja para un caballo. En esta ocasión le ataron los pies y fue el propio Hank quien dio un tirón lateral a las patas traseras de Billy, atadas, de modo que éste se cayó de costado. Billy coceó sin el menor éxito. En aquellos momentos, Billy odiaba a Hank. Nunca había tenido simpatía a Hank, pero ahora su hostilidad hacia él era como un estallido. Una vez más, y desde su posición horizontal, Billy vio cómo Hank recibía montones de billetes del hombre que era, al parecer, el propietario de la caja para meter un caballo.

Librodot

Hank hundió el montón de billetes en lo más hondo de uno de los bolsillos de sus arrugados pantalones. Luego, cerraron la puerta de la caja.

En esa ocasión, el viaje fue más largo, penetraron hondamente en el campo, como Billy pudo advertir a juzgar por el olor a paja recién cortada y a tierra húmeda. El aire también olía a caballos. Los hombres quitaron las ataduras a Billy, y lo soltaron en una cuadra en la que había paja y un cubo de agua. Billy atizó un par de potentes coces -¡tat-tat!- a uno de los lados de su cuadra para demostrar a aquellos hombres, y a sí mismo, que aún le quedaban muchas ganas y capacidad de luchar. Luego, Billy resopló, alzó la cabeza e hizo sonar sus campanillas, dedicándose a pegar reiterados saltos de carnero, sin avanzar ni retroceder.

Los hombres rieron y se fueron.

Al día siguiente, Billy fue atado a una estaca de madera que se encontraba en el centro de un ancho campo con hierba. No estaba atado con una cuerda, sino con una cadena. Billy contemplaba con indiferencia a los caballos, a pesar de que intentó embestir a uno que había relinchado, causándole la impresión de estar asustado. El caballo dio un tirón, liberándose del hombre que lo retenía por las riendas, pero inmediatamente se detuvo con aire de docilidad y el hombre volvió a cogerlo. A juicio de Billy, aquella mañana fue muy aburrida, pero la hierba abundaba y Billy comió. Le pusieron una silla muy pequeña, propia para que en ella montara un niño, a pesar de que Billy no había visto a ninguno. Al parecer, en aquella casa sólo había tres hombres. Uno de ellos se montó en un caballo, y llevando a Billy atado con una larga cuerda, recorrió varias veces al trote una zona vallada y circular. El caballo iba al trote, pero Billy lo seguía al galope. Esto pareció agradar al hombre.

Semejante adiestramiento duró unos cuantos días, aunque los caballos hacían ejercicios más difíciles, tales como ir al paso con aire muy airoso y levantando mucho los cascos, arrodillarse, avanzar de forma lateral siguiendo el compás de la música emitida por un tocadiscos que los hombres hacían funcionar fuera de la zona vallada. Intentaron que Billy hiciera algo con una cinta a la que iba unido un objeto metálico. Billy no comprendió qué era lo que querían que hiciera, y comenzó a roer la cinta de seda, en cuyo momento los hombres se la arrancaron de la boca. Un hombre le pegó una patada en el trasero para que Billy prestara más atención, y volviera a intentar llevar a efecto su trabajo. Pero Billy apenas lo intentó.

Un par de días después todos fueron, juntamente con los caballos, a un lugar en que se había congregado la mayor multitud que Billy había visto en su vida. Aquella gente estaba sentada formando un gran círculo, con un espacio libre en medio. Billy iba con su silla en los lomos. Uno de los hombres se montó en un caballo y llevó a Billy, juntamente con muchos otros hombres, mujeres y caballos, a dar dos veces la vuelta al espacio libre en medio del círculo, organizando entre todos un gran desfile. Sonaban gritos de alegría y música. Luego, Billy fue conducido fuera del espacio libre, aunque quedando junto a él, y un hombre se puso en pie a su lado. Se encontraban cerca de una apertura en un muro, lo cual les fue de gran utilidad a los dos, en el momento en que un caballo se les acercó mucho, saltando y coceando, y derribó al jinete que lo montaba. Billy y el hombre se encontraban en una especie de cuadra descubierta, y mucha gente se asomaba a las barandas, por encima de ellos. De repente, alguien arrojó algo parecido a una humeante salchicha sobre los lomos de

Billy. El hombre le quitó aquel objeto de un manotazo e intentó patearlo, pero el objeto estalló produciendo un gran ¡bang!

Billy pegó un salto al frente y se encontró de repente en el centro del ruedo despejado, con la multitud sentada alrededor. La gente soltó un gran rugido de alegría. Un hombre vestido de payaso abrió los brazos para detener a Billy, o para desviar su embestida. Pero él embistió directamente al payaso, quien ágilmente se subió a un objeto que parecía un cubo de basura. Billy golpeó el cubo de basura, produciendo un sonoro ¡clang!, y lo mandó, juntamente con el payaso, a varios metros de distancia, rodando. La gente se partía de risa, y a Billy le hervía la sangre. Entonces, un hombre corpulento y que parecía estar plenamente dispuesto a salirse con la suya, se dirigió corriendo hacia Billy, lo cogió por los cuernos cuando éste lo embistió, y con ello Billy y el hombre rodaron por los suelos. Pero Billy tenía las patas traseras libres, y las empleó para cocear vigorosamente. El hombre soltó un chillido y lo soltó, lo que le permitió alejarse de él, con aire triunfal.

¡Bang!

Alguien había disparado un arma de fuego. Billy apenas se dio cuenta. Formaba parte de la barahúnda. Billy miró a su alrededor en busca de más objetivos a los que atacar, y se dirigió raudo hacia dos hombres montados a caballo, pero desvió la atención hacia dos hombres que se dirigían corriendo hacia él, procedentes de dos diferentes puntos. Billy no sabía a cuál de los dos atacar, y se decidió por el que estaba más cerca. Inició la embestida y poco tardó en coger velocidad. Golpeó al hombre en la cadera, pero en el instante siguiente una silbante cuerda se enroscó en el cuello de Billy.

Éste embistió al hombre que le había lanzado la cuerda, pero un tercer hombre se abalanzó sobre él y le abrazó el cuerpo. Billy se retorció, esgrimiendo su retorcido cuerno izquierdo, con el que golpeó el brazo del hombre, pero éste no soltó su presa. Alguien golpeó a Billy en la cabeza, dejándolo atontado. Billy tuvo vaga conciencia de ser transportado fuera del lugar de los hechos, entre los aplausos de los espectadores.

¡Ca-plop!

Billy había sido arrojado a una de las cajas para un caballo. El hombre que solía cuidarlo le ató las patas. El brazo del hombre sangraba, y el tipo se dedicaba a farfullar de un modo muy desagradable.

Aquella noche, cuando todos regresaron al rancho, el hombre azotó a Billy con un látigo, después de atarlo en una de las cuadras. Mientras lo azotaba, el hombre le lanzaba gritos. Se trataba de un látigo largo y recio que dolía. Sí, dolía un poco. Otro hombre contempló el espectáculo. Billy, llevado por la rabia, embistió una de las paredes, y al salir rebotado se lanzó contra el hombre con el látigo. El hombre pegó un salto atrás, y cerró la puerta de la cuadra contra la que Billy se estrelló de cuernos. Luego los dos hombres se marcharon. Billy tardó mucho tiempo en calmarse, en sentir el dolor de los latigazos recibidos en los lomos y ancas. Aquella noche, Billy odió al mundo entero.

Por la mañana, tres hombres lo llevaron hacia un cajón apto para contener un caballo, escoltándolo cautelosamente, a pesar de que Billy fue allá sin ofrecer resistencia, tan pronto vio que se trataba de un cajón de transporte.

Una vez más hicieron un viaje bastante largo. Luego, Billy notó el peculiar traqueteo de las ruedas de los automóviles al pasar sobre el puente metálico que se encontraba inmediatamente antes del parque Playland Amusement. El vehículo se detuvo y Billy oyó la voz de Hank. Soltaron a Billy. Esto en modo alguno lo desagradó. Pero Hank no parecía contento, ni mucho menos, estaba ceñudo y su vista iba del suelo a Billy y de éste al suelo. Los hombres se fueron en su automóvil y, cuando se hubieron ido, Hank dijo algo a Billy y se echó a reír. Con una mano cogió el arnés de Billy y lo llevó a la parte del parque en que había más hierba, y a la que nunca iban las personas y los automóviles. Pero Billy estaba tan alterado que ni siquiera tenía ganas de comer. La espalda le dolía todavía más, y sentía latidos en la cabeza, quizá resultantes del golpe que le habían propinado en el redondel.

¿Dónde estaba Mickie? Billy miró a su alrededor. Quizá aquél era uno de los días en que Mickie no acudía al parque. Al anochecer, Billy tuvo la seguridad de que aquél era uno de los días en que no iba nadie al parque, ni siquiera Mickie. Luego, Hank encendió las luces de costumbre, o la mayoría de ellas, y unció a Billy a su carrito. A Billy, esto le pareció muy raro. Hank jamás daba un paseo a solas.

En tono tranquilizante, Hank dijo-¡Andando, Billy, Billy bonito y simpático! Pero Billy tuvo miedo. El peso de Hank hacia gemir el carrito, igual que si en él fueran varias personas. Hank golpeó levemente con las riendas la espalda de Billy, como solía hacer Mickie, y dijo:

-¡Vamos, Billy, andando, muchacho!

Billy se puso en marcha. Agradecía poder desfogar parte de su ira por el medio de arrastrar el carrito. El trote de Billy se transformó en galope.

-¡Alto ahí, Billy! ¡Calma!

La orden de Hank sólo sirvió para inducir a Billy a correr más. Chocó contra un árbol, y el choque desprendió una de las ruedas del carrito. Hank ordenó a Billy, aullando, que se detuviera. A continuación, Hank saltó del carrito. Billy siguió una curva y se detuvo, volviendo la vista atrás. Hank estaba sentado en el suelo. Billy lo embistió. Hank acababa de ponerse en pie en el momento en que la cabeza de Billy 'chocó contra su cuerpo, derribándolo.

-¡Alto, Billy, alto! -ordenó Hank.

Pero lo dijo con más suavidad, como si aún tuviera en las manos las riendas de Billy. Hank anduvo con paso inseguro hacia Billy, mientras oprimía con una mano una de sus rodillas y con la otra su cabeza.

Entonces, Billy advirtió claramente que Hank había-cambiado de parecer, y que alteraba el rumbo de sus pasos para dirigirlos hacia la protección que ofrecía el tenderete de palomitas de maíz. Billy volvió a embestirlo. Hank emprendió el mejor de sus trotes, pero Billy le dio de pleno en sus anchas y absolutamente golpeables nalgas. ¡Pof! Hank, doblado por la cintura, cayó de cabeza al suelo, en donde quedó hecho un guiñapo.

Billy trotó en círculo alrededor de Hank, habiéndose olvidado de los restos del carrito que todavía arrastraba. Hank levantó la cara ensangrentada. Billy bajó la cabeza y se lanzó centra aquella masa que ahora tenía su misma altura. Un curvo cuerno, un cuerno torcido, golpeó en sabe Dios qué sitio, y Hank salió rodando de espaldas. Billy lanzó un directo, se retiró un poco y volvió a la carga.

¡Zuc! Parecía que el cuerpo de Hank fuera ahora más blando.

Librodot

Billy volvió a golpear a Hank. Luego, retrocedió un poco, y después pateó con sus finas pezuñas el cuerpo de Hank, pasando por encima de él, con los restos del carrito a rastras. Oscura sangre cayó sobre la tierra sin hierba, largamente pisoteada.

La siguiente vivencia de Billy fue la de estar muy lejos, trotando con la cabeza alta. El carrito que arrastraba parecía carecer de peso. ¿Realmente, lo arrastraba todavía? Pero

Billy oyó el sonido de ramas quebrándose, en un arbusto sobre el que acababa de saltar, y oyó cómo el carrito chocaba contra un tenderete.

Entonces apareció la esposa de Hank:

-¡Billy!

La voz sonó muy excitada.

La furia que aún quedaba en Billy estremeció su cuerpo, y a punto estuvo de lanzar por los aires a la mujer de Hank, pero se limitó a resoplar y a estremecerse un poco. -¡Hank! ¿Dónde estás? -gritaba la mujer huyendo.

El sonido de la palabra «Hank» indujo a Billy a pegar un salto. Comenzó a correr y desvió su trayecto bruscamente cuando se hallaba ante uno de los postes de la entrada de automóviles, contra el que hizo saltar la otra rueda del carrito.

La esposa de Hank seguía chillando en algún lugar. Billy salió a la carretera, tomó el primer camino sin asfaltar que encontró, y siguió adelante, en la oscuridad, internándose en el campo abierto. Un automóvil pasó, redujo velocidad, y el hombre que iba dentro dijo algo a Billy, pero éste siguió adelante.

Por fin, Billy se puso al trote, y, después, al paso. Allí había campos y zonas boscosas. En una de ellas, se tumbó y durmió. Al despertar, alboreaba, y Billy tenía más sed que hambre. Llegó a una casa de campo en la que había un abrevadero detrás de una cerca. Billy no podía llegar hasta el abrevadero, por lo que siguió trotando, animado por la intuición de que no muy lejos encontraría agua. En una vaguada descubrió un arroyo. Allí comió excelente hierba. Una de las varas del carrito seguía enganchada al arnés, lo cual no dejaba de ser molesto, aunque lo importante era que Billy había conquistado la libertad. Podía ir a donde quisiera, y, a juzgar por lo visto, había agua y hierba en todas partes.

La aventura le hacía guiños de invitación.

En consecuencia, Billy tomó otro camino sin asfaltar, y siguió adelante. En toda la mañana sólo pasaron dos automóviles, y en ambos casos, Billy prefirió acelerar su trote, sin que nadie lo molestara.

Luego, Billy percibió un aroma y redujo el paso. Levantó la nariz y volvió a olisquear el aire. Avanzó en dirección al aroma. Poco tardó en ver a un semejante suyo en un campo. Era blanco y negro. Por un momento, Billy sintió más curiosidad que amistad. Anduvo hacia su semejante, llegó a una apertura en la valla y entró en el campo, arrastrando la vara blanca y dorada. Billy vio que su semejante estaba atado. Advirtió que se trataba de una hembra, una cabra, y que levantaba la cabeza, le miraba con cierta sorpresa, y seguía masticando la hierba que ya tenía en la boca. Detrás de la cabra se alzaba una alargada casa blanca y cerca de ella había ropa colgada a secar, agitada por el viento. Había también un granero, y Billy oyó el mugido de una vaca invisible.

Una mujer salió de la casa y arrojó al suelo el contenido de un ancho recipiente. La mujer vio a Billy y, pasmada, dejó caer el recipiente al suelo. Luego, se acercó

Librodot

cautelosamente. Billy se quedó en su sitio, masticando unos excelentes tréboles que acababa de arrancar. La mujer movió el delantal como si con ello quisiera asustar o alejar a Billy, pero lo hizo sin convencimiento. La mujer se acercó más, con la vista inquisitivamente fija en Billy. Luego, se echó a reír. Fue una risa agradable. Billy era entendido en risas, y al instante le gustó la de aquella mujer, debido a que era natural y feliz.

Dirigiéndose hacia la casa, la mujer gritó:

¡Tommy! ¡Georgette! ¡Venid a ver lo que ha llegado

aquí l

En un instante, dos niños pequeños salieron de la casa y lanzaron gritos de sorpresa, parecidos a los de los niños en el parque Playland.

Ofrecieron agua a Billy. Por fin, la mujer reunió valor y le quitó la vara del carrito que llevaba enganchada en el arnés. Billy seguía masticando tréboles. Sabía muy bien lo que debía hacer para no presentar aspecto agresivo, y, en realidad, no albergaba la menor intención de embestir a ninguno de los tres. Cuando la mujer y los niños le dirigieron palabras invitándole a entrar en el barracón, Billy obedeció. Nadie intentó atarlo. Parecía que la mujer invitara a Billy a hacer lo que él quisiera, lo que no dejaba de ser un alivio muy agradable. Billy tenia la impresión de que la mujer igual le permitiría volver a la carretera e irse. Pero el lugar en que se hallaba le gustaba. Más tarde llegó un hombre y miró a Billy. El hombre se quitó el sombrero y se rascó la cabeza. Luego, también se echó a reír. Cuando el sol se puso, la mujer desató a la cabra, y la llevó junto al barracón, al aire libre, lugar por el que Billy se estaba paseando, dedicado a examinar los contornos. Había cerdos, había un abrevadero, y detrás de una zona vallada había gallinas y patos.

-¡Billy! -dijo el hombre.

Y se echó a reír de nuevo, cuando Billy, reconociendo su nombre, levantó la vista y lo miró. El hombre dio un suave

tirón al arnés de Billy, igual que si lo admirase. Pero se lo quitó y lo dejó en algún sitio.

El barracón estaba limpio y tenía paja. El hombre puso un collar de cuero a Billy, le dio unas cariñosas palmadas y le habló. La cabra, que se llamaba Lucy, estaba atada cerca de Billy, y la mujer la ordeñó.

Billy abrió la boca y dijo:

-Aaaaah...

Todos rieron. Billy dio saltos hacia adelante y hacia atrás, impulsándose ya con las patas delanteras ya con las traseras. Los recuerdos de Hank, del olor de la sangre de éste, se estaban borrando muy de prisa, como si se tratase de un momento de mal humor que se había producido en tiempos mucho más lejanos que el día anterior, a pesar de que Billy sabía que había propinado a Hank más testarazos de los que había dado a nadie en toda su vida.

A la mañana siguiente, cuando la mujer entró en el barracón, pareció sorprendida y verdaderamente contenta al ver que Billy seguía allí. Le dijo algo amable. Evidentemente, jamás volverían a atarlo, pensó Billy mientras trotaba por el prado, en compañía de Lucy. Sí, esto era juego limpio.